

DAD AUTO  
CIÓN GENT



DIAS

IN BL. CAMPE



PQ2220

.D75

D5

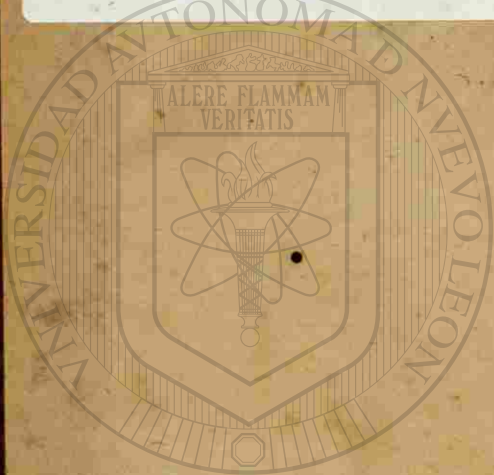
1882

c.1

M. G.



1080078143



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



18  
DÍAS EN EL CAMPO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIAS  
EN EL CAMPO

Ó SEA

PINTURA DE UNA BUENA FAMILIA

-POR-

Ducray Duminiil.

TOMO II.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.--1882.

TIP. DE LA LIBRERÍA HISPANO-MEXICANA.

Calle de Zaragoza (antigua Acequia) núm. 5.

PQ2220

D75



Esta obra es propiedad de los Editores.



## DIAS EN EL CAMPO

Ó SEA

## PINTURA DE UNA BUENA FAMILIA.

### DIA VEINTE Y DOS.

El lector no habrá olvidado que el sábio Filberto explicó á los niños Alejandro, Antonio, Eugenio y Carlos, una alegoría sobre el tiempo. Tambien se recordará que despues de haberles manifestado el fin moral de dicha alegoría, les prometió darles otra por escrito, para que los muchachos procurasen adivinar su sentido moral, escribiéndolo al márgen. Alejandro y sus amiguitos recibieron efectivamente del sábio Filberto, esta alegoría, sobre la cual trabajaron muy afanados bastante tiempo sin acertar á explicarla. Mas ya por fin llegaron á conseguirlo, y sabedor de ello su venerable abuelo, llaman-

PQ2220

D75



Esta obra es propiedad de los Editores.



## DIAS EN EL CAMPO

Ó SEA

## PINTURA DE UNA BUENA FAMILIA.

### DIA VEINTE Y DOS.

El lector no habrá olvidado que el sábio Filberto explicó á los niños Alejandro, Antonio, Eugenio y Carlos, una alegoría sobre el tiempo. Tambien se recordará que despues de haberles manifestado el fin moral de dicha alegoría, les prometió darles otra por escrito, para que los muchachos procurasen adivinar su sentido moral, escribiéndolo al márgen. Alejandro y sus amiguitos recibieron efectivamente del sábio Filberto, esta alegoría, sobre la cual trabajaron muy afanados bastante tiempo sin acertar á explicarla. Mas ya por fin llegaron á conseguirlo, y sabedor de ello su venerable abuelo, llaman-



do á los cuatro niños les dijo:—Ahora bien, queridos míos, hace bastante tiempo que os he dado una alegoría para que la explicáseis á vuestro modo. La habreis abandonado por vuestros estudios, ó no habéis podido comprender su sentido?—Oh! sí señor, contestó Alejandro; es cierto que hemos gastado ocho días en descifrarla, pero al cabo hemos conseguido nuestro objeto.—Véamos pues la explicación, dijo Filberto, que aunque yo no la tengo por difícil, basta que os haya costado ocho días de estudio, para que la estime.—Pero antes, abuelito, prosiguió Alejandro, queréis oír un pequeño apólogo que yo he compuesto esta mañana?—Le oiré con gusto.—Pues dice así:

## EL VIAJERO QUE LLEGÓ Á VIEJO.

### FABULA.

Cierto viajero joven, corpulento y robusto, tenia que atravesar de noche un bosque para pasar una gran ciudad. Dijéronle que aquel sitio era muy peligroso, y que haria muy mal en no llevar armas, puesto que no tenia escopeta ni pistolas, ni siquiera un simple baston,

Burlóse del aviso, y siguió su camino. Con todo, antes de internarse en el bosque lo pensó mejor, y se persuadió de que tenia razon el que le dió el consejo de las armas, pues en caso de que le atacasen no podria defenderse.—Si yo tuviera un garrote, dijo, á lo menos ya podria resistirme.

Y en esto, mirando á todos lados, divisó á poca distancia un arbolillo plantado sin duda la víspera, de cinco piés de altura á lo mas, y sin ninguna rama. El viajero se abalanza al pobre arbolillo, y comienza á menearlo á uno y otro lado para arrancarlo de la tierra.—Qué haces? exclamó el arbolito con voz lastimera; si apenas he nacido, cómo quieres ya privarme de la existencia? mis raices comenzaban á estenderse por el suelo, y tú me impedirás que crezca, y que algun dia levante mi erguida copa á ese cielo, cuyo benéfico rocío me habia reanimado! Para qué serviré, si ahora me arrojas? Acaso para formar grupo en un haz de leña. Con que no seré mas que un triste palo, cuando pudiera llegar á ser un árbol muy frondoso? Amable viajero, consérvame, y Dios te lo recompensará.

Enternecido el viajero al oír la justa plegaria del arbolito, le dejó, hacinando junto á el para fortalecerle la tierra que habia empezado á remover, y siguió su camino confiado en su

fuerza, y en el amparo de la Providencia, si le salian al encuentro.

Razon tenia en esperar que nada le sucediese en el bosque. Pasólo con felicidad, llegó al pueblo, despachó sus negocios, volvióse á Paris, casóse, fué padre y abuelo. Llegado que hubo á una larga y dichosa ancianidad, adornada su cabeza de venerables canas y contando sesenta años bien cumplidos desde su primer viaje, con lo cual completaba ochenta y tres inviernos, tuvo que volver á la ciudad consabida. Púsose, pues, en camino apoyado en un fuerte y nudoso báculo, y hallándose en el campo contiguo al temible bosque, advirtió muy alborozado, que donde antes era madriguera de foragidos, habian edificado hermosas tiendas, quintas y diferentes granjas, con lo cual se habia desvanecido el terror que aquel paraje inspiraba en otros tiempos.

No obstante, como hiciese un calor excesivo, y el pobre viejo estuviese bañado en sudor, á la vez que se anunciaba una furiosa borrasca, se afligió en extremo. Comienzan á caer algunas gotas de agua... no tardan en desprenderse torrentes de lluvia, y el anciano medio muerto de calor y de cansancio, busca por todas partes donde guarecerse y solo encuentra un árbol corpulento, cuya poblada copa é inmensas ramas forman una techumbre impenetrable. Re-

fugióse, pues, debajo de este árbol, sentóse junto á su tronco, respiró, refrigeróse, y estaba viendo caer el agua sin que le tocase una sola gota.—Árbol hospitalario, exclamó lleno de agradecimiento, cuántas gracias te doy!...— Ahora conoces, le respondió el árbol, que ningún beneficio queda sin recompensa tarde ó temprano... ¿Te acuerdas cuando querias arrancarme hará unos sesenta años? Ah! yo era débil entonces; era un simple arbolillo; te supliqué que me dejaras la vida; tuviste esa generosidad, y hoy tengo la dicha de servirte de abrigo. Mi fuerza, mi corpulencia, mi copa respetable, todo, todo lo debo á tu compasion. No olvides, pues, que un simple ramo se hace árbol, y que el niño cortado en su aurora por la guadaña de la parca, hubiera sido tal vez un dia un hombre grande, el bienhechor de sus semejantes, y la lumbrera de su siglo. Léjos de destruir, amigo mio, respetemos la juventud en las obras de la naturaleza, porque llegará dia en que nos pagarán con réditos la utilidad, que siendo demasiado jóvenes, no pudieron tener para nosotros. Salve ¡oh venerable anciano! sigue tu jornada, regocíjate, acordándote que yo te debo los siglos que el cielo me destina de vida!...

Así habló el árbol hospitalario, y el anciano viajero le bendijo continuando su marcha,



Ved aquí mi apólogo, añadió Alejandro, después de haberlo leído: qué os parece de él, abuelito?—Yo no sé que te diga, replicó el sábio Filberto, si tú has sido el autor, es cosa prodigiosa; porque con once años no mas...—Pues señor, yo creo que no es de lo mejor.—Es un poco largo, contestó Filberto y toda esa relación pudiera haberse encerrado en siete ú ocho líneas; hay algunas espresiones triviales; pero el fin moral es excelente, y por lo mismo dudo hayas escrito este apólogo sin ayuda de vecino. Apelo á tu ingenuidad.—Os protesto, abuelito, dijo Alejandro, que no he tomado consejo de nadie, y únicamente se lo he leído al maestro de la escuela, que me hizo corregir una que otra cosa.—Acabáramos... Yo bien decía que alguna mano mas ejercitada que la tuya habia limado tu estilo, sin embargo de que no es muy elevado. Pero, hijo mio, tu apólogo demuestra que sabes reflexionar, y como digo, me gusta mucho su moralidad; por lo cual te doy una sincera enhorabuena... pero véamos nuestra alegoría.—Sí señor. Voy á leeros primero el texto, y después nuestra esplicacion.

## EL RIO Y LOS ARROYOS.

Un rio caudaloso, ancho y profundo, llegó con el discurso del tiempo á formar una madre distinta de la que antes tenia, y sin abandonar la primera, desaguó en ella un riachuelo, del cual salian quince arroyos, que al principio serpenteaban errantes por la llanura, y entrándose por las mieses destruian con su invasion repentina la esperanza del afanado labrador. El riachuelo que debia toda su pureza y majestad al rio, aumentó con sus aguas el curso de los arroyuelos, obligándoles á que siguiesen un camino recto, á que se contuviesen dentro de arreglados lindes, y á que murmurasen con tranquilidad y sosiego por entre menudas guijas, hasta que derramando, cuando les llegase la vez, la superabundancia de sus aguas en otros canales, pudiesen dar origen á otros arroyos. En el dia los primeros, por lo cristalino de sus ondas, embelesan la vista del viajero, refrescan los amenos parajes de los contornos, humedecen el campo del labrador, fertilizan sus granos, y forman toda su esperanza, su placer y su consuelo. Pregúntase ahora, ¿qué significan el rio caudaloso, el riachuelo y los arroyos?—Yo no sé si habremos acertado exclamó Alejandro, pero aquí está nuestra esplicacion. El rio ancho y profundo sois vos, abuelito, de

quien ha recibido la vida el autor de la nuestra: papá es el riachuelo de donde han salido quince arroyos; estos quince arroyos somos nosotros, porque diez hijos del señor Arleville y cinco sobrinos hacen quince, y como nosotros componemos cabalmente este número, ved aquí por donde hemos podido adivinar la alegoría. Continuemos: estos quince arroyuelos eran al principio algo traviosos, y corrían desenfrenados por la llanura, destruyendo las esperanzas del buen labrador, lo cual quiere decir, que siendo nosotros al principio demasiado jóvenes para arreglar nuestra razón, éramos unos loquillos que no sabíamos lo que hacíamos, y que como todos los muchachos manifestábamos mil defectos. Pero el riachuelo, es decir, nuestro buen padre, nos ha trazado una senda recta, nos dá una sábia educacion, cultiva nuestro entendimiento, y así nos irá guiando hasta que llegando á ser esposos y padres, podamos hacer otro tanto con otros arroyuelos, esto es, con otros niños; y en el dia, por medio de algun talento, y de algunas buenas prendas morales somos la esperanza de la posteridad, de la cual, andando el tiempo, nos esforzaremos por ser el ejemplo, el apoyo y la edificacion. No es esto abuelito? —Así es, queridos hijos míos, contestó el sábio Filberto; así es, sobre poco mas ó menos. Con todo, sin aplicar precisamente á nues-

tra familia esta alegoría, podemos generalizar su sentido, y sin hablar de mí, de vuestro padre y de vosotros, decir que un virtuoso padre de familias, que cuida de sus hijos como corresponde, ve á estos con el mayor gozo producir otros que crecen á su vista con juicio, talento y virtudes, llegando á ser un dia hombres bien educados, amiguitos míos, y no podeis imaginar cuánto celebro lo que habeis trabajado con mi fabulilla, pues en esto me dais á entender, que vuestra razón es verdaderamente superior á vuestra edad. Abrazadme todos, y recibid esta prueba de mi estimacion y del paternal afecto que os profeso.

Hizo el sábio Filberto algunos regalillos á los cuatro muchachos; y tomándolos de la mano los llevó á sus padres, á quienes contó este suceso, añadiendo lo muy satisfecho que de ellos quedaba. La alegoría, esplicada por Alejandro, dió asunto para la conversacion de toda la Cartuja lo restante del dia.



DIA VEINTITRÉS.

Era la hora del mediodía: parte de nuestros muchachos está mirando desde una azotea el camino real por donde venían dos sillas de posta, una á la derecha y otra á la izquierda, y ambas al parecer con direccion á la Cartuja. Sin embargo, solo una entró en ella, y vieron apearse á un venerable anciano, que preguntó á los criados si el señor Arleville y su amada familia estaban en la quinta; y como le hubiesen contestado que sí, se adelantó el anciano hasta el salon, extrañando que al pronto no le conociesen. Dirigiéndose entonces al señor Arleville:—¡Por ventura, señor, le dijo, se habrán borrado de vuestra memoria mis facciones? Creo que sí; pero no es milagro, puesto que una sola vez he tenido la honra de veros en Paris con vuestro hijo Enrique. Acordáos que comi-

mos juntos en casa de nuestro procurador.— Ah! replicó Arleville, ¿seréis vos el señor Darcelan?—Muy servidor vuestro: tambien recordareis, que habiéndoos entonces referido los principios de un pleito singular que promovieron contra mí dos mozalvetes, os prometí que cuando fuese sentencia o, me tomaria la libertad de venir á Roseville á informaros de su buen ó mal éxito; y como vuestra generosidad y el interés con que mirábais mi asunto me alentaron á ello, vengo ahora, como veis, á cumplir mi palabra.—Me haceis en esto el mayor favor. ¿No rodaba el pleito sobre una cantidad de cuatrocientos mil reales, que os pedian á un mismo tiempo dos diferentes sujetos en fuerza de un solo recibo?—Cabalmente. Permitidme, pues, que os refiera la conclusion.—Pero antes descansareis...—No, no estoy cansado, y por lo mismo voy á referiros lo acaecido, seguro de que el éxito de mi pleito, que yo estaba muy léjos de prever entonces, ni vos lo adivinareis ahora, podrá exitar vuestro interés.

FIN DE UN PLEITO SINGULAR.  
DE BIBLIOTECAS

Supongo que no se os habrá olvidado que siendo dependiente del banquero Perard, de



cuya hija Eugenia estaba yo en extremo enamorado, y de la cual era del mismo modo correspondido, me fué preciso para conseguirla una suma de cuatrocientos mil reales, que su padre necesitaba. Tampoco se os habrá borrado de la memoria que pasé á Nantes esperando que un antiguo amigo de familia, que me dió con la puerta en los ojos, me presentaría dicha cantidad, y que á la vuelta de mi inútil jornada, consolado por los dos negociantes Beloc y Bombal, hallé los cuatrocientos mil reales en letras de cambio sobre la mesa de mi cuarto, con un billete, en el cual se me daba á entender que debía agradecerlos á la generosidad de uno de los dos, aunque ni uno ni otro se me descubría. Escribí aceleradamente un recibo, y se lo entregué al anciano Bombal por sospechar que él habia sido mi bienhechor. Me parece que nada de esto dejareis de tener presente; pues ved ahora las consecuencias.

Llegado que hube á Paris me casé con mi Eugenia, y he sido feliz con su amable compañía. Veinte y tres años corrieron sin recibir ninguna noticia del que me habia prestado aquella cantidad, hasta que por fin una mañana cierto jóven que se decia hijo de Beloc, vino á reclamarla, presentándome mi recibo: díjele que volviera dentro de ocho dias; al siguiente me presentó el mismo recibo el hijo de Bom-

bal pidiéndome tambien la misma suma, y entonces conocí que uno de los dos debia ser un gran petardista. Mas cuál de ellos? Tal vez lo serian entrambos... Hé aquí mi primera sospecha. Tratélos de impostores, citároume ante la justicia, y me defendí con todo empeño.

Mis dos contrarios, que con efecto han perdido sus á padres, son los que dicen ser, el uno hijo de Beloc y el otro de Bombal. Mi recibo, hallado entre los papeles de este último, ha pasado á manos de su hijo, el cual segun toda verosimilitud lo presta á su amigo para tentar dos medios de hacerme restituir, en caso de que uno se malogre, y esto me demuestra claramente que su causa es mala. Y á la verdad, ¿qué es lo que dice mi recibo?

“No hay duda que de vuestra mano he recibido los cuatrocientos mil reales que acabo de hallar sobre la mesa de mi cuarto. Quiera el cielo que os encuentre algun dia para entregaros esta cantidad á la cual debo mi existencia, y lo que es mas precioso, el objeto de todos mis votos, mi Eugenia!—*Darcelan.*”

Estas son las propias espresiones del famoso recibo, en el que ni nombro á Beloc ni á Bombal, aunque reconozco demasiado tarde que anduve poco reflexivo en ello. Sea lo que fuere, como mi conciencia y mi honor no me permitian negar un servicio tan señalado, confesé

sin rebozo ante los jueces, que hallándome en tal meson entre el camino de Nantes á Paris, ví una mañana al despertar, la referida suma en letras de cambio, colocadas en mi cartera, que estaba sobre la mesa; que sospeché que uno de los dos ancianos Beloc, ó Bombal, me habian hecho este favor tan precioso entonces para mí; que sin embargo, cuando quise hablarles de ello, y darles las gracias que merecian, se mantuvieron en la negativa; y en fin, que despues nunca supe su paradero. Estos son los hechos. Parece una cosa muy pasmosa el que en un siglo de egoismo y de rapacidad como el nuestro, un extraño hubiese dado á otro, que solo conoce por compañero de viaje, una cantidad tan considerable como la de cuatrocientos mil reales; pero todavia crece la admiracion si se reflexiona que este bienhechor no confiesa con ingenuidad en una conversacion familiar el acto heróico que acaba de ejercer, y que rehusa aceptar de manos del favorecido un recibo indeterminado que le pone en disposicion de recobrar aquel dinero con el tiempo, sin perjudicar la herencia de su hijo, cuando dicho favorecido consiga con aquellos fondos una fortuna honrada. Es sumamente raro encontrar un corazon tan noble y generoso... Y si uno de los dos ancianos ha hecho este favor, es preciso que lo sepa el otro, atendiendo á la es-

trecha intimidad con que se tratan... Y el otro niega igualmente! y ambos á dos parece que se maravillan cuando el favorecido les da las gracias, y quiere entregarles el recibo.

Cada uno de mis colitigantes apoya su derecho en estas razones, con corta diferencia. Mi padre era bondadoso, sensible y amigo de hacer bien; observó que un jóven desesperado acababa de cargar sus pistolas con ánimo de quitarse la vida, acudió á socorrerlo, aunque sin darse á conocer, por una excesiva generosidad. Constituido mi padre en artículo de muerte me participa el inapreciable sacrificio que ha hecho en favor de un extranjero: entrégame el recibo de Darcelan, y al fin me encarga que exija una justa restitution de un hombre que en la actualidad está bastante rico.—Bien! pero Darcelan no ha firmado dos recibos.—Yo ignoro cuáles son las pretensiones de mi compañero.

Confúndense los jueces, atenta mi declaracion y haber confesado que debia los cuatrocientos mil reales á uno de los dos padres; y viendo yo esto, intento valerme de otro medio en audiencia plena, y separada de cada una de las partes.—Cuando vuestro padre viajaba conmigo, dije, iba solo. No llevaba secretario ni criado, y por consiguiente debió haber escrito él mismo el billete que hallé junto á la cartera ya citada. Pido al tribunal que se busque al gun



papel escrito del puño y letra de los dos viejos, y que se confronte con la del billete, de lo cual resultará que la que sea conforme con ella, decidirá la cuestión.

Pareció muy justa mi solicitud á los jueces y al punto se les intimó á mis contrarios presentasen algún escrito de sus padres. Turbáronse, dijeron que no tenían ninguno, y esta negativa degeneró en sospecha contra ellos. A fuerza de diligencias pude hallar entre algunos comerciantes varias cartas y otros documentos firmados por Beloc y Bombal, siendo de advertir que la letra del uno era tan semejante á la del otro, que fué preciso recurrir á nombramiento de peritos. Pretendieron entonces los contrarios que sus padres se habrían valido para escribir el referido billete de una mano estraña... —Nosotros no estábamos allí, y por otra parte, no era posible acordarnos de esa circunstancia, por ser demasiado tiernos: además, nuestros padres no nos dijeron nunca que hubiesen dejado ese billete al lado de la cartera, y probablemente es suplantado el que ahora se presenta. Sin duda ha sido forjado por órden de la parte contraria, para enredar á la justicia. Lo único á que debe atender el tribunal, es á los dos recibos, que son de mas importancia que el billete, y la artificiosa declaracion que ha dado

de que solo es dendor á uno de nuestros padres. Pero en fin, que pague á uno de nosotros y el otro hará el sacrificio de renunciar á su derecho.

Entretanto, el negocio caminaba con lentitud, y los supuestos acreedores no las tenían todas consigo, previendo las funestas consecuencias que podrian seguirseles. Por lo mismo, insistieron en que pagase yo los cuatrocientos mil reales y se dividiese esta suma por iguales partes entre los dos. No desagradó al tribunal su proposicion; y yo que con esto hallaba un arbitrio para desempeñar mi crédito, dándoseme muy poco el saber á punto fijo á que manos pasaria la tal cantidad, convine en ello, siempre que se me devolviesen los recibos. Señalóse dia para confirmar este arreglo, y ya estaba resignado contra este golpe de la suerte, cuando una circunstancia inesperada cambió del todo el aspecto de este pleito singular, dándosele un curso muy diferente. Prestadme ahora vuestra atencion, señores, pues ya he llegado á lo mas interesante.

Acostumbrado despues de mucho tiempo á manejar mis negocios sin comunicarlos con mi esposa, la cual por otra parte no dudaba de mi honradez, actividad y juicio, tenia además poderosos motivos para ocultarla este pleito con mas cuidado que otro cualquiera, por no afligirla con la memoria de los obstáculos que en

otro tiempo estuvieron á punto de impedir nuestra suspirada union. No hay duda que mi tierna Eugenia me hubiera dicho:—Amado Darcelan ¡cuántas penas te he causado! Cuántos cuidados te causo todavia!... Y en mi casa entraria la tristeza que era lo que yo deseaba evitar. Por este motivo no la decia una palabra del pleito que me traía agitado y ella ignoraba que se me hubiese promovido un litigio por la restitucion de los famosos cuatrocientos mil reales á cuyo poderoso influjo debia yo su mano y mi felicidad.

La mañana misma del dia de mi fallo, entró casualmente mi esposa en mi despacho para comunicarme un asunto doméstico; y viéndome ocupado en contar dinero y al mismo tiempo pálido, demudado y lleno de turbacion, me preguntó con tanta ternura y dolor la causa de mi pena, que no pude menos de exclamar:—¡Oh adorada Eugenia mia! sabe que hoy mismo voy á restituir la cantidad que me ha proporcionado la dicha de ser tu esposo.—¿Qué suma? preguntó muy admirada.—Los cuatrocientos mil reales que me prestaron hace veinte y tres años en el camino de Nantes.—Cielo! y á quién debes restituirla!—A los hijos de los que me hicieron el préstamo; me la reclaman por medio de un pleito.—Sus hijos! Ah! eson son unos impostores!—Sí, el uno de ellos, es al menos un

insigne bribon; yo así lo creo tambien.—Pues yo digo que lo son entrambos.—Cómo entrambos! No es posible...—Querido esposo, ni Belloc ni Bombal te han prestado esa cantidad. Ella se te dió á tí en donacion para toda la vida. Perdóname que te haya ocultado hasta ahora ese misterio, pero no me estaba á bien alabarme de la felicidad que yo misma he proporcionado á mi esposo.—Tú! habrias proporcionado esa suma?... Pero si nada tenias, querida Eugenia, cómo sería posible?...—Ya lo sabrás todo. Quiero ir á la audiencia contigo, y verás como confundo la impostura, ilustro á los jueces, y hago que conserves la cantidad que preparabas para esos malvados.—Pero Eugenia... y las pruebas!—Las tengo... En fin, no te pido mas que una hora para disponerme. Corre á la audiencia, prepara el ánimo de los jueces para que me oigan, y vete sin cuidado.

Retiróse dicho esto llena de alegría. El candor, el noble orgullo de salvar á su esposo de las manos de la maldad brillaban en su rostro, y parecia que la animaba un soplo divino. Me dirijo á la audiencia donde hallo á mis dos contrarios llenos de alegría esperando la suma que iban á introducir en sus bolsillos. Divertíme un rato á su cuenta, y procuré ganar tiempo hasta que llegase mi esposa.

—Señores magistrados! exclama ella con fir.



meza al entrar en la sala. Vengo á denunciaros á estos dos impostores (señalando á mis dos contrarios). Sabed que ni Beloc ni Bombal prestaron jamás á mi esposo el dinero que ahora le reclaman: yo, yo he sido la que tuvo la dicha de proporcionarle esa cantidad. Dignáos oírme. Como mi padre hubiese apreciado mi mano en cuatrocientos mil reales, el pobre Darcelan, confiado en una loca esperanza, partió volando á Nantes. Sola y entregada á mi amargo dolor tomé un partido violento, pero que me proporcionaba el logro de mis deseos. Vendí mis joyas y obtuve por ellas cuatrocientos ochenta mil reales. Revelo mi secreto á un criado de toda mi confianza, y llena de impaciencia le digo:—Corre, vuela en seguimiento de Darcelan, y en cualquiera parte donde le hallares procura obligarle á que acepte esta cantidad que te entrego, sin decirle quien se la envía. Esos ochenta mil reales son para tí, pues ya no quiero nada, nada despues de haber trabajado en nuestra comun felicidad. Parte sin dilacion el criado, encuentra á Darcelan en una posada, sabe la repulsa que ha sufrido, y su desesperacion, y halla el ingenioso arbitrio de que reciba la cantidad exigida por mi padre, como si vin ese de mano de uno de sus dos compañeros de viaje. Ved aquí la verdad, jueces: ved ahora las pruebas. Presentáos amigos.

Entraron dicho esto en el salon de audiencia las personas que habian acompañado á mi esposa y el fiel criado.—Aquí teneis, prosiguió Eugenia, al comprador de las joyas, estos registros de su libro de caja y mi recibo acreditan las operaciones respectivas... Este hombre es el criado que fué siguiendo á Darcelan, que introdujo en su cartera con todo secreto los cuatrocientos mil reales en letras de cambio, y en fin, el mismo que escribió el billete que acompañaba á la cartera. Podrá el tribunal si quiere, hacerle escribir cualquiera cosa para confrontar las letras. Aquí teneis tambien el recibo del cambista con quien contrató para librar la mencionada cantidad... y últimamente, ahí está el mesonero en cuya posada se albergaron mi marido y los dos ancianos. Este hombre se halla actualmente establecido en Paris y por eso he podido buscarle esta mañana. Él declarará que reconoce á mi criado; que estuvo en su meson tal dia y á tal hora, y que fué el que le dió parte de la sorpresa que queria causar al viajero Darcelan. ¿Quereis todavia mas pruebas para confundir á estos dos perversos?...

Los jueces llenos de asombro y de admiracion hacen declarar al comprador de las joyas, al criado y al mesonero: todo resulta probado, y mis dos pícaros, demudados y confusos, confiesan llenos de vergüenza, haber hallado mi

recibo entre los papeles del anciano Bombal, y que desde luego pensaron en sacar un buen partido de este hallazgo, no obstante que sus padres les habian referido mas de una vez el suceso de Darcelan, protestándoles que ninguno de los dos habia tenido la dicha de socorrer á este amante desesperado.

Así finalizó este pleito, señor Arleville; los malvados quedaron libres con algunos días de cárcel; y yo vuelto á mi asilo, estreché tiernamente entre mis brazos á mi adorada Eugenia, que me hubiera ahorrado tanto enredo si antes la hubiese descubierto yo el secreto de mi pleito.

Calló Darcelan, y todos se pusieron á discursar sobre la noble conducta de su esposa. Tributaron mil elogios á su honrado proceder, á su discrecion y á la noble firmeza con que se presentó á los jueces; y el señor Arleville despues de dar las gracias al señor Darcelan por su atencion en venir á comunicarle un suceso tan extraordinario, le rogó que pasase algunos dias en la Cartuja, lo cual aceptó muy agradecido.

## DIA VEINTICUATRO.

Pasébase Cipriano cierto dia con Enrique, Teodoro, Clara, Elisa, etc., y recayó la conversacion sobre la felicidad que gustaban, y el sagrado vínculo que une á los hermanos.—Sabeis, decía Cipriano, que no hay amigos mas verdaderos que los hermanos y hermanas, criados juntos desde la infancia? Entre ellos nada oculta el corazon; se disimulan los defectos, se profesan un eterno cariño; y finalmente, así como participan en comun de los beneficios de un buen padre, llegando á grandes, los bienes de los hermanos deben comunicarse igualmente.—Eso es lo que sucede siempre, replicó Teodoro, pues las leyes distribuyen entre los hermanos por iguales partes la herencia de sus padres.—No es eso lo que yo quiero decir, contestó Cipriano. Lo que yo entiendo es, que cuando uno de



recibo entre los papeles del anciano Bombal, y que desde luego pensaron en sacar un buen partido de este hallazgo, no obstante que sus padres les habian referido mas de una vez el suceso de Darcelan, protestándoles que ninguno de los dos habia tenido la dicha de socorrer á este amante desesperado.

Así finalizó este pleito, señor Arleville; los malvados quedaron libres con algunos días de cárcel; y yo vuelto á mi asilo, estreché tiernamente entre mis brazos á mi adorada Eugenia, que me hubiera ahorrado tanto enredo si antes la hubiese descubierto yo el secreto de mi pleito.

Calló Darcelan, y todos se pusieron á discursar sobre la noble conducta de su esposa. Tributaron mil elogios á su honrado proceder, á su discrecion y á la noble firmeza con que se presentó á los jueces; y el señor Arleville despues de dar las gracias al señor Darcelan por su atencion en venir á comunicarle un suceso tan extraordinario, le rogó que pasase algunos dias en la Cartuja, lo cual aceptó muy agradecido.

## DIA VEINTICUATRO.

Pasébase Cipriano cierto dia con Enrique, Teodoro, Clara, Elisa, etc., y recayó la conversacion sobre la felicidad que gustaban, y el sagrado vínculo que une á los hermanos.—Sabeis, decía Cipriano, que no hay amigos mas verdaderos que los hermanos y hermanas, criados juntos desde la infancia? Entre ellos nada oculta el corazon; se disimulan los defectos, se profesan un eterno cariño; y finalmente, así como participan en comun de los beneficios de un buen padre, llegando á grandes, los bienes de los hermanos deben comunicarse igualmente.—Eso es lo que sucede siempre, replicó Teodoro, pues las leyes distribuyen entre los hermanos por iguales partes la herencia de sus padres.—No es eso lo que yo quiero decir, contestó Cipriano. Lo que yo entiendo es, que cuando uno de

los hermanos es mas rico que los otros, debe darles lo que á ellos les falta para que puedan gozar una fortuna igual á la suya. Por ejemplo, tengo yo mil francos de renta, y tú no tienes mas que seiscientos; pues debo darte ciento cincuenta de los míos para que nos igualemos un tanto; y si acaso lo pierdes todo por un revés de la suerte, y yo tengo mucho ¿parecerá bien que deje á mi hermano en medio de la miseria cuando á mí me sobra todo? Ah! yo nunca permitiría tal cosa.

—Lo que estás diciendo, Cipriano, dijo Enrique, da honor á tu corazón, que á la verdad es mucho mejor que tu cabeza. Sin duda sería muy bueno que un hermano socorriese á otro hermano, puesto que disfrutaron juntos el cariño, la educación, los socorros y los beneficios de su padre; así debería ser; pero no es lo que sucede, ó por lo menos es muy raro. Cuando uno llega á grande solo se acuerda de hacer su negocio, y el que tiene mas actividad, ó sabe darse mejor maña, se enriquece, y no da nada al otro; léjos de eso, si este le debe algun dinero, yo te aseguro que se lo hará pagar en justicia, pleiteando con tanto ahínco, como si fuera un extraño.—¡Qué horror! dijo Cipriano, litigar entre sí unos hermanos, tratarse cual si fueran desconocidos! Eso no puede ser, Enrique, tú te engañas, y no puede menos de haber

leyes que se opongan á semejante conducta; y así como si yo necesitase en el día de alguna moneda para comprar dulces ó cualquiera otra golosina, me la darías, si tuvieras mas que yo, así tambien debe suceder cuando uno llega á ser hombre, con la diferencia de que no se darán las monedas entonces para golosinas, sino para cosas útiles. Yo á lo menos, si llego á tener una buena mesa, una buena casa, coches, caballos, muchos lacayos... y sé que mi hermano está mal hospedado, mal alimentado, que es padre de familia, que no le basta cuanto gana para mantener su casa, te parece que no le socorrería? Oh!... vive seguro Enrique, que hay leyes que me obligarian á ello.—Me haces reír con esa franca ingenuidad, leyes que obliguen á alguno á dar á un extraño su hacienda?—Pero los hermanos no son extraños...—Pues cree que llegará á serlo, y á veces peores, mas encarnizados unos con otros, y mas ingratos entre sí, que si lo fuesen.—Vaya, vaya yo no creo nada de eso, y si no mira; papá tiene diez hijos, no es cierto? Pues bien, ha traído á su casa otros cinco muchachos que son sobrinos suyos, y que no tenían padre ni madre, ni mas amparo en la tierra; los ha confundido en su cariño con nosotros, los alimenta, los viste, los educa como á nosotros mismos...—Y piensas tú que esa es obligación, ó que las leyes le precisarian á ha-



cerlo así?—No digo tanto, aunque bien podría ser; pero si no lo hiciese, presumo que todos lo censurarían...—Tampoco tienes razón.—Sin embargo, supón tú que sus cinco sobrinos llegan á grandes: no te parece cosa horrorosa que uno de ellos enriqueciese y no abriese su mano para socorrer á los otros cuatro, puesto que habian participado juntos de los beneficios de su padre?—Oh! dijo Evaristo, yo no dejaría perecer de hambre á mis hermanos, y haría con ellos lo que han hecho conmigo y con todos nosotros.—Sí, replicó Enrique, tú lo harías, pero tu ejemplo no lo seguirían los demás hombres. A lo menos así lo presumo, pero ya viene mi padre, y nos dirá si hay alguna ley que obligue á los hermanos á que dividan igualmente lo que cada uno gana para sí.

Llegó Arleville adonde estaban sus hijos, y preguntándoles de qué trataban, esplicóselo Enrique, y el padre de familia exclamó:—Hijos míos, la única ley y la mas eficaz que conozco en semejante caso, es la de la naturaleza, y la voz de la sangre y de la beneficencia; mas son pocos los que la oyen, y como ha dicho muy bien Enrique, se ven con frecuencia hermanos encarnizarse unos con otros por el vil interés, con mas furor que si fuesen estraños. Vosotros, hijos míos, os amais, os estimais; y en una palabra, os dais mútua promesa de union y de ca-

riño para cuando seais grandes; todos lo muchachos hacen lo mismo; pero cómo cambian cuando son adultos! Ya no se consideran como individuos de una misma familia, sino que cada uno abraza su partido, y se coloca conforme puede; se aborrecen; y por lo comun podreis esperar mayores servicios, mas estimacion, y mas verdadera amistad de parte de un estraño, que del que ha salido del mismo vientre que vosotros. Hijos míos! os lo confieso con sentimiento: es muy raro ver que los hermanos se socorran y amparen mútuamente; y el hombre sensible no debe buscar, generalmente hablando, dentro de su familia un verdadero amigo. El cielo que ha previsto esa ingratitude y ha querido remediarla, hace que dos estraños no formen mas que una sola persona, aunque sean absolutamente diferentes en el nacimiento y en los primeros hábitos de su educacion. El amigo, hijos míos, que reúne los buenos sentimientos que deberían hallarse entre los parientes, os los dará á conocer la historia siguiente de un conocido mio. Sentémonos sobre la fresca yerba, que corona este manso arroyuelo; y vereis por mi relación, cómo respondo á Cipriano y á Enrique, manifestándoos al mismo tiempo qual es vuestro modo de pensar ahora que sois muchachos, y el que me recelo tengais algun dia.

¿EN DÓNDE, PUES, HALLARÉ LA FELICIDAD?

Lucival, joven honrado y sin fausto, que era hijo de un particular parisiense, que vivía del producto de una gran casa que heredó de sus padres, había hecho su fortuna por medio de su actividad y trabajo; poseía diferentes conocimientos, no como profesor, sino como aficionado; no era hermoso, aunque tampoco era tuerco, ni jibado como suele decirse; sus ojos eran muy vivos, su estatura proporcionada, su entendimiento despejado, y su corazón excelente, sensible, virtuoso, y sobre todo confiado hasta el exceso. Parecía que todos los hombres eran bondadosos como él, y creía de buena fé que la palabra de *amigo* iba siempre acompañada de todo lo que caracteriza este bello nombre. Tenía un hermano mayor á quien solía visitar de vez en cuando; la conducta de este no era relajada; pero era un joven indolente, que solo pensaba en divertirse y pasar alegremente el tiempo. Había fallecido su madre, y nuestro Lucival, como hijo humilde y desinteresado dejó en poder de su anciano padre la parte que le correspondía de la herencia de aquella, que sobre ser bastante considerable, ya podía disfrutarla por ser mayor de edad. Dedicado al

estudio de las artes y á su profesion de negociante que le granjea una buena, renta, trabó conocimiento con una señorita, hija de padres ricos, á quienes la pidió por esposa, logrando la dicha de obtener su mano. Elisa, que así se llamaba la doncella, le trajo en dote una suma cuantiosa, y una casa, especie de castillo aislado, á mas de cien leguas de Paris. Con todo, no penséis que la riqueza de su mujer fué la que tentó á Lucival, pues no veía en esta union mas que la dicha de poseer una compañera virtuosa y amable á quien adoraba, esperando de ella la felicidad; pero no tardó en suponer que Elisa era algo coqueta, caprichosa, inconstante en sus inclinaciones, de poco talento, y sin ningun carácter, pareciéndole ademas que su corazón era duro y nada á propósito para congeniar con el suyo. A pesar de todos estos defectos imaginarios no se disminuía el cariño de Lucival, quien la trataba con las atenciones mas finas; procurando apartarla de sus negocios y no consultándola en nada sobre sus operaciones; en una palabra, tomó él solo á su cargo el manejo de la casa; considerando que su mujer no servía para gobernarla, y que únicamente podía suavizar con su cariño conyugal el tedio de la soledad que experimenta siempre un solteron.

Encerrado, pues, en su despacho y sin dar parte á Elisa de ninguno de sus asuntos, no tu-



vo tiempo ni curiosidad de visitar la casa que aquella le habia traído en dote. Conoció Lucival que la poca confianza que tenia en su esposa daba motivo á ésta para afligirse; pero siguió su método de vida, hecho dueño absoluto de toda su casa.

Ya os he dicho, hijos míos, que Lucival tenia un corazón sumamente franco é ingenuo, y que á excepcion de su mujer, en todos tenia confianza, llegando á tales términos, que no pudiendo por sí solo dar cumplimiento á sus muchas ocupaciones, le robaban los criados, le engañaban sus infieles cajeros, y le petardeaban los advenedizos, siendo lo peor el que conoció muy tarde este desorden. Quiso al fin repararlo, mudando de sirvientes, pero fué de mal en peor, hasta que aburrido enteramente de aquel tráfico de negocios, y de la chusma de importunos que á todas horas le sitiaban, determinó abandonar el comercio, y retirarse á una hermosa casa que poseia. Puso en práctica todo esto sin consultar ni participárselo siquiera á su esposa; y tuvo la injusticia de pensar, viendo la pesadumbre que á esta le causaba, que provenia del recelo de no tener en ella en lo sucesivo libertad para concurrir á bailes y tertulias. Intentó por lo mismo darle satisfaccion en cuanto á este punto; y Elisa encogiendo los hombros, le dijo que la conocia muy mal, reconvi-

niéndole, y con razon, por las continuas reservas que con ella gastaba... Ello es que por una extravagancia incomprensible, Lucival estaba persuadido de que todos le amaban, excepto su esposa, y le parecia que cuantos trataba eran honrados, buenos, sensibles y officiosos, esceptuando tambien á su mujer! Su anciano padre queria tenerle continuamente á su lado, y él le visitaba con frecuencia, pero sin acompañarse de su Elisa. El calavera de su hermano sacaba buen partido del crédulo Lucival, y este partia con él su dinero, su crédito y le hacia toda especie de beneficios.—Qué vínculo, se decia de ordinario á sí mismo, puede haber mas dulce que el que une al hermano con el hermano? ¡Qué lazo como el de la sangre, mucho mas fuerte sin duda que los lazos del amor y del himeneo? Dos personas estrañas la una para la otra se unen, tal vez, por razon de estado... y ¡podrán tenerse un cariño que no existe sino entre las criaturas enlazadas por el parentesco, el cual no es otra cosa que una consecuencia natural de la voz de la sangre? Formados de los mismos elementos los padres, los hijos y los hermanos, tienen un poderoso motivo para amarse, al paso que los amantes, los esposos mismos... ¡ah! la riqueza, una preocupacion, un motivo, tal vez mas bajo, los une, y les persuade que deben amarse! Ved, si no á mi Elisa: cuándo tendrá

para mí esta mujer el corazón de un hermano? No es posible; ella es una mujer virtuosa, y nada más; pero ¿dónde están aquellos desahogos de la fina amistad, aquel calor de sentimientos y expresiones, aquel vivo interés que miramos al objeto amado? Elisa por ventura tiene algo de esto? Vería trastornada mi casa sin hacer el menor alto en ello!

Así discurría, ó por mejor decir, así soñaba el engañado Lucival, sin reparar que él mismo había comprimido el corazón de su esposa, y que tomaba por frialdad y por indolencia lo que realmente no era más que una resignación de parte de ella, que la costaba muchas lágrimas.

Entretanto, el padre de Lucival cometió un error muy grande, ó llamémosle locura. Sin decir á este una palabra de sus proyectos, le envió una cartera y un billete concebido en estos términos: "Querido hijo mio: en esta carta hallarás la parte que te corresponde de la herencia de tu madre, pues he determinado rendirte cuentas, no queriendo tener por más tiempo en mi poder dinero ajeno. Darás un recibo en papel sellado al oficial mayor de mi notario, que te hará esta restitución. En cuanto á lo que poseo actualmente supongo que es mio, y que puedo disponer de ello á mi discreción. Eres bastante rico para no necesitar de mi corta herencia. No por eso dejaré de

"amarte como siempre; pero es justo que pienso con alguna seriedad en asegurar la felicidad de mi vejez. *Tu padre, etc.*"

No puedo espresaros como se quedó Lucival después de haber leído esta carta. Quisiera ver á su padre antes de firmar el recibo; pero el oficial del notario le daba tal prisa, que no hubo remedio más que verificarlo. Recoge las letras de cambio sin examinarlas, y parte volando á buscar á su padre... pero es el caso que ya no habita en el mismo parage, pues ha vendido su casa á otro dueño, y allí le dicen á Lucival que seducido el viejo por una mujercilla que lograron introducir cerca de su persona, había ido á casarse con ella en una casa de campo.

Volvióse al oír esto Lucival á la suya, pensativo y lleno de un profundo dolor.—Qué habré hecho yo, decía, que pudiese ofender á mi buen padre? Veinte años, esto es, desde que tengo uso de razón, veinte años de respeto, de ternura y de afecto verdaderamente filial á este anciano, se habrán perdido del todo! No siento perder su herencia, me alegro de que se case y deseo que sea feliz; pero pudo haberme participado sus designios; porque lejos de haberme opuesto á ellos, hubiera hecho de mi parte todo lo posible para realizarlos... Pero él huye de mí, enviándome la herencia de mi madre



con aspereza, y me oculta su paradero para que yo no pueda gozar mas de su vista, de los tiernos abrazos de un padre!...

Parte á la casa de su hermano, y hallóle desayunándose con su mujer, á quien habia dado la mano hacia pocos meses. Levántanse uno y otro para recibirle con toda cortesía, aunque con alguna turbacion. Entró en materia Lucival, leyó su carta, y preguntó á su hermano Maximino, si habia oído hablar de tal cosa?—Sí, le contestó este con tono vacilante, tambien lo sabemos por acá; mi padre me ha cerrado tambien sus puertas, y no sabemos que se ha hecho, ni en donde para. Esa mujercilla de que te ha hablado y que ha logrado engañarle, no pienses que es ninguna jóven... es una mujer como de cuarenta años, siempre achacosa y enfermiza; pero de muy buen parecer todavía. La he visto una vez en casa de nuestro padre, bien que sin sospechar... El nos deshereda... y este golpe debe serte menos sensible puesto que eres rico, que á nosotros, que no estamos bien. Sin embargo, vivamos como buenos hermanos, y hagamos por olvidarnos del hombre injusto á quien debemos la vida.

Maximino, pronunciando estas terribles palabras con el tono de un actor trágico, se arrojó al cuello de Lucival fingiendo sollozos y lágrimas con las cuales enternecido éste, exclamó:

—Sí; sé tú mi amigo, mi buen hermano! ya no somos mas que los dos; pues bien, ofrezcamos al mundo un dechado de la mas cariñosa amistad fraternal.

Pasados los primeros instantes de este desahogo fingido en el uno, y muy verdadero en el otro, el pérfido Maximino hizo recaer la conversacion sobre un asunto de mas importancia para él, diciendo:—Ahora se me proporciona una ocasion favorable de cargar algunas mercancías en una nave que se dirige á las Islas. Tengo un amigo que me prestará treinta mil francos; si tú, mi buen hermano, quisieres fiarme, este amigo, que es un rico banquero, vive á dos pasos de aquí, le iré á buscar...

Salió corriendo Maximino, y volvió á poco rato acompañado de un sugeto, cuyo nombre, profesion y honradez conoce nuestro Lucival. —Sí, dijo el banquero, si vos quereis ser fiador de vuestro hermano, á quien estimo mucho, le prestaré la suma de treinta mil francos que me pide, mediante un razonable interés; y creo que antes de un año duplicará su capital.

Lucival estuvo pensando un poco, porque conocia la desarreglada conducta de Maximino; pero al fin, viéndose estrechado por este y por su mujer, convino en todo, estendiendo la solicitada fianza.

Salió sin embargo de aquella casa penetrado

de ternura, y bendiciendo el apetecible vínculo que une á los hermanos entre sí. Acostumbrado, como ya sabeis, á tratar á su mujer cual si fuera una niña, no la dijo una palabra del matrimonio de su padre, ni de su carta, ni de haber recibido ya la herencia materna; ni en fin, de lo que acababa de hacer con su hermano.

Mantúvose triste algunos dias, lo cual sentia amargamente su esposa; y no lograba suavizar su afliccion hasta que llegó un nuevo intrigante. Era este un primo hermano suyo por parte de madre, que venia de sus viajes: llamábase John; y como viniese absolutamente necesitado, solicitó la benevolencia y amparo de su pariente. Lucival, que cabalmente habia despachado á su secretario la víspera, formó intencion de dar á su primo este empleo, aunque sin sujetarle á ciertas formalidades, pues habiéndose criado juntos, se tenian mucho cariño desde la infancia. El pobre mozo se hallaba falto de recursos; era corpulento, gallardo, de amable presencia, y ruda escaso de habilidad y buena educacion. Está resuelto; John se quedará con su primo, será su amigo, y fiel á las leyes de la sangre, que por el confiado Lucival son infalibles, llamó á Elisa únicamente para que conociese al primo, y le considerase como una nueva entidad en la casa. La infeliz Elisa que no podia menos de aprobar cuanto hacia su ma-

rido, recibió al primo con frialdad, y se volvió á su cuarto para proseguir bordando en secreto una bata que pensaba regalar á su esposo.

Un dia, hablando Lucival con John le pregunta:—¿Sabes la locura que ha hecho mi padre?—He sido enterado de ella apenas llegué á Paris.—Y has visto á tu primo Maximino?—Lo sentiría, pues me repugna su maldad.—¿Qué sabes de él?—Ignoras que él fué quien arregló el matrimonio de tu padre?—Maximino?... será posible?—No hay que dudarlo. Despues de haber disipado su parte en la herencia de tu madre, no pararon sus ardidés hasta lograr la del viejo.—Pero cómo?...—Voy á decírtelo.—La mujer de Maximino no tenia mas parientes que una tia de cuarenta años, muy astuta, pero de salud vacilante por la mala conducta que ha tenido. Maximino y su mujer dijeron entre sí:—Si lográramos casar á nuestra tia con el viejo... él tiene ya setenta y ocho años, ella tampoco le va en zaga... y heredaríamos todo. Así se hizo. Introdujeron mañosamente á la tia en casa de tu padre; y ella supo representar tan bien su papel, que, exaltada la cabeza del anciano, cayó en la debilidad de tomarla por esposa.—¿Qué malvados! Y yo lleno de candor y buena fé he dado á estos mónstruos una fianza de treinta mil francos...—Que perderás, porque Maximino está tan desnudo como yo.



John siguió tomando mucho ascendiente en la casa, y hacia cosas que solo podían tolerarlas la bondad, ó por mejor decir, la fluidez de Lucival; este le cobró tanto cariño, que le parecía el mejor de todos los hombres. Elisa fué del agrado de John, quien pensaba abusar de la hospitalidad y deshonrar á su bienhechor. Conoció Elisa desde luego la impresión que había hecho en el primo, y no tardó en confirmárselo la osadía del malvado, que le hizo proposiciones escandalosas; y como notase que esta le daba la respuesta que merecía, mudó de intento, amenazándola si no condescendía con sus torpes desos, con valerse de todo el influjo que tenía en el corazón del débil marido para sugerirle un divorcio. — Hallaré arbitrios para ello, añadió; él es necio y le haré creer cuanto yo quiera. Miradlo bien, y consultadlo mejor, antes de que me decida á tomar ese partido.

Estremeciósela la inocente Elisa, porque conocía el predominio de John sobre su esposo; no ignoraba que este siempre la había juzgado mal, creyéndola coqueta y sin carácter; por lo mismo, como ya estaba preocupado contra su esposa, sería fácil que diese crédito á las calumnias de un impostor. Descubriría los planes del primo, á su marido? Lucival no la creerá, y la venganza del perverso John será mas terrible... Formo pues otro proyecto que le pareció muy acerta-

do, y para ejecutarlo se vale de Jacobo, criado de confianza de Lucival. Dicen que no tiene carácter la virtuosa Elisa; pero ahora conoceréis su valor y su firmeza.

Mientras que ella dispone su defensa en secreto, el malvado sigue cada vez mas oficioso con Lucival, y éste, sin estimar lo bastante á su mujer, la tiene sin embargo por virtuosa, vive con la mayor seguridad, y ni aun por el pensamiento le pasa que la vecindad de un mozo gallardo y de buena presencia pueda ser peligrosa para su honra: corresponde á los tiernos cuidados de su primo, le concede toda su confianza y por esta vez cree firmemente no haber salido engañado. Seis meses se pasaron desde la entrada de John en su casa, y le parecía que con él había entrado la felicidad.

Una noche, que volvía del teatro donde había estado solo, encontró á John, al parecer, triste, inquieto y pensativo, el cual le entrega una carta de Elisa... Lucival lee lo siguiente:

“No os maravilleis, querido Lucival, si al volver á casa no me halláis en ella. Largo tiempo hace que tenía yo un secreto negocio que terminar, un viaje urgente que hacer... he partido... no procureis indagar hácia qué sitio dirijo mis pasos, pues todas vuestras averiguaciones serán inútiles... No llevo conmigo mas que mis joyas y algunas otras cosas indispen-

sables... el cruel destino lo ha querido así!... y tal vez algun dia, si consultais imparcialmente vuestro corazon, me hareis justicia... Adios! Yo no sé cuando nos volveremos á ver.—*Vuestra infeliz Elisa.*"

¡Qué golpe tan terrible para Lucival!—Oh Dios! exclamó: mi esposa me abandona!—Sí, te abandona, respondió el traidor John procurando componer el semblante. Yo debí sospecharlo... Ella hizo sus preparativos, entró en un coche, y me suplicó te diera este billete... Pero como no tengo derecho para intervenir en las acciones de tu mujer... Como regularmente iba y venia, salia, entraba y lo hacia todo á su antojo... permanecí impassible. En fin, procura olvidarla... tú ya no la amabas demasiado....— ¡Ah! no creía amarla tanto! este accidente fatal hará que pierda yo el juicio y aun la vida!

Lucival derrama un torrente de lágrimas; John y el criado Jacobo procuran consolarle, mas todo en vano... Retírase John, y el fiel Jacobo que se queda acompañando á su amo, necesita de la mayor firmeza para no descubrirle la verdad. Lucival pasa una noche cruel. Padre, hermano, esposa, repetia con frecuencia, todos me abandonan! Solo me queda un amigo, y no le falta á mi infortunio mas que verle tambien ingrato!

Este momento no podia tardar, porque John

se habia disgustado de pasar sus horas al lado de un esposo melancólico y afligido. Despues de una semana, una nueva desgracia vino á aumentar la desesperacion de Lucival. Acababa éste de dar un paseo con el fiel Jacobo, únicamente para distraer un tanto su profunda tristeza, y al volver á su casa, abrió sus armarios y notó que sus alhajas habian desaparecido. El despacho en que solia dejar la llave, muy confiado en su primo, parece un desierto. Las gavetas han sido forzadas, y su dinero y las letras de cambio han desaparecido tambien.

¿Quién ha podido cometer este robo? pregunta, se informa, y el portero le dice que vió entrar en un coche á su primo con una enorme caja tan pesada, que apenas podian levantarla dos hombres; y añadió haberle parecido que John dejaba para siempre la casa, y se llevaba todo lo suyo; pero que no se atrevió á preguntárselo...

Él es el que acaba de añadir el crimen de ladrón á la ingratitud mas abominable!... Confesad, hijos míos, que es preciso mucho valor en un hombre, y una gran fortaleza de alma para no fallecer al peso de tantos golpes! Mientras que Lucival está todavia como aturdido y sin saber que hacerse, vé entrar al banquero que habia prestado á su hermano los treinta mil francos, diciéndole:—Señor Lucival, estoy per-



dido, si no cumplís inmediatamente vuestra palabra! Maximino es un hombre infame... pues en vez de embarcarse y de aprovechar mi dinero en un comercio lucrativo, lo ha derrochado; por lo mismo, vengo á suplicaros que me restituais esa deuda, que como fiador de aquel, se hizo vuestra.

—Esperad, señor, le contestó Lucival con voz dolorosa: voy á satisfaceros... Jacobo! ve y dile á mi notario que venga inmediatamente.

En tanto que el criado va en busca del notario, Lucival, absorto en sus tristes reflexiones no sabe si declarará su robo á la justicia para que se persiga al malvado... pero este es su primo; podría deshonorarse haciendo que le castigarán conforme lo merecía... Lucival callará, huirá de Paris, lejos de sus parientes, de su esposa y de sus amigos... Todos, todos en su concepto son unos pèrfidos!

Llegó por fin el notario, y Lucival le dijo:—Teneis treinta mil francos que me podais prestar ahora mismo?—Ya sabeis que mi dinero es el vuestro.—Os doy mil gracias por vuestro favor, y usando de él, hacedme el gusto de entregar esa suma á este banquero. A la vez os doy mis poderes para vender mi casa; del producto de la venta os reembolsareis de vuestro dinero, y seguireis manejando mis asuntos durante el viaje que voy á emprender.

Marcháronse banquero y notario, quedándose solo con Jacobo el desventurado Lucival. Qué agitacion la suya, qué palidez en el semblante! —Mi buen amo! le dice aquel con el mayor interés: quién hubiera dicho que vuestro primo?... —No me hables nunca de ese mónstruo!—¿Y vuestra esposa?—Tampoco pronuncies jamás delante de mí ese odioso nombre!—Pero de veras os machais?—Sin dilacion.—Y vuestros criados?—Allá se avengan con mi notario, que tiene poderes para el arreglo de mis negocios.

Dicho esto, Lucival salió con los brazos cruzados y hundiéndola cabeza en el pecho. Volvió de allí á algunas horas; pero siempre abatido. —Jacobo!—Señor!—Está todo dispuesto?—Si señor, todo.—Pues partamos.

Entró Lucival en su silla de posta; monta Jacobo á caballo en traje de postillon; suena el látigo... y parten.

A la entrada de un valle en cuya estremidad se veia una casa de campo magnífica, repentinamente Jacobo fingió hallarse muy incomodado. por un fuerte dolor, y pretestó no poder seguir adelante. Lucival que como ya sabeis, tenia un buen corazon, y que por otra parte amaba mucho á este criado por su fidelidad, se detuvo haciendo con él lo que un buen padre con su hijo; mas viendo que no podia restituírle la salud, ni las fuerzas, le propuso que fuese á

pedir hospedaje al dueño de la quinta que estaban viendo. Besó Jacobo las manos á su amo por tanta merced, y uno y otro se dirigieron á la quinta que solo distaba medio cuarto de legua. Llamó Lucival á la puerta, y saliendo una vieja.—Me atreveré, la dijo Lucival, á preguntaros de quién es esta casa?—De una señora respetable, tan bella como virtuosa; mas ¿por qué me haceis esta pregunta, señor?—Decidme, ¿tendrá á bien la señora conceder su hospitalidad por un día no mas, á mí y á este criado que viene indispuerto?—Con mucho gusto. Entrad; y en tanto que doy recado á la señora, descansareis.

Entraron Lucival y Jacobo, precedidos de la vieja, en una sala baja; los criados recogieron la silla de posta y los caballos. Interin no llegaba la dueña de casa, Lucival hacia mil dolorosas reflexiones acerca de su situación.—Y bien, Jacobo, le pregunta, cómo te sientes?—No muy bien señor, no muy bien!—¡Oh! suerte cruel, serás todavía tan injusta, que me prives del único amigo que me queda! Ya no me faltaba otro golpe que sufrir, y en este caso cómo podria tolerar la vida!—Señor... Qué bondadoso sois!—Qué quieres, amigo Jacobo? A quién habré de recurrir en este mundo? Adandonado por mi padre, burlado indignamente por un hermano ingrato, robado por otro deudo mas vil todavía!

Con una mujer infiel!... mi Elisa, que yo creia ser la misma pureza!... ¡Ah, desgraciado Lucival! En dónde, pues, hallarás la felicidad?

Al decir esto se abrió una puerta, y preséntase una mujer, exclamando:—“¡En mis brazos, amigo mio, sí, en mi corazon solamente!”

¡Cuál fué la sorpresa de Lucival reconociendo á su esposa! Quiere desecharla de sí sin saber lo que hace; mas una reflexion instantánea le abre los ojos, y le hace comprender que le han traído de propósito á este reconocimiento, acabando de convencerse de ello al ver á Jacobo que un poco antes se mantenía inclinado sobre el pecho, como quien sufre algun dolor, levantarse de repente, cobrar todas sus fuerzas, y decir á su amo con toda energía:—Sí señor; ahí teneis á vuestra virtuosa Elisa que no ha cesado un momento de ser digna de vuestro amor!

Lucival no sabe si debe manifestar el rostro severo ó ceder al impulso de su corazon...—Pero... Elisa... cómo es posible?... Esta casa...—Es la mia, respondió Elisa, es la nuestra, la que te he traído en dote y de la cual segun parece has hecho poco caso. Jacobo recibió la orden de conducirte aquí con cualquiera pretexto, y en verdad que ha desempeñado bien su encargo. John queria deshonorar á tu esposa..... temí el influjo que sobre tí tenia... fingí ceder



sus deseos, y siguiendo su pérfido consejo he convenido en abandonarte con el objeto de pedir despues un divorcio, y por último, le hice venir á esta quinta persuadiéndome que acaso pudieses conocer por sus acciones su traicion. Despues de haberte despojado de to lo, llegó en efecto á rendir (son sus palabras) tus bienes á mis plantas... Recogílo todo, aparentando siempre aprobar sus hechos; y juzga con qué impaciencia esperaba tu llegada!... En fin, ya estás en mis brazos, querido esposo!... á John le tengo encerrado. Ahora le verás.

Tomó Elisa de la mano á Lucival, haciéndole entrar en la especie de cárcel donde estaba el perverso John, y dijo á este:—Infame! me creiste capaz de favorecer tu indigna traicion?... Aquí está mi esposo que hoy se reune con su Elisa en virtud de mis inocentes ardidés: huye léjos de nosotros y ve á llorar tus maldades, ya que he sabido confundirlas.

Al oír estas palabras, John quiso responder:—Mujer engañosa! burlarte así de un hombre que te adoraba!... Lucival, tú triunfas!... pero yo me vengaré.

Lucival saca la espada con ánimo de matarle; Elisa detiene su brazo; y el traidor arrojándose de un salto á la puerta echó á correr, desapareciendo como un relámpago.

Luego que hubo partido, abriendo Elisa un

armario, y entregando á Lucival sus alhajas, el dinero y las letras de cambio que John le habia robado, se arrojó de nuevo en sus brazos diciéndole con el tono mas cariñoso:—Querido esposo mio!—Déjame respirar, amada Elisa!... Tanta constancia y valor!... mas á qué vino el huir de mí, engañarme, afligirme como lo has hecho?—Porque me conocías mal, porque John habia captado toda tu confianza; y recelé que no dices crédito á mis justas quejas contra un malvado. ¡Ah! cuántos esfuerzos he tenido que hacer! y te atreverás á buscar amigos fuera de tu esposa!—No, replicó Lucival, porque encuentro la dicha en el dulce vínculo del himeneo.—Sí, amigo mio, le contestó Elisa, nadie es mas feliz que los esposos entre quienes reina una verdadera armonía. Sus intereses, su honor, todo es comun entre ellos; y no podrá el uno experimentar una pesadumbre, una injusticia, sin que recaiga sobre el otro. Ellos se manifiestan sus mas ocultos pensamientos, se perdonan mutuamente sus errores, confiesan sus ligeras faltas, toman juntos las medidas oportunas para repararlas, y el silencio mas profundo encubre su recíproca confianza. Amado Lucival, no hay en la tierra un vínculo mas sagrado.—Te consagro toda mi existencia.—Pues seré desde este dia la mujer mas feliz! Jacobo, cuánto te debo!

Jacobo, que como podreis imaginar, habia recobrado enteramente la salud, enjugándose las lágrimas, respondió riendo y llorando:— ¡Oh, señora! yo he cumplido mi obligacion.... Pero lo que mas me afligia era ver á mi pobre amo tan triste, tan pensativo... Mil veces estuve á punto de descubrirselo todo.—Pues hubieras hecho muy mal, porque Lucival tal vez no te hubiera creído, hubiera tomado otro partido, y no hubiéramos logrado confundir al perverso que dividia nuestros corazones. Ahora, querido esposo, nos volveremos á Paris para impedir que tu notario venda tu casa, puesto que has hallado con que reintegrarle los treinta mil francos que un mal hermano.....— No hablemos de eso..... Pero cómo has sabido tú?...—Por una carta que nuestro fiel Jacobo me ha dirigido por el correo al momento de tu salida. Pero no pienses que voy á reconvenirte por ello. Restitúyeme tu corazon, y quedaré harto recompensada de haber cumplido mis deberes.

Volviéronse los dos tiernos esposos á Paris, en donde vivieron el uno para el otro, siendo las criaturas mas felices de la tierra.

Sin pretender, hijos míos, que tomeis á la letra la moral de esta historia, os he hecho ver lo que son en la sociedad los hermanos y todos los parientes, aunque debeis advertir que el

ejemplo de Lucival es muy raro. Os he probado que el cielo envía en socorro del hombre abandonado de sus deudos una amiga mas segura, mas fiel y mas tierna que todos aquellos con quienes le unian los vínculos de la sangre, y esta amiga es una esposa, que teniendo las virtudes de vuestra madre, por ejemplo, es el mayor bien que podemos poseer en la tierra. Estas lecciones quiero que os sirvan para cuando seais grandes; preservandoos de los vicios que cercan al hombre; y si ahora cuando jóvenes os amais como verdaderos hermanos, haced un firme propósito de aumentar en lo sucesivo esta dulce amistad que tanto me recrea.



## DIA VEINTICINCO.

Ya tenemos al caballero Menival de vuelta de su viaje, y á toda la familia de Arleville impaciente por saber el fin de su historia. La mañana era de las mas hermosas; el campo convidaba con su frescura, y por lo mismo habia dispuesto el señor Arleville que se sirviese el desayuno fuera de la Cartuja á la sombra de frondosos árboles. Allí se trasladaron todos nuestros amigos; y Menival, tomando la palabra, concluyó de esta manera su relacion.

### FIN DE LAS AVENTURAS DE LA DESCONOCIDA.

Al fin he penetrado los secretos de la señora condesa de Milangel, y mi suerte se ha fijado para siempre! Suspiro al decir estas palabras; pero estoy muy distante de quejarme del des-

tino que el cielo me reserva, porque no podia ser por mas tiempo ingrato, y mi corazon no habia nacido para el rencor.

Supongo que recordareis que madama de Milangel, no satisfecha con haberme atormentado de varias maneras en su misterioso castillo, solo me permitió dejarla despues de prometerla que volveria dentro de un año, informado por vos, amigo Arleville, si habia venido á visitaros con su sobrina. En estos intermedios vine á referiros aquí el principio de mis aventuras con la Desconocida, é inmediatamente dispuse mi viaje para el castillo del *Valle grande*, acompañado siempre del tímido, pero fiel Bautista.

No sé por qué fatalidad era todavía de noche cuando me acerqué á este sitio, en el cual se renovó la misma ceremonia con que me trataron la primera vez; siendo lo mas prodigioso, que sin duda estaban noticiosos del punto y hora en que debia llegar, porque al asomar por el camino, salieron del castillo para conducirme varios criados con hacinas de viento. Bajé del coche y seguí á los lacayos, que tristes y silenciosos obedecian al rollizo mayordomo Bernardo. Este me dijo con voz doliente:—Señor Menival, mi ama os está esperando.—Pero siempre cubierta con el maldito velo? No es esto, Bernardo?—Siempre, y siempre bañada en lágrimas.—Teneis noticias para mí!—En

vuestra mano está, señor, restituirnos la paz y la felicidad.—Si dependiese de mí?—De vos solo.—Pues que me digan lo que debo hacer para conseguirlo.—Que no tuvierais el don de adivinarlo!—Oh! amigo Bernardo; jamás he tratado con mágicos ni encantadores.

En tanto que Bautista saludaba cordialmente á sus antiguos conocidos, iban estos guiando poco á poco mis caballos y mi coche por una pendiente bastante rápida; pregunté por el venerable anciano confidente de la condesa, y me respondió Bernardo que no tenía novedad.—Lo veré ahora!—Seguro. Él tiene á mucha honra recibirnos.

Era la noche bastante oscura; llegamos al castillo que estaba perfectamente iluminado; y los mismos miramientos, el mismo respeto que la otra vez se renovaron conmigo. Entramos Bautista y yo en el salon, adonde vino inmediatamente á recibirme el anciano.—Señor Menival, me dijo, qué felicidad la nuestra en veros por acá!—Cumple la palabra que he dado á vuestra amiga.—Oh! ya sabemos que el caballero Menival cumple lo que promete.—Sí señor, miro la palabra de un hombre de bien como sagrada, y jamás quebrantaré la que una vez hubiere dado.—Excelente máxima!—Y conocéis á la sobrina de la señora?—Nunca he tenido la honra de verla.—Nunca? Haced por

acordaros de una señorita alta, garbosa, rubia...—Os protesto que no me acuerdo de ella...—Cómo se llama?—El deciros su nombre... sería tal vez manifestaros... pero yo le callaré hasta cerciorarme que vuestros amigos no le han pronunciado jamás delante de vos.—Mis amigos, mis amigos! Continuamente me habláis de mis amigos, y solo he tenido uno! Quereis por ventura hablarne de...?—No; yo hablo en general.—Es que yo recuerdo á mi primo Volbert...—Le hemos conocido; pero solo como conocemos al señor Menival.—Mas en fin, señor, ¿cómo no parece madama de Milangel?—Ya viene... héla aquí.

Abrióse una puerta, y entrando la condesa en el salon, oculta siempre con su impenetrable velo:—Señor Menival, me dijo con bastante alegría; un año hace que he tenido la desgracia de veros dejar esta casa, y desde entonces han pasado aquí muchas cosas...—Qué os habrán affigido?—No; muy felices... por fin ya he recobrado el sosiego de las noches; y solo vos podreis poner fin...

Aquí se detuvo la condesa, y yo la contesté:—Señora, si me habeis comprometido á volver aquí para engolfarme en nuevos misterios, perdonadme la libertad que me tomo al aseguraros que sentiré infinito haber cumplido mi palabra con tanta puntualidad.—Oh! Menival!... el pla-



cer de veros, de hablaros... es una felicidad para mí... pero vamos á cenar... Mañana, si teneis á bien concederme una conferencia particular, tal vez tendré fortaleza para deciros algo mas.

Tocó en esto la campanilla, entraron los criados, sirvieron la cena, y nos estorbaron con su presencia el hablar de lo que mas me interesaba. Mientras cenábamos distrajo nuestros pensamientos una orquesta oculta en la vecina estancia. No éramos mas que tres á la mesa: madama de Milangel, su anciano confidente y yo, estrañando no ver á la sobrina.—Por qué, dije á la condesa en voz baja, me privais de la vista de vuestra sobrina, que segun el informe de mi amigo Arleville es una jóven muy agraciada!—Mi sobrina, señor Menival, está un poco indispueta, y me ha pedido permiso para recogerse temprano.—Pero mañana teardé la dicha de saludarla!—Mañana ú otro dia... Ya veremos... Ella es muy tímida, y tan infeliz!... —Con que ha experimentado desgracias?—Una... y muy cruel!

Suspiró la condesa, procurando disimular su llanto. Puse treguas á mis preguntas, y acabado el concierto nos levantamos para retirarnos:—Señora, la dije, no habrá rejas cerradas como la otra vez? Las cadenas que yo quisiera sufrir aquí serian las vuestras, si tuviereis la bondad de permitirme que admirase vuestro

rostro. Sonrióse la condesa, pero volviendo al punto á su habitual tristeza me contestó:—Nada temais, señor Menival, porque ya no existen para vos caudalos ni rejas. Sois absolutamente libre: ¡ay de mí! mas libre que yo.

Al decir esto, percibí el dolorido son de la fatal campana... noté que la condesa se turbaba, y acercándome á ella:—Señora, la dije, me aseguran que ese es el lúgubre sonido de la muerte! Qué significa todo esto?—Ah! Menival! si supiérais el motivo, haria mas efecto esa campana en vuestro corazon que en el mio.—¿Seria posible?

Al punto me acordé de mi desgraciado amigo Volbert.

Fuimos acompañando silenciosos á la condesa hasta su aposento; despedíme de ella y del anciano, y subí á mi cuarto con Bautista. En medio de la confusion de mis ideas me puse á pensar con seriedad en Volbert, y el corazon se me oprimia. Acordéme de aquel salon en donde ví dos puertas sobre las cuales estaban escritas estas palabras: *Morada de la Muerte*.—*Pabellon de las Lágrimas*. Si habrán robado el cadáver de mi amigo Volbert!... si estarán deposita las sus cenizas en este castillo?... Bautista!—Señor!—Qué estás haciendo?—Bella pregunta! me desnulo para acostarme, porque á la verdad me siento muy fatigado...—Toma dos

lucos y sígueme.—Adónde, señor, y á estas horas? Querriais ir á la bóveda en que hay colgaduras de paño negro, sembrado de lágrimas de plata? ¡Ah! señor, qué miedo me va entrando! —Quieres acompañarme, cobarde?—Pero señor yo creo que no andais muy acertado, y que violais las leyes de la hospitalidad, procurando penetrar de esta manera un secreto que os quieren tener oculto.—Ya sabes que no gusto de réplicas; sígueme, pues tengo ciertas sospechas que aclarar.

El pobre Bautista tomó dos luces y fué delante de mí temblando. Todos los del castillo estaban ya recogidos, y nin uno podia oponerse á mis averiguaciones; bajé, pues, la escalera, y parándome en el largo claustro de abajo, en el mismo sitio donde un año antes habia oido gritos, quejas y sollozos, y mi nombre repetido con frecuencia por una voz desconocida, aplico el oido.... Nada percibo, y por donde quiera reinaba un maravilloso silencio. Dí la vuelta á la galería, y empujando la puerta de la sala de mármol negro, entré y ví los mismos cirios amarillos que ardian en candeleros de pórvido. Examiné las puertas donde estaban las inscripciones fúnebres de que acabo de hablaros, y hallé que no era posible abrirlas; pero advertí que sobre una de ellas, la que decia: *Morada de la Muerte*, habian delineado nuevos carac-

téres, y acercándome leí lo siguiente: *Esta puerta solo se abre á la clemencia y al arrepentimiento.*—Mas abajo estaba escrito: *Perdon! Perdon! Perdon! Perdon!*

¡Tres veces perdon! Qué querrá decir esto? Registro toda la sala, y no encuentro mas letras, ni la menor señal que pudiese aclarar mis dudas... Abandono este lugar fúnebre y me vuelvo á mi cuarto con gran satisfaccion de Bautista, que ya estaba medio muerto de miedo. Metíme en la cama, causado de reflexionar sobre tales misterios, y logré despues de largo rato quedarme profundamente dormido. Al despertar oí á Bautista que ya estaba en pié, decirme:—Señor! la señora condesa os llama.

Vestíme á toda prisa y fuí á tomar las órdenes de madama de Milangel. Estaba ésta en su cuarto, pero no sola, como yo me figuraba, pues tenia junto á sí un hermoso niño como de tres años, el cual sonreía y acariciaba á la condesa con sus manecitas, manifestándole ella tambien un vivo cariño.—Qué es esto? dije para mí. Madama de Milangel madre! y yo lo ignoraba! Vaya un nuevo episodio.

—Señora, la dije acercándome, vengo á tomar vuestras órdenes; pero me atreveré á preguntaros quién es este amable niño? Es hijo vuestro?—No; yo no tengo la dicha de ser madre... pero engaño á la naturaleza con haber



adoptado á este. Qué os parece?—Muy precioso, señora.—Y no hallais en él alguna semejanza... con algun amigo vuestro?—Cielos! me habré engañado!... en efecto, sus facciones se asemejan á las de mi querido Volbert.—De... Volbert! ¿cómo es posible? Volbert ha sido por ventura esposo y padre? Vaya, sin duda es una ilusion de vuestros sentidos que os hacen ver á vuestro primo en cualquiera otra persona. Como estaba segura de ello, he querido preguntaros si hallábais en este niño semejanza con algun conocido vuestro. Y llorais todavía la muerte de ese querido primo?—La lloraré toda mi vida!—Siempre resuelto á vengarla si lograis descubrir á su asesino?—Lo he jurado señoral.

Estremecióse la condesa, y á no ser por el velo que la cubria, estoy seguro, que la hubiera visto pálida y demudada. Acerquéme á ella para preguntarla:—Señora, por qué os turbais? Qué es lo que sentís?—Nada, nada, Menival!... Si lo que yo sufro bastara para quitarme la vida, mucho tiempo hace que ya no existiera.—Pero, señora, de qué procede tanto dolor..... Este niño que se parece á Volbert!... Vuestras confianzas á medias... todo me denota que habeis conocido á mi amigo: aclaradme pues, una sospecha... tendria yo la dicha?... disimulad este pequeño impulso de mi amor propio: seria posible que vos me amáseis?—Ingrato! yo os

adoro!—Pues para qué ocultarme vuestro semblante?—Mi mano es libre, mi fortuna....—Vuestra mano, Menival! y podriais dármela? Yo soy un monstruo! he causado la desgracia de cuantos me rodean... Mas ¡ay! cómo lo he pagado!—Señora...—No me preguntéis mas, Menival, harto he dicho; sabeis que os amo y que mis deseos serian cumplidos dándoos mi mano.—Pues yo os aseguro que tengo los mismos deseos de ser vuestro esposo...—Es imposible!

Levantóse muy agitada, diciéndome:—Id señor Menival, id á ver á mi anciano confidente, que acaso tendrá mas valor para descubriros lo que yo callo. Tomando al niño por la mano se retiró al instante, y este, por un movimiento de simpatía, desprendiéndose de la condesa, vino á abrazarme. Tomé al amable niño en brazos, le acaricié, y madama de Milangel que se volvió para admirar esta tierna escena, exclamó:—Sí, querido Augusto, ámale como á un buen amigo.

Salí del cuarto aturdido y corrí en busca del anciano. Apenas le hube encontrado, le dije:—La señora condesa me envia á vos; iba ya á revelarme su secreto, cuando deteniéndose de repente, añadió: "Id á veros con el anciano, y os dirá lo que yo callo." La condesa me ama, yo la correspondo, nos lo hemos declarado re-

cíprocamente, y aunque esta mujer singular se obstina en ocultar su rostro, sin embargo, ha sabido inspirarme grande interés!—De curiosidad, acaso?—No amigo, de amor; de verdadero amor.—Y será cierto lo que decís? Estimado Menival, amais formalmente á la condesa?—Se lo he demostrado ofreciéndola mi mano.—Vuestra mano?—Si señor, soy soltero y dueño absoluto de mis acciones. Pero ella se obstina todavía en decir que nuestra union es imposible...—No hay duda... hay un obstáculo... que solo vos podeis vencer?.....

Aquí se detuvo el anciano arrojando un profundo suspiro, y yo le pregunté quién era el niño que con ella estaba.—Es hijo de la desgracia.—Y no lo es de la condesa?—No, Menival.—Se parece mucho... á mi amigo Volbert; de modo que tengo cierta sospecha...—Oh Dios! desechadla de vuestro pensamiento.—El año pasado, y aun esta misma noche he visto allá abajo un salon fúnebre adornado de mármol negro, con cirios amarillos, y dos puertas misteriosas... Qué quieren decir aquellas palabras: *Morada de la Muerte? ... Pabellon de las Lágrimas!*—Y os habeis atrevido á penetrar hasta ese recinto consagrado al dolor?—No os enojeis; explicadme ese enigma.—Querido Menival, lo único para que tengo licencia, es para rogaros que volvais á ese lúgubre salon esta noche á las

doce en punto; y tal vez quedarán aclaradas vuestras dudas. Adios...

Dejéme solo el anciano, y yo me propuse seguir el consejo que acababa de darme. Llegó en esto la hora de la comida: sentóse madama de Milangel á la mesa junto á mí, y despues vi entrar á su sobrina, que hasta entonces habia estado siempre retirada. Parecióme muy hermosa, pero sumamente pálida y tan debilitada, como quien sale de una larga enfermedad. Saludóme friamente, sentóse frente á mí al lado del anciano, y rodó la conversacion durante la comida sobre asuntos indiferentes. A los postres vi entrar á un viejo respetable, luchando, digámoslo así, con los criados, para que le permitiesen echarse, como lo hizo, á los piés de la condesa.

—Dejadme, exclamaba, dar gracias á mi bienhechora!... Por fin, tengo la dicha de hallarla y de aplicar á mi corazon esta mano que es el amparo de los infelices!—Buen hombre, qué es lo que haceis!—Oh señora! Acabo de saber que habeis librado de la milicia al prometido de mi pobre hija: que habeis dotado á esta, uniendo á los dos para siempre; y que os debo el techo hospitalario en que van á extinguirse pacíficamente mis cansados dias!—Levantaos, buen viejo, vuestra presencia...—No podrá desagradaros: ¡cuándo ha sido importuna la presencia de



los que vienen á dar gracias por su felicidad? —Retiraos, os lo suplico.—Y será posible que yo no pueda contemplar esas facciones de la bondad, de la virtud? Ese denso velo que me impide...—Respetable anciano, otra vez os ruego me dejeis entregada á mis pesares!—Vos tenéis pesares! Sois desgraciada! Y quién será el cruel que os persigue? Hay por ventura alguno que pueda haceros feliz, y no lo realice? A conocerle yo, le diria: "Ved que es un gran delito el maltratar de este modo á la criatura mas virtuosa! Consolad á madama de Milangel, y el cielo, sin duda, os lo recompensará."

Volviéndose á mí la condesa:—Ya lo oís, Menival, me dijo con doloroso acento... En seguida ordenó al anciano que se retirase, y él obedeció despues de haberla colmado de bendiciones.

¡Con qué impaciencia estuve aguardando la hora anhelada! El sol me pareció aquel dia mas tarde en su carrera que otras veces, y la noche fué tendiendo con mas lentitud su oscuro velo. Llegó por fin; cené solo, retiréme á mi cuarto, oí el triste sonido de la campana que señalaba las once y la hora que faltaba hasta el momento señalado me pareció un siglo; dan las doce, y bajo precedido de Bautista, que segun su costumbre temblaba de miedo.

Penetro hasta la sala de mármol negro, y no

veo á nadie; antes al contrario, todo se advertia muy sossegado: acerquéme á las dos puertas misteriosas; noto que la del *Pabellon de las Lágrimas* está entre abierta, la empujo, y me hallaria en la oscuridad si no fuera por las luces que traia Bautista. En las paredes de este pabellon habia muchos cuadros muy elevados, y en todos ellos la representacion de una doncella y de un jóven, cuya cabeza estaba oculta con una gasa ligera. La doncella me pareció ser el verdadero retrato de la sobrina de madama de Milangel; sí, yo no podia dudarle, examinándola con atencion; pero, y el jóven? ¡A qué fin la precaucion de ocultar su rostro con un velo como el de la condesa? En tres ó cuatro cuadros se veia del mismo modo. En el uno veo en brazos de la doncella á un niño, el mismo que habia visto cerca de la condesa. El jóven del velo estaba tambien junto á la madre, y el niño como acariciándolos: me pareció finalmente que este era el padre del niño, el marido de la sobrina de nuestra Desconocida.

En una mesa habia algunos manuscritos, y llevado de la curiosidad tuve la indiscrecion de leer varios de ellos, admirándome de que en todos se hablaba de un amigo perdido que reposaba en un sepulcro próximo al *Pabellon de las Lágrimas*.—Este sepulcro, dije, sin duda está en la otra pieza, cuya inscripcion es: *Mo-*

rada de la Muerte. Quién me diera poder penetrar en ella!

Cumplióronse mis deseos, pues tambien entreabrióse su puerta, y entrando me hallé en una sala colgada de negro, en la que se levantaba un sepulcro, sobre el cual se leia la inscripción siguiente:

*Aquí yacen recogidas por la ternura Conyugal las cenizas del amigo mas fiel, del esposo mas querido, del padre mas tierno, de Felipe Volbert!*

Qué sentiria yo al leer estas palabras!—Volbert, amigo mio!... exclamé en alta voz. Otra me respondió desde un paraje oculto:—Sí, Menival! esas son las cenizas de tu amigo Volbert. Te acuerdas del juramento que has hecho de vengar su muerte?—Sí me acuerdo! Es un juramento muy sagrado!—¿Y estás dispuesto á cumplirlo?—Mas que nunca!—Vuelve pues los ojos, y sacrifica, si puedes, al infeliz asesino de tu amigo!

Un ruido ligero que oí á mis espaldas me hizo volver la cabeza, y veo.... á quién?... á la condesa misma, que presentándome un estoque, me dice:—Traspasa este corazon; desfallezca herido por tu mano, ya que no puedes hallar correspondencia en el amor que lo consume!—Pero, vos, señora, seriais acaso?...—El contra-

rio; mas no el verdugo de Volbert. ¿Reconoces estas facciones?

En esto corrió el velo, y dejando descubierto el rostro mas bello y mas noble, la dije medio trémulo:—Sí señora, me parece que recuerdo vuestras facciones... —Te acuerdas de aquel jóven que fué á desafiar á tu primo en el teatro francés... en el palco, enfrente del tuyo?... Pues bien, yo fuí quien te privó de un amigo.—¡Oh! señora, qué es lo que habeis hecho?—He cometido un delito, y espero tu castigo!—Yo no riño con armas desiguales. ¿Hubiera deseado hallar un hombre en el que quitó la vida á Volbert; mas puesto que es una dama!... la respeto.

Apareció entonces el anciano, diciéndome:—Bien, Menival, excelente modo de pensar! y yo proseguí:—Pero señora, ¿qué os habia hecho el sinventura Volbert?—Dos palabras os dirán la verdad de este fatal suceso. Tenia yo, y tengo todavía una sobrina á quien amo como á una hija... ¿no os habló nunca vuestro amigo de ella, ni de mí?—Nunca.—Mi sobrina, huérfana desde la cuna, fué confiada á mi cuidado. Supe que llevaba estrecha intimidad con un jóven llamado Volbert, á quien pude ver en un paseo. Mi engañada sobrina se hizo madre... el furor me arrebató, y formo al instante el proyecto de matar al seductor, confundiendo en mi con-



cepto, con los mozos libertinos que abundan en la capital. Mi esposo era viejo, y no pudiendo vengar el ultraje de su familia, yo fui la que se encargó de ejecutarlo. Volbert, patrocinado en sus amores por algunos criados á quienes habia quedado mi sobrina confiada durante un viaje que me ví precisada á hacer; Volbert, digo, no me conocia. Disfracéme de hombre, y despues de haberle buscado en vano, le hallé por fin en el teatro..... dígole que soy un pariente de su querida, que deseo tomar venganza de la afrenta hecha á su virtud; acepta el reto, y le cito aquella misma noche para el bosque de Boloña. Acudimos al paraje; tengo valor para medir mis fuerzas con las suyas, y por último, le mato de una estocada. Huyo aceleradamente; pero mi sobrina que habia descubierto mi plan, habia ido siguiéndonos en un carruaje, conducida por dos de sus confidentes; llegó al lugar del combate, y hallando á su amigo solo, tendido en tierra, le hace llevar de allí sin detenerse hasta este castillo en donde enterré su cadáver en ese sepulcro, consagrando este asilo á su memoria. En este tiempo, é ignorante del acto de desesperacion de mi sobrina, el arrepentimiento tocó mi alma. Estaba yo en Paris, y temerosa de vuestras justas persecuciones, sigo vuestros pasos... os veo. Menival, y veros y amaros fué para mí una sola cosa..... Cuánto

detesto mis furores! ¡Qué no daria yo por restituir á la vida al desgraciado Volbert! Pero ¡ay de mí! que ya no es tiempo! Supe que habiendo visto herido á vuestro amigo, habiais jurado vengarle! Vengarle, y en mi persona! Esta es la terrible reflexion que me martiriza! Escríbós aquel billete anónimo en que se os decia que se os facilitarían los medios para la venganza; y en el delirio de la pasion que me agita, pasé una noche muy cruel cerca de vos en la pieza de un meson á la cual se entraba por el aposento de una buena amiga, que me favoreció para ello. Vuestro viaje os trae casualmente hácia este sitio, y os envío á suplicar que descanséis en mi casa.—Pero si me vé, decia yo, tal vez conocerá mis facciones y le causaré un indecible horror.... Tomé el partido de cubrir las continuamente con un velo en vuestra presencia.

Para colmo de mi desgracia, mi sobrina á quien permití conservar las cenizas de su amante, del padre de su hijo, de su esposo en fin, porque estaban casados en secreto, y yo lo ignoraba hasta que falleció Volbert; mi sobrina, repito, cayó en una verdadera demencia; y como todas las noches lanzaba gritos espantosos, pidiéndome á su esposo, y acusándome de su muerte, me ví en la triste necesidad de acompañar constantemente á esta desventurada que

hace muy poco ha recobrado la razon. Este respetable anciano era sabedor de mi delito, de mi loca pasion, y en una palabra, de mis desgracias; mas aunque procuraba penetrar vuestro corazon, ni él ni yo teniamos bastante fortaleza para descubriros la verdad. Ha llegado por fin el momento de manifestarla; ya lo sabeis todo: teneis en vuestra presencia á la que os ha privado de vuestro amigo, á una mujer que os adora; dadla pues la muerte, ó vuestra mano. Ah! sin este último beneficio quedareis harto vengados.

Enjugaba madama de Milangel las lágrimas que bañaban su rostro; y habiéndose juntado su sobrina con el amable niño á esta escena lastimosa, exclamó:—Sr. Menival, imitad mi ejemplo; perdonad! si os han privado de un amigo, á mí me arrebataron de un esposo muy tierno, y un padre á este infeliz niño; sed su tío, su deudo, su amparo, dando vuestra mano á mi tía.

Inmediatamente dicté mi resolucion, amigos míos, y espero que no la censurareis.—Señora, dije á la condesa, tened á bien aceptarme por esposo. Ocho dias despues, restituida ya la paz y el sosiego á esta familia, por tanto tiempo inconsolable, madama de Milangel se unió conmigo en un dichoso lazo.

Tal ha sido el fin de la singular aventura de la misteriosa *Tapada*. No formamos en el dia

mas que una sola familia, y habitamos el mismo castillo, antes tan lúgubre y ahora asilo de la felicidad, siendo el respetable anciano nuestro amigo comun. Bautista, Bernardo y demas sirvientes han sido magníficamente recompensados por su fidelidad, y ahora estais viendo en mí al hombre mas envidiable del universo.

Calló Menival, y todos manifestaban un deseo ardiente de ver á su esposa, á su sobrina y á toda la familia. Prometióles traerlas un dia á la Cartuja, pero con la condicion de que no se les hablase nada de sus aventuras, pues ambas estaban avergonzadas, la una por su estravagante desafio, y la otra por su pasada demencia.

De esta manera trascurrieron los dias en la Cartuja de Arleville; procurando el padre de familia unas veces con ejemplos y otras con historias morales, ó á lo menos de algun interés, recrear á sus hijos y estimularlos en el estudio y en la virtud.



DIA VEINTISEIS.

Serian las ocho de la mañana y toda la familia de la Cartuja se hallaba en la mayor actividad, notándose que hacia la puerta principal habia una silla de posta frente á la entrada. Bajaron de ella Elisa y Clara, adornadas cual si fueran ninfas, y acompañadas de su madre, que tambien iba vestida con mucho primor. El señor Arleville, Enrique, Teodoro y todos los muchachos estaban allí tambien, y con igual curiosidad hacian mil preguntas á sus dos hermanas.—Vamos á Paris, respondian alternativamente Clara y Elisa: anoche nos lo ha dicho mamá; allí permaneceremos tres ó cuatro dias, ó quizá mas... iremos al teatro, comeremos en fonda y nos presentaremos en los paseos.

Prometieron Elisa y Clara escribir á los que

quedaban en la Cartuja, como lo habia hecho Enrique, las observaciones que pudiesen hacer en Paris; y despues de haber abrazado á su padre, á su abuelo y á sus hermanos y primos, entraron en la silla de posta con madama de Arleville, acompañadas de Provenzal, que iba de postillon.

A la caída de la tarde, Teodoro y Cipriano, paseándose por un sendero de álamos que servia de entrada á la Cartuja, presenciaron lo que va á referirse. Pero antes se hace necesaria una explicacion. El tio Pedro, vecino del pueblo, hallándose viudo fué admitido por caridad al servicio del señor Arleville. Hacia funciones de portero, introduciendo á los que venian á la quinta, barria el portal y demas piezas bajas, daba de comer á los perros, los soltaba por la noche y los encadenaba por el dia; rajaba leña, sacaba agua del pozo; y en una palabra, él era quien desempeñaba las pequeñas labores de la casa. Solo tenia en su compañía á su hija Laureta, doncella de diez y ocho años, que cuidaba de las aves del corral. Tanto el padre como la hija eran muy sencillos, crédulos en extremo, y tan ignorantes que no sabian ni leer; pero eran al mismo tiempo muy honrados, activos, cuidadosos, y sobre todo, muy fieles á sus amos y á toda la familia. Ademas, Laureta era muy juiciosa. No obstante, habia un cierto Co-

lás que trabajaba de jardinero á las órdenes de German, y hacia algun tiempo que miraba de buen ojo á la graciosa Laureta. Volvamos á Teodoro y Cipriano que se paseaban por delante de la casilla en donde se albergaba el tío Pedro, y de repente oyen unos gritos. Conocieron al punto la voz del jardinero Colás, que decia sollozando:—Vaya, que es cosa fuerte! ¿por qué me habeis de tratar así?—Calka, bribon, le respondió el tío Pedro: ¿piensas que no sé cuáles son tus mañas? pero no será como tú juzgas, y si no te retiras al momento, verás qué felpa llevas.

Mezclaba tambien su voz en esta riña la jóven Laureta, oyéndosele decir:—Véte, Colás; no enojés á mi padre, véte... no ves que se va encolerizando!

Ponia Colás el grito en el cielo, insistia el tío Pedro, y la muchacha, toda turbada, pide socorro. Colás sale corriendo, seguido por el violento portero, que exclamaba furioso:—Retírate, insolente, y no vuelvas jamás á poner los piés en mi casa.—Diciendo y haciendo le descargó un fuerte palo cerca del ojo derecho, haciéndole saltar la sangre.

Los dos muchachos, que á la verdad eran muy sensibles, no pudieron sufrir tal injusticia, y como se suele tomar el partido del maltratado, aunque no tenga razon, volaron al socorro del

herido y comienzan á reprender al malicioso tío Pedro, el cual no pensado hallar testigos tan cercanos, de su brutalidad, se puso muy encendido y avergonzado, pidiéndoles perdon. Colás genia como un niño, el tío Pedro refunfuñaba, lloraba su hija, y entre los tres formaban tal ruido, que no era posible distinguir una sola palabra.

Teodoro y Cipriano querjan restañar la sangre de Colás; Cipriano acude al pozo, saca un cubo de agua, coje su pañuelo, y venda la leve herida de Colás, cuidándole como si fuera un hermano. Teodoro reconviene por su dureza al tío Pedro y se informa de los motivos de este disgusto. El camastron del viejo se los refiere; pero ¿en qué términos? Trastornándolo todo y convirtiéndolo de tal manera en su favor, que Teodoro no pudo menos de darle la razon, confesando que Colás habia tenido la culpa; siendo en vano cuanto alegaba la hija para disculpar á su amante, puesto que Teodoro no se daba por convencido, aunque al mismo tiempo le parecia mal que el tío Pedro le hubiese golpeado.

Entretanto Cipriano, preguntaba al herido los motivos de la pendencia; éste se los esplicó sollozando, y el muchacho infirió que Colás tenia la razon, y que el tío Pedro era el culpado,



y además de eso un hombre brutal, á quien debía despedir su padre.

Después de haber los dos muchachos apaciguado la contienda, se reunieron comunicándose mutuamente las diversas relaciones que les habian hecho los quejosos; Teodoro defendia al tío Pedro, y Cipriano le acusaba, pareciéndole que Colás era inocente; por fin, solicitaron la decisión de su padre.

—Hijos míos, les dice éste, lo que yo he deducido de todo este embrollo, es que á Colás le maltrató el tío Pedro, y que éste parece se halla culpado, por cuanto es indigno de un hombre de su edad propasarse á tales excesos con un pobre muchacho que si hubiera querido y tenido menos respeto á sus canas, le hubiera vuelto con usura los golpes recibidos. Pero en la sustancia de la contienda se necesita mucha reflexion antes de fallar. Deseo hacer justicia pero es menester que me informe con madurez de todo. Establezcamos pues, un tribunal: Teodoro será el abogado del tío Pedro; Cipriano será de Colás, y Enrique desempeñará las funciones de relator. Yo presidiré como juez para dar la sentencia con arreglo á lo que resulte del proceso. Todo esto se ejecutará con sosiego y con dignidad, adornándose la sala, como suelen estarlo las de nuestras audiencias. Advertid que este negocio no será un simple juego de

niños; pido elocuencia en mis abogados, é integridad en el relator; y tened entendido que la sentencia que recaiga puede ser, ó la prision del delincuente ó su espulsion de mi casa; y ya veis lo que podrá esponder á perder su empleo. Supongo que me habeis entendido: á vosotros toca ejecutar lo que requiero, con la seriedad y rectitud propias de verdaderos magistrados.

Pronunció Arleville estas palabras con tanta formalidad, que llegaron á intimidarse los novicios letrados; y preguntándole cómo habian de portarse para sus defensas, puesto que ignoraban las fórmulas forenses!—Del modo que os parezca mejor, contestó el padre con la misma sequedad; porque para defender al inocente, no se necesita mas que buen corazon y medianas luces; las fórmulas no constituyen la esencia del negocio, y lo principal está en hablar bien y con energía.

Nuestros jóvenes se dispusieron á desempeñar las funciones que les habia señalado su padre, en un pleito, cuyo fondo no he querido poner de manifiesto á mis lectores, á fin de proporcionarles mayor sorpresa é interés cuando les comunique las defensas de Teodoro y Cipriano. Ocupados enteramente con tal pensamiento, corren á la biblioteca de su padre, registran libros de derecho, causas célebres, escritos de abogados famosos, y procuran aprovecharse de

bellas figuras de retórica, y elegantes espresiones. Enrique estudiaba tambien, de manera que los tres muchachos trabajaban sin cesar, procurando con una noble emulacion el desempeño de la difícil tarea que se les habia señalado. No interrumpamos, pues, sus estudios y trabajos, y esperemos á que todo se halle dispuesto para ver el resultado de estos preparativos.

## DIA VEINTISIETE.

El improvisado tribunal estaba dispuesto con tal orden y con tanto aparato, que infundia respeto, dando á entender á nuestros jóvenes, que los papeles que tenian que representar, no era cosa de chanza.

En la parte de la sala destinada para el público se veian sentados el ama de gobierno, el maestro de escuela con varios de sus discípulos, todos los hijos del señor Arleville, excepto los que debian hacer algun papel en esta causa, y finalmente los criados de la quinta.

Dan las nueve de la mañana... German que funge de portero, entra, seguido de Alejandro que era el escribano, de los dos abogados Cipriano y Teodoro, del relator Enrique; y en fin del señor Arleville como presidente, el que á pesar de la gravedad de un magistrado, le



costaba trabajo contener la risa que le causaba ver á sus hijos vestidos de negro, y caminando con mesurado continente. Tomó cada uno su respectivo asiento, y habiendo prevenido que se guardase silencio, Enrique lo rompió el primero diciendo:

“Nicolás de Valleclaro, conocido comunemente por el nombre de Colás, aprendiz de hortelano, contra el tío Pedro, portero de la quinta de Arleville, sobre palabras injuriosas y malos tratamientos.— Hechos de la causa.— El referido tío Pedro echó de su casa con violencia al susodicho hortelano, golpeándole en la cabeza con un palo, de que le resultó á éste una herida con efusion de sangre. Los defensores son Cipriano de Arleville por el citado Colás, y Teodoro de Arleville por el mencionado tío Pedro.”

EL PRESIDENTE.—Que comparezcan los reos.

Salió el portero German y á pocos instantes volvió á entrar acompañando al tío Pedro y á Colás, que con la boca abierta y los ojos espantados se admiraban de verse en aquel sitio. Sentados en sus banquillos, el escribano Alejandro les dirigió la palabra en estos términos:—“A vos, tío Pedro, se os acusa de haber maltratado á ese mancebo; y á vos, Colás, de haber provocado la cólera de ese anciano hasta el extremo de arrojaros de su casa. Oid á

vuestros defensores; el tribunal os ordena que guardéis un profundo silencio hasta que seáis preguntados, y se os permita hablar. Tiene la palabra el abogado del querellante.”

Mientras el tío Pedro y Colás no cesaban de mirar á todos lados, llenos de un asombro inexplicable, por no saber si realmente estaban en una audiencia, ó en la casa de su amo, Cipriano, intimidado desde luego con lo que va á decir, se fué serenando poco á poco, levantóse, tosió tres ó cuatro veces, limpió el sudor de su rostro con el pañuelo, y en fin, pasando los ojos por unas notas que tenia en la mano iz quiérda para dejar libertad á su diestra de accionar, esclama:

Señores: Si me resulta una gran satisfaccion en abrazar el partido de la inocencia; y si la penosa tarea que se me ha impuesto tiene algun atractivo para mi corazon, proviene sin duda de pensar que hablo ante unos magistrados íntegros que son los padres del necesitado y el amparo del oprimido. Cuando entre estos infelices que necesitan el socorro de la elocuencia, se hallan algunos á quienes privó naturaleza del don de espresarse, y que no debieron á su rústica crianza el arte de escribir, el útil é indispensable de la lectura; y en fin, cuando un desgraciado de esta especie se ve acusado sin poder defenderse por sí mismo teniendo ojos para no ver, y lengua con que no puede esplicarse;

cuánta gloria no puede resultar al que consagra sus vigiliias para hacer que triunfe la inocencia de aquel á quien se quiere oprimir!

Los que no juzguen de los delitos con bastante filosofía, los que no vean en los acusados que están presentes, sino á uros hombres de aquella clase del pueblo acostumbrada á insultarse, á reñir por cualquiera cosa, y á decirse graves injurias; éstos, digo, podrian tal vez considerar despreciable el negocio que nos ha reunido en este tribunal. Pero no es así, señores; pues el delito de injusticia, el acto de brutalidad cometido contra mi parte, proviene de un motivo de alguna importancia; y como le han precedido varios incidentes que le califican de atroz, me parece necesario que os lo ponga de manifiesto antes de hablaros de la tragedia que se les ha seguido. Establezcamos primero los hechos, y despues pasará á mi defensa.

Nicolás de Valleclaro, conocido vulgarmente por Colás, de edad de veintiun años, natural y vecino de este pueblo, donde reside todavía su anciano padre, fué admitido un año hace en esta casa en calidad de oficial de hortelano. Presentólo en ella el hortelano mayor Víctor German, que conociéndole pudo afianzar, y en efecto afianzó sus buenas costumbres y honradez. Manifestóse Colás activo, laborioso, cuerdo y frugal, sin que se le haya visto jamás holgar

se por las tabernas, ni faltar un punto de su obra. Contento, alegre y siempre cantando, era la delicia y recreo de cuantos le hallaban trabajando en la huerta... pero hé aquí que repentinamente perdió su alegría y serenidad; dejó de cantar; desvióse de los inocentes juegos de su edad; no se le veía, como antes en los bailes de la aldea, ni tirar la barra, ni jugar á los bolos, ni en el columpio, ni en ninguna parte; mas no por eso se olvidó de sus tareas, viéndosele seguir con la misma actividad en su trabajo. Andaba triste; apesarado, muy pensativo... y ¡qué os parece habia causado esta mudanza en un jóven de tan bella índole? deberé decirlo, señores!... La causa del general trastorno del buen Colás, todos vosotros la conoceis, y pocos no la habrán experimentado. El amor, el amor ha sido...

Al decir esto Cipriano, el señor Arleville, sentado bajo del dosel, no pudo disimular la tentacion de risa que le causó el énfasis con que su hijo pronunciaba el nombre de una passion que no conocia todavía.

Cipriano prosiguió con mas fuego. El amor que desordeña las cabezas mas juiciosas, el amor que desbarata cuanto encuentra si se le opone resistencia... el amor, este diosesillo de la antigüedad pagana... el amor, en fin, causó las desgracias del pobre Colás!



Vió este mozo á la hermosa Laureta, hija del tío Pedro, que de dos años á esta parte sirve de portero en la Cartuja; y no pudiendo ser insensible á tantas gracias y atractivos, se abrasa secretamente su corazón por aquella deidad campesina. Los corazones de dos amantes sin experiencia son como los niños que nada tienen oculto unos para otros, y que fácilmente se comunican sus mútuos afectos. Laureta, que por su parte tampoco pudo ver á Colás con ojos indiferentes, oyó de su boca la declaración de su amor sin encolerizarse, y antes bien, le confesó que le correspondía, y desde aquel momento nuestros dos amantes continuaron su inocente trato en la mejor armonía.

¡Oh inocencia! ¡oh candor! ¡oh virtud! cuánto imperio no tenéis sobre corazones bien nacidos! Colás y Laureta paséban juntos y no seguían otras leyes que las vuestras, ni apetecían otras que las del himeneo. Pero la sórdida avaricia se introduce en la pajiza cabaña del labrador. Sí, señores, hasta allí penetra esta furia del abismo, que roía continuamente y atormentaba noche y día el corazón del tío Pedro. Este hombre avariento reservaba y reserva todavía para su hija la mano de un viejo sesentón, vecino de esta aldea, ocioso de por vida; pero con unos cuatro mil reales de renta. Con el fin de sacrificarla á este horroroso mochuelo, el tío

Pedro encierra á la tímida muchacha; prohíbe al mancebo la entrada á su domicilio; y por último, llega á ser un verdadero tutor de comedia.—Por que Colás no tenga otros bienes que su juventud robusta, su salud y su actividad, porque solo viva del fruto de su trabajo y del sudor de su rostro, debe renunciar para siempre á la que tanto adora, y despreciar su amor ó fallecer... Qué falezca sí, que falezca, pues mas fácil será esto que dejar de amarla. Procura ver en secreto á Laureta; ésta le facilita un rato de conversacion... Todo se descubre! amenaza el tío Pedro á mi parte jurando que le daría de palos; el humilde, el respetuoso, el sumiso Colás promete no volverá á hablar con Laureta, ni mirarla á la cara. Quién creería que nuestro mancebo tuviese bastante fortaleza para cumplir su promesa? El infeliz se abrasa, desfallece; pero con todo, no ve á Laureta, renuncia la dicha de poseer su mano, quiero decir, desconfía de poder conseguirla.

En este estado se hallaban las cosas. El tío Pedro, satisfecho con la docilidad de Colás, le restituyó una parte de su antigua benevolencia; mas no le permite volver á su casa; le saluda si lo encuentra; habla con él de cosas indiferentes, como de la lluvia ó del buen tiempo, y si le halla trabajando en la huerta, pasa las horas enteras viéndole afanado en su trabajo.

¡Qué felicidad para Colás! bien adivinareis, señores, que el mancebo es humilde, tímido, oficioso, y que trata con el mayor agasajo al padre de su amada, esperanzado que este hombre duro pondrá treguas á su rigor, y podrá permitirle un dia el ver á Laureta. Imprudencia y obstinacion de parte del viejo; manse- dumbre, bondad, respeto y obediencia, poco menos que filial, de parte del mancebo: ved aquí el carácter de los dos reos hasta la desgra- ciada época que voy á pintaros.—Hace al- gunos dias pasó por este pueblo uno que vendía billetes de lotería, y que encontrándose ca- sualmente con Colás á quien conocia de ante- mano, le obligó á comprar doce reales. Esto es mucho para un pobre, á quien cuesta tanto trabajo ganar el dinero. Por otra parte, la lo- tería no es mas que una estafa, que se hace á la generalidad. Estando Colás aquella misma tarde trabajando en la huerta, se llegó á él el tío Pedro diciéndole:—Es posible que hayas dado en tal locura? Comprar billetes de lotería! Derrochar así doce reales sin consideracion á tu trabajo? Qué podrá esperar de tí la mujer que se case contigo, cuando eres pobre y no sabes ser económico!—Cuando llegue á casarme vereis cuán arreglado soy.—No es posible que seas un regular marido, cuando gastas tus ahor- ros en el peor de los juegos.—Ya lo vereis co-

mo no vuelvo á jugar en cuanto llegue á tomar estado.—Esto dejeneró en una seria disputa que vino á terminar, como sabeis, en la casa del tío Pedro.

Hé aquí, señores, en resúmen, la historia de lo acontecido.

Un padre no quiere dar á su hija á un jóven, y esto no es cosa notable: le niega la entrada en su casa, y tampoco hay delito, puesto que tiene derecho para poder hacerlo; pero maltra- tarlo sin razon para ello, esto, señores, no hay duda que debe indignaros. Colás trata con un profundo respeto y veneracion al que va á ser su padre; éste abusa de sus cañas y de que es el que dispone de Laureta para herir á su pre- suntuo yerno, y le acomete con un palo como si tuviese que perseguir á un foragido. Conténtase Colás con gemir y sollozar; y no despega sus lábios para proferir la menor injuria con el hombre brutal que así le maltrata; guarda todo el miramiento posible, cuando su contrario los ha violado todos; y por último, es víctima de su cariño y de su respetuosa generosidad. ¿Dónde se hallará, señores, un jóven de mejores prenda- das? ya lo veis pálido, demudado, ceñida la ca- beza con una venda... y no obstante observad la bondad y la dulzura pintadas en su rostro. Mas observad al mismo tiempo la adusta vejez, el encono del tío Pedro. ¿A quién de los dos



dareis la razon? ¡Respetareis por ventura esas canas, cuando las ha envilecido el mismo á quien podian honrar? No, señores: vosotros sabreis amparar al débil contra el fuerte, al inocente contra el culpado, y sereis compasivos al mismo tiempo que justos é imparciales.

Concluyo, pues, solicitando que la parte contraria sea multada como corresponde, y condenada en todas las costas.”

Habiendo acabado de hablar Cipriano, se sentó, y levantándose Teodoro, que estaba en la tribuna de enfrente, tomó la palabra en estos términos.

“Yo no haré, señores, á ejemplo de mi compañero, una fastidiosa novela, ó una lúgubre elegia de un asunto tan sencillo y trivial. No es mi ánimo moveros á compasion con una vana pompa de palabras; ni ofenderé la gravedad del tribunal refiriendo unos amorios de aldeanos, vulgares y de ningun interés. Tampoco procuraré disminuir el que mi colega pueda haberos inspirado á favor de un mozo ligeramente herido en un momento de arrebató. Hablo despues de un abogado elocuente que ha presentado las cosas bajo el aspecto mas favorable á la parte que defiende. Se ha captado vuestras simpatías, y es natural que yo tema vuestros desdenes, si me empeño en destruir las impresiones que haya podido causar en este

tribunal. Sin embargo, tendré bastante ánimo para refutar sus argumentos, y combatir algunos de los hechos que ha truncado; mi defensa será mas breve que la suya, porque defendiendo la inocencia, bastando pocas palabras para hacerla patente.

No hay duda, señores, que el llamado Colás, rústico ignorante y de mala conducta, luego lo probaré, tuvo la osadía de aspirar á la mano de Laureta, de la muchacha mas hermosa de todo el lugar, destinada largo tiempo hace por su buen padre, no á un viejo sesenon, no á un mochuelo; grosería indispensable proferida por mi compañero contra un hombre honrado, que nada tiene que ver en esta causa; sino á un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, bien educado, instruido, y que goza de un decente caudal, pudiendo por lo mismo hacer feliz á la hija del tio Pedro. Colás ha sabido abusar de la inocencia de esta muchacha para conmover su corazon; yo no digo, señores, que este mancebo no hubiese respetado su virtud; pero ha sabido insinuarse de tal modo con Laureta, que ésta ha llegado á desobedecer á su padre, no queriendo abrazar el ventajoso partido que la proponia, y jurando que no tendrá esposo mas que á Colás. Pero qué tiene este jóven? nada. Qué es lo que sabe? nada. En qué se emplea? En un oficio miserable; y el hime

neo exige en el esposo un hombre, cuando no instruido, á lo menos de bastante inteligencia para poder sostener á su mujer y familia. Colás pretende nada menos que á la doncella mas agraciada de este pueblo, y es muy natural que un padre cuidadoso del bienestar de su hija, no conceda su mano á un hombre sin recursos, y que procure hacerla feliz destinándola á otro capaz de mantenerla con algunas comodidades; luego el tío Pedro tenia potestad para prohibir á Colás la entrada en su casa, y disponer de su hija, segun su discrecion; este es un punto de derecho que no admite réplica, y que ni aun la parte contraria se atrevió á negarlo. Pasemos adelante.

El tío Pedro reprende amistosamente á Colás porque emplea el jornal de algunos dias en el juego mas estúpido que se conoce; en esa estafa que se llama lotería, cuyos especuladores se enriquecen con los tributos de los tontos. Colás se mofa del anciano, le llama avaro y le prodiga otros epítetos que irritan al venerable tío Pedro, quien se vé precisado á castigar la nécia avilantez y atrevida ignorancia de Colás.

El castigo, señores, fué una verdadera reprimenda paternal, un solo palo que ha causado únicamente un lijero rasguño, sin consecuencias. Tales son los verdaderos hechos que el abogado de la parte contraria se ha servido

adulterar. Ya veis por esta rápida exposicion, que Colás se acarreo el tratamiento que ha experimentado, pues provocó al tío Pedro; y ahora, despues de castigado por su insolencia, pretende Colás conmovier vuestra compasion, presentándose al tribunal atada la frente con una venda, cuando no hay duda que su oreja quedó curada la misma noche...

CIPRIANO, *con viveza*.—No ha sido herido en la oreja, sino en el ojo izquierdo.

TEODORO, *sonriéndose*.—Sea enhorabuena; pero en ese caso, cómo no le saltó el ojo? ¡Un garrotazo en un ojo!...

CIPRIANO.—Fácil es demostrar que no está curado todavia.

TEODORO.—Dignaos pesar, señores, en la balanza de vuestra sabiduria la novela que mi parte contraria os ha referido, con la narracion verdadera y sin exageracion que yo acabo de haceros. Ved por una parte á un mozo atolondrado, inaguantable por su orgullo; y por la otra un anciano prudente, razonable y juicioso.

EL RELATOR.—El tribunal os ha oido y ahora procede á examinar á los acusados. Acércate, Colás.

EL PRESIDENTE.—¿Has contestado con injurias al tío Pedro, excitando con ellas la violencia que ha usado contigo?

COLÁS.—No, señor juez.



EL PRESIDENTE.—Te has valido de la ironía, de la burla ó del insulto?

COLÁS.—No, señor juez... Ni podría hacerlo, teniendo angustiado el corazón con el amor de Laureta que no me deja dormir de noche ni descansar de día.

EL PRESIDENTE.—Porqué despreciais á Colás, tío Pedro?

EL TÍO PEDRO.—Yo no desprecio á nadie, señor; pero soy hombre de palabra... la tenía empeñada con el señor Cristóbal, para darle la mano de Laureta.

EL PRESIDENTE.—Y no considerais á Colás como un mancebo honrado, activo y laborioso?

EL TÍO PEDRO.—Pero no tiene sobre que caerse muerto, y en vez de ahorrar para ganarse la subsistencia, compra billetes de lotería.

EL PRESIDENTE.—Pero vos le habeis maltratado! Un hombre de canas no se compromete con un mozo que podía faltarle al respeto, y tal vez dejarle estropeado para toda la vida!

EL TÍO PEDRO.—Creí que se burlaba de mí cuando yo le daba el consejo de no echar su dinero al río.

Levantóse el señor Arleville y con la mayor gravedad, habiendo el escribano Alejandro preparado su pluma, estando inmóviles los dos reos, y los abogados esperando impacientes el fallo que saldría de su boca; dijo así:

“El tribunal, en vista de lo actuado, manda “que el tío Pedro salga inmediatamente de su “casa, y pierda su empleo, como asimismo la “protección y amistad de sus amos, á menos que “consienta en el matrimonio de Colás con su “hija; en cuyo caso se le darán ocho mil reales “para que goce de una vejez tranquila. Tal es “nuestra sentencia que será ejecutada dentro “de una hora, sin apelacion.”

Sentóse Arleville, y el tío Pedro levantándose, dijo:—Tantos favores, señor amo, me obligan á conocer mi sinrazon, y me llenan de agradecimiento. No mudo de intencion por miedo de perder mi empleo, sino por el dolor que me causaria verme privado de la estimacion y cariño de unos amos tan bondadosos. Renuncio á los ocho mil reales que teneis á bien ofrecerme, y abrazo á Colás como yerno y amigo mio.

Con efecto, el tío Pedro abrazó muy de veras al pobre Colás, que derramaba lágrimas de gozo, llamándole su padre, su buen padre. Laureta se abalanzó á los dos, abrazando estrechamente á su padre y al novio, haciendo unos y otros tales exclamaciones de alegría, que conmovieron á todos los presentes.

Acabóse la audiencia, y el señor Arleville, salió acompañado de los alegres aldeanos. Trasladóse desde allí al refectorio de la Cartuja,

donde se reunieron para gozar de una espléndida comida el juez, los abogados, el relator y escribano público y los acusados, que ya eran los mejores amigos del mundo. El tío Pedro, Colás y Laureta, muy ufanados por verse sentados á la mesa de sus amos, elogiaban á los dos abogados, los cuales habian salido mejor que muchos de esa profesion, del árduo empeño, para ellos tan inusitado, en que su padre los habia puesto.

## DIA VEINTIOCHO.

Reunidos el sábio Filberto y su hijo con los muchachos de la Cartuja, les manifestó que acababa de recibir una carta, cuya letra le parecía de Clara.—Salgamos pues de dudas, prosiguió abriéndola, y leyó lo siguiente:

“Mi respetable padre: Deseando mi madre que mi hermana y yo demos á Vd. noticias de esta capital, comenzaré esta carta, dejando á Elisa que la concluya, por lo cual hallará Vd. dos letras y dos estilos diferentes. Mi hermana, como mas ingeniosa, escribirá sin duda con mas acierto que yo, que solo me valdré de lo que me dicta el corazon, quedándome siempre con el justo temor de no poder espresar á mi buen padre todo aquello que quisiera decirle.

“Desde que salimos de la Cartuja, lo pasamos perfectamente á Dios gracias, y mañana



donde se reunieron para gozar de una espléndida comida el juez, los abogados, el relator y escribano público y los acusados, que ya eran los mejores amigos del mundo. El tío Pedro, Colás y Laureta, muy ufanados por verse sentados á la mesa de sus amos, elogiaban á los dos abogados, los cuales habian salido mejor que muchos de esa profesion, del árduo empeño, para ellos tan inusitado, en que su padre los habia puesto.

## DIA VEINTIOCHO.

Reunidos el sábio Filberto y su hijo con los muchachos de la Cartuja, les manifestó que acababa de recibir una carta, cuya letra le parecía de Clara.—Salgamos pues de dudas, prosiguió abriéndola, y leyó lo siguiente:

“Mi respetable padre: Deseando mi madre que mi hermana y yo demos á Vd. noticias de esta capital, comenzaré esta carta, dejando á Elisa que la concluya, por lo cual hallará Vd. dos letras y dos estilos diferentes. Mi hermana, como mas ingeniosa, escribirá sin duda con mas acierto que yo, que solo me valdré de lo que me dicta el corazon, quedándome siempre con el justo temor de no poder espresar á mi buen padre todo aquello que quisiera decirle.

“Desde que salimos de la Cartuja, lo pasamos perfectamente á Dios gracias, y mañana

esperamos partir de aquí para volvernos á la tranquila morada donde habita uno de los autores de mi vida, con mis hermanos. No hablo de mis primos, pues hace mucho tiempo que se hallan confundidos en nuestros corazones por el dulce vínculo de la fraternidad, y por los beneficios de Vd., de modo, que solo formamos una sola familia dirigida por un mismo jefe, amada de un solo padre, y educada por el mas venerable de los preceptores: motivo suficiente para bendecir al Todopoderoso por el feliz destino que su providencia nos ha concedido.

“Mi madre percibe desde ayer su renta vitalicia sin ninguna dificultad. El pagador es un hombre honrado y muy fino, ha conocido á mamá cuando niña, y de consiguiente manifestaba un verdadero interés en verla con dos hijas tan crecidas, diciéndonos que algun día lo graria abrazar del mismo modo á nuestros hijos, aunque ya entouces seria muy viejo. Tiene razon, porque nosotros dejaremos la compañía de unos padres tan buenos lo mas tarde que sea posible, asegurando por mi parte que de ningun modo pienso todavia en el matrimonio.

Sonrióse Arleville, y continuó leyendo:

“Este Paris es un laberinto! El que le ha dejado algunos dias y vuelve á su centro, se aturde con el ruido de los coches y de los ca-

ballos, con los gritos descompasados de los que pregonan por la calle, legumbres y otros comestibles; y en fin, con la inmensa multitud de gentes que van y vienen, que se empujan unas á otras, pareciendo que todos tienen negocios. Reflexionando sobre esto, decia yo para mí: si pensamos que toda esta gente tiene casa donde albergarse, un lecho en que dormir, alhajas, muebles y dinero, es preciso maravillarse de la infinidad de muebles que deben fabricarse diariamente, y del considerable número de monedas que necesita una gran nación para que cada uno pueda hacer sus compras y ventas. Además, ¡cuántas ovejas no es preciso trasquilarse para obtener su lana, cuántas aves depozar de su pluma, cuántos trozos de madera despedazar para los muebles, y cuántas telas fabricar para cubrir éstos y vestir á los habitantes! Qué consumo no se hace de todas las cosas necesarias para la vida humana, siendo forzoso que todo esto sea en mayor número que los individuos!

“Acaso dirá Vd., padre mio, que mi reflexion es muy pueril, y en efecto la sujeto á su examen con timidez. Al ver tanta gente, no puedo menos de hacer algunas reflexiones acerca de sus trajes y de su diferente carácter, no habiendo cosa que mas me admire, que su diferente aspecto. El uno va muy recogido y pensativo;



el otro alegre, contento y alborozado; este va mirando á los que pasan con aire de desprecio; aquel apenas se atreve á levantar los ojos; el uno va canturiando una danza, mientras que el otro suspira tristemente.

“Mamá á quien he comunicado estas reflexiones, me dijo:—Hija mia, el que tuviese la paciencia de situarse un dia entero en el *Puente nuevo* con el intento de observar, conoceria la poblacion y todos los negocios de esta gran capital. Por la mañana luego que raya el sol, ó antes tal vez, se ve llegar á los lugareños, y recogerse á los jugadores; conociéndose á los primeros no solamente por su traje sencillo, sino tambien por su semblante fresco y risueño; y á los segundos por la palidez de su rostro, por sus ojos hundidos, por sus facciones desfiguradas y por la flojedad con que van andando, advirtiéndose desde luego que pasaron velando las horas destinadas al descanso. Mas tarde se dejan ver los oficinistas; poco despues la turba de curiales y litigantes; y al mediodia todo es una confusion general, haciéndose difícil el género de negocios de los que corren por estas calles.

“Por este orden me iba conduciendo mi madre hasta la media noche, dándome una idea de todos los habitantes de Paris, con aquella claridad propia de su talento y discrecion.

“No se me ofrece cosa particular que comunicar á Vd.; pero mi hermana, dirá mas que yo de lo que ha observado en Paris; voy á cederla el papel, la pluma y la silla, y concluyo asegurando á Vd. la profunda veneracion con que soy su mas obediente hija.—*Clara de Arleville.*”

Ahora sigue nuestra Elisa; dice así:

“MI querido padre: Acabo de leer la carta de mi hermana, y sin ánimo de censurarla, no puede menos de parecerme extraño que se ocupe del Puente Nuevo, de los lugareños, de los oficinistas, de los curiales; y en fin, de todos los que pasan por allí. En el paseo á las Tullerías donde hemos estado ayer por la tarde, he examinado las modas y prendidos de las damas. ¡Oh! esto sí, esto sí que me vuelve loco! el modo de colocar un gorro, de prender un pañuelo, los chales, etc., todo esto me enamora! Qué mujeres tan bien puestas!... Ah!... Pero... porqué se las juzgará con tanto rigor? Lo cierto es, querido padre, que nuestro sexo es mas digno de compasion que el de Vd. Pasa un hombre por un paseo, y apenas le miran... pero á una pobre mujer!... ¡Oh qué revista pasa! no hay hombre que no la examine de piés á cabeza, y que no diga alguna cosa de ella, siendo lo peor que las demas mujeres la registran del propio modo, y aun la tratan con mas crueldad: por

manera que la infeliz tiene contra sí á los dos sexos, y esto es una injusticia.

“Mas dejemos este asunto demasiado fútil para un padre tan respetable, y hablemos algo de nuestras visitas.

“Hemos visto á la esposa del procurador de casa, que apenas ha tenido á bien el saludarnos á mi hermana y á mí, bien que con mamá ha estado muy agasajadora.

“Madama de Ermancé, la famosa pianista, que Vd. conoce bien, se ha portado de distinta manera. Nos ha recibido perfectamente, y mi hermana ha tocado delante de ella su gran sonata de Clementi. Pero despues de haber tocado madama, hemos estado á pique de hacer pedazos nuestros papeles de música, y nuestros instrumentos, considerando que nunca llegaremos á tal perfeccion.

“Anoche hemos estado en su palco en el teatro de la ópera italiana, donde se representaba una composicion inmoral, y sobre todo, triste y melancólica. ¿No dicen que al teatro va uno á divertirse? pues de mí sé decir que me sucedió al revés.—La opereta sí me ha gustado. He concurrido al *Cuadro Parlante*, cuya música es muy graciosa, y me han asegurado que su autor era el famoso Grety, el mismo que compuso algunos de los admirables duos que cantamos en la Cartuja.

“Del teatro nos hemos ido al hotel, donde quise ensayar la música que acababa de oír; pero ahí si Vd. hubiera visto el piano, ¡qué destemplado! Esta mañana ha enviado mamá á comprar las árias y duos del *Cuadro Parlante*, para llevarlos á Roseville. Madama de Ermancé nos ha dicho que hay óperas nuevas, y nos enviará lo mejor de su música.

“Aquí tiene Vd., querido padre, cuanto tengo que decirle de París, pues no hay cosa extraordinaria que contar. Vamos á prepararnos para la marcha, y mañana esperamos reunirnos con las personas que mas queremos. Su hija amorosa.—*Elisa de Arleville.*”

Desde este dia se suspendieron temporalmente las recreaciones de la Cartuja; pero no por eso dejaron de trabajar los muchachos, dedicándose cada uno á las tareas que les parecian mas propias de su inclinacion.



**DIA VEINTINUEVE.**

El invierno interrumpió los inocentes recreos de la Cartuja de Roseville, que se reanudaron en la primavera.

La naturaleza recobraba nueva vida, y se vestían de gala los jardines de aquel agradable retiro, cuando el señor Arleville determinó continuar el curso de sus lecciones, que pocos meses antes habían sido la delicia de la familia. Con este objeto reunió un día á todos sus hijos, precedidos los varones por el sábio Filberto, y las niñas por su tierna esposa; y cuando vió que todos estaban dispuestos para oírle, habló de esta manera:

—Nosotros, hijos y sobrinos queridos, suspendimos nuestras amables recreaciones durante el invierno: la naturaleza misma quiso también reposar, y hemos imitado su ejemplo; pero

hoy mas hermosa, mas activa y lozana, vuelve á emprender sus útiles trabajos; todo se anima, todo muda de semblante; y la primavera nos anuncia, con mas energía que las otras estaciones del año, la augusta presencia, y los inponderables beneficios del Creador. Entreguémonos de nuevo á nuestros inocentes pasatiempos, recobremos la alegría y el vigor que los rigores del invierno han interrumpido; sembremos la carrera del estudio de nuevas y vistosas flores, que en el estío de la vida producirán sazonados frutos, y volvamos á entablar el método de vida que hemos empleado el año anterior.

Pero antes, véamos cómo y en qué ha empleado su tiempo cada uno de vosotros, porque sin duda, habreis trabajado y hecho algunos adelantos en las habilidades que vuestros maestros y yo mismo, hemos procurado enseñaros. Supongo que todos podreis darme alguna prueba de lo que habeis adelantado, ya sea en la pintura, dibujo y música, ó bien en las letras: hasta ahora no os he pedido cuenta de vuestros progresos, contentándome con inspiraros amor al trabajo en cuanto me lo han permitido mis ocupaciones; mas hoy quiero que me la deis del empleo de vuestras horas.

No se manifestaron tardíos ni perezosos, sino bastantemente aprovechados, nuestros pequeños personajes. El mas tierno recitaba las fábulas

de Florian con suma gracia y despejo, comprendiendo bastante bien las lecciones de moral que cada una de ellas contiene. En la escritura eran tambien notables los adelantos adquiridos. Carlos estaba algo fuerte en Cronología y Geografía, si se atiende á su edad, y Eugenio sabia la Historia Sagrada y la de Grecia y Roma. Antonio habia aprendido un precioso compendio de Arquitectura y conforme á las reglas que en él habia encontrado, habia construido un bonito palacio de madera con que iba á obsequiar á su papá el dia de su cumpleaños.

No pudo menos el señor Arleville de admirar esta obra en que se habia empleado mucha paciencia y buen gusto, y exclamó:—Alabo ciertamente la manera con que has construido este pequeño monumento, y sobre todo, el fin que te has propuesto en ello. Conservaré con mucho gusto este obsequio de tu ternura filial.

Examinó del propio modo á los demas muchachos, y todos dieron pruebas de haber adelantado en las diversas ciencias y bellas artes que cursaban. Evaristo habia compuesto varias coplas, á las que su prima Elisa habia puesto música, y las cuales Flavia cantaba muy bien con acompañamiento de piano. Clara habia ejecutado con bastante exactitud el retrato de su padre. Alejandro habia hecho dibujos al lá-

piz que llamaron la atencion de los inteligentes. Finalmente, todos manifestaron sus diferentes obras ejecutadas durante el invierno, y solo Teodoro no presentaba ni dibujos, ni música, ni versos, porque su trabajo era de otra clase. Tiraba el florete como un maestro de esgrima, y se habia dedicado á la gimnasia, desarrollándose su fuerza muscular extraordinariamente. Este jóven, que contaba ya diez y seis primaveras, era el mas gallardo de toda la familia; alto, robusto y á la vez fino y de modales elegantes.

El mayor de todos, el amable Enrique, habia empleado sus horas en componer una obrita destinada á sus hermanos, y que podia ser útil para perfeccionar su educacion. Como hubiese hallado entre los libros de Cipriano uno muy antiguo intitulado: *Cortesía pueril y decente*; despues de leerlo parecióle que efectivamente era muy pueril, y en consecuencia dispuso refundir este tratado, haciéndole mas fácil y adaptable á nuestras costumbres modernas. Escribió, pues, un cuaderno, que intituló: *Catecismo de buena crianza*.

Revisado por su padre, mandó á Enrique que leyese algunos capítulos: no se hizo este rogar, y como sabia la obra de memoria, dió el manuscrito á Cipriano para ir respondiendo á sus preguntas, en la forma siguiente:

P. ¿Qué quiere decir buena crianza?



R. Es el arte de andar, saludar, sentarse, levantarse, responder y presentarse con la cortesía que corresponde, delante de los demás hombres.

P. ¿Cómo debemos mantenernos cuando estamos en pie?

R. Derechos; los pies algo hacia afuera, los brazos caídos sin flojedad, la mano medio cerrada, los dedos un poco entreabiertos, la cabeza recta sin estar demasiado erguida, los ojos en ademán de prestar atención, la boca cerrada, etc.

P. ¿Cómo se debe andar?

R. Con mesura y sin abrir mucho las piernas. Es preciso también evitar que los dos brazos hagan el oficio del balancín de los bolatines. Tampoco se debe ir meneando la cabeza con esfuerzo hacia adelante á cada paso que se da; y en una palabra, es menester acostumbrarse á un movimiento suave y natural, si queremos dar gracia y buen aspecto á la persona.

P. ¿Cómo debe darse la mano?

R. Sin apretar demasiado, como hacen algunos necios que de esta manera pretenden pasar por hombres de fuerza hercúlea. Tampoco se dará tocando la estremidad de los dedos con la timidez femenil de otros, sino con algo de cordialidad, espresion y franqueza.

P. ¿Cómo debemos andar cuando vamos por las calles ó por el paseo?

R. Sin empujar, ni atropellar á nadie, cuidando de no tocar con las puntas de los pies los de los compañeros ó los talones del que vaya delante, por lo cual es bueno mirar al suelo de cuando en cuando, y si por casualidad pisásemos á alguno, le suplicaremos al punto que se sirva disimularnos, inclinando el cuerpo, y bajando la cabeza. Procuraremos dar siempre la acera de la calle á las señoras, á las criadas ó nodrizas que lleven criaturas, á los ancianos, y á todos aquellos á quienes debemos atención y respeto.

P. ¿Cómo entrareis en un coche ó en cualquier otro carruaje?

R. Haré de modo que entren primero que yo las personas que me acompañen. Daréles la derecha, en la testera, si hubiere allí lugar para mí, ó me sentaré al vidrio cuando sea menester. Al bajar seré yo el primero, para dar la mano á las damas. Si tomo en mis brazos á un niño, cuidaré de no asirlo sino por medio del cuerpo para no lastimarlo.

P. ¿Cómo deberé conducirme en un teatro, en un paseo, ó en cualquiera otro paraje público?

R. Cuando voy al teatro, ocuparé mi asiento, sin llamar la atención procurando estar con modestia y compostura, sin mirar con escesiva

curiosidad á una y otra parte, alargando la cabeza; me mantendré sosegado sin hablar alto para no molestar á los demas, y si tomo mis anteojos para examinar á los concurrentes, lo haré de una manera que no se advierta: evitaré golpear el suelo con mi baston y no tomaré parte en las conversaciones de los estraños á menos que se me invite para ello.

En tertulias, saraos ó concurrencias donde cada uno entra por su dinero, lo haré sin saludar á nadie particularmente; pero portándome siempre con urbanidad y decoro, sin pasearme con descompostura, ni hacer otras demostraciones que desagraden á los concurrentes.

P. ¿Cómo debemos portarnos al hacer una visita?

R. En una sala de amigos ó simplemente de conocidos, entraré pausadamente sin hacer movimientos estravagantes y llevando el sombrero en la mano. Me dirigiré á la señora de la casa; la saludaré respetuosamente, me volveré despues hácia las damas que estén á su lado para saludarlas sin afectacion, y hecho esto haré lo mismo con los hombres, buscando despues un asiento secundario.

P. ¿Cómo se debe hablar?

R. Sin gritos ni aceleradamente; pronunciando las palabras con suavidad, pero de modo que se perciban, evitando las voces descompa-

sadas y los arrebatos propios de gente ordinaria. Es menester que la conversacion sea solamente para nosotros, y para aquellos con quienes hablamos.

P. ¿Cómo debe responderse á los necios y á los que gratuitamente nos ofendan?

R. Esto lo indicarán las circunstancias, y solo advierto que siempre se deben emplear buenas palabras aun cuando nos injurien, y usarse de modestia si nos elogian, dan algun parabien, etc. Debemos dejar que hablen los demas, y no interrumpirlos hasta que concluyan; y caso que lo hagamos por inadvertencia, les pediremos que perdonen, rogándoles que continúen.

P. ¿Qué reglas debemos observar para sentarnos y levantarnos?

R. Cuando entremos á visitar una dama, no debemos sentarnos hasta que se nos mande, ó que ya lo estén los demas concurrentes; y si tratamos con familiaridad á los dueños de la casa, lo ejecutaremos sin ceremonias. Una vez sentados, evitaremos cruzar las piernas, etc. Al levantarse de la mesa, no lo haremos hasta que la señora ó el dueño de la casa lo ejecuten; pero si nos viésemos precisados á retirarnos antes que los demas, pediremos que se nos disimule, esponiendo el motivo que nos obligue á salir.

El pequeño manual de buena crianza del que



solo se ha insertado aquí una pequeña parte, gustó mucho al señor Arleville, aunque no dejó de advertir en él algunas cosas demasiado triviales; mas no por eso dejó de alabar el buen uso del tiempo que habia hecho su hijo Enrique.—Has compuesto, le dijo, un tratado muy útil para tus hermanos y primos, por lo cual deseo que cada uno de vosotros aprenda cada semana un capítulo, ensayando al mismo tiempo sus lecciones prácticas como un actor estudia sus gestos y situaciones.

DIA TREINTA.

Pocos dias despues, el sábio Filberto referia á Enrique el apólogo siguiente, que segun dijo habia aprendido cuando era jóven.

LA SALUD Y LA ENFERMEDAD.

APOLOGO.

—¿Qué tienes tú que hacer aquí, malvada? dijo cierto dia la salud viendo á la enfermedad arrojarle sobre un cuerpo en que ella reinaba, trayendo por escolta la fiebre, el delirio y todos los males que afligen á los hombres; ¿qué tienes tú que hacer aquí? Este sugeto á quien yo protejo, y que disfruta mis favores, está sa-

solo se ha insertado aquí una pequeña parte, gustó mucho al señor Arleville, aunque no dejó de advertir en él algunas cosas demasiado triviales; mas no por eso dejó de alabar el buen uso del tiempo que habia hecho su hijo Enrique.—Has compuesto, le dijo, un tratado muy útil para tus hermanos y primos, por lo cual deseo que cada uno de vosotros aprenda cada semana un capítulo, ensayando al mismo tiempo sus lecciones prácticas como un actor estudia sus gestos y situaciones.

DIA TREINTA.

Pocos dias despues, el sábio Filberto referia á Enrique el apólogo siguiente, que segun dijo habia aprendido cuando era jóven.

LA SALUD Y LA ENFERMEDAD.

APOLOGO.

—¡Qué tienes tú que hacer aquí, malvada? dijo cierto dia la *salud* viendo á la *enfermedad* arrojarse sobre un cuerpo en que ella reinaba, trayendo por escolta la fiebre, el delirio y todos los males que afligen á los hombres; ¡qué tienes tú que hacer aquí? Este sugeto á quien yo protejo, y que disfruta mis favores, está sa-



no, fresco, robusto y contento. Por qué, pues, quieres privarle de mi benigno influjo? ¿Tendrás ánimo bastante para responderme?—¿Qué ciega eres! le contestó la enfermedad; tu no sabes precaver nada, caminas muy segura y satisfecha por entre tinieblas, sin ver que la muerte te va siguiendo, acecha continuamente á tus favorecidos, y los devora en el momento que menos lo pensabas. Te digo que no tienes la menor penetracion cuando aseguras que este hombre está sano; sí, por ahora lo está; pero la sesta hora del día, será tal vez la última para él. Yo que tengo mas perspicacia que tú, me parece leer en lo futuro que antes que una hora haya pasado, ese hombre sufrirá un accidente que le privará de la vida. ¿No adviertes ese rostro encendido? ¿No percibes en él todos los síntomas de una próxima apoplejía? Apoderándome de su cuerpo le doy un aviso para que se prevenga, y tome las precauciones de que vive olvidado: introduciré en sus entrañas una fiebre benéfica que disminuya la masa de su sangre, que consuma sus humores, y desobstruya sus vasos; y retirándome luego poco á poco, iré restableciendo el equilibrio en su sangre, en sus nervios, en todas las partes de su cuerpo, preservándole por este medio de una muerte repentina.—¿Insensata! y para precaver un mal imaginario é incierto, que ni tú ni yo podemos

impedir, le vas á causar una enfermedad real, dolorosa y larga, cuyas consecuencias no podrás adivinar, ni contener? Porque una vez apoderada de los flacos mortales, tus estragos son terribles, te deleitas con ellos, y por lo comun la muerte, la desapiadada muerte sigue mas bien tus pasos que los míos. Deja, pues, á ese hombre, y retírate.

Sin embargo, la *enfermedad* procuró enseñorearse de su presa; opúsose á ello la *salud*; arrojóse sobre su contraria queriendo expelerla, y se movió entre las dos un combate, del cual salió por desgracia triunfante la *enfermedad*. Apoderóse la malvada de aquel hombre infeliz, é introdujo en su cuerpo la fiebre segun lo habia manifestado; pero esta llegó á dominar al enfermo, postró las fuerzas del mal aventurado, aniquiló su sangre, y en fin, dió con él en tierra.

Huyó la *salud*, y derramando tiernas lágrimas, iba diciendo:—Ved aquí como para precaver de ordinario los males dudosos, se causan otros que son irreparables!

Este apólogo, ¿no puede aplicarse con toda exactitud al cuerpo político? Este lo pasa bastante bien; pero ciertos charlatanes le creen amagado de un gran peligro; se persuaden que podrán precaverlo, y para ello escitan funestas discordias. Otros tan buenos como ellos, aprovechándose de su error, como la fiebre de mi

apólogo, acaban de disolver los vínculos del cuerpo social para enriquecerse con sus despojos!

¡Oh! cuánto estrago causan en un estado los locos y los perversos; los que especulan con las ideas!

Vióse interrumpido el sábio Filberto al decir estas palabras, con la llegada de Evaristo y de Alejandro que venían disputando entre sí con fogoso entusiasmo.—Qué teneis, hijos míos, les dijo el anciano, qué significa esa disputa acalorada? No podré yo saber el motivo?—Señor! respondió Alejandro, ahora diferimos de opinion en un punto, y cada uno defiende la suya. Voy á deciros sobre qué versa la cuestion, y me hareis el gusto de dar vuestra sentencia.—Pues bien, ya te oigo.—Danceval... ya le conocéis, es el nuevo dueño de la linda casita que está allá abajo... Ha venido hace poco á visitar á nuestros padres con sus dos hijos, Luciano y Julian. Estos dos jóvenes son mucho mas grandes que nosotros, y tienen por lo menos veintium años; Luciano ha sido educado por una tia suya que lo ha echado á perder; Julian recibió la educacion en casa de su padre, y por lo mismo es amable, cortés y oficioso. Por el contrario, Luciano es grosero, un payo que no sabe andar ni hablar, y si abre la boca es para decir majaderías. De aquí resulta que Lanceval, que

no está muy abundante, no sabe que hacer con este chico! Cuando presenta el otro á un ministro, á un preceptor, es bien acogido... y Julian goza ya un bonito empleo, que segun dicen, le servirá de escalon para llegar á puestos mas honoríficos. Pero su hermano..... á todos fastidia, no sabe granjearse amigos ni bienhechores, y si empobreciese no hallaria un bocado de pan que llevar á la boca, segun el mismo Lanceval lo ha dicho hablando en confianza con papá. Sin embargo, hay una gran diferencia en el génio de los dos jóvenes. Luciano tiene un corazon de una sensibilidad escesiva, y su franqueza raya en atropellamiento: dirá mil disparates á cualquiera, porque su mala educacion le hace arrebatarse, y puede mas que él, pero tambien será el primero que consuele al afligido y socorra al necesitado; su bondad, su generosidad no tienen límites; ama mucho á sus padres, es honrado, íntegro y fiel; en dos palabras, es un mozo completo en cuanto á las prendas del corazon. El meloso Julian por el contrario, es disimulado, pérfido, malicioso, sin escrupulosidad, sin conciencia: es duro, insensible é hipócrita, y bajo la esterioridad mas amable oculta un mal corazon. Sin embargo, todos le quieren bien, todo el mundo le busca, á todos engaña, al paso que su hermano, porque no sabe agradar, molesta y es despreciado como un hom-



bre grosero y descortés. De esto veníamos hablando mi primo y yo. Evaristo prefiere á Julian, porque es mas amable que Luciano, y añade que á ser él un hombre poderoso, le tendria en su casa, porque su compañía debe ser muy apreciable. Yo no sigo este dictámen, y á Luciano es al que prefiero, porque las prendas del corazon valen mas para mí, que todo el brillante oropel de los cumplimientos y modales exteriores. Las virtudes son dignas de la estimación general, al mismo tiempo que son aborrecibles la falsedad y el disimulo. En verdad, que si estos últimos vicios triunfan de la virtud, muy errados van los hombres, y á mi no se me ha inspirado nunca una moral tan corrompida. Este, pues, era el asunto de nuestra disputa, y ahora esperamos vuestro sábio parecer.

No tuvo el señor Filberto necesidad de pensar mucho para resolver esta cuestion, bastante nueva y delicada para unos muchachos.—Amigos míos, les dijo; ambos teneis razon; pero, es preciso decirlos en qué y por qué. No hay duda que Luciano es preferible á Julian por su bella índole y excelente corazon; pero nunca llevará la preferencia, pues no basta estar adornados de buenas cualidades, si no se aprende á hacerlas brillar en la sociedad. Julian es pérfido y maligno, pero tiene amabilidad exterior: Luciano es bondadoso, pero tosco y sin gracia. El

mundo preferirá siempre defectos amables á virtudes urañas. Y quién causa, por ejemplo, entre Luciano y Julian esta notable diferencia? La educacion. Si Luciano juntase la cultura á su buen natural, seria mucho mas querido que su hermano, porque lo primero que percibimos es la esterioridad, y tardamos mas tiempo en apreciar el fondo del sugeto: por tanto, es forzoso reunir ambas cosas para no vernos pospuestos á un hombre de malos sentimientos, pero amable... Mirad; ya que he comenzado la mañana con apólogos, voy á referiros otro que viene muy al caso en la presente cuestion.

### LOS DOS DIAMANTES.

Un diamante fino, pero en bruto, cubierto de tierra, viéndose colocado en casa de un joyero al lado de un diamante falso, pero cortado y abillantado, tuvo celos de él, y le dijo así:—De qué proviene que un pedazo de vidrio como tú, sea por ahora preferido á mí que soy de un valor mas precioso que el tuyo mil veces? Yo te he visto poco hace adornando la belleza, paseándote á los rayos del sol, á la llama de cien bugías; todavía deslumbras la vista

de los bobos que te contemplan, te admiran, y tal vez van á comprarte, al mismo tiempo que no hacen caso de mí, y que me consideran cual si fuese una vil piedrezuela. De qué procede, repito, esta injuriosa preferencia que te concede una turba de ignorantes?

El diamante falso, prudente y moderado, se contentó con responderle modestamente:—Amigo mío, es que yo estoy pulimentado, y tú estás en bruto. Luego que el lapidario te dé las mismas formas que á mí llamarás tú solo la atención de los curiosos, y yo no haré ningun papel; pero mientras llega ese tiempo, me permitirás que me luzca, mal que te pese; porque has de saber, querido, que no basta tener como tú un corazón precioso, sino que es menester desde luego deslumbrar la vista para que despues entre la estimacion.

—No os parece, hijos míos, prosiguió el sábio Filberto, que esta fábula se aplica perfectamente al carácter de Luciano y de Julian? El uno es el diamante fino, pero todavía por abrillantar, y el otro el pedazo de vidrio que ya lo ha sido. Dad, pues, mil gracias á vuestros padres que reúnen en vosotros una sana educacion á los dones de la naturaleza. Ellos pulimentan el diamante fino con sus lecciones, inspirándoos cuanto necesitais para brillar en la sociedad, y con el tiempo, si es que las aprovechais, no ha-

brá quien sea capaz de disputaros la estimacion, la amistad y el favor de los hombres.

En aquel momento fueron interrumpidos el sábio Filberto y sus tres oyentes por la llegada de los otros muchachos que reian y manifestaban suma ufanía.—De dónde venís? dijo Filberto.

### La Linterna Mágica.

—Figuraos abuelito, contestó Eugenio, que entró en el zaguan un hombre con una linterna mágica. La hemos visto y nos ha parecido interesante. Oid lo que representaban sus diferentes vidrios.

Primero. Una chusma de nodrizas que llevaban chiquillos recién nacidos; entraban en una iglesia, y un sacerdote bautizaba á los niños... Segunda mutacion, los chiquillos crecen, juegan con sus carretoncillos, y apenas mal pronuncian algunas palabras. Luego nos parecieron tan grandes como nosotros, y jugaban de otro modo; se montaban en una caña como si fuesen á caballo en ella..... cambiaba la escena, y los picarillos ya parecian tan grandes



como Alejandro, y estaban en una escuela sentados delante de varias mesas ocupados en leer, en escribir ó en registrar diccionarios. Vaya otra mutacion: esos niños transformados ya en jóvenes asisten en un colegio á la distribucion de premios, y les ponen en la cabeza guirnaldas de flores, y en la mano ramos de laurel... Otra mutacion: estos jóvenes mas crecidos ya que mi hermano Enrique, acuden vestidos unos al teatro, otros á un baile, se miran de piés á cabeza, enamóranse de sí propios, todo es placer.... La escena cambia: nuestros jóvenes tienen á lo mas treinta años; ya se presentan con mas decoro y sosiego, y al fin los vemos casarse en una iglesia con unas hermosas doncellas á quienes al parecer idolatran. Nueva perspectiva. Nuestros hombres casados ya, aparecen trabajando cada uno en su despacho; añaden números á números, cuentan y recuentan montones de dinero; qué gravedad! qué circunspeccion la suya! Entretanto, sus esposas dan el pecho á unas criaturitas que ellas enseñan á sus maridos, como si les dijesen:—*Trabaja, haz fortuna que ya sois padres...*

Diferente mutacion... Estos padres aparecen con sus hijos ya crecidos... Paséanse con ellos por una galería de pinturas y van explicándoles los asuntos que representan, hablando entre sí como verdaderos amigos. Una nueva decora-

cion de la linterna mágica nos presenta á estos buenos padres, ya muy viejos, apoyados en sus bastones, tosiendo, cabizbajos, caminando con lentitud, abrigados con vestidos lanudos, la cabeza que se supone calva, debajo de una enorme peluca; y en fin, deteniéndose en un jardín público para tomar el sol. La última escena nos presentó á estos ancianos achacosos, acostados en su lecho, donde fallecen asistidos de sus ancianas esposas, de sus hijos y de sus nietos. Así acabó la linterna mágica....

—En esta pintura, dijo Filberto, que tiene mucha moralidad se os ha presentado al hombre recién nacido, llevado y ayudado por su nodriza, solazándose despues con inocentes juguetes, trabajando mas adelante por instruirse, divirtiéndose luego en su juventud, y entregado á los placeres que proporciona esta dichosa edad. Cásase despues, llega á ser padre de familia, y solo piensa en adquirir caudales: cria y educa á sus hijos, los instruye, los acompaña como amigos y confidentes á los parajes en que pueda ilustrar su entendimiento. Llega por último á viejo, y muere recibiendo las bendiciones de su posteridad. Tal es el círculo de la vida humana que habeis recorrido en pocos minutos: el nacimiento y la muerte.... tal es el principio, y tal el fin del hombre! Pasa sobre la tierra y deja en ella señales de su existencia,

que aunque con el tiempo desaparecen, son el manantial de las generaciones. Así se ha establecido, se ha conservado y conservará el mundo por medio de la vida y de la muerte: nosotros hollamos los huesos de nuestros padres, y del mismo modo pisarán nuestros hijos nuestras insensibles cenizas!

## DIA TREINTA Y UNO.

El señor Arleville tuvo que ir de nuevo á Paris por algunos dias, á negocios de importancia y decidió llevarse á la mayor parte de la familia.—Una mañana llevó á los cinco muchachos al admirable Instituto de Sordo-mudos de nacimiento, dirigido por el célebre abate Sicard! siendo su intento enternecer sus corazones, poniéndoles á la vista á otros seres de su edad, maltratados por la naturaleza. El abate Sicard, que por su natural afabilidad no deseaba mas que complacer á los buenos padres de familia, recibió á Arleville con las expresiones mas afectuosas, y llamando á todos sus discípulos, los presentó al padre y á los hijos, que nunca habian visto un espectáculo semejante. Eran los sordo-mudos de diferentes edades; y aquel vivo interés con que se reunen siempre unos muchachos con otros, apenas dejaba tiempo á los li-



que aunque con el tiempo desaparecen, son el manantial de las generaciones. Así se ha establecido, se ha conservado y conservará el mundo por medio de la vida y de la muerte: nosotros hollamos los huesos de nuestros padres, y del mismo modo pisarán nuestros hijos nuestras insensibles cenizas!

## DIA TREINTA Y UNO.

El señor Arleville tuvo que ir de nuevo á Paris por algunos dias, á negocios de importancia y decidió llevarse á la mayor parte de la familia.—Una mañana llevó á los cinco muchachos al admirable Instituto de Sordo-mudos de nacimiento, dirigido por el célebre abate Sicard! siendo su intento enternecer sus corazones, poniéndoles á la vista á otros seres de su edad, maltratados por la naturaleza. El abate Sicard, que por su natural afabilidad no deseaba mas que complacer á los buenos padres de familia, recibió á Arleville con las expresiones mas afectuosas, y llamando á todos sus discípulos, los presentó al padre y á los hijos, que nunca habian visto un espectáculo semejante. Eran los sordo-mudos de diferentes edades; y aquel vivo interés con que se reunen siempre unos muchachos con otros, apenas dejaba tiempo á los li-

jos del señor Arleville para respirar. Contemplaban absortos á aquellos infelices; levantaban los ojos al cielo, suspiraban y prorumpian en bien sentidas exclamaciones:—¡Oh Dios mío! qué estado tan deplorable!... desventurados! y se les veía con los ojos bañados en lágrimas.—Es posible, decía Enrique, que la naturaleza, siendo como es madre y no madrastra, prive á estos infelices de dos sentidos tan útiles, como el oído y la palabra! Cuánto me compadezco de ellos.—Y yo! añadió Teodoro: la naturaleza los ha separado del resto de la sociedad, y les ha dicho: “Vosotros seréis un término medio entre la especie salvaje y la civilizada.—Sin embargo, observó Cipriano, se asegura que aquí les enseñan á leer y escribir y ya no son tan desgraciados como tú los pintas.—No son tan desgraciados? replicó Evaristo, y por eso dejarán de verse privados de nuestras amenas conversaciones, y sobre todo, del dulce influjo de la música tan poderoso en nuestras almas! Una voz agradada, un instrumento sonoro, un armonioso concierto... todo es extraño para ellos; y dices que no son tan desgraciados?—Hablad mas bajo, dijo Alejandro, y no entristezcais á estos pobrecitos!—Por ventura nos oyen? replicó Cipriano: ni aunque disparasen un cañonazo.—Es verdad, repuso el señor Arleville, mas por el movimiento de vuestros lábios, por la con-

traccion de la boca y por vuestros gestos, pueden venir en conocimiento de que hablais de ellos, compadeciéndolos de su triste destino; y la compasion, hijos míos, nunca deja de afligir al desgraciado. No advertís cómo os miran, y como procuran adivinar en vuestros ojos lo que estais hablando? No observais ese aspecto agitado de la curiosidad?—Pero padre, dijo Cipriano, será posible que se desazonen porque haya quien los mire con interés y compasion?—Cierto que no; mas esto les recuerda su desgracia, y al mismo tiempo se multiplican sus dolorosos pensamientos.—Ellos podran pensar, añadió Enrique; pero serán sus ideas tan claras y tan bien combinadas como las nuestras?—Lo mismo, hijo mio: son hombres, con una alma, con un corazon y una inteligencia semejantes á las de los demas. Y comprenden lo que ven, oyen con el entendimiento, si me es permitido explicarme en estos términos, y aunque no pronuncian las palabras, porque no tienen conocimiento de ellas, ni pueden hacer uso del sonido y de la articulacion, con todo, las ideas se fijan en su cerebro, y no dejan de ser conformes con las nuestras. La palabra que leen ó la que escriben no es para ellos otra cosa que un signo de dibujo; pero hace sobre su entendimiento el mismo efecto que produciria en nosotros una lámina en la cual distinguimos fácilmente los



hombres, los vestidos, un árbol, un río, etc. De esta manera, y haciéndoles comparar las palabras escritas con los objetos que significan, perciben ó trasladan al papel los mismos signos que tienen conexión con las cosas que se les ponen de manifiesto. Por ejemplo, el sordo-mudo *Massieu*, el elocuente discípulo de Sicard, ya le veis escribiendo con greda en aquella pizarra: no leís las palabras que acaba de escribir? *El hombre es como una flor que crece, abre su boton, y muere en una primavera...* El sabe muy bien que es un hombre, y que cada uno de nosotros tambien lo es, porque le han hecho percibir que la palabra *hombre* es comun á él y á nosotros: por eso escribe: el *hombre*. En cuanto á la flor, se la han presentado en boton y despues abierta, y ya veis al sordo-mudo escribiendo su pensamiento con tan bella expresion, como pudiera ejecutarlo el hombre mas discreto.

El sábio profesor del instituto, hizo sobre el arte de instruir á los sordo-mudos una disertacion tan perceptible, que acabó la esplicacion que nuestro padre de familia comenzaba á dar á sus hijos. *Massieu* hizo prodigios de razonamiento y de inteligencia, porque efectivamente se hallaba dotado de un ingenio brillante y profundo. Es cierto que no hablaba ni oia; pero sus ojos suplían la falta de los dos sentidos,

notándose que con la vista hablaba, oia y respondia; y los gestos espresivos de este jóven realizaban la natural viveza de sus afecciones.

—Admirad, les dijo Arleville á los muchachos, el ingenio, la caridad y paciencia del abate Sicard, sin el que estos infelices vivirian igualmente separados entre ellos como lo están de nosotros. El les ha restituido una facultad que no les concedió la naturaleza; les ha dado nueva vida, enseñándolos á comunicar sus pensamientos, y á disfrutar por medio de la lectura y del escrito de las mejores poesías, á conocer la historia de todos los pueblos, sus guerras, sus pasiones, sus distintos gobiernos, etc.—Teneis mucha razon, padre mio, contestó Enrique, pero á pesar de eso, cuán desventurado no sería yo, si el cielo me hubiera hecho nacer como á estos desgraciados!—Y sus padres, añadió Cipriano, qué dolor no deben sufrir! viéndose con unos hijos privados del habla y del oido!—Cier-to, repuso el señor Arleville; en cuanto á mí, si yo hubiera tenido la desgracia de tener unos hijos parecidos á estos desdichados, nunca podría consolarme.

El abate Sicard se acercó á nuestros amigos diciéndoles:—Ya veo señores, que os ha enternecido el doloroso cuadro que teneis á la vista.—No hay duda, respondió Enrique, y estos muchachos, ¡ah! cuánto deben amaros!—Tengo

sobre sus padres una verdadera preferencia, y es que no pudiendo explicarles estos sus diversos pensamientos, tratan y comunican conmigo como yo lo hago con vosotros.—Y todos tienen padres?—La mayor parte. Sin embargo, aquí hay uno... su historia es muy curiosa! si quereis oirla pasaremos á mi cuarto.—Nos dareis mucho gusto en eso, respondió el señor Arleville; y el abate Sicard ordenó por señas que llamasen á Andrés. Era este un pequeño sordo-mudo que tendria diez años, del mas agradable aspecto que puede imaginarse. Llegó corriendo y abrazó á su preceptor, á su segundo padre; y el buen Sicard tomán dolo de la mano, le condujo con nuestros amigos á su cuarto, en el que, despues de sentados todos, hizo la relacion siguiente.

ANDRÉS

ó el pequeño Sordo-Mudo.

Veis á este niño tan hermoso y agraciado? no reparais en su dulzura y timidez? pues creo muy bien que nunca podriais adivinar la fortaleza de su ánimo y sobre todo su rara inteligencia. Ahora que ya sabe leer y escribir, no le costa-

ria mucha dificultad salir de la cruel situacion á que le redujo su desventurada suerte; mas es preciso confesar que necesitó de un poder sobrenatural para conseguirlo. Su historia es corta, y en pocas palabras voy á referíros-la.

Andrés es hijo de un artesano de la ciudad de Marsella. Su pobre madre falleció de dolor al verse con un hijo tan maltratado por la naturaleza; y aunque su padre sobrevivió á esa mujer demasiado sensible, como le faltase trabajo, y ganase muy poco para dar al niño la educacion que su infeliz estado requería, murió tambien consumido de tristeza, dejando á este huerfanito de nueve años sin ninguna renta, y en el arrabal de una ciudad, privado de todo socorro humano. No pudiendo Andrés mirar con buenos ojos aquellos lugares que le recordaban á cada instante la irreparable pérdida que habia sufrido, hizo un pequeño lío de sus miserables ropas, y partió con la intencion de venir á Paris para entrar en este instituto, del cual le habia dado idea su padre por medio de signos; pero como se le hubiese acabado en el camino el poco dinero que tenia, y no sabiendo como gobernarse para mendigar de la compasion humana albergue y comida, se puso á llorar a'nargamente sentado á orillas de un sendero con el proyecto de dejarse fallecer de hambre. Ya veo, señores, que este fatal pro-



yecto os hace estremecer, y que os compadeceis del pobre muchacho que no pudiendo comunicar sus pensamientos, ni siendo útil á la sociedad, no le quedaba otro recurso que la muerte!

Entregado á la mas profunda melancolia, bañaban su rostro ardientes lágrimas; cuando acertó á pasar por allí un hombre á caballo, el cual observando su dolor se apeó, y comenzó á hacerle varias preguntas. No tardó en comprender que Andrés era sordo y mudo, que carecía de pan, que no tenia en donde albergarse, y que su intento era morir allí. Estuvo examinándolo un buen rato el extranjero, y abrazándolo despues, procuró darle á entender que deseaba ser su padre, y sacarle de la desgracia, en cuyo abismo le veia sumergido. Andrés, confiado y agradecido se arrojó á su cuello, manifestándole la alegría que le causaba, y expresándole que podia servirse de él como le pareciese. Era esto cabalmente lo que deseaba el pérfido Bromón, así se llamaba este malvado, el cual era un infame ratero, y proyectó habitar al niño á que robase del mismo modo con tanto menos recelo, cuanto que no sabiendo Andrés escribir ni pudiendo hablar, ni oír, no le comprometeria nunca, y léjos de escitar alguna sospecha moveria á compasion. Llevólo, pues, consigo, vistiólo de nuevo; y en fin, le dió todo lo necesario. Luego que vió al muchacho ale-

gre, robusto y lleno de agradecimiento, quiso poner por obra sus abominables lecciones. Encerrado solo con él en el cuarto de una posada, lo primero que hizo fué meter la mano en una faltriguera de Andrés, y quitándole su pañuelo le insinuó que hiciese otro tanto. El muchacho, por un instituto natural de probidad, turbóse, y no quiso consentir en una accion tan fea; pero Bromón le amenazó con que le desnudaria y le plantaria en la calle privándole de cuanto le habia dado. Echó á llorar Andrés, y viendo el infame preceptor entrar á un chico de la posada, tuvo maña para quitarle un reloj á vista de nuestro sordo-mudo, que lleno de asombro y de timidez al mismo paso, no se atrevió á expresar por señas el efecto que hacia en su corazon tan grande malda. Volvió á quedar solo Bromón con el niño; hízole percibir que un mercader le daria dinero por el reloj que acababa de robar, y tomando un cuchillo le amenazó de muerte, si con sus gestos ó de otro cualquier modo le descubria.

No tenia el muchacho ninguna instruccion ni el menor conocimiento de nuestras leyes, de nuestras costumbres y convenciones sociales; pero clama en el corazon del hombre, aun de aquel á quien le faltan algunos sentidos, una voz irresistible que le advierte lo que es bueno y lo que es malo y esta voz se da sobre todo á

entender cuando se trata de hacer al prójimo lo que no quisiéramos para nosotros.

Comprendió mi sordo-mudo el género de industria del indigno maestro, y se llenó de horror, proponiéndose abandonarlo en la primera ocasion que se le presentase; pero siendo de tan corta edad, y por otra parte tan tímido, no era de maravillar que recelase verse asesinado por aquel hombre perverso; y dándole á entender con sus gestos, que nunca seria cómplice de sus maldades, le protestó al mismo tiempo que no revelaria sus delitos.

Robó aquel mismo dia el odioso Bromón unos cubiertos de plata en la posada, y condujo al muchacho á casa de cierto mercader de un pueblo cercano para que se los comprase, como en efecto lo hizo, entregando una buena cantidad de dinero al ladron, el cual enseñádoselo al muchacho, se reia fuertemente para que llegase á comprender las ventajas que le resultaban de aquel robo. Estremecióse Andrés nuevamente, y prometió salir de tan abominable compañía aquella misma noche, cuando Bromón estuviese dormido; pero estaba decretado que este monstruo le habia de sumergir en una desgracia inevitable que cualquiera otro muchacho á no ser sordo-mudo, hubiera previsto fácilmente.

Caminaba nuestro Andrés aquel dia por un bosque muy espeso con Bromón, y habian an-

dado ya mas de una hora sin encontrar á nadie, cuando un pobre labrador, bastante viejo, montado en un mal berrico, acertó á pasar junto á ellos. Tuvo el pérfido Bromón la osadía de acometer al anciano, diciéndole: "*La bolsa ó la vida.*" Creyó Andrés al principio que su amo y aquel buen viejo se conocian; y así los estuvo mirando un rato con mucho sosiego; pero cuál se quedó al ver que Bromón arrojaba de su jumento al desdichado labrador, y sacar despues un puñal con que le dió varias heridas... En vano quiere oponerse á este horrendo atentado, porque volviendo el puñal hácia su pecho el asesino, cobró tanto miedo, que cayó sin sentido al lado del mal herido viejo.

Volvió por fin en sí, y tendiendo la vista por todas partes, se asombró de ver que no parecia el malvado Bromón; examinó al labrador que acababa de espirar, y procuró darle algun socorro, aunque en vano. Sacó el puñal del cadáver del infeliz viajero, y abrazaba á este con intencion de levantarlo... pero en ese momento llegan allí muchos hombres armados y Bromón ¿quién lo creyera?... Bromón iba guiándolos. Horrorizóse de nuevo el desconsolado Andrés, y poco le faltó para volver á quedarse sin sentido. Para inteligencia de este lance debo decir, que cuando aquel malvado acababa de asesinar al anciano, sintió ruido de caballos, y



vió desde léjos una patrulla que venia por aquella misma parte. Temeroso de que le cogiesen consumando su horrendo sacrificio, corrió por uno y otro lado pálido y lleno de terror, mas viéndose alcanzado por la tropa, empezó á gritar:—Señores, acabo de ver á un pequeño bandolero, que acaba de dar de puñaladas á un desgraciado y anciano labrador, allí... allí á dos pasos de nosotros! Pasaba yo, cuando el infeliz exalaba el postrer aliento, y como el asesino rehúsa-e contestarme, corrí á buscarlos. Venid, venid, no sea que se nos escape.

Vióse Andrés rodeado de soldados, admirándose mas que amedrentándose, porque nada le remordia la conciencia: tenia todavía el cuchillo en la mano, estaban sus vestiduras teñidas de sangre, y en sus bolsillos el dinero y los papeles del muerto, que Bromón habia introducido en ellos, luego que oyó el ruido de gente armada. Arrestaron, pues, á nuestro muchacho; pero el jefe de la partida, hombre prudente, conociendo que era sordo y mudo, y habiendo advertido por otra parte la turbacion del acusador, le arrestó tambien, diciéndole que lo ejecutaba así para que pudiese declarar ante la justicia; pero que aquella misma noche recobraría su libertad. No alucinaron al perspicaz Bromón aquel pretesto y estas esperanzas; pero contando con la ineptitud del pobre acusado, y

seguro de que no podria comprometerle de viva voz ni por escrito, afectó una serenidad que no reinaba en su corazon.

El infeliz Andrés que no pudo responder á sus jueces, sino con gestos ininteligibles, fué sepultado en un oscuro calabozo. Demasiado bueno para tener idea de la atrocidad cometida por Bromón, y de la denuncia fulminada contra él, pensaba únicamente que le creian cómplice de este malvado; y aunque no dejada de conocer el grave peligro que le amagaba, cómo seria posible justificarse? Entonces fué cuando el desventurado se lamentó amargamente de la desgracia que le impedía hacer brillar su inocencia: solo podia pensar; pero qué tristes eran sus pensamientos!...

Entretanto, Bromón igualmente preso, sufrió varios interrogatorios; contradíjose en sus respuestas, y no pudo, ó por mejor decir, no quiso nombrar las posadas en donde se habia alojado; mas no obstante, fué reconocido por un mesonero á quien habia robado. Diversos testigos declaran contra él... ya le tenemos convicto de haber sido el homicida, y de haber echado la culpa al pobre sordo-mudo. El juez combina las circunstancias, calcula, examina y pesa los incidentes; le parece imposible que un muchacho de nueve años pudiese derribar de su balgadura, y asesinar al desgraciado labrador;

manda que Andrés comparezca, trátale con dulzura, pone todo esfuerzo en serenar su ánimo abatido; y alentado Andrés por aquella bondad, derrama abundantes lágrimas, señala al cielo como tomándole por testigo de su inocencia, espresa lo mejor que puede que Bromón es el verdadero reo, da á entender que ya vió á este hombre robando relojes y otras alhajas; y en fin, su muda elocuencia era tan persuasiva, que el juez quedó enteramente convencido de que no había perpetrado el crimen porque se le acusa.

Al fin Bromón, confundido y anonadado al peso de los cargos que se le hacen y que le es imposible destruir, confiesa que encontró al pobre niño muerto de hambre, que sus intenciones fueron las de aleccionarlo en el crimen; pero que él se había negado constantemente á sus funestos proyectos, etc.

El juez puso en libertad al sordo-mudo y lo llevó á su propia casa, tratóle como á hijo, y en fin, le vió acompañando á esta escuela que yo dirijo, donde le colocó, encargándome le cuidase con todo esmero. Ya lo estais viendo, señores, ahora lee y escribe como cualquiera, y él mismo ha recopilado esta historia que os enseñaré, si se lo pedís.

Acarició la familia de Arleville al sordo-mudo, y despidióse del abate Sicard, saliendo

de su instituto admirada de su habilidad y paciencia, y llena de afecto á sus interesantes discípulos.

Mientras el señor Arleville proporcionaba á sus hijos el tierno espectáculo de otros jóvenes de su edad maltratados por la naturaleza, que debian al arte y á las bondades de uno de los hombres mas útiles á la sociedad, algunos placeres de que se hubieran visto privados á no ser por el maravilloso invento de la instruccion de sordo-mudos, llevaba su digna esposa á las señoritas á que visitasen una escuela de hilar al torno, en la cual pudiesen presenciarse, viendo á otras de su sexo y edad, el cuadro de la actividad, del trabajo y de la emulacion.—Veis, hijas mias, las decia esta tierna madre, á esas niñas? Sus padres son muy pobres, y como no tienen los medios necesarios para educarlas y ponerlas en un oficio, la sabiduría del gobierno ha tomado bajo su proteccion á estas pobrecitas. Para eso les ofrece una escuela gratuita de trabajo donde las mantiene, premiándolas en proporcion de sus adelantos hasta que ya puedan ganar para vivir y ayudar al sustento de sus ancianos padres. Dad gracias al Todopoderoso que os ha concedido unos padres bastante bien acomodados, para que sin salir de casa, y sin tener que sujetaros á tareas tan penosas y de tan corta ganancia, podais ser bien educa-



das, y adquirir diferentes habilidades!... Pero si la suerte os hubiera hecho nacer en la clase de esas pobres jornaleras, es preciso confesar, que bendecirais la mano paternal de un gobierno benéfico, que os proporcionaria los mismos arbitrios de vivir, por medio del trabajo.

En estas y otras visitas de mucha importancia para inculcar á los jóvenes de ambos sexos las verdades prácticas que mas les importa conocer, pasaban su tiempo en Paris los buenos habitantes de la Cartuja; pero dejémoslos que acaben sus negocios en la capital; y volviéndonos á este solitario y ameno albergue, procuraremos ver en qué se empleaban los que habian quedado en Roseville.

•DIA TREINTA Y DOS.

El esquilon quebrado de la parroquia del lugar está tocando á muerto, por el viejo viador que habia fallecido la víspera. Este honrado anciano tenia cabalmente la misma edad que Filberto, y de consiguiente no dejó éste de sobresaltarse, viendo tan próxima su separacion de esta vida.—¡Oh abuelito! exclamó Antonio, corriendo hácia él con los brazos abiertos: la gente acude al meson, á ver á un hombre que viaja, exhibiendo muchas curiosidades, á un real por persona... Me parece que no es caro! —Pero ¡qué curiosidades son esas!—Oh! eso es lo que yo no sé... dicen que cuadros de Fantasmagoria, Fantasteria, Muertos, aparecidos y

das, y adquirir diferentes habilidades!... Pero si la suerte os hubiera hecho nacer en la clase de esas pobres jornaleras, es preciso confesar, que bendecirais la mano paternal de un gobierno benéfico, que os proporcionaria los mismos arbitrios de vivir, por medio del trabajo.

En estas y otras visitas de mucha importancia para inculcar á los jóvenes de ambos sexos las verdades prácticas que mas les importa conocer, pasaban su tiempo en Paris los buenos habitantes de la Cartuja; pero dejémoslos que acaben sus negocios en la capital; y volviéndonos á este solitario y ameno albergue, procuraremos ver en qué se empleaban los que habian quedado en Roseville.

•DIA TREINTA Y DOS.

El esquilon quebrado de la parroquia del lugar está tocando á muerto, por el viejo viador que habia fallecido la víspera. Este honrado anciano tenia cabalmente la misma edad que Filberto, y de consiguiente no dejó éste de sobresaltarse, viendo tan próxima su separacion de esta vida.—¡Oh abuelito! exclamó Antonio, corriendo hácia él con los brazos abiertos: la gente acude al meson, á ver á un hombre que viaja, exhibiendo muchas curiosidades, á un real por persona... Me parece que no es caro! —Pero ¡qué curiosidades son esas!—Oh! eso es lo que yo no sé... dicen que cuadros de Fantasmagoria, Fantastería, Muertos, aparecidos y



sombras. Nuestro vecino Pantaleon hablaba con el jardinero sobre esto, y le aseguraba que era cosa nunca vista... Que se veian fantasmas vestidas de blanco. Oh! yo quisiera verlas.—Las verás; llama á tus hermanos y primos.

Llegaron corriendo los niños, y apenas supieron para lo que eran llamados, cuando todos comenzaron á brincar de contento, porque la infancia es amiga de ver lo que le causa pavor, y excede á su natural inteligencia.

Llegaron al meson, sentáronse en paraje cómodo, y á poco rato, cerrados los balcones y ventanas de la pieza, apagó el titiritero dos cables de vela que ardian delante de una súaia y negra cortina, quedando todos en una profunda oscuridad. Estos preparativos no dejaron de infundir terror en el ánimo de los niños, que se estrechaban contra su abuelo.

El charlatan exhibia unos cuantos espectros mal dibujados, y para dar á sus funciones algo de lúgubre, golpeaba con un martillo de hierro en una especie de timbal de cobre, colocado detras de su cortina, remedando el instrumento de los chinos, llamado *Armónica ó Tán-tán*. Nuestros niños, que esperaban sufrir un gran miedo, no tuvieron ninguno, y por el contrario luego que se acabó el espectáculo, se avergonzaron de haber asistido á semejante

simpleza.—Con que al fin, amigos míos, les dijo Filberto, no habeis temblado de pavor?—Oh! no señor, contestaron los muchachos: nosotros pensábamos que eso era otra cosa mas seria.—Lo único que me llamó la atencion, añadió Cárlos, fué aquel esqueleto que iba creciendo, y al parecer se abalanzaba sobre nosotros tocando un timbal... ¡Era la misma figura la que hacia todo esto?—No, querido mio. Los que estaban detras de la cortina movian el brazo del esqueleto, y á cada movimiento suyo daban un golpe en un timbal verdadero.—Ah! ya saigo; pero no obstante, yo sentia acá en el corazon una impresion desagradable. En fin, la diversion ha sido muy corta.—Si voy á Paris, hijos míos, como espero, os llevaré conmigo, y entonces vereis otra fantasmagoría mucho mas hermosa y mas grande que esta; su autor es M. Robertson, fisico ilustrado, y de mucho gusto é inteligencia. Todo Paris, incluso los sábios, acuden á verla, y no hay extranjero que no vaya tambien á pagar su tributo de admiracion. Oh! allí os aseguro que tendreis algun miedo.—¡Ahora que ya sabemos lo que es! No lo creais.—Con todo, sea lo que fuere esa máquina, repito, que tendreis miedo, porque el fisico Robertson ha imitado con mucha exactitud natural... pero ya es tiempo de retirarnos.—No tan presto, abuelito; no veis que todavia

no ha anochecido? Mirad; ya que hoy se nos ha puesto en la cabeza ver difuntos y esqueletos, podriais llevarnos al cementerio del lugar... Estamos á dos pasos de él.

No pudo menos de sonreirse el venerable Filberto al ver la curiosidad que manifestaban los niños de ver un cementerio, y dijo para sí: —En una edad tan tierna!... Ah! ellos tienen razon! Pues cuando apenas entra el hombre á la vida, puede contemplar la muerte sin sobresalto... Pero yo!... Mas por qué he de temer á visitar este tégubre asilo del reposo general! Soy acaso menos filósofo que estos niños? y despues de haber corrido una série de años tan dilatada, es posible que me amedrente la vista del fúnebre cementerio, al cual dentro de poco...

—Y qué, no respondeis abuelito? dijo Adriana: ó nos negais este gusto, recelando tal vez que un cementerio nos cause pavor y tristeza!

—No, queridos míos; y ya que deseais visitar tan triste recinto, convengo en ello; pero apenas viere que uno de vosotros ha perdido el color, al punto nos retiraremos.—Bueno! Despues de haber visto esos esqueletos iluminados en la sala del físico, bien podremos ver los verdaderos.—Oh! hijos míos, qué notable diferencia entre unos y otros! mas á estos no los vereis, porque no los dejan al descubierto. El sagrado respeto con que miramos los despojos del hom-

bre que ya no existe, pide que los cubramos con tierra, y que los ocultemos á los ojos de los curiosos é indiscretos. Seguidme, pues.

En estas y otras pláticas llegaron al cementerio á tiempo que declinaba el dia, bien que todavia podian distinguirse los objetos, y leerse los epitafios. Todo anunciaba una de las mas bellas noches de la primavera, y la luna llena se iba levantando magestuosa por encima de la gran colina que coronaba el pueblo por la parte del mediodia: la hora, el silencio, todo era favorable á esta visita, todo muy oportuno para dejar saludables impresiones en los tiernos cerebros de nuestros amiguitos.

Entraron, pues, en aquel vasto cementerio, que aunque cercado de tapias, nunca prohiben sus centinelas la entrada en él á los que desean visitarlo. El primer objeto que se ofreció á los ojos de los niños, fué un pequeño monumento erigido cerca de la portada: era este el sepulcro de un infeliz muy rico, que sin haber llegado á su octavo lustro, mordido por un perro rabioso, habia muerto de la terrible hidrofobia, en medio de su familia desconsolada. Una tierna y fiel esposa le habia dedicado este mausoleo, sencillo á la verdad, pero lleno de inscripciones que manifestaban su dolor y las virtudes de aquel á quien lloraria toda su vida!—Des-



venturado! dijo Antonio: haber muerto tan joven y de una manera tan cruel!

—Adelante, replicó Filberto: veis todas esas pequeñas lápidas?... en ellas están las inscripciones que cada uno ha consagrado á un pariente ó á un amigo. Observad especialmente esa á quien rodean cuatro cipreses. Véamos lo que dice... *Aquí yace una madre querida! Viuda en su primavera no pudo sobrevivir á la pérdida de un esposo adorado... En nombre de sus cuatro hijos, desamparados, rogad á Dios por el alma de Rosa Dupré!*—¡Pobre madre! y pobres hijos, replicó Carlos, pues cierto que son mas dignos de compasion que su madre.

—Tu reflexion me gusta, porque es muy exacta; pero sigamos leyendo los epitafios: este dice: *Aquí yace el mejor de los esposos: rogad á Dios por él!* En ese otro se lee: *La muerte arrebató el amigo de los pobres y de los desgraciados! Requiescat in pace!* En esta lápida se ve representada una rosa marchita que parece haberla agostado el soplo del aquilon; la inscripcion dice: *¡Oh! Adelaida! Solo has vivido una mañana.*—Finalmente, por todas partes se veian inscripciones lapidarias, aunque la oscuridad ya no permitia leerlas. La luna iluminaba este asilo fúnebre, y su claridad reflejaba sobre los mausoleos, las pirámides y las tumbas mas ó menos levantadas, formándose sombras tan pin-

torescas y agradables á la vista, como espresivas para el corazon. El viento parecia que respetaba este campo de la muerte, pues no movía una sola hoja de los cipreses que allí abundaban.—Vosotros, hijos míos, dijo el sábio Filberto, os habeis empeñado en visitar este triste recinto, y ahora pagais la curiosidad con las melancólicas reflexiones que al parecer agitan vuestros ánimos. Pensad que á dos pasos de nosotros, estamos oyendo el rumor de la naturaleza animada, y que aquí tenemos delante de los ojos el cuadro de la naturaleza sepultada en el sueño de la muerte! Reflexionad que bajo de nuestras plantas yacen millares de individuos que antes existian, y que ahora son víctimas de la destruccion!... Aquí ya no reinan las pasiones, ya no hay deseos, ya no hay vida! El enemigo descansa junto á su enemigo; los amantes, los esposos mas tiernos, aquí yacen insensibles unos para otros: todos han conocido el rencor, los zelos, el artificio... unos han arruinado su salud por atesorar un caudal que por fuerza dejaron en la tierra; otros han movido mil resortes á fin de satisfacer su desmesurada ambicion: las mujeres mas hermosas están aquí junto á los hombres á quienes hacian perder el juicio... la hermosura, los talentos, las gracias, todo se halla confundido en este abismo de la muerte, que arrastra generaciones enteras;

la pesada mano del tiempo todo lo destruye, todo lo renueva, y vuelve á destruir para volver á renovar!... Mas ay! que me voy engolfando en unas reflexiones demasiado superiores á vuestra inteligencia.—Oh! hablad, abuelito, hablad, que bien entendemos lo que decís.—Sí, lo entenderéis; pero por dicha vuestra nada de esto puede aflijiros hasta ahora. Entrais en una carrera que yo voy á concluir, y dentro de poco tiempo... vendré á unirme aquí con aquellos que me han precedido en la vida... El día, la hora, el plazo decretado por el supremo Hacedor, todo esto lo ignoro; pero sucederá dentro de un año, dentro de algunos meses, podría verificarse mañana... y aun en este momento que estoy hablando!... Mis ojos buscan ya el paraje que debe recibir mis heladas cenizas. Seré enterrado aquí ó mas allá? Cuál será mi compañero á cuyo lado debo descansar? Está ya por ventura enterrado entre alguno de estos sepulcros? Me aguarda por ventura en las entrañas de esta sagrada tierra, ó acaso gira todavía en el mundo lozano y vigoroso? Pasa junto á mí sin pensar en que un día seremos vecinos en este asilo de la destruccion? Quien quiera que sea, amigo ó enemigo, debemos reducirnos juntos á polvo. Oh hijos míos! cuando me habieris perdido, venid aquí con frecuencia...—Pero abuelito, dijo Antonio llorando, es posible

que así os dejéis llevar de tan melancólicos pensamientos? Vos, que poco hace nos encargábais fortaleza de ánimo para la visita de este lúgubre cementerio, sois ahora el primero que nos da el ejemplo de una débil flaqueza!... Ah! no pensemos mas en esto. Hermanos míos, arañémosle de aquí.

Pronunció el muchacho estas últimas palabras con la mas viva expresion, y el buen anciano conoció que no debía entregarse á sus tristes reflexiones, y que aquel espectáculo era sobradamente doloroso.—Sí, partamos, les dice; mas no atribuyais á flaqueza la sana moral que acabais de oirme, inspirada por la presencia de estos sepulcros.

Tanto Filberto como sus nietos necesitaban que algun alegre acontecimiento pusiese tregua á su profunda tristeza, y la suerte se los deparó, pues volviéndose todos muy recogidos y silenciosos á la Cartuja, vieron á Colás que desde lejos comenzó á decir:—Dáos prisa, señor Filberto: una hora hace que os ando buscando por todas partes para entregaros una carta de Paris, traida por un propio, y que al parecer es de mi amo y de mucha importancia!

—De mi hijo! exclamó el anciano; vaya, sin duda me noticia el fallo de su pleito... Dios mio, qué inquietud, qué ansiedad!... y yo no sé que me dice el corazon; pero se me figura que se ha



perdido el pleito.—Pues yo no pienso de ese modo, repuso Antonio, y ved en qué me fundo. Si mi padre hubiera perdido ese pleito, á buen seguro que no se daría tanta prisa á noticiároslo; las malas nuevas pronto llegan, y hubiera esperado á mañana, una vez que debe venir; mas es fuerza que lo haya ganado, y por eso ha despachado un propio, para que lo supieseis con anticipación.—Me hace fuerza tu reflexión, amigo mío, y alabo tu sagacidad; pero aunque esta sospecha es verosímil, no pasa de una sospecha; y cómo nos convenceremos de lo contrario antes de llegar á casa que todavía está distante?...—Esperad, replicó Eugenio: yo voy á desvanecer vuestras dudas. Ya sabeis que tengo una vista de lince, abrid la carta, y á la claridad de la luna podré leer algunas palabras; abridla, os digo. Abrió el anciano la carta, y Eugenio pudo leer lo siguiente: “Mi amado padre: Acabo de ganar este pleito, tan molesto como dilatado...”

—Lo ha ganado?... dijeron todos á un tiempo, y el sábio Filberto añadió:—Basta, lo demás lo leeremos en casa, pues ya sabemos cuanto apeteciamos. Bendito sea Dios! con que todavía hay justicia en el mundo, y los perversos no triunfan todos los dias!...

Continuaron hablando por el camino de tan alegre suceso, y luego que llegaron á la Cartuja

acabaron de leer la carta en que les participaba el señor Arleville que todos estarian de vuelta dentro de dos dias. No es fácil pintar el alborozo del anciano y de su amable familia, y solo puedo decir que los espectros, las tumbas, los epitafios y las reflexiones melancólicas del cementerio, desaparecieron en un instante. Cenaron con mucho contento, y solo pensaban en la dicha de abrazar prontamente á unos padres tan tiernamente amados.

DIA TREINTA Y TRES.

Filberto proyectó una pequeña fiesta para celebrar el feliz resultado del pleito y la vuelta de los que habían ido á Paris. Comunicó sus ideas al ama de gobierno y al honrado German; y cada uno de los niños se puso igualmente á trabajar en los preparativos de esta pequeña fiesta de familia, cuya descripción haremos mas adelante. No sobraba el dia para disponerlo todo, porque eran grandes los proyectos, y así fué menester emplear la mayor actividad. Como era indispensable un pintor para dibujar emblemas, alegorias y motes, el jardinero German trajo á este efecto á un joven de treinta años, llamado Derbin, artista muy hábil en varios ramos, que habia ido á recrearse algunos dias con su mujer é hijos á una linda casa de campo que habia comprado

á cortísima distancia de la Cartuja. German, que por favor cultivaba un jardin del artista, y que le conocia por un hombre servicial y oficioso, fué á sacarle de su ociosidad, rogándole contribuyera con sus talentos á una fiesta que daba la familia del señor Arleville. Consintió Derbin en ello.

En tanto que Filberto, encerrado en su gabinete, hacia mil esfuerzos por vivificar el ingenio que cuando jóven habia tenido para componer versos, motes y lemas, nuestro pintor trabajaba muy afanado en el salon de estudio, acompañándole María y todos los niños, pues cada uno tenia el encargo de desempeñar alguna tarea segun su edad ó su disposición para ello. Como el ama de gobierno no podia estar mucho rato sin despegar los labios, á fin de entrar en conversacion con el pintor, le dijo:—Vaya, señor Derbin, que teneis un talento admirable.—Es favor que quereis hacerme.—Y seguramente os valdrá la plata?—Mantengo cómodamente mi familia.—Y teneis mucha?—Cuatro hijos y una esposa á quien adoro, y de la que soy tiernamente correspondido.—No me admira que hayais comprado una casa de campo.—Es chica...—Con todo, no es eso muy comun entre pintores.—Es verdad que nuestro oficio no es por lo regular muy favorecido de la fortuna. Yo no me quejo, pues tengo con



que pasarlo decentemente, y otro gallo me cantara si yo hubiese tenido cabeza.—Hola! con que habeis sido calavera?—Sí, he pagado mi tributo á las pasiones como todo hijo de Adán; y si os contase mi historia.....—Hacedlo, si no os molesta, pues tendré mucho gusto en oiros.

La buena María reunió á los muchachos y todos prestaron la mayor atencion á Derbin, que refirió lo siguiente:

### PRUEBA DE AMOR CONYUGAL.

Soy hijo de un pintor de edificios, el cual, enamorado del arte y deseando que su hijo le superara, me envió desde muy tierno á las escuelas de dibujo, esperando en sacar de mí un Rafael ó un Mengs. En efecto, léjos de imitar á mis condiscípulos, que todo el día lo empleaban en sutilezas, hice progresos tan rápidos, que mi buen padre creyó que no serian vanas sus esperanzas, y á fin de alentarme mas y mas me llenaba de elogios, dándome cuanto gusto queria. Apenas ganaba yo algun premio, me remitía un reloj, un vestido nuevo ó cualquiera otro regalo de este género, y así escuso deciros que á mi natural aplicacion se juntaba el ardiente

deseo de lucir los obsequios de mi padre, que exitaban mi emulacion.

Acaso hubiera yo sido un excelente artista, si no hubiera tenido la desgracia de perderle demasiado pronto! Diez y ocho años cumplia cuando falleció este padre respetable, y privado despues de algun tiempo de mi madre, huérfano, sin deudos y sin amparo, conocí que no podia seguir la carrera que habia comenzado. Era preciso trabajar para comer, y con algunos diseños de cuadros de historia no podia lisonjearme de que lo conseguiria. Es cierto que podria hacer algunos retratos aquí ó allí; pero sin una reputacion bien merecida, era muy difícil hacer fortuna. Determiné, pues, visitar á los parroquianos de mi difunto padre, y contentarme con seguir su profesion. Los arquitectos que lo empleaban tuvieron la bondad de admitirme, y abandonando con disgusto la paleta y los pinceles, tuve que tomar la brocha y el cubo de cola. Sin embargo, ganaba mi dinerillo, trabajaba como un negro, y en mis ratos de ocio volvía á mis pinceles con el fin de ejercitar la mano. Así aprendí mil cosas útiles de mi oficio, y actualmente pintaria paisajes, perspectivas, etc. Mas dejemos esto á un lado, y vamos á mis aventuras.

Cumplí veinte y dos años, no pensaba en el amor ni en el matrimonio, dedicado únicamen-

te á mi trabajo, y me lisonjeaba de que disfrutaria largo tiempo de esta tranquilidad, cuando la suerte que queria perseguirme, y al mismo tiempo favorecerme, me avisó con voces muy claras que mi corazon era sensible como el de otro cualquiera, y que mi destino era el de ser esposo y padre.

Un maestro de obras, hombre ordinario pero bondadoso y rico, gracias á su manejo y actividad, llamado Simon, tenia consigo una hija y una sobrina: esta última, llamada Carlota, era hermosa como un ángel, apacible y modesta como la misma inocencia. Habia quedado huérfana casi desde la cuna, y Simon cuidaba de ella como de una hija. Aunque este hombre era rudo, habia dado á sus dos pupilas maestros de idiomas y de música, distinguiéndose Carlota por su aplicacion, mientras que María era torpe, y tan falta de inteligencia, como dotada la otra de las mejores disposiciones para todo. Algo desazonaban á Simon los rápidos adelantos de Carlota, pues hubiera querido que su hija hiciera otro tanto; mas aunque trataba mal á la pobre María, no lograba su objeto, y determinó deshacerse cuanto antes de su sobrina, casándola con el primero que se le proporcionase.

Mas es el caso que este pretendiente no llegaba, pues Carlota no tenia dote ni bienes rai-

ces ni esperanza de heredar á nadie. Teniendo Simon una hija, era natural que la dejase sus propiedades, y por un efecto de la codicia de los hombres, que no hacen mucho caso de las gracias naturales y del ingenio despejado, María, que era fea y tonta, estaba rodeada de pretendientes, al paso que ninguno reparaba en el mérito de la infeliz Carlota.

Rayaba ésta en los diez y nueve años, y todas las circunstancias indicaban que se quedaria para tia, cuando se presentó un cerrajero, llamado Robelot, el cual para que le protegiese y proporcionase obra el maestro Simon, le propuso que se casaria con su sobrina. Robelot fué admitido por el tío; pero no por la sobrina, que habiendo nacido con sentimientos elevados, lloró amargamente ante la idea de ser sacrificada á un hombre ordinario, y tuvo valor para manifestar que no le queria para esposo; insistió el tío, amenazándola con que la abandonaria, y la infeliz doncella pidió para determinar-se tres meses, que se le concedieron. Conocia yo á Robelot, por haberle visto trabajar en varios edificios donde yo habia trabajado tambien. Un dia me dijo riéndose que iba á casarse con una jóven muy hermosa: hizome un vivo retrato de Carlota, y yo por mera curiosidad, le rogué que me enseñase á la novia. Llevóme un dia con pretesto de no sé que pinturas á casa



del maestro Simon, y ví á Carlota, que en efecto era un ángel, ¡qué belleza! qué amabilidad! ¡qué modestial... Verla y amarla, fué una misma cosa; y como no podemos dudar que hay cierta simpatía entre las almas, á pocas visitas conocí que habia hecho yo en la suya una impresion muy profunda. Arreglé mis negocios con el tío, y esto me proporcionaba la dicha de ver todos los dias á la linda Carlota; pero como uno y otro éramos muy tímidos, nos contentábamos con suspirar ó con decirnos ciertas medias palabras algo espresivas para dos amantes que se entienden y que por el movimiento de los lábios, quisieran comunicarse sus reciprocos pensamientos.

Presenténos una oportunidad para hablar. nos con algun detenimiento. Para el dia del santo del tío habia hecho yo varios transparentes, en una huerta del maestro Simon, y sus dos pupilas me convidaron á esta fiesta de la ternura filial para la una, y de gratitud para la otra. No llevó á mal el maestro este convite, y antes bien se manifestó agradecido al obsequio de las doncellas y al trabajo que yo habia tenido por coadyuvar á sus intentos. Sentámonos á la mesa, en la que comieron algunos carpinteros, cerrajeros, y por consiguiente Robelot: colocado yo junto á Carlota, no hubiera trocado mi asiento por un trono. Parecíame imposi-

ble retirarme á los postres, mas en tanto que aquellas gentes charlaban á su satisfaccion riéndose á carcajadas, y gritando sin entenderse unos á otros, Carlota se bajó al jardin para cuidar de preparar unos fuegos de artificio, y yo la fuí siguiendo sin que ninguno de aquellos, incluso el mismo Robelot, echase de ver nuestra retirada.

Acerquéme á Carlota, y para empezar una conversacion que me causaba mucha pena, la dije:—Hace mucho tiempo que tenia que manifestaros cierto asunto y no he querido malograr esta ocasion.—Decidlo, pues, aunque no comprendo lo que sea.—Os amo con toda mi alma!... ¡Recibiré una repulsa? Carlota me pidió un lápiz y un pedazo de papel; lo arranqué de mi cartera, y escribió las siguientes palabras: *"Solicitud mi mano que la suerte me obliga á ofreceros... pero soy muy pobre. Bien quisiera poder hacer los mayores sacrificios para veros feliz conmigo."*

Al leer esto, exclamé fuera de mí:—Con que me amais!—Sí, os amo! nuestros corazones se lo declararon hace mucho tiempo... ya están convenidos; y el mio acaba de aliviarme de un gran peso.—Voy, pues, á pedirlos á vuestro tío, y no dudo que me prefiera á ese Robelot, si atiende á mi profesion mas honorífica, y mas lucrativa que la suya.

Conferenciando sobre nuestra próxima felicidad, llegamos al comedor, en donde, ínterin nosotros habíamos proyectado un matrimonio, se acababa de concertar otro. Cierta caballero acaudalado, que había comido allí con un hijo suyo, bastante necio, pidió para éste la mano de la hija de Simon. Consultada la doncella por su padre, respondió con mucha frescura:—Sí, señor.—á lo que añadió el buen maestro de obras:—Y yo tambien, y desde ahora os hecho mi bendición. Dispuesto eso, habían estipulado que la muchacha llevaria seis mil duros de dote, y todos los bienes de su padre al fallecimiento de éste, de modo que á la pobre Carlota no se le dejaria la mas pequeña parte. Como ví que se trataba de matrimonio, me pareció aquel momento favorable para proponer el mio; pero en vez de un consentimiento liso y llano cual debia prometérmelo, habiendo insistido particularmente sobre que no queria dote, cuál fué mi asombro al ver á Simon mirar á su sobrina con ojos muy severos, y oír que la dijo:—Poco á poco, señorita: parece que tiene Vd. mucha prisa? mas despacio hablaremos de este asunto, pues aunque ha ido Vd. al jardin á resolverlo con Derbin, falta que mi cabeza lo reflexione con madurez. Ha olvidado Vd. que está prometida á Robelot?—Es verdad, interrumpió éste; quién lo duda?—No me he olvi-

dado de eso, querido tío, repuso Carlota con una firmeza de que no la hubiera creído capaz; pero he pedido tres meses para resolverme; mañana espira ese plazo, y desde ahora protesto formalmente á Robelot, que nunca será mi esposo.

Convertido en estatua se quedó Robelot al oír estas palabras, y el maestro Simon replicó indignado:—Qué tono es ese! Qué modo tan insolente de hablar conmigo! Has pretendido celebrar hoy mi fiesta con ánimo de turbarla por fin y postre con tus impertinencias? retirate á tu cuarto, y no te me presentes hasta que yo te lo mande —Pero, amado tío...—Retírate, y no acabes de remover toda mi ira.

Retiróse Carlota, mirándome con la mas afectuosa espresion. Levantéme yo entonces, y haciendo un esfuerzo para reprimir mi cólera, me contenté con decir al grosero maestro de obras:—Yo tambien me voy, amigo mio; pero mañana tendré la honra de volver á veros.—Bien, bien, cuando querais. Os parece acaso que os tenga miedo?

Salí, dejando á los convidados entregados á su embriaguez, y sin acordarme de los fuegos de artificio; que ya no se encenderian, ni de los cohetes, que tampoco habria quien los disparase, puesto que Carlota y yo éramos los directores de la fiesta.



Pasé una noche muy agitada, y al día siguiente fuí á casa del maestro Simon, á quien hallé, no sin admiracion mia, mucho mas político y tratable que la víspera.—Siento infinito, me dijo, haberos tratado ayer con un poco de aspereza; pero los vapores del vino... Robelot á quien tenia prometida la mano de mi sobrina... Vaya, conozco que me he portado mal; mas nó por eso me desdigo de lo que he dicho. Carlota no será vuestra.—Y por qué señor Simon?—Porque no tiene dote y no quiero verla pidiendo una limosna, pasado que sea el amor de la boda que dura poco; tampoco quiero que su marido la eche despues en cara su pobreza.—Pero aun suponiendo que yo pudiese dejar de amarla, Robelot ó cualquiera otro, podria hacerla igual reconvenccion.—No, eso nó; un artesano rudo es á veces mas pundoñoso en estos puntos, que vosotross lo que os preciais de artistas y señoritos, que sois amigos del lujo, de francachelas, de teatros... Amo mucho á mi sobrina, quiero verla feliz, y para esto, es fuerza casarla con un artesano sin cultura.

Despues de una larga conferencia en que nó logré convencer al testarudo Simon, quedamos sin embargo aplazados para la siguiente semana.

No podré pintaros cuán largo nos pareció este plazo á Carlota y á mí! Vímonos algunas

veces en este intermedio, y solo hablamos de nuestras dudas y sobresaltos. Amaueció el día en que debiamos oír nuestra sentencia; fuí á casa del maestro Simon, y halléle solo y muy taciturno; hícele varias preguntas; pero él sin contestarme llamó á su sobrina; presentóse esta. Oh! qué pálidos estábamos uno y otro, qué ansiosos, qué agitados! En fin, como reos que aguardan oír su fallo de boca del juez. Fulminóse por fin este fallo, por el cual tanto suspirábamos.—Sobrina mia, dijo el maestro Simon con tono casi doctoral; y vos señor Derbin, que-  
reis uniros con los vínculos del matrimonio!—Oh! señor, no aspiramos á otra cosa.—Pues yo nó sé que presagio fatal siento acá dentro... y me parece que Carlota nó ha de tardar mucho tiempo en arrepentirse; mas ya que así lo que-  
reis... sea enhorabuena: yo os otorgo mi licencia.—¡Oh, qué felicidad!—Sin embargo, os engañaríais mucho si me creyeseis capaz de casar á mi sobrina sin dote...—Querido tío...—Poco á poco... Carlota mia... cuidado con lo que tengo que comunicarte.—Simon la llevó á otra pieza, y segun supe despues, lá dijo:—Ayer mismo he otorgado esta escritura en favor tuyo. En ella te aseguro para tí y para tus hijos, cuatro mil reales de renta; pero con la condicion que si mueres sin familia, este contrato volverá á la mia; y si llegas á ser madre, será la prenda

de la existencia de tus hijos, sin que tu marido pueda por ningun acontecimiento aprovecharse de la espresada renta, venderla ó empeñarla sin tu consentimiento. Lo entiendes Carlota? So o tú podrás disponer de ella, y ninguno mas.— Mi querido tío, cuántas bondades!— Ahora puedes casarte cuando te parezca, y el día de tu boda te entregaré la escritura.

Ocho días despues ya era yo esposo de Carlota á quien su tío entregó la referida escritura con la rigorosa condicion que acabais de oír, y que me pareció indiferente, porque yo era incapaz en ningun caso de tocar á los bienes de mi esposa, y despojarla de aquel socorro que su tío la proporcionaba por si la sucedia alguna desgracia; pero confieso que no me gustaba la sospecha que el tío Simon habia formado de mí, no sin razon. Debeis saber que el juego era mi pasión favorita. Habia contraído este maldito vicio en la compañía de otros calaveras de mi edad, y aunque el matrimonio debia separarme de él, tenia sin embargo las recaídas. Mi esposa me hizo padre de tres hermosos niños, y esperaba serlo muy luego del cuarto. Solo pensaba yo en esta dulce felicidad y en las tareas de mi profesion... Pero el destino me trajo á uno de mis antiguos compañeros, ó por mejor decir, á uno de aquellos corruptores de la juventud sacrificada á las tristes consecuencias del juego.

Volví á trabar amistad con este hombre relajado y jugábamos; tomaba mis precauciones para que Carlota no viniera en conocimiento de mis desórdenes, pero no era posible que se le ocultasen, viéndome salir todas las noches sin decirle á dónde iba, y volver á deshora, sin decirle de dónde venia; conocia ella mi fidelidad y lo mucho que la adoraba, pero no dejó de sobresaltarse notando mis frecuentes y largas ausencias. Procuró indagar en qué me divertia, y no tardó en descubrir la triste verdad; como su génio apacible no la permitia reconvenirme, se contentaba con llorar encerrada en su aposento; y viendo yo que no sospechaba nada de mis vicios, me fuí engolfando en ellos con tal furor, que perdí en menos de un año joyas preciosas, y cuanto adornaba mi pobre casa. Carlota sufría viéndome llevarlo todo y venderlo, pretestando que no me pagaban los parroquianos; y aunque no lograba engañarla, callaba la infeliz, y volvía de nuevo á su llanto.

¡Pobre mujer! no habia que la consolase, no visitaba á su prima, porque se habia hecho ésta muy altiva, y habia perdido á su tío, quedando por consiguiente sola en medio de sus hijos; ocultaba sus lágrimas unas veces, y otras las derramaba copiosamente, acordándose del funesto presagio del buen maestro Simon; pero siempre silenciosa sobre este punto, no me da-



ba á entender que sabia la causa del mal estado de su familia.

Una noche... noche terrible que no saldrá jamás de mi memoria! estaba yo en una casa de juego, y la desgracia se habia empeñado en perseguirme tanto, que no satisfecho con haber jugado todo lo que llevaba, perdí veinte luises que pedí fiados, y mi reloj de oro que era la única alhaja que me quedaba. Estaba fuera de mí, loco, furioso! dan las dos de la mañana, y nunca me habia detenido hasta tan tarde... se me representa con viveza la inquietud de mi Carlota, su dolor, su pena, y no atreviéndome á volver á casa, porque conocia la enormidad de mis faltas, me resolví á pasar allí mismo lo restante de aquella noche funesta, tentando de nuevo mi adversa fortuna, y si perdía arrancarme la vida, luego que amaneciese. Jamás me ví en situacion mas horrorosa; dieron las cuatro, y yo perdiendo siempre!... Me levanté para ir á buscar en el rio el fin de mi deplorable existencia; pero me detengo, porque me dicen que un sujeto me aguardaba en la estancia contigua. Me dirijo á aquella pieza, y qué veo, santos cielos!... Oh amigos! cómo podré pintaros esta escena?... Ví á mis cuatro hijitos de rodillas tendiendo hácia mí sus manecitas con el aire mas respetuoso. El menor de ellos que casi era de pecho, estaba en brazos de uno

de sus hermanos, y llevaba en las manos un papel; lleno de asombro, embargados mis sentidos y todo fuera de mí, lo tomo, reconozco la letra de mi esposa, me estremezco, y leo lo siguiente:

"Ya sé que te hallas perdido; aniquilado, sin recursos!... Pero todavia te queda un arbitrio, querido esposo. Tu Benjamin te entregará esta esquela, y el mayor de tus hijos la escritura que mi tio ha otorgado en mi favor. Dispon de ella, ¡tuya es! y en vez de compadecerte de mí ó de darme gracias, acuérdate, y permíteme que yo aplique al presente suceso aquellas palabras que te dije cuando en el jardin solicitabas mi mano: *Bien quisiera poder hacer los mayores sacrificios para veros feliz conmigo.*

"Vuelve á casa lo mas pronto que te sea posible, pues te aguarda con los brazos abiertos tu amantísima—*Carlota.*"

Cómo me quedaria yo al leer estas palabras tan dulces, tan espresivas!—No; exclamé, adorada familia; no os despojaré del único recurso que os queda, y que puede poneros á cubierto de la miseria! Y tú, Carlota, mujer sublime! ángel del cielo! no me hubieras conmovido tanto, si exhalaras tu dolor, haciéndome oír tus reconvenciones! Hijos, venid á mis brazos, estrechadme y guardad esa escritura, pues es

vuestra; de vosotros y de vuestra madre... y no me hagais la injuria de sospechar que soy capaz de usurparos este último beneficio!

Mis hijos, llenos de contento, se arrojan en mis brazos, me besan, me hacen mil caricias, y en esto oigo una voz que dice:—Bueno, bueno! ahora sí que va todo bien!...

Hasta entonces no habia visto mas que á mis hijos; volví la cabeza, y quedé absorto al notar que aquella exclamacion salia de la boca del tibur que habia apresurado mi pérdida, y creyendo que se burlaba de mí, no pudiendo contener mi indignacion:—Qué haceis aquí? le dije; despues de haberme arruinado os atreveis á profanar con vuestra presencia los tiernos desahogos del cariño de un padre y de sus hijos! —Oh! amigo estimado, respondió este hombre enternecido: así deseábamos veros! Tomad, tomad vuestro oro, y las joyas de vuestra digna esposa! y sabed que yo no era aquí mas que un agente suyo.—Agente suyo!—Sí, agente de vuestra adorable Carlota. Yo, mi amado Derbin, soy sobrino del dueño de la casa en que vivís, y no pudiendo así mi tío como yo, ver las lágrimas de vuestra esposa sin enternecernos; á fin de reduciros á vuestras obligaciones, tomé de mi cuenta desempeñar un papel muy odioso para un hombre honrado. Desconocido de vos, he venido siguiéndoos á esta casa, os he hecho

jugar, y al fin perderlo todo; pero con el firme propósito de restitufroslo por entero.—Hombre generoso!... pero yo no debo permitir...—Quedaré muy satisfecho con tal que os corriais enteramente.—Para siempre!—Vamos; puesto que debo consumir mi obra, os llevaré á los brazos de vuestra Carlota, de quien solo escuchareis protestas de su amor acendrado.

Mi amigo, pues así debo llamarlo, mandó venir un coche, y tomando asiento en él con mis queridos hijos, volví á mi casa; entro en ella temblando; pero no tardaron en serenar mi ánimo las tiernas caricias de mi esposa. Maldije con ella un vicio tan atroz, y quedé curado de él hasta ahora.

Actualmente vivo con todo arreglo y soy el padre y el esposo mas afortunado.



DIA TREINTA Y CUATRO.

Estaba Antonio haciendo de centinela en la portada de la Cartuja para ver cuando llegaban los amados viajeros, y comunicar la noticia. En esto vió venir á lo léjos dos carruajes, que se dirijian á la quinta, y reconociendo las libreas de su padre, exclamó:—"Llegan" A esta voz todo el mundo acude á su puesto; se detienen los coches y en un momento se ven rodeados de los músicos del lugar, que vestidos de gala, celebran la bienvenida del señor Arleville, y los que le acompañan. El hortelano German y sus aprendices se presentaron cargados de ramilletes, que fueron ofreciendo á cada uno de los viajeros. Nuestros amigos notaron que

las moreras, los castaños de Indias y los frondosos nogales, estaban festonados con ciutas y diversas flores. El tío Pedro, vestido de negro como curial, y cubierta la cabeza con un pelucón enorme, llevaba en la mano un legajo de papeles, pluma y tintero, y se oponia á la entrada de Arleville; pero una figura con alas y con los atributos de la justicia, descendió desde la copa de un aramo, echó un velo sobre el rostro del tío Pedro, que representaba el *Injusto Litigio*, y despues le desgarró sus negras vestiduras. Acto continuo apareció la alegoría del Tiempo que dió un estrecho abrazo á la Justicia.

Luego se puso á danzar una cuadrilla de muchachas, dirijida por la ama de gobierno. Precedia la comitiva la música del pueblo, y entró en buen orden hasta el *parterre* del jardín, donde por todas partes se veian guirnaldas de flores, motes, emblemas é inscripciones. En este mismo paraje estaba preparada la comida en mesas coronadas de frutas y olorosas flores. Era la hora del mediodia y así los viajeros ocuparon gustosos estas mesas de campo; pero el señor Arleville no veia llegar á su padre, y aunque esto no podia inquietarle, excitaba lo bastante su curiosidad. Apenas acababan de sentarse, cuando apareció Filberto con una cuadrilla de jóvenes, que al son de los albugues y

de rústicas zamponas, formaban graciosos bailes, con las mayores muestras de extraordinario regocijo. El anciano estaba vestido como el rey Salomon, cuando pronunció aquel célebre fallo de que habla la Historia Santa, bien conocido de todos; y es preciso confesar que el traje oriental le hacia parecer mas venerable. Luego que se abrió al rededor de él la cuadrilla de los bailarines, hizo alto el anciano delante del señor Arleville y de su esposa, y hablando con gravedad y sério continente, pronunció un discurso en que dijo haber dejado la morada celestial por venir á dar el parabien á los mortales, ya que tan bien habian salido de un pleito dilatado y costoso por medio de una sentencia la mas justa que se habia visto despues de su fallecimiento; elogió la integridad de los jueces, y habiendo bendecido al Altísimo, entonó un cántico, cuyo coro ejecutaba al son de la música, la juventud de ambos sexos.

Este cántico místico, el traje del anciano; y el aparato de esta fiesta sencilla, pero magestuosa, hizo á muchos verter lágrimas de ternura y contento.

Retiróse Filberto, y volviendo de allí á poco vestido de alcalde de aldea, improvisó un discurso por el estilo de los que relatan estos personajes en algunas comedias y sainetes,

tan gracioso y enfático, que causó mucha hilaridad á su oyentes. Despojóse de su traje de alcalde, abrazó á sus hijos y nietos; y sentándose con ellos á la mesa comieron todos alegremente. Al servir los postres cantaron los músicos algunas letras alusivas al feliz suceso que reunia á todos nuestros amigos; por la noche hubo una magnífica iluminacion con los correspondientes fuegos de artificio, y se puso fin á la solemnidad con un baile que duró gran parte de la noche.



DIA TREINTA Y CINCO.

El artista Derbin, que nada había cobrado por sus trabajos y que se había captado las simpatías de la familia, ofreció dos historias para entretener á tan amable sociedad, y á los pocos días cumplió su promesa narrando la siguiente:

EL ESTAÑERO.

No hace muchos años había en París, en una calle del arrabal de San Márcos un estañero, natural de Auvernia, llamado Bernardo Ruffot. Su tienda no era grande, pero bastante bien surtida, y su actividad en el trabajo era tanta, que con ella y sus conocimientos debía llegar á hacer fortuna. Su carácter era bueno y seña-

ble, era caritativo y en extremo honrado; pero su tosca crianza le hacía ser impetuoso y regañon; en una palabra, tenía los defectos de los de su oficio y educación, escepto el de la embriaguez, que miraba con total repugnancia. Como era vivo, impaciente y fogoso, no había que contradecirle; resolvía en un momento los negocios de mayor gravedad, y si llegaban á retardarse dos ó tres días los abandonaba; de este modo había tratado y hecho su casamiento en veinticuatro horas. Vió cierto día á la hija de Gerardo, mercader de hierro, vecino suyo, que acababa de traer á la muchacha, de una escuela, en donde la había tenido hasta la edad de diez y siete años; y sin mas ceremonia:—Vecino, le dijo, es esta vuestra hija?—Servidora vuestra.—Cómo se llama?—Catalina.—Queréis casarla luego?—Tan pronto como se presente un hombre honrado... pero Ruffot, á qué vienen tantas preguntas?—Una mas: sabéis si el corazón de Catalina está libre?—Así lo creo.—Pues bien, Gerardo, yo me caso con ella.—Hablais de veras?—Yo nunca gusto de chanzas.—Pero...—No hay *pero* que valga, admitís ó no? hoy mismo, es preciso, que se firme el contrato.—Y no me preguntais por el dote?—Eso no me importa; y podeis hacer lo que os parezca.—Tengo gracias á Dios algunas monedas, y bien antiguas..... Pero al cabo es menester dar-me

tiempo.—Tomareis el que os parezca. Casémos ahora, y despues venga lo que viniere.— Pero hombre, si no conoceis á mi hija, si no sabeis qué génio tiene, qué carácter es el suyo... —Vecino, vos la habreis enseñado bien! y lo demas depende de un buen marido.—De un buen marido?—Sí, Gerardo; el buen marido hace la buena mujer. Catalina debe tener buen génio, y aun cuando fuera el mismo diablo, se me daria bien poco, pues estoy seguro de que yo sabria traerla al camino de la razon.—Por medio del rigor, no es esto?—No, vecino; por medio de la suavidad y la dulzura. Ea, decidme sí ó no; si decís que no, me retiro y no vuelvo á acordarme de que teneis una hija Catalina.— Pero vecino, concededme siquiera ocho dias.— ¡Oh, mejor son ocho siglos! Qué calma teneis! —El cuento está en que vais tan de prisa, y no sé qué capital es el vuestro.—Estos papeles os lo dirán por mí... me deben mucho; yo no debo un cuarto.—Bien, muy bien; pero ahora debo hacer otro tanto con vos.— Despues, despues, vecino. Sé que sois un hombre de bien, y esto basta y aun sobra; respondedme sí ó no, porque estoy de prisa...—Consultaremos la inclinacion de mi hija.—Eso se hace en un instante. Catalina! Aparece la jóven —Oid, dice el estañero; tengo treinta y dos años... ya me veis... soy un hombre como los demas... quereis casaros con-

migo!—Señor!—Sí ó no?—Pues bien, señor... si mi padre quiere...—Qué decís, vecino?— Hombre, digo que sí.—Bien. La muchacha me va gustando cada vez mas... sois ya mi padre, no es esto, señor Gerardo?—Ya está dicho, vecino.—Adios. Esta noche os aguardo á cenar en mi casa, firmaremos el contrato y negocio concluido.

No lá hubo de pesar á Catalina la propuesta del ingenuo estañero, segun lo poco que tardó en dar su consentimiento; pero cuántas no harian lo mismo en igual caso!

Conforme al plan del estañero, aquella misma noche se otorgó el contrato, y de allí á dos dias estaban ya casados. Por aquí podreis conocer cuál era el carácter de este hombre. Su mujer fué dichosa con él; pero habiendo dado á luz un robusto niño, falleció la infeliz; y tanto la sintió su marido, que la lloró toda la vida. Como era un buen padre, mimó demasiado á su hijo Amadeo, y lo hubiera mimado continuamente á no ser por sus amigos, que le aconsejaron lo pusiera en un colegio. Un célebre boticario, parroquiano de Ruffot, y que le estimaba mucho, consiguió del presidente R... que á la sazón era rector del colegio de *Luis el Grande*, la beca de colegial para el muchacho, que aun- que manifestaba buenas disposiciones, tenia el mismo génio vivo, violento y arrebatado que su



padre, y por añadidura una soberbia desmesurada, defecto de que carecia el buen Ruffot.

Tenemos, pues, á su hijo en el colegio, instruyéndose y recibiendo una educacion brillante. Alcanzó varios premios en su clase, y no tardó en escitar los celos de sus condiscípulos; y como su vanidad era inaguantable, los demas le decian que no tenia por qué envanecerse tanto, pues al cabo no era mas que el hijo de un estañero. Habia puñadas y bofetones: todo se volvía pependencias; y para remediar este abuso, mandó el rector que el hijo de Ruffot no fuese conocido en el colegio, sino con el nombre de Amadeo; y esta medida imprudente, que casi obligaba al muchacho á que se avargonzase del apellido de su padre, aumentó su amor propio. Decian sin embargo sus maestros que era un muchacho de buena capacidad, y aseguraban que se haria notable en las ciencias que aprendiese.

Amadeo hubiera deseado no salir nunca del colegio, y cuando su padre lo llamaba para que pasase un dia ó dos en su compañía, iba con repugnancia, obligado á estarse dentro de una tienda, y á oír á su padre que no hablaba gramaticalmente; comenzó á despreciarle por grados; y el buen Ruffot, que no habia previsto esta consecuencia, demasiado natural, del proyecto que habia formado de darle una educa-

cion superior á la que él habia recibido, empezó á notar que Amadeo le miraba como á un hombre ordinario, lo cual le ofendió sobremanera.

Amadeo salió del colegio á los diez y seis años, y aceptó la propuesta de un señoron que le cobró amistad, y le hizo su secretario. Este individuo, si no me engaño era un conde, habia notado los progresos del muchacho, y sin consultar al viejo Ruffot, y nuestro Amadeo sin participar á su padre su nuevo empleo, se fué con su protector á una de las quintas de éste, situada á mas de cien leguas de Paris.

Partió Amadeo resuelto á no manifestar jamás á ninguno de sus parientes, empezando por su padre, á quien miraba como un pobre diablo, el lugar á donde iba, figurándose que con su habilidad haria fortuna, y que por lo tanto poco le importaba la corta herencia de Ruffot. Un hombre que hubiese tenido mas moralidad que el conde, no hubiera permitido tanta soberbia é ingratitud en un hijo, sino que hubiera pedido á su padre permiso para llevarsele, obligando á este hijo á que guardase algun respeto, y escribiese de cuando en cuando al buen anciano, á quien debia el sér, su educacion y sus habilidades; pero el conde hacia poco caudal de buenas máximas morales; y prendado de su favorito, cuanto este hacia ó proyectaba, estaba muy bien hecho y juiciosamente determinado.

Un estañero! vaya, era esto una vileza en concepto del conde, que casi se avergonzaba con Amadeo de que la suerte le hubiese dado un padre tan indigno de él. Así fomentaba en el muchacho su inclinación á mirar con desprecio al buen Rufot!

Supo este que su hijo había salido del colegio, y le indignó semejante conducta, derramando este padre amoroso lágrimas muy amargas. No podía llevar en paciencia que el hijo de su amada Catalina, tan bondadosa, tan afable, fuese un monstruo de ingratitud. Alteróse su salud visiblemente; deploró toda su vida habérsela dado á un hijo indigno que le despreciaba, olvidándole y tratándole como al último de los hombres. Es cierto que Rufot había sido un hombre de resolución; pero como padre era sumamente débil, y no podía determinarse á detestar lo que una vez había querido. Estaba justamente quejoso de su hijo; pero si le viese, si le volviese á hallar, no obstante su grave delito, le hubiera perdonado, y sería el primero que se arrojará á su cuello.

Ocho años se pasaron en esta separación del padre y del hijo, en cuyo tiempo mudó extraordinariamente la fortuna del uno y del otro. El padre se retiró del comercio, y comprando en su mismo barrio una casita con su huerto, determinó acabar en ella el resto de sus días. No

fué la suerte para Amadeo tan próspera como había imaginado, porque habiendo fallecido su bienhechor, los herederos del conde, comenzando por su hijo, que había sido condiscípulo de aquel, no tuvieron la menor idea de retenerle. Salióse, pues, de aquella casa, con algun dinero; pero demasiado soberbio para volverse á la de su padre, se detuvo en Leon, ciudad que distaba poco de la quinta del difunto conde; y lejos de cultivar en ella sus talentos, procurando aprovecharlos, hizo conocimiento con algunos calaveras, y entregado á una vida relajada, perdió el fruto de la buena educación que había recibido, engolfándose en un piélago de vicios.

Era nuestro jóven de bella presencia, y aprovechándose de esto para engañar á las coquetas, y pillar algun dinero á alguna vieja verde, vivió como buen caballero de industria. Cambió su apellido por otro de distincion; hacia que le llamasen el caballero de *Aranville*; y sacaba de sus quicios á la parte frívola de un sexo que aumentaba su orgullo con elogios exagerados.

Este género de vida no podía parar en bien. Conoció el jóven que su crédito se iba disminuyendo, y marchó á Paris, esperanzado en hacer allí nuevos ensayos de petardista y tramposo. El señor Baron D... hombre sencillo, crédulo, de poco talento, pero honrado, vió en cierta casa á nuestro caballero de *Aranville*; y habién-



dole oído hablar de fortificaciones, baterías, y otras cosas pertenecientes al arte militar, que era su pasión favorita, le convidó á su casa. No se hizo de rogar Amadeo, y habiendo ido á visitarle, quedó pasmado al ver la gran belleza de Eugenia, hija única del Barón. No fué este un capricho, sino una pasión seria, fundado en el respeto que inspiraban las gracias, la discreción, y particularmente el candor y la modestia de aquella señorita. Con el fin de ver con frecuencia á esta amable jóven, que habia sabido conmover á Amadeo de muy distinto modo que otras de su sexo, se manifestó muy obsequioso con su padre. Levantó planos, hizo varios proyectos de fortificación, y supo congraciarse tanto con el barón, que este honrado anciano no podia pasarse sin verle. Aprovechóse Amadeo de esto para hablar á Eugenia de su amorosa pasión, y llegó á términos, que se vió correspondido. Qué felicidad!... pero era menester casarse con ella, porque solo puede aspirarse á la posesion de una persona virtuosa por medio del matrimonio... y cómo podria ser esto posible al hijo de un estañero... que llevaba un supuesto apellido? ¡Qué vergüenza! sobre todo, cuando esto último sepa el barón, quien aunque es muy rico está encaprichado con su nobleza, y no quiere dar á su hija, sino á un hombre de distincion. Estas crueles reflexiones

atormentan por largo tiempo á nuestro Amadeo: sabe que Eugenia le ama, que el barón le quiere, pero su fatal destino le ha hecho nacer de un pobre estañero!...

La poca ó ninguna escrupulosidad del manco, y sus antiguas detestables máximas le sugieren al fin un arbitrio para vencer este obstáculo que le parecia insuperable. Tenia amistad con un hábil genealogista, y le ocurrió que pagándole bien le haria que le ennobleciese, fraguando al intento los conducentes títulos de nobleza. Por entonces no dejaba de tener algun dinero; pues aunque todo el dia lo ocupaba en requebrar á su dama, pasaba la mayor parte de las noches en un garito, y era tal su dicha en el juego, que rara vez perdía. Hallábase por consiguiente con una suma bastante considerable para deslumbrar al genealogista, y así, pasando á su casa, despues de saludarle, arrojó encima de su mesa un bolsillo, diciendo:—Amigo, yo soy Amadeo Ruffot, hijo de un estañero de la calle Mouffertard, y quiero que me transformeis en un caballero de Araville, haciendo de modo que llegueis á entroncar en mi familia duques, barones, mariscales de Francia, etc.

Deslumbrado el genealogista con el brillo del oro accedió á lo propuesto, y alentándose Amadeo con tan felices principios, le refirió que estaba para casarse con la hija del señor barón

D...; dióle puntualmente las señas de su palacio, y rogóle que le llevara sus títulos de nobleza luego que los tuviese forjados, indicándole la hora y el día en que debía ejecutarlo.—Cuántos pergaminos deseais? le preguntó el genealogista.—Veinte, treinta ó aunque sean cien, si podeis, contestó Amadeo; pues en tales casos mas vale que se peque por carta de mas, que por carta de menos.—Bien! Perded cuidado, que yo lo llevaré todo en una caja muy curiosa, y con el sello de vuestras armas.—De mis armas! Qué decís?—Sí, amigo, de las armas que yo voy á regalaros.—Bravo, soy el hombre mas feliz del mundo!

Retiróse Amadeo tan contento, que no cabia en sí de gozo, y volando á casa del baron le pidió á su hija en matrimonio.—Os anticipais á mis deseos, querido amigo, le contestó este, pues habeis de saber que ya la tenia destinada para vos; pero supongo que no ignorais mi modo de pensar, y que intento que mi hija verifique su enlace con un sugeto de distincion. Decidme: sois verdaderamente noble?—Sí lo soy, señor baron! Ya tengo escrito á mi agente para que arreglando todos mis títulos me los envié el sábado próximo, y aun me he tomado la libertad de darle orden de que los dirija á poder vuestro; vos mismo leereis mis rancios y carcomidos pergaminos, que os quitarán toda

sombra de duda en cuanto al noble origen de mis ilustres ascendientes.—Habeis hecho muy bien y os doy palabra de examinarlos por mí mismo. Ahora bien, cómo estamos de caudal? porque tambien es forzoso tratar de esto.—En cuanto al caudal... debo confesaros que no es una gran cosa.—Otro tanto me sucede á mí; yo no soy rico; tengo apenas cuarenta mil reales de renta, y daré una tercera parte á mi hija, que es á lo que puedo alargarme.—Pues yo tengo casi el doble.... Sí; no me engaño...—Y están en buen orden las cuentas?—Oh! eso como todo lo demas.

En efecto, tenia razon en decir que su caudal estaba tan justificado como su nobleza; pues el tramposo Amadeo no poseia nada absolutamente; y esperaba despues de casado lograr el perdon de sus embrollos, y vivir con su mujer participando de la renta del engañado suegro.

Acabada su conferencia con el baron, escribió al genealogista para que al mismo tiempo fraguase algunas escrituras y contratos en que se hablase de sus rentas; y la respuesta fué, que al punto emprenderia esta nueva tarea, de modo que todo estuviese listo para el sábado, segun se lo habia prometido.

Llegó por fin el suspirado día; vistióse Amadeo lo mas elegante que le fué posible, y rebozando placer y esperanza se fué á casa del baron



á quien halló acompañado de todos sus parientes. Vióse Amadeo saludado, aquí por una marquesa veterana, allí por un viejo caballero de hábito, acá por un tío de la novia que habia sido consejero en el parlamento.... Arrimada á la chimenea estaba una condesa, con tontillo, y en el hueco de un balcón habia dos caballeritos que luego debían ser sus primos. Toda esta familia le hizo profundas reverencias, y presentándose el baron, hizo su elogio, que fué repetido por todo el concurso. Los ancianos hallaban en su persona un aire marcial, las viejas le miraban de pies á cabeza, meneando la suya, como quien dice: "Vaya, el novio es un muchacho muy gallardo!" Los jóvenes le tenían alguna envidia; y la graciosa Eugenia estaba sonrosada, recibiendo con amable modestia los parabienes que la daban, así por su hermosura, como por el buen gusto que habia tenido en la eleccion de esposo.

Abrióse en esto una puerta, y entrando un lacayo con la famosa caja de los nobilísimos títulos pertenecientes al caballero de Aranville, se la entregó al baron, apartándose nuestro Amadeo, como por modestia, para que los examináran y se quedasen admirados. Tanto el crédulo baron como sus parientes, y particularmente las viejas, calados los anteojos, se acercaron á leer los maravillosos pergaminos.

Todo el mundo tenia los ojos clavados en la caja; rompió el baron los sellos; desató las cintas con que venia engalanada, levantó por último la tapa... Pero qué fué lo que vieron!... Una jeringa!.....

Aquí el pintor fué interrumpido por las grandes carcajadas de los niños que reventaban de risa exclamando:—Ah! ah! una jeringa! Es posible?—Yo lo hubiera apostado, dijo Cipriano. Dejó el señor Arleville libre desahogo á esta risa tan natural, y luego que cesaron las carcajadas, volvió nuestro pintor á su relación en estos términos.

—Qué es esto, Dios mío! dijeron á un tiempo el baron y todos sus parientes convertidos en estátuas.—No lo estais viendo, señores? replicó desde léjos Amadeo. Esos son mis títulos de nobleza.—Estos?—Sí señores, esos mismos. De qué os pasmais!—Qué horror! dijo la condesa del enorme tontillo.—¿Cómo, qué horror? replicó Amadeo; dignaos leer esos preciosos papeles y lo vereis.—En efecto, repuso el baron, aquí viene tambien una carta. Véamos lo que dice.

"El fugido Caballero de Aranville, no es otro que Amadeo Ruffot, hijo de Leonardo Ruffot, estafiero que ha sido de la calle de Mouffertard"

Todos quedaron llenos de asombro, y Amadeo aturdido, se devanaba los sesos por acertar

quien le habria descubierto, cuando en la antecámara se oyó á un desconocido que parecia disputaba con los lacayos para que le dejasen entrar. Con efecto, aquel entró precipitadamente, y Amadeo que lo conoció se dejó caer sobre una silla privado de sentido... Sabeis quién era ese hombre? Leonardo Ruffot en persona.— Señores y señoras, dijo el buen estafiero, disimulad mi atrevimiento; pero tengo aquí á un hijo malvado... que aborrecé á su padre, que le desprecia, y que quiere engañar á una familia honrada. Nueve años ha que no le he visto y le descubro ahora deshonorándome con una infame accion! Un genealogista que me conoce bien me ha contado sus planes, y á ese hombre le debo el haberte impedido que cometieras una nueva maldad.

Vuelto en sí Amadeo, y lleno de vergüenza viendo á su padre, conoció que el mejor partido era confesar su delito. Arrojóse á los piés de Ruffot hecho un mar de lágrimas y exclamando:— Padre mio! mi buen padre! Y vos señor baron, perdonadme todos! Yo adoraba á Eugenia... no tenia mas que un arbitrio para lograrla, y si este es un crimen, echad la culpa al amor!... —Al amor? Bueno! replicó Ruffot: y el amor fué quien te hizo abandonar á tu padre cuando saliste del colegio? Ha sido el amor quien te hizo que me despreciáses olvidándote

de quien te dió el sér!...—Padre mio, perdonadme, ó me vereis morir á vuestras plantas!

Las lágrimas de Amadeo parecian hijas del arrepentimiento, y enternecieron el sensible corazón del bondadoso Ruffot. Llevóse de allí á su hijo, procuró en lo sucesivo acostumbrarle á una rígida moral y el golpe sufrido por Amadeo enmendó ciertamente su mala conducta. Dedicóse al trabajo material á la par que cultivaba sus facultades intelectuales, se avergonzó de sus vicios y mas que todo, de haber sido un hijo tan descastado; y despues de algunos años de una vida ejemplar hizo un buen casamiento, formando parte de una familia verdaderamente noble que no buscaba pergaminos, sino virtudes y talentos.



## DÍA TREINTA Y SEIS.

La segunda historia narrada por el pintor no se hizo esperar mucho á la curiosidad de los felices habitantes de la Cartuja. Reunidos como de costumbre, nuestros amigos, Derbin se espresó de esta manera.

### EL PEQUEÑO AMOLADOR

#### Ó EL HEREDERO.

Aquí, señores, no se representa la escena en Paris, sino en un lugarejo. Jacobo Lamarre era un viñador, que habiendo perdido á su mujer, que ló con cuatro hijos llamados Jorge, Santiago, Esteban y Bautista. No tenia este padre motivos para gloriarse de los tres hijos mayores;—Bautista no tenia mas que cuatro años—porque Jorge habia sentado plaza de soldado, Santiago trabajaba á jornal con otro viñador, en vez de ayudar á su padre, y Esteban era un

haragan que no queria dedicarse á nada. No habiendo Jacobo podido reunir algunos bienes, falleció dejando á sus hijos varias deudas, que como es fácil de creer, ninguno de ellos pensó en pagar. Antes de morir, llamando á Santiago, á Esteban y al niño Bautista:—Vais á perderme, hijos míos, les dijo, y al sentimiento con que muero por no poder dejaros algo, se agrega otro no menos doloroso para mi corazón. Conocéis muy bien á mi hermana mayor y tia vuestra... á la buena Genoveva Lamarre, que ya tiene cerca de setenta años. ya veis cuán achacosa está, y se queda sin consuelo en esta vida, porque solo yo procuraba aliviar en lo posible su situacion. Pero no necesita trabajar para vivir, y aún sospecho que tiene mas de lo que parece, pues el único defecto que conozco en ella, es una avaricia sin igual; siendo en lo demas una mujer completa!..... Quiero, pues, que despues de mi muerte la visiteis con frecuencia; la deis gusto en todo; y la mireis con el mismo respeto que á vuestro padre, haciendo en una palabra, que se olvide de mi pérdida, si es posible. Vuestro propio interés debe aconsejaros que sigais mi voluntad, porque si mi hermana es tan rica como cuentan, y no teniendo mas herederos que vosotros, os quedarán sus bienes, y procurando visitarla á menudo, amarla y consolarla, impedireis que los deje á otros,

Prometedme, pues, hijos míos, que no la abandonareis.

Esteban y Santiago, que tenían muy mal corazón, no respondieron, guardando un silencio que afligió con justa razón al moribundo padre, y haciendo éste que se le acercara el niño Bautista:—Hijo mío, le dice, tú eres todavía muy tierno; pero has entendido lo que acabé de decir?...—Oh! papá, lo he entendido bien; no decís que debo amar á mi tía Genoveva como á vos mismo?—Eso es.—Pues no me olvidaré de ello.—Con qué me prometes, que á falta de tus hermanos, con quienes ya no debo contar, servirás de hijo á tu tía?—Sí, papá.—La pobrecilla está casi imposibilitada, y por eso no me asiste en mis postreros instantes; pero cuántas lágrimas le ha de costar mi fallecimiento!..... Idos vosotros, idos, porque vuestra presencia me aflige aquí mas de lo que me consuela.

Dirigió estas palabras á Esteban y á Santiago que se retiraron con la mas culpable indiferencia. Espiró el anciano, y al punto vivieron á buscar á Bautista para llevarle á casa de su tía, que tomó á su cargo la crianza del amable niño.

Volvióse Santiago á casa de su amo; Esteban que sabia escribir medianamente, entró á servir de oficial á un escribano del pueblo, y Jorge continuó en su regimiento; de modo que Bautista se quedó solo con su tía, á quien amó, se-

gun se lo habia prometido á su padre. Era la buena Genoveva una campesina sencilla, ignorante y desaseada, porque su avaricia no tenía límites. Pocas eran sus alhajas, y los mas de sus muebles carcomidos, se venian al suelo de viejos; y aunque su edad avanzada, y los achaques que padecía exigian que se alimentase con manjares sanos, no queria comprar ni aun aquellas cosas de primera necesidad para la subsistencia; tenía un génio muy regañon, caprichoso y pendenciero, pero anaba á Bautista; y este niño, que tenía un excelente corazón la queria, sin advertir ninguno de aquellos defectos. Luego que llegó á los doce años, Genoveva, que ya tenía setenta y ocho, que necesitaba de su compañía mas que nunca, pero que sentia el que le comiese mucho pan, quiso que se dedicase á un oficio para ganarlo.

Un amolador de la vecindad enseñó su oficio al muchacho, que por cierto no era muy difícil. Compróle su tía un carretoncillo, una muela y lo demas necesario; y todas las mañanas le hacía correr por los lugares del contorno, mandándole que volviese á la noche con lo que habia ganado por el día. Cumplia Bautista con la mayor puntualidad estas órdenes, atravesando por todas partes con este pregon: *Amolador!... Se afilan cuchillos y tijeras!...* trabajaba cuanto podia; ganaba sus dos reales un día



con otro, y se los traía fielmente á su tia, quien los guardaba separadamente, para comprarle ropa y lo demas que necesitase.

Cinco años pasó en este ejercicio nuestro pequeño amolador. Tenia entonces diez y siete, y ya era corpulento y gallardo. Sin embargo, hacia algunos meses que andaba mas sério y pensativo de lo que acostumbraba, y era la causa que habia tocado el amor su corazon; suspiraba, pero en secreto, porque Isabel, objeto de sus cariños, era hija de un rico, y no podia prometerse que lograría su mano. Quién era esa Isabel, me preguntareis? Era una muchacha que cosía de fino, y hacia otras habilidades, hija del señor Patin, famoso escribano de número de aquel partido. Mas es el caso, que el tal señor Patin, causaba indecible respeto á Bautista, porque siempre andaba vestido de casa negra, calzon de pana, medias negras de lana y llevaba perennemente una pluma de buitre entre los cordones del sombrero, y un tinteron perdurable, que se asomaba por la faltriquera. Ya veis, pues, si Bautista tendria miedo á este espantajo. Isabel era hermosa y agraciada; pero aunque parecia señora por el vestido, era este del tiempo de nuestras abuelas, y aun por eso nuestro Bautista nunca tenia el atrevimiento de acercarse á ella sin un profundo respeto y una gran timidez.

A pesar de todo, el corazon de Isabel no era altanero en proporcion á su origen distinguido. No dejó de advertir la impresion que habia causado en el mancebo; examinólo con mas atencion y hubo de enternecerse; pero disimuló su cariño como debe hacerlo toda doncella pudorosa. Dos corazones que se aman, no es posible que vivan largo tiempo sin penetrar su reciproco afecto; y nuestros jóvenes, despues de sus amorosas confianzas, apetecian que terminase su situacion por medio del matrimonio. Mas ay! que el terrible señor Patin, que tenia ojos de lince, prohibió á su hija el hablar con nuestro desventurado Bautista.—Es preciso, la dijo, que no hables ni mires á ese mancebo: la hija de todo un escribano de número atreverse á poner los ojos en un miserable amolador! Es posible que así te olvides de los pañales en que te han criado?—Pero, padre mio, si me ama?...—Déjale que te ame; yo bien sé que eres bonita, y que no puedes impedir eso; pero puedes y debes dejar de amarle, prohibirle que te hable, que te vea; y en fin, yo lo mando, valiéndome de la autoridad que tengo sobre tí.

La pobre Isabel lloraba, el señor Patin reiteraba sus prohibiciones, y todo esto no evitaba que los dos amantes conferenciasen de vez en cuando y á hurtadillas.—En verdad, decia Bautista, que si yo fuese rico....—Y qué haríamos

con eso, contestaba Isabel, piensas que te amaría mas de lo que te amo? pero tienes razon, pues en ese caso consentiria mi padre en nuestro matrimonio, porque es amigo del dinero, y tú serias escribano tambien.

Suspiraban los dos amantes, despedíanse muy enternecidos; y Bautista proseguia en su trabajo; mas ocupado su pensamiento en Isabel, ya no sabia lo que hacia; su pié no daba el mismo giro á la rueda, mellaba los cuchillos ó los gastaba con exceso en vez de darles filo: por último, quejábanse los parroquianos, y la ganancia iba desapareciendo.

Tal era el estado de las cosas, cuando una grave enfermedad aproximó el fin de Genova. No la abandonaron el cura del lugar ni el barbero; el mismo Bautista dejó descansar su carretón, y olvidado de su amada y del mundo entero para pensar solo en su bienhechora, se le veia clavado dia y noche á la cabecera de su cama. Como ninguno de sus hermanos viviese á ver á la enferma, se afligió esta en extremo, y en aquellos ratos en que podia pronunciar algunas palabras, se la oia decir: "*Ingratos!... Ingratos!... pero Bautista no lo es!*"

En otros, repetia con frecuencia: "Tengo tres sillas poltronas, tres hermosas poltronas... Bautista, te las llevarás, pues quiero que sean tuyas... Sí, todo, todo es tuyo."

El párroco, que era un hombre grave y serio, le decia á Bautista:—Oyes lo que dice la abuela? quiere que te lleves las tres sillas poltronas...—Pero qué querrá decir, señor cura, ese *todo*?—Quiere decir, si no me engaño, todo lo que componen las sillas, como son la piel, la madera, los clavos dorados, etc.

Algunas horas antes de morir pudo decirle la vieja:—Señor cura, tomad aquel cofrecito que veis allí... ahí ponía yo el dinero que mi chico ganaba diariamente; hacedme favor de entregárselo.

Habia como unos cuatrocientos reales en el cofrecillo, que á Bautista le parecieron un caudal, y desde luego se prometió que ya podia solicitar la mano de Isabel. La moribunda entró despues en una terrible convulsion, y solo pudo balbutir:—*A Bautista las sillas, todo, todo, todo...* Y dicho esto entregó el alma á Dios.

Horas despues se presentan sus hermanos Esteban y Santiago, y hasta el mismo Jorge que habia obtenido licencia de su coronel; los tres aguardaban en la calle á que su tía diese la última boqueada para manifestarse en calidad de herederos. Llevaban consigo al señor Patín para las precisas diligencias de su oficio; y viendo el párroco la excesiva codicia de los tres mozos que todo lo registraban con la mayor minuciosidad, formando un inventario hasta de



las telas de araña, se retiró muy desazonado, deplorando tan sórdida venalidad. El pobre Bautista, con la voz ahogada entre sollozos, les dijo:—Yo no quiero nada, mas que las tres sillas que mi tía me ha dejado, y podeis cargar con el resto de la herencia.—Sea en buen hora, contestó Santiago; señor Patin, escribid que Bautista se contenta con esos tres derrengados muebles, y que no quiere otra cosa.

Jorge, Esteban y Santiago se dividen entre sí la hermosa vajilla de estaño, una mesa, las cacerolas, el caldero, el gran catre con colgaduras de sarga; y en fin, todo lo que hallaron. Apoderóse tambien Jorge de la cuarta silla poltrona, tan carcomida y descostillada, que solo podia servir para la lumbré, como así sucedió. Acabado el famoso inventario, y estipulado lo que cada uno habia de llevar, formaron una acta los cuatro hermanos y cada cual cargó aceleradamente con su botín.

Bautista alquiló un cuarto en la casa de un vacino á donde hizo llevar sus tres poltronas, y tuvo el señor cura la bondad de pasar con él todo el dia para consolarle como lo necesitaba.

Entretanto, Jorge y sus hermanos que habian pretendido encontrar grandes tesoros en la casa de la difunta, estaban maravillados de no haber hallado mas que algunas monedas. Luego que Jorge volvió á su casa hizo pedazos la

carcomida silla que habia llevado; mas cuál fué su asombro, viendo caer por el suelo dos onzas de oro... todo lo registra, deshace la cerda, y no halla nada.—Cielos! exclamó: las de Bautista son las que tienen el tesoro! Hé ahí lo que son estas viejas avarientas! No saben qué hacer con el dinero y lo entierran ó lo esconden entre los muebles. Fuése á casa de Bautista á quien halló acompañado del cura párroco, y le refirió el hallazgo.

El cura, que comprendió entonces el sentido de las palabras de la vieja, empuñó á Bautista para que esclavase sus antiguas sillas y aún le ayudó en este trabajo. En efecto, encontraron mas de doscientas onzas en los asientos y respaldos.—Oh! qué caudal! exclamó Bautista!—Pues todo es tuyo, le contestó el cura; soy testigo de que tu tía te ha dado esas tres sillas con lo contenido en ellas; y tus mismos hermanos te las han dejado, reconociendo tu propiedad. El cielo castiga á esos ingratos por la indigna conducta que observaron con su padre y con la buena Génoveva.—Oh! señor cura, qué dichoso soy! Ahora sí que lograré la mano de mi querida Isabel.—Lo creo, y yo mismo interpondré mi influencia con su padre.

Retiróse el cura, y nuestro Bautista pasó una noche muy agitada, ya por el sentimiento de haber perdido á una tía que le servia de ma-

dre, ya por la inquietud respecto de la dicha que le aguardaba. Levantóse al rayar el día, aliñóse lo mejor que pudo, y se fué á casa del escribano, á quien halló paseándose por la puerta de bata y gorro. Que felicidad! Isabel estaba tambien con él.

El buen párroco habia ya obtenido el consentimiento del escribano para el matrimonio de Bautista con Isabel, de manera que apenas tuvo que añadir el amolador algunas palabras sobre el asunto.

Casóse de allí á pocos meses el afortunado Bautista con su adorada; instruyéndose con el suegro, sucedióle, adquirió nuevos conocimientos, granjeóse la amistad de las notabilidades del pueblo, y con el producto de sus negocios, ha podido comprar la granja de Franval, situada á cuatro leguas de aquí, que le deja bastante.

Fué muy bien recibida por los oyentes, la historia de Bautista y dió motivo á las conversaciones de aquel día. En la noche entró en el salon, y se dirigió hácia el señor Arleville, su sobrino Hipólito Duverney, á quien conocieron al instante sus primos por haberle visto en Paris. Luego daremos noticias de sus lances y aventuras, que no dejarán de entretener al lector.

## DIA TREINTA Y SIETE.

Recibió madama de Arleville al jóven Hipólito con bastante agasajo, aunque no le estimaba mucho, porque desde niño habia sido travieso, atolondrado é inconsecuente, con sus conatos de calavera; pero al fin era sobrino del señor Arleville, su deudo mas cercano; y era forzoso tratarle con indulgencia y aun con algun miramiento. Por otra parte, Hipólito estaba ya muy mudado, como luego veremos.

Reunidos nuestros personajes el dia siguiente como de costumbre, Hipólito ocupó un asiento en medio de todos, y habló así:

### UN EXCELENTE PRECEPTOR.

Antes de referiros mis propios sucesos, quiero que conozcais al hombre apreciable á quien debo la dichosa mudanza de mi conducta y mi



dre, ya por la inquietud respecto de la dicha que le aguardaba. Levantóse al rayar el día, aliñóse lo mejor que pudo, y se fué á casa del escribano, á quien halló paseándose por la puerta de bata y gorro. Que felicidad! Isabel estaba tambien con él.

El buen párroco habia ya obtenido el consentimiento del escribano para el matrimonio de Bautista con Isabel, de manera que apenas tuvo que añadir el amolador algunas palabras sobre el asunto.

Casóse de allí á pocos meses el afortunado Bautista con su adorada; instruyéndose con el suegro, sucedióle, adquirió nuevos conocimientos, granjeóse la amistad de las notabilidades del pueblo, y con el producto de sus negocios, ha podido comprar la granja de Franval, situada á cuatro leguas de aquí, que le deja bastante.

Fué muy bien recibida por los oyentes, la historia de Bautista y dió motivo á las conversaciones de aquel día. En la noche entró en el salon, y se dirigió hácia el señor Arleville, su sobrino Hipólito Duverney, á quien conocieron al instante sus primos por haberle visto en Paris. Luego daremos noticias de sus lances y aventuras, que no dejarán de entretener al lector.

## DIA TREINTA Y SIETE.

Recibió madama de Arleville al jóven Hipólito con bastante agasajo, aunque no le estimaba mucho, porque desde niño habia sido travieso, atolondrado é inconsecuente, con sus conatos de calavera; pero al fin era sobrino del señor Arleville, su deudo mas cercano; y era forzoso tratarle con indulgencia y aun con algun miramiento. Por otra parte, Hipólito estaba ya muy mudado, como luego veremos.

Reunidos nuestros personajes el dia siguiente como de costumbre, Hipólito ocupó un asiento en medio de todos, y habló así:

### UN EXCELENTE PRECEPTOR.

Antes de referiros mis propios sucesos, quiero que conozcais al hombre apreciable á quien debo la dichosa mudanza de mi conducta y mi

actual felicidad. La historia de su vida puede separarse de la mia; debe seguramente interesarnos, y será un episodio singular por donde vendreis mas fácilmente á conocer los asuntos que me conciernen. Oid, pues, la historia de mi bienhechor, segun él mismo me la ha contado.

El caballero de Orgeval era de una familia de las mas distinguidas de Francia; mas no era rico, pues una pequeña finca que á todo rigor le producía sesenta mil reales de renta, no era mucho atendiendo á la clase ilustre de que descendía, y á los inmensos bienes que habian poseído sus antepasados. Habiendo quedado huérfano á los veinte y seis años, dueño de su voluntad con bastante ilustracion, se propuso viajar para dar ensanche á sus conocimientos. Entregado al estudio de las ciencias, huía de esas reuniones y placeres tumultuosos en que nada se aprovecha, y de amigos inconstantes y frívolos que para nada sirven; pero frecuentaba el trato de los hombres instruidos, ó de aquellos que sin serlo, son modelo de urbanidad y de costumbres arregladas. De esta manera, y por su mérito eminente, fué recibido en casa del mariscal de Forceville, duque y par de Francia, y uno de los mayores señores de la corte. Tenía el mariscal cincuenta y cinco años, y estaba dotado de excelentes prendas; su esposa, separada de él, contaba sesenta y cinco; su hija

Amelia, modelo de gracias y perfecciones, entraba en los veinte, y por último, el marqués de Apreville, sobrino de la mariscal, era un joven de treinta años, que se habia quedado en el palacio de su tío porque le adulaba continuamente, y habia abrazado su partido contra la mariscal.

En este estado halló el caballero de Orgeval la casa del duque, frecuentada por los hombres de mayor mérito y distincion. Bien hubiera pasado el caballero las horas en su compañía, solo por ser el duque un hombre tan apreciable; mas para sus frecuentes visitas habia otro motivo mas poderoso que la estimacion y muy natural en su edad. Es el caso, que Orgeval no pudo ver con ojos indiferentes á la bella Amelia; y sin reflexionar en los obstáculos que podrian oponérsele, se prendó enteramente de esta amable señorita, la cual por su parte le correspondia con igual afecto. Ya se habian confiado los dos amantes sus mútuos pensamientos; se adoraban, se lo decían á todas horas, y gozaban de la felicidad mas pura; mas desconfiando de verse unidos algun dia, sus mas tiernas conversaciones terminaban en amargos presentimientos. Es cierto que conocian el excelente corazón del mariscal, sabian que únicamente trataba de hacer feliz á su hija, y lo creían capaz de unirla con el hombre de bien que ella eligiese, sin



exijir la igualdad de la clase y de la fortuna; pero tenían un enemigo temible, y éste era el marqués de Apreville.

Criado con su prima Amelia, la amaba desde la infancia; y aunque era deudor de todo á la proteccion y á los beneficios de su tia la mariscal, quien le habia introducido en casa todavia muy niño; ya hemos dicho que habia abandonado su casa en el momento de la separacion de aquella, siendo el primero en censurarla, granjeándose de esta manera la gracia del tio á fuerza de aduiciones, con objeto de permanecer junto á Amelia, cuya mano pensaba obtener algun dia. Era este Apreville un hombre malicioso, pérfido, engañador, sin honra y sin palabra. Su persona era desagradable, y conoció desde luego que le era forzoso ocultar sus defectos bajo el velo del disimulo; mas no pudieron escaparse á la penetracion del mariscal, quien en lo íntimo de su corazon le despreciaba, porque veia retratado en él todo el carácter de su mujer. Amelia supo igualmente notar estos defectos, y detestaba á su primo, á tal grado, que hubiera preferido el encierro de un claustro, y aun la misma muerte, á la desgracia de ser su esposa.

No dejó Apreville de conocer por su parte que no le amaban, y desazonado por las frialdades de Amelia, se indignó al observar las

atenciones con que Orgeval trataba á su prima. Procuró asestar sus tiros contra ellos, y encontrándose solo con el mariscal, le dijo:—Yo no sé si despues de un año ó mas, que viene aquí el caballero de Orgeval habeis notado que tiene la osadía de poner los ojos en mi prima.—Celebro que me lo hayas dicho, replicó el mariscal, pues no me desagrada el yerno, y yo mismo los animaré á que me digan sus intenciones para coronarlas con un próximo himeneo. Te agradezco el secreto que me has revelado.

—Sereis capaz de casar á la hija de un duque y par de Francia con un hombre sin esplendor, sin caudal, eclipsando de este modo en la mas profunda oscuridad todo el brillo de vuestro ilustre nacimiento?—No entiendo nada de lo que me dices: el caballero Orgeval no carece de esplendor ni de renta: su nobleza es antigua, y le hace digno de poder enlazarse con las principales casas del reino, y por lo que hace á sus caudales ¿no tengo yo mas de lo necesario? Entre los señoritos de la corte se hallaria otro partido mas ventajoso para mi hija; mas tambien estoy seguro de que no hallará un esposo mas honrado. Tú no comprendes la estimacion que Orgeval me merece: su corazon sano y recto, su entendimiento cultivado, y sus distinguidas máximas morales le hacen un caballero tan completo en lo físico como en lo moral. Por

último, yo no soy capaz de poner en la balanza tantas apreciables prendas con algunos pergaminos mas ó menos.—Tío mio! cuánto lastimais mi corazón exagerando el mérito de mi rival! —De tu rival!—Ya que es fuerza confesarlo y puesto que no lo habeis adivinado... Sí señor... adoro á Amelia!... y aspiro á la dicha de conseguir su mano.—Lo siento; yo debo consultar su felicidad antes que la tuya; tus manejos son bien interesados; como amabas á mi hija, quisiste adular á su padre, abandonando á tu bienhechora, á quien interiormente dabas la razón contra mí... No has disfrazado tus verdaderos sentimientos sino para poder acercarte al objeto de tu amor; y si yo he tenido la flaqueza de permitirlo, no por eso pienses que lograbas alucinarme. Un padre de familia debe verlo todo, observarlo todo, y esto es lo que yo hice: por tanto, ya que ha llegado la hora de hablar claro, me aprovecho de la ocasión para asegurarte que te conozco á fondo, y que Amelia nunca será tuya, sino de Orgeval.—Orgeval no se casará con ella; pues antes he de atravesar el corazón de ese hombre.—Retírate, sal para siempre de mi casa; y vete junto á tu digna tía, que nunca debiste haber desamparado.... Bien decia yo que alguna vez harías que me arrepintiese de haberte recibido, educado, colmado de beneficios.—Sí, me voy; pero juro vengarme!

Ignoraban los dos amantes lo acaecido, y paseándose la siguiente mañana por el jardín con el mariscal, notó Amelia que su padre estaba pensativo, pálido, y como si sintiese alguna indisposición.—Qué teneis, le dijo, querido padre?—No es nada; pero vosotros ¿no teneis un secreto que comunicarme? Callais!... Con que ha sido forzoso que yo tuviese bastante perspicacia para poder adivinar ese secreto, que mucho tiempo ha debiais desahogar en mi pecho? Vaya, decidme que os amais, que apeteceis veros unidos: no es esto?—Qué, padre mio?—Cómo, señor?—No debeis ignorar que deseo veros felices... Sí, queridos hijos míos, ya hice alejar de aquí á un aborrecido rival.—Ah! señor exclamó Orgeval, mi nacimiento, mi poca fortuna, nada os detiene, y así colmais mis deseos!—Soy padre, y ella os ama... Podré yo hacerla desgraciada para siempre, oponiéndome á su inclinación?

Arrójense los dos en los brazos de aquel hombre de bien, y tratan de los preparativos del himeneo señalando el día para celebrarlo.

Escribió el mariscal á su esposa una carta de atención, contentándose con noticiarla que habia dispuesto de la mano de su hija, y recibió una respuesta llena de injurias. Verificóse el matrimonio y un año entero se pasó sin oírse hablar del marqués; Amelia dió á luz dos her-



manos gemelos y toda la casa era fiesta y regocijo...

Pero la desgracia turbó repentinamente aquella felicidad. Cayó el mariscal de su caballo volviendo de un paseo, y este hombre tan estimable murió á las veinticuatro horas en brazos de sus hijos. El mismo día de esta dolorosa tragedia, habiendo salido el caballero de Orgeval, encontró al marqués de Apreville, quien lo insultó provocándolo á un desafío; aquel, con su natural prudencia intentó disuadirlo de tan extraño intento en un momento tan crítico; pero el marqués lo trató de un cobarde; presentóle dos pistolas, obligóle á tomar una de ellas..... indignóse Orgeval, riñeron, y al fin cayó muerto á sus piés el infame Apreville. Qué desgracia tan terrible para nuestro infeliz Orgeval!..... comprende que la mariscala vengará la muerte de su querido sobrino, y esto le llena de sobresalto é inquietud. Al siguiente día volvió á salir para dar algunas órdenes relativas á los funerales del mariscal; y á su regreso vió un coche á la puerta, lacayos y todo el tren de la mariscala. Entra en el salon, y oye una voz extraña en una estancia vecina.—“Sí, hija mia, sí, tu esposo ha muerto al marqués; pero ¿cómo le llamo tu esposo á un aventurero con quien te han casado sin mi consentimiento? yo haré por anular este matrimonio, y él pagará con su

cabeza el vil asesinato de mi querido y desventurado sobrino!”

Saló Amelia de aquella estancia, y viendo á Orgeval, exclama:—¡Será verdad que tú le has muerto?... Huye, huye, si es así... Oh! amado esposo, ponte en salvo, haz por ocultarte, escribe á tu tierna esposa, y confía en su celo, y en el tiempo.

Orgeval sin responder á su Amelia, y sin aguardar á que le viese la mariscala, que aunque no le conocia, meditaba su perdicion; subió á su cuarto, tomó algun dinero y los papeles que tenia de mas importancia; y abrazando á sus hijos les dice adios... y se sale del palacio sin esperanza de volver á pisar sus umbrales en muchos años.

Oculto en el retiro de una provincia, y siguiendo secreta correspondencia con algunos amigos de París, recibió allí una noticia muy sensible para su corazón. Habiéndose apoderado la mariscala de cuanto habia en casa de su difunto marido, de quien no estaba legalmente separada; y sufriendo la triste Amelia el tratamiento mas duro de parte de esta perversa mujer, que aborrecia á su esposo; la desgraciada Amelia falleció á impulsos de una violenta enfermedad, y sus dos hijos quedaron bajo la tutela de su abuela, que habia jurado no verian jamás á su padre,

Orgeval, temeroso de nuevas persecuciones que le anuncian sus amigos, resolvió embarcarse para lejanos países, en los cuales pasó cerca de ocho años abismado en la mas profunda melancolía, y acometido de una continua desesperacion. Sin embargo, como ya sabeis que no hay dolor que no vaya calmándose poco á poco, el suyo hizo lugar á la razon, y sobre todo al deseo muy natural en un padre de volver á ver y abrazar á sus tiernos hijos, los cuales segun avisos que le daban sus correspondientes, continuaban en compañía de su abuela.

Volvió, pues, á Francia, visitó á sus amigos, muchos de los cuales frecuentaban la casa de la mariscala, y estos le dicen que sus dos hijos son dos muchachos muy mimados por su abuela, la cual buscaba entonces cabalmente un ayo para que los educase, puesto que ya iban á entrar en los nueve años.—La mariscala busca un ayo? exclama Orgeval: pues yo lo seré; habrá para un padre ejercicio mas dulce que el de educar á sus hijos!

En vano quisieron sus amigos oponerse á este proyecto que les parecia muy peligroso, pues él insistiendo en su idea:—Presentadme, les decia, á la madre de Amelia; ella no me conoce, ni me ha visto jamás; vosotros me habeis dicho que por espíritu de hacer mal, despidió hace mucho tiempo á los criados que sirvieron á su

esposo, y que ni aun quiere tratar con los conocidos y amigos de este hombre respetable; la desgracia y mis penosos viajes han desfigurado tanto mi rostro que casi le desconozco yo mismo; me vestiré de abate, no habrá la menor sospecha sobre mi persona, y podré gozar de la vista de mis amables hijos!...

Cedieron sus amigos á tan justo deseo, y hablaron á la mariscala de un ayo excelente, recomendándolo con todo empeño. Presentóse Orgeval con el nombre del abate Dumont, y admitido por la vieja le confió la direccion y enseñanza de sus dos nietecitos. Qué discípulos tan agraciados! Qué viva conmocion experimentó su padre al verlos! Qué alegría en su interior! Despues de haberlos contemplado despacio, vió que uno de ellos era el vivo retrato de su Amelia, y el otro el suyo, y por lo mismo se acongojó imaginando que un exámen algo escrupuloso de parte de la mariscala haria que esta descubriese la verdad del caso; efecto de los temores de todo aquel que oculta un secreto, pues hasta los mas ligeros indicios le parecen pruebas. Bien quisiera Orgeval abrazar á sus hijos; pero conociendo que estas demostraciones de cariño no convenian por entonces á la dignidad de su carácter de preceptor, hizo los mayores esfuerzos para contenerse.

Ya le tenemos, pues, hospedado como subal-



terno en el magnífico palacio en que antes mandaba como dueño. Ya le tenemos comiendo á la misma mesa, en que la ternura de padre y el amor de esposo en tiempos mas felices, se ven reemplazados por la fealdad de una vieja, tan dañada de cuerpo como de alma. Sin embargo, le trata con bastante decoro, y ve que la mariscala profesa mucho cariño á sus nietos. Este era el único sentimiento que tenía cabida en su ánimo perverso; pero este sentimiento es tan apreciable para Orgeval, que á trueque de conservarlo, se olvidaria gustoso de todos los defectos de su aborrecible suegra. Escuso decir que este hombre apreciable fomentaba con el mayor esmero este cariño en el corazón de la vieja. Si cometían alguna pequeña falta, se guardaba muy bien de decírselo; y si ejecutaban una buena acción, la exageraba, así como sus bellas disposiciones; y es preciso confesar que tenía con mas frecuencia esta dulce satisfacción, que no el disgusto de disimular sus extravíos. Amadeo y Julio eran unos muchachos tan dóciles como bondadosos, y dotados de buen talento y particular habilidad. Amaban tiernamente á su preceptor, el cual solo procuraba granjearse su afecto; y acaso le amaban por aquella secreta inclinación, que la naturaleza inspira siempre á los buenos corazones hacia el autor de su vida. Deshacíanse delante de

su abuela en elogios á su ayo; no podían vivir separados de él un instante; aplicábanse al estudio por darle gusto; le acariciaban; y en el silencio de sus tareas, los abrazaba Orgeval estrechándolos contra su corazón... pero economizaba estos tiernos desahogos, estas licencias, digámoslo así, de la naturaleza, temiendo con justa razón que sus amables discípulos, por acrecentar sus alabanzas, lo refiriesen á la mariscala, y que esto formase alguna sospecha. Violentábase de consiguiente nuestro infeliz Orgeval, y se privaba muchas veces al día de dar á los niños tiernos ósculos paternales.

Algunas veces, ya en la mesa, ya en otras conversaciones familiares, tenía que sufrir un tormento inesplicable, porque la vieja empezaba á murmurar de su yerno, tratándole, aunque sin conocerle, como á un foragido.—Yo supongo que se habrá muerto, añadía, en algunas de las colonias americanas para donde me aseguraron que se embarcó; pero si vive todavía, si tiene el atrevimiento de volver, juro que ha de pagar bien cara la muerte de mi sobrino.

En otras conversaciones supo Orgeval que el difunto Apreville, al paso que adulaba á su tío, mantenía con la mariscala una correspondencia epistolar, en que murmuraba de aquel hombre respetable, contándole cuanto pasaba en casa. Mucha era la violencia que nuestro amigo te-

nia que sufrir para no justificarse cuando la maligna vieja hablaba de él en términos tan injustos como indecorosos; pero ni aun se atrevía á preguntar á los muchachos respecto de lo que sabian de su padre, porque temia que le descubriesen, y perder por la indiscrecion de estos queridos hijos todo el fruto de su reservada conducta.

De esta manera se pasaron siete años, en cuyo largo tiempo no omitió esfuerzo alguno para formar el corazon y el entendimiento de los preciosos discípulos confiados á su cuidado. Tenian ya estos amables jóvenes diez y seis años; eran altos, de bella presencia, fuertes y robustos, y poseian tantas habilidades como buenas máximas de una sana moral. Contaba la mariscala noventa y dos, y tanto su cabeza como su salud, iban debilitándose de día en día. Faltábale la memoria, y solo conservaba el implacable recuerdo del odio que habia jurado á su yerno. Sin embargo, ya este odio no era tan fuerte, pues algunos consejos, que Orgeval le habia insinuado con cautela, y la intervencion de un confesor en quien ella tenia la mayor confianza, y á quien habia ocurrido nuestro amigo para que estinguiese en ella la mala semilla del odio, daban esperanzas de que por último le perdonaria.

Llegó por fin el tiempo de pensar en esta re-

conciliacion, porque una señora tan anciana, podia morir de un dia á otro, y su familia, compuesta de tios y primos del difunto marqués era igualmente hostil al infeliz Orgeval. Acercábase el cumpleaños de la mariscala, y tanto su confesor como el mismo Orgeval y sus amigos, se reunieron con el objeto de conmovier el corazon, ó por lo menos la débil cabeza de aquella mujer; y para dar el golpe con mas acierto, acordaron que Amadeo y Julio fuesen los primeros que la hablasen del asunto.

La víspera de esta fiesta, que debia decidir sobre el destino de Orgeval, hallándose solo, con sus dos hijos:—Amado ayo, le dijo Julio, nos hareis este año algunos versos para dar la enhorabuena de su cumpleaños á nuestra abuelita? Ya veis que los celebra mañana.—Tengo compuestas dos arengas, mi querido Julio, una para tí, y otra para tu hermano.—Ah! véamos, véamos...—Poco á poco, hijos míos...—Llorais, señor Dumont? con qué ojos nos mirais!... Mira, hermano mio, cómo está conmovido!—Amadeo! Julio!... Vosotros ya teneis diez y seis años, ya sois adultos y razonables... seriais capaces de guardar un secreto?—Si es preciso, no dudeis que sepamos conservarlo en nuestro pecho hasta la muerte. Pero hablad, señor Dumont, decidnos vuestras cuitas.

Recobrado un tanto Orgeval, les dice:—No



pensais algunas veces en vuestro padre!—Si señor, contestó Julio, pero abuelita nos tiene dicho que murió en las colonias americanas. Nosotros llevamos su apellido, que es el de Orgeval.—Y no os ha dicho mas vuestra abuela! —Algo mas... Ah! ella solia añadir que nuestro padre era un aventurero, un seductor, un...—Basta, basta hermano, replicó Amadeo: nuestro buen preceptor habrá conocido tal vez á mi padre, por lo cual será mejor que no sé le diga todo.—Sí, sí, decídmelo todo.—Pretendia la señora mariscala que nuestro padre habia quitado la vida al marqués de Apreville, y que á no ser por nosotros, le hubiera hecho morir en un cadalso.—Grav Dios! Y vosotros amariais á vuestro padre!—Sí señor; lo amariamos en extremo... aunque fuese un aventurero, como dice abuelita.—Pues hijos míos, no lo es; siempre ha sido un hombre de bien, y nunca podreis avergónzaros de tenerle por padre.—Segun eso, le habeis conocido!—Lo mismo que á mí... Si tuvo la desgracia de dar la muerte á vuestro tío materno, fué en un desafio en que arriesgaba tanto como su contrario. Vosotros habeis leído y sabeis muy bien, que el honor, bien ó mal entendido, prohíbe á los que se precian de caballeros el negarse á un desafio, lo cual es el acto mas opuesto á la religion y á las sábias leyes que nos gobiernan.—

Si señor, todo eso sabemos, y os damos las gracias por lo que acabais de decirnos. Cuánto nos habeis aliviado con ello!

Viendo esto el apreciable Orgeval, prosiguió diciendo:—Por lo que hace á su nobleza y caudales, estas cartas, que aquí veis, manifiestan claramente que vuestro padre nunca ha sido un aventurero.

Despues de haberlas examinado los muchachos, exclamaron:—¡Oh Dios mio! no! pero decidnos ¿vive todavia nuestro padre ó ha fallecido?—Vive, hijos míos!—Vive?... muy léjos de aquí, no es verdad?—En... Paris.—Cómo! y nosotros no le hemos visto nunca.—Él os ha visto á vosotros... Hace siete años que os está viendo todos los dias, á todas horas, y su corazon paternal os ama con entrañable ardor!—Qué decís? Frecuenta esta casa?—Vive dentro de ella. Sí, queridos hijos míos, yo soy!...

Apenas oyeron esto Amadeo y Julio, se arrojaron á los brazos de Orgeval, quien estrechándolos contra su corazon, gozó por primera vez la inexplicable dicha de ser padre.—Yo soy, añadió nuestro amigo, el que por una injusta preocupacion de vuestra abuela, he vivido desterrado de vuestra dulce compañía desde que nacisteis; yo soy el que ha deseado veros; yo el que os ha servido de ayo por espacio de siete años!...

Derramaban los muchachos abundantes lágrimas, correspondiendo llenos de gozo á las tiernas caricias de su buen padre.... En medio de esta deliciosa escena apareció el digno confesor de la mariscala, quien acabó de confirmar la relacion de Orgeval, y entre los cuatro dispusieron lo que se habia de ejecutar al dia siguiente.

Llegó por fin la hora de la reconciliacion. Los muchachos, en unos versos dirigidos á su abuela, hicieron la justificacion de su padre, dando á entender á la mariscala que existia este padre desventurado. Enfurecióse al principio la vieja; pero al fin estrechada por sus amigos, y especialmente por su confesor, se fué aplacando poco á poco. Amadeo y Julio acabaron por presentarle á Orgeval, y la mariscala no pudo menos de admirar el heroico sacrificio de un padre que habia tenido la resignacion de vivir ignorado tantos años, empleándose únicamente en la educacion de sus hijos. Un rasgo tan bello acabó de conmover su duro corazon. Soltáronse algunas lágrimas, perdonó, abrazó á su yerno, y todos celebraron este dia con indecible regocijo.

Sin dificultad adivinareis, que despues de tantas pruebas, recobró nuestro amigo sus antiguos derechos en aquella casa; que su suegra le preservó de toda persecucion relativa al de-

saño con el marqués, y que por último, murió ésta asegurando para siempre la fortuna, el esplendor y la felicidad del esposo de la malograda Amelia.

Vióse, pues, el conde de Orgeval heredero de los inmensos bienes del mariscal, y acabó tranquilamente la educacion de sus hijos, quienes colmaron sus esperanzas, casándose en lo de adelante, y dándole despues unos amables nietos, que hoy forman las delicias de mi respectable amigo.

Conozco á los dos amables hijos de Orgeval; soy amigo suyo, y continuamente me hablan de la época en que solo creian ver un simple preceptor en la persona de un padre adorado.

Tal es, querido tio, el amigo precioso que he sabido granjearme, y que tal vez ha hecho mas todavia por mí, que por sus propios hijos. Luego hablaré de lo que á mí me toca, pues como el dia está ya muy adelantado, no quiero empezar hasta otra ocasion mas favorable.

Calló Hipólito y los demás conferenciaron entre sí largo tiempo acerca del extraño suceso de un padre, á quien las circunstancias obligaron á ser el ayo de sus mismos hijos.



DIA TREINTA Y OCHO.

No le fué posible al amigo Hipólito anudar su discurso en este día, porque madama de Arleville deseosa de obsequiar á una amiga suya, se llevó consigo á los mas pequeños de la familia, y viendo su esposo que estaban los niños ausentes no quiso privarlos del placer de oír á su primo referir sus aventuras, pareciéndole que podrian sacar de ellas algun aprovechamiento.

Era la víspera de San Juan, y madama de Arleville habia llevado á los cinco niños á casa de madama Derville, esposa tan virtuosa como buena madre, la cual pasaba la temporada de verano en una casa de campo que tenia en Roseville. Estaba casada con un hombre apreciableísimo, de quien habia tenido dos hijos de ocho á nueve años, llamados Luisa y Narciso.

Hallábase la madre de madama Derville juntamente con los dos esposos, y se celebraba este día la fiesta de su santo; con cuyo motivo se reunian varios amigos para solemnizarlo. La hija que amaba infinitamente á su madre, tenia preparado un gran festin, y ciertos versos compuestos por el mismo Arleville. Éste habia cooperado con su talento á este homenaje de la piedad filial, pero por estar ocupado en negocios improrrogables, tuvo que quedarse en casa con su padre, con Hipólito y con sus hijos mayores. Por tanto, solo madama de Arleville fué con los niños á ver á madama Derville.

A su vuelta á la Cartuja, el padre de familia, acompañado de Filberto, y paseándose á la claridad de la luna, vió llegar á los cinco niños que habian ido á la fiesta. Venian todos ellos, y aun la misma Virginia que era la mayor, corriendo y saltando con ruidosa alegría. Mandóles Arleville que se sentasen á su lado y al de su anciano padre á orillas del canal, diciéndoles:—Y bien, hijos míos, qué traeis que contar? qué os ha parecido la fiesta, y quién de vosotros arreglará sus ideas de modo que nos refiera lo que haya habido en ella de notable?— Yo, papá, dijo Virginia: porque nada se me ha pasado, todo lo he advertido, y lo que es mas, todavia me acuerdo de vuestros versos. Si viérais qué aplaudidos fueron!—Pues yo, replicó

Eugenio, he aprendido la bonita fábula que recitó Narciso, el hijo de madama Derville, y si quereis podré deciroslo.—Yo la compuse, amigo mio, y la sé tambien de memoria. Pero me alegraré que la repitas. Véamos, Virginia, comienza tú por referirnos lo que has visto.

Muy ufana la niña al ver que la daban el primer lugar, dijo así:—Hemos sido recibidos con mucha estimacion. Habia cuando llegamos unas doce ó quince personas, incluso los dos chicos; su abuelita, quiero decir, aquella buena señora muy vieja que celebraba hoy el dia de su santo, lloraba enternecida con los parabienes que mutuamente la iban dando. Recibió los nuestros con la misma cordialidad, y hecho esto sentámonos todos al rededor de ella. Madama Derville, trayendo de la mano á sus dos amables hijos, Luisa y Narciso, comenzó por abrazarlos; presentólos á su abuela, que los abrazó tambien, y en fin, madama Derville cantó la siguiente letra dedicada á su digna madre.

### EL DESEO FILIAL.

Si de un jardin las flores  
Yo sola compusiera,  
¡Qué gusto no te diera  
Variando sus colores!

En *Yedra* convertida  
Me viera tu ternura;  
Planta que solo dura  
Del fuerte *Roble* asida.

La *Azucena* orgullosa  
Se humillaria discreta;  
Y en mí la *Violeta*  
Viéras respetuosa.

El *Tulipán* manchado,  
Que ningun olor tiene,  
A mí no me conviene;  
Quéde pues desterrado.

El *Laurél* de Belona  
Emblema no seria,  
Y solo serviria  
En tu sien de corona.

La *Zarza* y el *Abrojo*,  
El *Espino* y la *Hortiga*  
Me causan, dulce amiga  
Bien merecido enojo.

La séria *Adormidera*  
Tampoco elegiria,  
No siendo, madre mia,  
Que dulce sueño os diera.

Al llegar aquí con su cancion madama Derville, tomó á sus dos hijos por la mano, y en ademan de ofrecérselos á su madre, acabó de cantar lo siguiente:



Mas ¡ay! son ilusiones  
En que mi amor reposa:  
Yo seré, pues, la *Rosa*  
Y estos los dos botones.

Ved aquí, papá la canción; la he recitado bien?—Perfectamente! Prosigue, hija mia.—  
Despues de esto, Luisa, la hija de madama Der-  
ville, acercándose á su abuela, dijo con mucha gracia las dos siguientes

### DECIMAS.

Si del cielo los favores  
Me concedieran humanos  
De todos los soberanos  
Las riquezas y primores:  
Si de grandes escritores  
Me infundieran el talento,  
Con indecible contento  
A mi abuela presentára  
Tesoro que la colmára,  
Y los versos ciento á ciento.  
Mas ¡ay! que por su desgracia  
Nada tiene tu Luisita,

Y por eso solicita  
Que la concedas tu gracia:  
Solo el corazon se espacia  
En aquestos parabienes;  
Tales son todos sus bienes,  
Y así el corazon te dá...  
Pero para qué, si ya  
Desde que nació le tienes?

Despues recitó su fábula Narciso; pero mi primo Eugenio os lo repetirá.

Con efecto, dijo Eugenio así:—Hé aquí la fábula que con mucho despejo y afectuoso sentimiento dirigió Narciso á su abuela:

### LAS DOS RATAS Y EL RATONCILLO.

#### FÁBULA.

Al lado de su madre un ratoncillo,  
Muy pequeño y sencillo,  
Que tres meses contaba,  
Sin el mas leve miedo ni disgusto,  
Antes con mucho gusto,  
Ufano y placentero el diente hincaba  
En un queso de Flandes ó de Parma;  
Cuando tocan alarma...

Un gato muy atento,  
Tan gordo como gato de convento,  
Asomó ¡qué bribón! por la tronera  
Una garra de tigre (¿no es bien llano  
Que del tigre es pariente muy cercano?)  
Y un cerdoso mostacho ó bigotera.  
El pobre ratoncillo,  
Encogido de miedo, cual ovillo,  
Dejó á su madre, que corriendo astuta,  
Y entrando en la querencia,  
Sin querer ingerirse en tal disputa,  
Huyó de la presencia  
Del marrullero gato;  
Quien (no hay duda) la echára el garabato  
Y de dos dentelladas  
La hiciera en un momento mil tajadas.  
Asustado el raton en tal quebranto,  
Lleno de dolor tanto  
Cual el piadoso Eneas cuan o en Troya  
Sacó á su padre, medio por tramoya,  
Del incendio terrible;  
¡Qué corazón sensible!  
Acudió con viveza  
Y chillando al socorro de otra rata,  
La cual con tarda pata,  
No pudiendo correr con ligereza,  
Aquí y allí tropieza:  
Mas ¡qué mucho, si al cabo,  
Vieja y descoyuntada,

Estaba cana del hocico al rabo?  
Cogiéndola el raton sobre su lomo,  
Con fuerza desusada,  
La escondió no sé dónde, ni sé cómo.  
Cierta raton, filósofo profundo,  
Retirado del mundo,  
(Tambien entre ratones  
Filósofos hallamos á montones)  
Que observaba la escena,  
Dijo al otro con voz grave y serena:  
—¡Qué haces, incauto amigo?  
¡Salvas á una extranjera, y en el trance,  
De que soy buen testigo,  
A tu madre abandonas?  
¡Oh! duro corazón! ¡Oh fiero lance!  
¡Hijo bárbaro, al fin!—Tú qué pregonas,  
Le dijo el ratoncillo con denuedo,  
Máximas grandes que sufrir no puedo,  
Sabe que ésta es mi abuela;  
Y es preciso me duela  
De la anciana infeliz que aun con muletas  
Del fiero gato no huiria las tretas.  
Por eso, amigo, en esta contingencia  
La socorrí con tanta preferencia.  
Esto, amable abuelita, ó yo me engaño,  
Te demuestra que hoy débil é impotente,  
Si tal vez te sucede un accidente,  
Sabré yo preservarte de tal daño.



Si viérais papá cuánto se rieron todos los presentes oyendo á Narciso decir con mucha gravedad el último verso de su fábula:

*Sabré yo preservarte de tal daño.*

Vaya, no parecía sino un famoso guerrero que tomase por su cuenta el apoyo y defensa del país.—Y qué decían de la fábula?—Oh! no hubo uno á quien no se le arrasasen los ojos en lágrimas. La bondadosa abuela lloraba como una niña (de gozo se entiende, papá) y todos los espectadores admiraron las virtudes de madama Derville, que así enseña á sus hijos á que honren en la persona de su abuela la edad, las canas y el título de madre.—Así debe ser, hijos míos. Es preciso respetar siempre y honrar á los ancianos, particularmente cuando son unos deudos tan próximos. Yo soy vuestro padre, y sin duda me amais; no es así queridos míos!—Cierto papá!...—Pues bien, si me amais á mí, si venerais mi persona, cuánto no debéis bendecir á mi padre! Ya lo estais viendo, hijos míos, qué anciano tan respetable; sin él no me poseeríais á mí, ni vosotros mismos gozaríais de la existencia; y aun cuando os diéseis por muy dichosos en tener un padre tierno, como yo me lisonjeo de serlo, el cielo para vuestra doble felicidad os conserva dos todavía. Conocéis bien esta dicha, hijos míos? Y no debéis dar vosotros

duplicadas pruebas de de esta ternura, de este respeto, de esta sumision, y en fin de todos estos deberes, que diariamente me veis desempeñar con el autor de mi vida, con vuestro venerable abuelo?

La única respuesta que le dieron los niños fué abrazar tiernamente á Filberto, el cual pagándoles sus caricias y en extremo conmovido, abrazó despues á su hijo, el señor Arleville, y dando fin á esta deliciosa escena entre padres é hijos, se volvieron todos á la Cartuja pues ya era bastante tarde.

su padre, bajó al salon, y á fin de distraer su justa inquietud, rogó al sobrino que continuara su relacion. Hizolo así nuestro amigo Hipólito, diciendo:

### ALGUNAS LOCURAS DE UN VIAJERO.

Ya sabeis, mi amado tio, que habiendo fallecido mi madre hace ocho años y ya huérfano de padre, intenté viajar con el hijo de un rico banquero, en cuya casa me habian puesto mis padres. Era su ánimo, segun decia el mancebo, llamado Bermond, dar una vuelta al mundo; y su bondadoso padre, que me amaba tiernamente, le mandó que me llevára consigo á todas partes. Despedíme, pues; y partí. Creyendo vos, querido tio, que yo tenia la mas estrecha intimidad con el loco de Bermond, os figurásteis tambien que le acompañaria por mucho tiempo; pero como entonces ignorábais una circunstancia que voy á deciros, debo tomar las cosas de mas léjos para referiros lo acaecido en los últimos meses de mi permanencia en casa del banquero. Éste, que en otros tiempos

### DIA TREINTA Y NUEVE.

El día que sucedió á esta tierna escena, se supo en la Cartuja con el mas vivo dolor que el sábio Filberto estaba enfermo y segun informaron los facultativos, el anciano corria bastante peligro.

Madama de Arleville que amaba muchísimo á su suegro, tomó por su cuenta cuidarle y asistirle, encargando á su esposo continuase su plan de educacion, pues ella vigilaria continuamente al enfermo, cuya salud interesaba tanto á todos. Mandó tambien á sus hijas que la ayudasen en el respetable cargo de enfermera, y no tuvo dificultad en mover su celo ó interés hácia un hombre amado y respetado de toda la familia. Mientras que la buena madre y sus hijas desempeñaban estos dulces deberes de la piedad filial, el señor Arleville, que venia de visitar á



habia sido el tutor, el amparo, el bienhechor de mi padre, seguia manifestando el mayor cariño y amistad á la viuda y al hijo de su amigo. Con el objeto de serme útil me trajo á su casa desde muy niño, encargándose de mi educacion, al mismo tiempo que de la de su propio hijo, el cual me llevaba unos seis años; tenia ciertos celos dimanados del amor que su padre dividia entre él y yo. Cuando falleció mi madre fué tanta la pesadumbre que me causó su pérdida, y estuve tan enfermo, que todos creyeron que perderia la vida. Conociendo esto el banquero, manifestó sus deseos de que yo viajase, á fin de distraer y dar expansion al ánimo; y llamándonos un dia á su cuarto:—Hijo mío, le dijo á Carlos, ya ves al pobre Hipólito qué triste, qué abatido está! Supongo que tú le amas tanto como yo, y por consiguiente, ya que tanto apeteces viajar, te permito que lo verifiques durante uno ó dos años. Partirás, pues, cuando te parezca; pero irá contigo Hipólito, viajaréis juntos como dos hermanos, como dos íntimos amigos, y nunca os separareis el uno del otro. Aquí tienes mil luises, en la inteligencia de que esta cantidad es para Hipólito y para tí, dejándote únicamente la distribucion de ella, de manera que vuestros gastos sean comunes, y que á esta suma tenga los mismos derechos el uno que el otro. Visitad la Inglaterra, la Alemania, la

Italia, y todos aquellos países que os parezcan dignos de verse por sus curiosidades; y me prometo que sacareis algun fruto de vuestras observaciones, de vuestros estudios y de vuestra esperiencia. Tengo por supérfluo daros un ayo que os guíe, instruya y acompañe, puesto que Hipólito, aunque mas jóven que Carlos, es muy juicioso: ya estais en estado de dirijiros, y pongo toda mi confianza en vosotros.

Dimosle gracias por el buen afecto que nos manifestaba; tomó Bermond los mil luises, y hechos los preparativos necesarios, partimos.

Mi compañero de viaje Carlos Bermond, tenia relaciones íntimas hacia largo tiempo, con una mujercilla de buena figura, pero de costumbres muy relajadas, de educacion grosera y de carácter perverso. Muchas veces habia yo reprochado esta familiaridad con semejante mujer, pero léjos de aprovecharle mis reconvencciones, no hacia mas que reirse de ellas; y aun por eso me alegraba de verle dispuesto á viajar, persuadiéndome que de este modo se apartaria de Melania; este era el nombre de la sirena peligrosa.

Pero ¡cuál fué mi asombro, cuando á seis leguas cortas de Paris, hallamos en el meson á un caballerito, bastante agraciado, que apenas vió á mi compañero, se arrojó á su cuello con las mayores demostraciones de cariño! Al pun-

to conocí en el disfrazado señorito á la perversa Melania, y sospechando desde luego que la intencion de Carlos era llevarla por todas partes en nuestra compañía, no pude contener mi indignacion.—Cómo! le dije á mi amigo, la señora viajará con nosotros?—Tú lo has adivinado, me respondió; así lo hemos arreglado antes de salir de Paris, y te aseguro que á no ser por esto, nunca me hubiera determinado á viajar, porque ¿cómo sería posible separarme de esta amable criatura? Encarguéla que me saliese á esperar en este sitio para evitar que mi padre ó algun otro conocido, que nos viese á la salida, sospechase que venia con nosotros. Por lo demás, Melania no nos causará la menor molestia y siempre irá vestida de hombre...—¿No consideras, le repliqué, que á primera vista puede conocer cualquiera que llevamos á una mujer con nosotros? Y el crédito, amigo, nuestra reputacion!—Eso déjalo de mi cuenta; si alguno hubiere tan osado, que pudiera echárnoslo en cara, yo sabré responderle.

Callé por entonces, y disimulando mi disgusto, aguardé á que se presentase una oportunidad para destruir tan descabellado proyecto. Y no creais, amado tío, que yo fuese entonces muy escrupuloso en estas materias; con harta vergüenza y arrepentimiento lo digo; pero Melania era una mujerzuela cuyo retrato me son-

rojaria de hacer delante de estos jóvenes. Con sus palabras indecentes y sus groseros modales, no tardó, según me lo esperaba, en producirnos algunas contrariedades. Unas veces se familiarizaba con cualquiera extraño, Carlos se abrazaba de celos y reñian; otras se burlaban de ella los viajeros, tomándose las mayores libertades, porque á todo eso daba margen su descarado porte, y de aquí resultaba una pendencia. Llegué por último á desazonarme tanto, que tomé el partido de separarme del calavera Bermond. Un día tuvimos un gran altercado, y Carlos, á quien sin duda le hacia mal mi presencia, me propuso entregarme la mitad de la suma destinada para nuestro viaje, dejándole en plena libertad. Acepté su propuesta, dividimos el dinero, y nos despedimos sin otra ceremonia.

Si yo hubiera tenido entonces mas años y mas esperiencia, no hubiera tomado este partido, pues faltaba á la gratitud que debía á los beneficios del padre de Bermond, que habia puesto en mí su confianza; pero ello es que á mí no se me ocurrió esta reflexion, y no pudiendo vivir mas tiempo en compañía de un libertino y de una mujer de relajada conducta, seguí el primer impulso de mis inclinaciones al separarme de ellos.

Sin embargo de esto, continué viajando; y como á nadie escribia ni se oyese hablar de mí,



no supisteis, sino mucho tiempo despues, que me habia separado de Cárlos, y tanto vos, tío mio, como aquel banquero respetable, me acusásteis con alguna razón, de ligero, de imprudente, y tal vez de calavera. Confieso ahora que pude haber dado lugar á estas sospéchas, porque cuando Bermond escribió á su padre se guardó muy bien de manifestarle la verdadera causa de nuestra separacion, y por consiguiente no es extraño que solo yo resultase culpado. Mas prosigamos.

Atolondradaré indiscreto, como suelen serlo por lo comun los tíos de los jóvenes en la edad que yo tenia entonces, no tardé en cometer algunos errores de funestas consecuencias...

Al llegar aquí Hipólito, le interrumpió el señor Arleville diciendo:—Oigo ruido en el cuarto de mi padre, y en el estado en que se halla, no puedo tener un momento de sosiego. Permíteme, pues, que corte por ahora el hilo de tu narracion, que mañana proseguirás.—Vamos todos, dijo Hipólito, á saber qué novedad ha ocurrido, y mañana, si las circunstancias lo permiten, continuaré mi historia, refiriéndoos las particularidades de mi amistad con el caballero de Orgeval, que sin duda son mas interesantes que lo que acabais de oír.

## DIA CUARENTA.

No habiendo cosa notable respecto á la salud del buen Filberto, y reunidos los mismos del dia anterior, Hipólito prosiguió así:

### El bienhechor anónimo.

Cansado de viajar, y queriendo fijarme en alguna cosa, volví á Paris despues de varios lances que paso en silencio. Siempre ansioso de placeres, entregado á un género de disipacion que podia justamente ser censurado por los hombres graves, timoratos y severos, me des-cuidaba enteramente, mi amado tío, de noticias mi regreso, olvidé visitaros y omití pedir os vuestros juiciosos consejos para dirigir mi conducta. Quedaba en mi poder algo del dinero

no supisteis, sino mucho tiempo despues, que me habia separado de Cárlos, y tanto vos, tío mio, como aquel banquero respetable, me acusásteis con alguna razón, de ligero, de imprudente, y tal vez de calavera. Confieso ahora que pude haber dado lugar á estas sospéchas, porque cuando Bermond escribió á su padre se guardó muy bien de manifestarle la verdadera causa de nuestra separacion, y por consiguiente no es extraño que solo yo resultase culpado. Mas prosigamos.

Atolondradaré indiscreto, como suelen serlo por lo comun los tíos de los jóvenes en la edad que yo tenia entonces, no tardé en cometer algunos errores de funestas consecuencias...

Al llegar aquí Hipólito, le interrumpió el señor Arleville diciendo:—Oigo ruido en el cuarto de mi padre, y en el estado en que se halla, no puedo tener un momento de sosiego. Permíteme, pues, que corte por ahora el hilo de tu narracion, que mañana proseguirás.—Vamos todos, dijo Hipólito, á saber qué novedad ha ocurrido, y mañana, si las circunstancias lo permiten, continuaré mi historia, refiriéndoos las particularidades de mi amistad con el caballero de Orgeval, que sin duda son mas interesantes que lo que acabais de oír.

## DIA CUARENTA.

No habiendo cosa notable respecto á la salud del buen Filberto, y reunidos los mismos del dia anterior, Hipólito prosiguió así:

### El bienhechor anónimo.

Cansado de viajar, y queriendo fijarme en alguna cosa, volví á Paris despues de varios lances que paso en silencio. Siempre ansioso de placeres, entregado á un género de disipacion que podia justamente ser censurado por los hombres graves, timoratos y severos, me des-cuidaba enteramente, mi amado tío, de noticias mi regreso, olvidé visitaros y omití pedir os vuestros juiciosos consejos para dirigir mi conducta. Quedaba en mi poder algo del dinero



que yo debía á los beneficios de mi banquero; y tambien tuve la ingratitud de no presentarme á este hombre generoso; pues no pensaba mas que en divertirme hasta que se agotase mi bolsillo. No dejaba de conocer el peligro de semejante vida, y muchas veces me arrepentia sinceramente de una conducta tan poco digna de mi familia, y tan contraria á las máximas en que me habian educado.

Hallábame hospedado en una casa bellísima de la calle del Palomar, arrabal de San German, en la cual me destinaron un cuarto muy agradable para mí, porque no estaba espuesto al ruido y demas incomodidades de las fondas y mesones. El principal inquilino de la casa era un hombre muy amable; el señor Clemente, anciano de setenta y tantos años, de honradez extraordinaria, de génio sumamente alegre para su edad, y en fin, muy amigo de los jóvenes. Era viudo, y aunque no se le conocian hijos, se hablaba de una hija que habia tenido; pero no se sabia en el barrio qué se habia hecho la muchacha, y en verdad que á mí me importaba eso bien poco.

Trabé amistad con el señor Clemente, pasada aquella especie de urbanidad y atencion que se usa entre los vecinos que habitan una misma casa, especialmente siendo bien educados; y como él estaba dotado de un carácter muy franco

y afable, me pareció que él era el primero que deseaba tratarme.—Y bien, vecino mio, solia decirme sonriéndose los primeros dias, parece que anoche os habeis recogido muy tarde! Bien, muy bien! Es menester que los mozos se diviertan; así lo requiere la edad; así lo hice yo en otros tiempos, y aun me acuerdo de cuando velaba cuatro y cinco noches consecutivas, y ni por esas dejaba yo de estar gordo y robusto.

Otras veces me decia:—Quién es una hermosa dama que ha venido á preguntar por vos, vecino mio?... Bien, muy bien! Es preciso que los mozos amen la juventud, porque como dice el refran, *cada oveja busca su pareja*. Esta era mi máxima á vuestra edad, y la practicaba lo mas que podia.

Cierta mañana me preguntó cómo habia yo pasado la noche, ó por mejor decir, el último tercio de ella, porque como decia bien Clemente, habia sido una tremenda desvelada.—Habeis invitado á cenar á algunos amigotes... gente del bronce, supongo.... lo digo, porque oia que metiais tal bulla, que dábais tales carcajadas... mas no penseis que yo me haya escandalizado por eso. No señor; es preciso que los mozos se diviertan. Bien, muy bien!

Este era el continuo estribillo del amigo Clemente: *Bien, bien, muy bien!* é inclinaba la cabeza á derecha y á izquierda, con lo que me

hacia reir mucho; pues daba un aire verdaderamente cómico á su abultada y redonda cabeza.

Todo aquel que adule á los jóvenes, contemplando con sus defectos, puede vivir seguro de que les dará gusto, de que le amarán y aun se granjeará toda su confianza. Este fué el efecto que produjo en mí el festivo y alegre señor Clemente: ninguna de mis acciones le parecia mal, todo lo daba por bien hecho, y en vez de censurarme ó reconvenirme, me alentaba él mismo á multiplicar mis placeres, y cuando yo le confesaba con ingenuidad alguna locura mia, que á los ojos de otro hubiera sido una falta grave, él se reia y la celebraba con su frase: Bien, muy bien! es preciso que los jóvenes se diviertan.

Hubiera yo debido reflexionar sobre su torpeza en alabar mis defectos, y notar que se hallaba en contradicción con su arreglada conducta, porque debo aseguráros, que sus costumbres eran irreprensibles. Apenas salia de su casa; era el primero que se acostaba y levantaba en ella; no visitaba ni trataba mas que á varios artistas y literatos, ú hombres de edad y genio análogos al suyo. Debía, pues, en vista de todo esto preguntarme á mí mismo, porqué un hombre de tan sana moral continuamente me miraba con notable preferencia, y me distinguía con su amistad. Distruido con mis diversiones,

cuidaba poco de meditar sobre este punto. El buen Clemente, por su excesiva indulgencia, llegó á cobrar tanto dominio sobre mí, que no obstante la gran distancia de los años, él era mi amigo, mi mas íntimo confidente. Así pues, cuando me preguntó cuáles eran mis arbitrios para subsistir, no tuve reparo en confiarle que ya no tenia otros mas que los del juego. Cualquiera otro viejo me hubiera reconvenido con dulzura, ó tal vez con acrimonia, y dádome algunos consejos saludables; pero nada de eso: mi hombre me contestó riéndose, segun su costumbre: ¡bien, muy bien! Es preciso que los que son felices en el juego y tienen buena suerte ó buena maña, cobren su tributo á los tontos. Oh! eso es muy justo!

Supo tambien mi amigo cuales eran los garitos que yo frecuentaba, todas mis acciones dia por dia, y á todo replicaba: ¡bien muy bien!

Un dia que estaba yo en el teatro, ví en un palco frente al mio al buen Clemente, que al parecer hablaba con mucha viveza y calor con una señorita, y advertí que me señalaba con el dedo. Me admiré de ver en el teatro á mi viejo, porque nunca iba á él, acostándose como lo hacia regularmente todos los dias á las ocho en el invierno, y á las nueve en el verano. Tambien me sorprendió verle en compañía de una joven y en conversacion con ella. Hubiera que,



rido examinar detenidamente el rostro de aquella mujer, pero lo tenia medio oculto con un velo que apenas levantaba para mirarme, lo cual hacia con marcada atencion. Siendo yo tan curioso, y con el objeto de burlarme de mi severo *Catón*, me dirijo á su palco; notó el viejo mi determinacion, y me pareció que le incomodaba; sin embargo, llamo á la puerta, y aunque al principio no me responde, la abre despues.

Mis esfuerzos por ver el rostro de su compañera salieron fallidos, pues ademas de que con mi presencia se ocultó mas, siempre me volvía la espalda, mirando rectamente al foro del teatro.

El señor Clemente me suplicó al oido que le dejase solo, y yo, figurándome que habia misterio en esto, me sonrei; miróme con mucha seriedad, y entonces, persuadiéndome que ya le incomodaba tanta indiscrecion de mi parte, me retiré prometiéndome divertirme á su costa la mañana siguiente. Así lo quise hacer; pero él escuchó con tanta frialdad mis chanzonetas, que temiendo disgustarle, si proseguia en ellas, no volví á hablar del referido lance.

Como de allí á algunos dias se hubiese sentido indispuesto, me suplicó fuese de su parte á entregar cierto manuscrito á un autor, amigo suyo, á quien habia citado para el café de Pro-

cópio. En efecto, desempeñé este pequeño servicio con mucho gusto, y apenas entro en el café, veo venir hácia mí á un viejecillo, cuyo rostro, ademas de estar medio emboscado debajo de un gran pelucon, estaba desfigurado con un parche que le cubria el ojo y parte de la mejilla derecha.—Oh! señor mio, me dijo: espero que me disimuleis; os he visto con mi amigo Clemente, y como sé que vivís en su misma casa, me tomo la libertad de preguntaros si vendrá aquí como me ha prometido.—No señor, no puede venir porque se halla indispuesto.—Ah! lo siento. Esperaba un manuscrito.—Pues aquí le teneis.—Mil gracias, amigo mio. Le habeis leído?—Nunca me hubiera tomado esa licencia.—Pudisteis haberlo hecho sin reparo. Viene á ser un plan de moral, compuesto segun mi sistema, para mejorar á los hombres, si es posible.—Si es posible! Decís bien.—Permitidme que os lea uno que otro fragmento... Sentémonos, y haremos las once.

Acepté su oferta; estuvimos hablando mas de dos horas, y si hallé en mi viejo un gran fondo de sabiduría, tambien me pareció que no le desagradaban algunas reflexiones mias que sujeté á su dictámen, porque ciertamente tenia yo entonces mas inteligencia y juicio en mis discursos, que en mis acciones. Separóse tan contento de mí, como yo lo estaba de él; y fuí á dar cuen-

ta de mi comision al amigo Clemente, el cual tuvo dificultad en disimular su viva satisfaccion cuando le dije que su autor habia al parecer hallado en mí bastante despejo y algo de sana filosofía. No pudo menos de exclamar con una energía que me sorprendió:—Quién duda, querido Hipólito, que podiais ser un hombre grande! pero las pasiones, amigo mio; las pasiones!

Aquí se detuvo como apesarado de su exclamacion; era ésta la primera vez que le oia expresarse en tales términos. Conociendo mi amigo esto mismo, recobró en un momento su humor festivo.—Por lo demas, me dijo, ya veo que teneis el arte de hacer que se os disimulen estas pasiones tan naturales en vuestra edad. Sois amante de los placeres; y bien, qué mal hay en esto? Jugais, requebrais á una hermosa... bien, muy bien! cuando seais tan viejo como yo, descansareis, y estoy seguro de que os habeis de acostar á las ocho como yo lo hago. Qué gusto tendreis entonces en recordar vuestras ilusiones! Yo lo experimento ahora cada vez que me acuerdo que á los veinticinco años era tal vez peor que vos. Vamos, vecino mio: alegrarse, alegrarse, y como dijo el otro, quién sabe si el mundo durará tres semanas!

Como le ví restituído á su genio chancero y decidir, me olvidé inmediatamente de su exclamacion, de mi conferencia con el autor del ca-

fé de Procópio, y seguí de nuevo la carrera de mis desórdenes.

Habia yo trabado estrechísima amistad con una jóven llamada Flora—por el nombre adivinareis cuál seria su profesion—la cual vivia con un hermano suyo llamado Lorenzo, en un cuarto á dos pasos del mio. Daba esa muchacha lecciones de arpa y de música vocal, y su hermano, que no tenia ningun oficio ni capacidad para ejercerlo, jugaba como yo, unas veces perdiendo y otras ganando, segun su buena ó mala suerte. Figurábame yo enamorado de Flora muy de veras, y esta mujer astuta, representaba conmigo el papel de juiciosa y esquivada para ir guiándome poco á poco al templo del himeneo, pues tal era su objeto y el del hombre artificioso que la servia de director. Tanto á ella como á su fingido hermano los miraba como á mis mejores amigos, y no me separaba de ellos en todo el dia. Concurrían á todos mis convites y francachelas; pedíanme dinero prestado, y me lo restituían con la mayor puntualidad; pasaban gran parte de la noche conmigo, y tambien de vez en cuando me agasajaban en su modesto albergue.

Siempre que hablaba de ellos con mi amigo Clemente, que los veía venir á mi cuarto, los ponía yo en las nubes, persuadiéndome que no podia tener amigos mas constantes que Loren-



zo y su hermana. Por lo que hace al trato con esta, empezó desde luego á darme bromas, pero yo le protesté, y así era en realidad, que Flora no era lo que él pensaba, y que yo la respetaba demasiado para abusar de su virtud. Entonces el buen Clemente soltó los diques de sus alabanzas á la modestia, dulzura y belleza de aquella jóven, inflamándome cada vez mas en el ardiente amor que la profesaba. Qué amigo tan bonazo! me direis; pero aguardad un momento, y la continuacion de mi historia os le hará conocer mejor.

Un año despues de llevar esta vida, se volvió de un golpe contra mi la fortuna y llegando á perder en el juego en dos noches, el poco dinero que me quedaba, á la tercera me ví precisado á jugar el reloj y otros objetos de algun valor, que componian lo principal de mi equipaje. De qué dimanaba esta fatalidad? Yo frecuentaba las mismas casas de juego, y eran unos mismos, con corta diferencia, los jugadores. Para tentar fortuna, resolví mudar de teatro; pero cada vez me iba peor! En este último no encontré ningun conocido, y los tahures que asistian á esta casa me despojaron de todo, de manera que me quedé únicamente con el vestido que llevaba puesto. En tan affligida situacion recurí á mi amigo Lorenzo, y efectivamente partió conmigo seis luises que habia ganado la víspera.

Volví á jugar aquella misma noche, persuadiéndome que podria rescatar algo de lo perdido. Vanas esperanzas! pierdo nuevamente, juego sobre mi palabra, y al amanecer me hallo debiendo cien luises, que no era capaz de pagar. Lleno de desesperacion, pregunto al sugeto que acababa de ganarme aquella cantidad, en donde vive, protestándole que se la llevaria dentro de algunas horas. Vuelvo á mi casa agitado por ideas terribles... dan las doce, y veo entrar á mi acreedor, cuyo aspecto me hace temblar: aguardo que este hombre me reconenga por mi falta de palabra en restituirle su dinero; pero cuál fue mi sorpresa cuando le oigo decir:—Amigo, vengo á daros las gracias por vuestra puntualidad; mas os habeis equivocado al pagarme, dándome mas de lo que me debiais.—Cómo es eso?—No eran mas que cien luises los que habiais perdido, y el paquete que me han entregado de parte vuestra contiene ciento cincuenta. No los conté al pronto, aunque tuve cuidado de informarme donde viviais, y habiendo hallado despues los cincuenta de mas, he venido á traéroslos.—Creo que os burlais de mí?—Cómo, burlarme? Por entregaros lo que es vuestro? Se conoce que ha sido una equivocacion, en que se manifiesta claramente vuestra buena fé, y por tanto la mia exige que os

haga esta restitucion. Tomad, pues, los cincuenta luises, y ved en qué os puedo servir.

Dejó el tahir aquella cantidad sobre la mesa, y se fué sin esperar mi respuesta, bien es verdad que no hubiera sido capaz de dársela, pues no salia de mi asombro! Conocí desde luego que alguno habia pagado mi deuda; pero quién podria ser?... inclinéme por deceptado á creer que hubiese sido el señor Clemente.— Pero si este hombre, dije, tiene mil excelentes prendas, le acompaña el defecto de la avaricia, y por otro lado, me consta que no le sobra el dinero; por lo cual, ciento cincuenta luises deben ser una cantidad muy superior á sus recursos y á su generosidad. ¿Quién, pues, habrá sido mi favorecedor en tan desesperadas circunstancias?

Bajé al cuarto de Clemente para comunicarle lo que acababa de sucederme. Hallélo muy encolerizado, porque el recaudador de contribuciones le habia enviado un ejecutor; y como no tuviese por entonces el dinero necesario para pagarle, me suplicó le prestase doscientos francos.— Con mucho gusto, vecino, le dije, cabalmente he recibido unas cuantas monedas, con las cuales no contaba. Díle en efecto aquella cantidad; pagó al ejecutor y lo despachó, abrazándome tiernamente. Referíle mi buena fortuna, quedóse tan admirado como yo, y em-

pezamos á discurrir, aunque en vano, sobre quién podria ser el autor de tan grande beneficio. Igual confianza hice á Flora y á su hermano: este último, á quien restituí sus tres luises, me pidió prestados doce, y aquella noche fuimos juntos al juego donde hallé á mi acreedor, que habia sido tan bien pagado por la mañana. Me informé de su conducta y me aseguraron que era un picaron; víle reñir con otro jugador por una friolera; pero me guardé bien de hacerle ninguna pregunta, y él pareció muy satisfecho de mi porte, como lo dió á entender á todos, ponderando lo puntual que habia sido en pagarle.

En medio de esto, aun insistia en perseguirme mi adversa estrella; perdí nuevamente cuanto llevaba, y volví desesperado al cuarto de Lorenzo, quien viéndome resuelto á dejar el juego para siempre, me hizo entonces una proposicion que yo tomé por una prueba de su buen afecto.—Tú amas á mi hermana, me dijo, y ella te adora; tú no tienes nada; ella está en el mismo caso; tómalala por esposa, y tendremos fortuna de distinto modo.—Es posible que contemplando la situacion en que me hallo me propongas que me case con la hermosa Flora, cuando esta puede hallar otro partido que la haga feliz!—Os amais, y eso basta. Por qué habéis de ser desgraciados por una vil especula-



cion de interés? Casáos... y luego...—Y luego qué?—Ella es jóven, no tiene mal parecer, toca y canta regularmente... Tú eres alto, gallardo, despejado... Vaya, seréis unos excelentes cómicos!—Cómo!... Cielos! el sobrino del señor Arleville abrazar un oficio.....—Tonterías! y ese señor Arleville á quien tanto temes deshonrar, te socorre por ventura?—Solo con pedirle perdón de mis locuras, estoy seguro que me colmaria de beneficios.—Beneficios ¿eh? y un tío qué buen sermoncito tendrais que aguantar! No, amigo: hasta ahora no has pedido nada á tus parientes, ni á ninguna otra persona. Conserva tu libertad, vive feliz casándote con la que te idolatra, y representa comedias, ya que no hay otro recurso.—Veremos, Lorenzo, veremos; lo pensaré mejor... Esta noche tengo tal tristeza, y estoy tan agitado, que no es posible reflexionar.—Pues bien, sea lo que tú quieras, mañana aguardo tu respuesta, y cuidado que ha de ser tu última resolución, porque de una manera ó de otra mi hermana y yo partimos de Paris.—Con que me abandonareis?—Eso está en tu mano.—Y Flora, la amable Flora podría separarse?... Privarme yo de su compañía?... ¡Oh Dios!—Hasta mañana, Hipólito. Piénsalo bien: mañana estaremos mas tranquilos para resolver y ejecutar con acierto.

Volvíme á mi posada sumamente inquieto, y

por la mañana bajé á dar parte á Clemente de los proyectos de Lorenzo. Era menester que yo hubiese sido muy disimulado para no comunicar mis secretos al honrado huésped, que aprobaba todo lo mio. En efecto, el buen Clemente, segun su costumbre, halló muy razonable y oportuno el partido que me proponian.—Vamos, amigo, me dijo, no hay duda que Flora es hermosa; su hermano es vuestro mejor amigo: casáos, y despues... al teatro. Qué deshonra hay en ser comediante? Todos los oficios son honrados cuando lo son quienes los desempeñan; y yo me burlaria de toda la caterva de tios, de primos y demas parientes, dejándoles pensar lo que quisieren, una vez que para nada le sirven á uno.—Y es posible, señor Clemente, que tal sea vuestro dictámen?—Toma! yo por lo menos así pienso, y á no ser porque con esto me privo de vuestra dulce compañía, no dudeis que os alentaria con mas vigor á que abrazáseis ese partido.—Pues no me determino, lo pensaré mejor.

Retiréme á mi cuarto, y apoyando la cabeza sobre las dos manos, permanecí largo rato fluctuando en la incertidumbre sobre lo que debía ejecutar. Hacia una hora que me hallaba en esta situacion, casi convertido en una estátua, cuando llamaron á mi puerta, y abriéndola entró un sugato, preguntándome:—Vive aquí Hi-

pólito Duverney?—Yo soy, teneis que mandar-me!—Me han encargado que os entregue esto.

Colocó un cajoncito sellado sobre la mesa, y retiróse sin darme tiempo para hacerle las preguntas que me ocurrieron. Abrí el cajoncito, y quedé absorto viendo una bolsa llena de monedas de oro, un retrato de mujer, y una carta para mí. Díme prisa por leer esta carta, cuya letra no pude adivinar de quien sería: su tenor era el siguiente:

“Guardáos, Hipólito, de dar vuestra mano á la despreciable Flora! ella y su hermano son dos bribones, cuyos pérfidos intentos no tardareis en penetrar. Este aviso os lo da quien os estima, y desea libraros de los lazos que os tienden. Aceptad esa bolsa, y creed que no cesaré de serviros en todo.....”

*P. D.* “El retrato que acompaña esta carta es de una jóven tan llena de virtudes como de gracias, que está destinada para ser vuestra esposa, si procurais haceros digno de merecerla.”

Confieso, mi amado tío, que luego que ví la carta, el oro y el retrato, sospeché que venian de vuestra mano. Parecióme que me caía una venda de los ojos, y dije:—Al fin todo lo he descubierto; este es mi tío Arleville, que noticioso de mi conducta, quiere sacarme del abismo en que me han sumergido mis desarreglos; y en verdad que no ha tomado mal rumbo,

pues colmándome de beneficios, no tardará en reducirme: conozco su excelente corazón!

Examiné el retrato de la jóven, y me pareció tan hermosa, que faltó poco para que se borrase enteramente de mi corazón, la imágen de la pobre Flora.

Todavía estaba yo admirando aquella beldad, cuando entró Clemente diciéndome:—Vaya, vecino, qué distraído estoy! No hace mucho que estando en mi cuarto, me dijisteis que todo lo habíais perdido en esa maldita casa de juego; y yo... qué memoria tan flaca la mía! que os debo doscientos francos, ya no me acordaba de tal cosa.—No veis que eso es una friolera?—Lo será para vos; mas no para mí, pues por ahora me hallo imposibilitado de pagaros... y acaso, acaso por algun tiempo! Oídme: teneis inconveniente en que apliquemos esa cantidad á cuenta del alquiler de vuestro cuarto? En verdad me hariais en ello un favor.—No hablemos de eso, señor Clemente; repito que es una friolera que á mi nada me importa.—Hombre! si habreis ganado de nuevo?—No; pero tengo cierto géuio benéfico que provee á todas mis necesidades. Señor Clemente, veis esta bolsa? Pues se llenará de dinero cuantas veces pueda desearlo.

Calóse mi amigo los anteojos, registró la bolsa y se rió á mas no poder. Enseñéle la carta y el retrato, y comuniqué con él las sospechas que



me ocurrían acerca de mi tío Arleville.—Pero el señor Arleville, me dijo, bien conocido por un hombre muy honrado, tiene diez hijos, no sé cuantos sobrinos, y por mucha renta que tenga no le sobrará nada para mantener y educar á una familia tan numerosa. El señor Arleville os diría:—“Sobrino mío: quiero socorrerte, quiero ampararte; pero esto ha de ser en mi misma casa, y con la precisa condición de que abandonas para siempre toda casa de juego, los amigos que te cercan, las maúlas que te desangran, porque nada de esto me conviene....” Así os hablaría; y no andaría con tantos misterios para deciros con toda claridad su modo de pensar. Yo creo que es una mujer la que os protege, convirtiéndoos en un héroe de novela. Tal vez el original de ese retrato... no hay que dudarlo, será una viuda verde, rica y hermosa... os ha visto, le habeis gustado, enamoróse de vos y pervertida su cabeza con la lectura de algunos libros de moda, se vale de todos estos rodeos para llegar á poseeros. Es una mujer... No veis cómo está celosa de vuestra Flora?

Continuó mi amigo lanzando alegres carcajadas, y yo quedé medio inclinado á creer que tenía razón.

Iba el señor Clemente á retirarse, con objeto según me dijo, de ocuparse en vender los muebles de uno de sus inquilinos.—Cómo, le dije,

será esa pobre madre con cuatro hijos que vive en la guardilla?—La misma; me debe un dínaral, y ya no puedo esperarla mas.—Tomad, amigo, pagaos vuestra deuda, y no altereis la paz de una familia bastante desgraciada. Muy satisfecho el buen viejo con este rasgo mío, tomó el dinero, y me dejó solo. Pasado todavía un buen rato de irresolución acerca del proyecto que debía seguir, me determiné por último, y todo esto mirando y admirando el retrato de mi bella desconocida.—Ella es demasiado hermosa, decía yo, la supongo muy rica, me avisan que Lorenzo y su hermana son dos perdularios... Lo creo muy bien, pues el hermano ejerce el oficio despreciable que yo, el de tahir. Para ser digno de la esposa que me destinan, debo abandonar ese vicio y mudar de conducta enteramente. Resuelto á verificarlo así, me fuí despues de comer al cuarto de Lorenzo en donde presencié la horrorosa escena que vais á oír...

Al llegar aquí nuestro Hipólito, entró un criado avisando al señor Arleville que su padre le llamaba, y así no hubo mas remedio que suspender esta divertida historia.

DIA CUARENTA Y UNO.

Reunidos como el día anterior el señor Arleville y sus hijos al rededor, de Hipólito; prosiguió éste su relacion del modo siguiente:

FIN DEL BIENHECHOR ANÓNIMO.

Preguntóme Lorenzo si estaba ya determinado á la realizacion de su proyecto, y yo sin hablarle del retrato, ni de la oferta que me hacian de la bella desconocida para esposa, le dije que mi intencion era permanecer en Paris, procurar granjearme la ternura de mi tío y demas parientes, y vivir como un hombre de honor y virtuoso. Rehusé, pues, sus propuestas; acusóme Flora de que nunca le habia tenido cariño, hizo varios gestos teatrales, derramó algunas lágrimitas, y en fin, me reconvino con la mayor dureza... Enternecíme al verla en tal estado,

la protesté que la amaba mas que nunca... pidióme como prueba de este amor que la honrase con el título de esposa; dudé; insistió; agregáronse las cariñosas súplicas de su hermano; púsome Flora en el dedo una magnífica sortija de brillantes, rogándome que la diera otra mas sencilla, pero de mas mérito para ella por ser mia... Iba tal vez á sucumbir... cuando se abre la puerta y entra un aldeano viejo, seguido de otro hombre de aspecto ceñudo. Flora poniéndose lívida, exclama:—¡Cielos! mi padre!...— ¡Ah!... exclamó el viejo: ¿con que por fin he dado contigo, buena alhaja? pero ¿qué es esto, Marijuana? ¡tú vestida con unas galas que me hacen salir los colores al rostro!... Me alegro que estés por acá... ya verás ahora como ajustamos cuentas; yo te haré llevar á un sitio donde no podrás aunque quieras deshorrar á tu padre ni á tu pobre madre. Señor alguacil, haced vuestra obligacion.

Apenas oigo esto, me pongo entre el alguacil y Flora diciendo á Lorenzo que ayude á su hermana.—¿Qué hermana? replicó el viejo. Yo no tengo mas hijos, que á esta buena pieza, por mi desgracia, y este bribon es su amante, y la policia le busca mucho tiempo hace para echarle el guante como ratero.

—Vengo encargado de pedirlos, dijo el alguacil, señora Flora, una sortija de brillantes, que



habeis tenido la maña de escamotear á un cáudido.

El agente de la justicia se apoderó de la conocida alhaja y condujo á la cárcel á aquellos bribones.

Yo me dirigí á mi posada, donde hallé á mi amigo Clemente que salió á recibirme muy festivo, diciéndome:—Aquí os han traído unas cajas y varios paquetes.—Y sabéis quién?—Lo ignoro: los conductores tenían orden de entregármelo todo para que lo pusiese en vuestro poder. También hay una carta.—Véamola, pues, mi amado Clemente.—Aquí la teneis.

“Mudad de barrio: ya os está preparado un cuarto en la calle de..... núm. 6.º, donde hallareis cuanto podais apetecer, y acaso, acaso, la esposa que os destinan. Manifestaos dócil, y dejaos guiar sin procurar nunca descubrir el nombre de aquel, que tiene la mayor complacencia en seros útil.”

—*¡De aquel!* con que es hombre y no una mujer, mi amado Clemente, como nosotros nos figurábamos?—Maravillado estoy, pero yo creo que es una mujer! O tal vez será el padre de la dama del retrato. Qué determinais?—Hacer lo que me dicen, y trasladarme desde luego al cuarto que se me señala, á ver si hallo la que me destinan para esposa, pues de veras lo apetezco.—De veras, Hipólito!...

Parecióme notar en mi amigo Clemente un secreto movimiento de alegría; pero procuró contenerlo diciéndome con indiferencia:—En verdad que no hariais mal; á no ser que la memoria de Flora...—Oh! qué es lo que decís? Teneis gusto en atormentarme, ó me conceptuais tan falta de dignidad que aun conserve memoria de esa mujer, no siendo para arrepentirme de haberla tratado?—Bien, muy bien! Eso me gusta... ¿Con qué me abandonais?—Abandonaros, mi querido Clemente! No... yo espero que ireis á verme todos los dias, así como yo vendré á vuestra casa cuando pudiere.—Oh, amigo! Eso de ir á veros todos los dias es muy difícil de cumplir, porque ya sabéis que salgo poco... y vuestra calle está lejos... Es cierto que os vais á un paraje de los mas divertidos de Paris...—Las diversiones, amado Clemente, ya se han acabado para mí. Solo trato de buscar y descubrir la mano bienhechora que acaba de sacarme del cieno de mis vicios. Lo que quiero es hacerme digno de la esposa que me destinan.—Cómo! y no pensais volver á jugar?—No habéis mas de eso. Jamás volveré á pisar un garito y ojalá que nunca hubiera visitado semejantes casas!—Vuestros amigos se burlarán de vos.—Y qué me importa el concepto de unos hombres con quienes no quiero volver á tratar en mi vida!—Yo creo que una mudanza tan

repeutina no podrá durar largo tiempo.—Durará siempre.—Con que os manteneis firme en vuestro propósito? Bien, muy bien! lo celebro con todo mi corazón.

Hice trasladar al instante los obsequios que había recibido á mi nueva habitacion. Qué magnífica y qué soberbiamente adornada! al verla no me quedó duda que mi estrella había cambiado. Allí permanecí seis meses sin que me acaeciese ningun lance extraordinario, y lo que es mas, sin oír hablar de mi bienhechor anónimo; pero me atrevo á decir que me hice muy estimable en mi nuevo método de vida. Estaba enteramente corregido; ya no había juego, ya no había malas compañías, y solo formaban mi tertulia algunos amigos juiciosos, incluso mi buen Clemente á quien visitaba con frecuencia.

Cierto dia, la dueña de la casa, que era una anciana viuda, me envió un recado para que pasase á su cuarto, á fin de tratar sobre el alquiler del mio. Pero cuál fué mi admiracion cuando al entrar ví sentada á su lado á una señorita, hermosa como Diana, y cabalmente.... lo creereis? El original del retrato que yo tenia. Levantóse haciendo como que no me conocia, despidióse de la señora, y fué antes que yo saliera de mi éxtasis.—¡Qué señorita tan amable, dije luego que hubo salido!—Es una parienta

mía, contestó la señora.—Me direis cómo se llama?—Señor Hipólito, parece estais conmovido? y esa pregunta indiscreta...—Disimuladme, señora, porque á la verdad no reparaba.... pero vos me habeis ocultado siempre cual es el nombre de la persona que alquiló mi cuarto.—Es que yo misma lo ignoraba, y os he dicho que un extranjero vino á pedírmelo para un jóven llamado Hipólito. Pagóme seis meses adelantados, despidióse, y no he sabido otra cosa.—Mas esa señorita?—Si gustais comer conmigo mañana, tal vez la podreis conocer mejor. Adios. Estoy bastante ocupada por hoy, y así hasta mañana.

Esperé con la mas viva inquietud á que llegase la hora señalada; pasé al cuarto de la viuda, y ya estaba allí la señorita, quien al verme me hizo una profunda reverencia. Llamome aparte la señora, y me dijo:—Quereis casaros con ella?—Ah! no tengo otro deseo.—Pues bien, ya es vuestra.—Sí, tuya es, exclamó otra voz; y conocí que era la de mi amigo Clemente. Prosiguió este diciendo:—Sí, querido Hipólito, yo te doy á mi hija por esposa; ahora ya eres digno de poseerla.—Cómo, vuestra hija?—Sí; mi Eugenia. No te acuerdas de una dama que viste en mi palco aquella noche, cubierta con un velo? pues esa era Eugenia. Quise que te viese, le has gustado; he sabido hacer de modo



que llegase á tus manos su retrato...—Con que segun eso todo el oro... todos aquellos presentes?—No, nada de eso me debes á mí. Otra mano te ha hecho esos beneficios, y acaba de colmarlos ahora, casándote con la única hija que tengo. Esta señora se ha dignado cuidar de su juventud, educándola en su propia casa.—Pero cómo he merecido yo?...—Voy á decírtelo. Un hombre rico, el señor conde de Orgevái, yerno del mariscal de Forceville, hallándose gravemente enfermo hizo voto, si sanaba, de cuidar del primer jóven que hallase entregado á los vicios y desórdenes, procurando por todos los medios posibles reducirlo al camino de la virtud, colmarlo de beneficios sin que él supiese de qué mano venian, y por último, casarlo con su ahijada, que es mi Eugenia. Ha puesto los ojos en tí...—Mas, cómo ha sido eso, si no me ha visto?...—Te acuerdas de aquel viejo, autor de planes de moral, con quien has estado en el café de Procópio? Pues ese era. Viniste á vivir en mi casa, me agradaste, aunque entonces andabas muy desarreglado; hablé de tí al conde; quiso verte, y en el dicho café ha estado hablando contigo largo rato. Quedó muy satisfecho de tu buena inteligencia, y encargóme que hiciese todos mis esfuerzos para sacarte de tus malos pasos; valíme del arbitrio bastante raro de adular tus pasiones favoreciendo siempre tu

módo de pensar, por haberme parecido que de esta manera lograria tu confianza, sabria cuanto hicieses, y conoceria tus menores acciones. Te rodeaste de una cuadrilla de tahures, quienes te ganaron cuanto tenias, hasta que te has ido disgustando del juego. El padre de tu celebrada Flora es casero del señor conde, lo en vío con un algucil cuando estabas en compañía de ella para que la arrestase, y á tí te causase un buen susto. Finalmente, amigo, tú has logrado salir bien de todas tus penas; yo he representado medianamente mi papel; y hoy el señor conde ha echado el resto de su beneficencia casándote con mi hija, que como digo, es ahijada suya. El te da esta casa y en la que yo vivo; á todos nos colma de bienes, y quiere que seas su secretario, su confidente y su amigo. Ha habido nunca un hombre mas dichoso que tú?

Confieso, mi querido tío, que por lo pronto me pareció todo esto un sueño, y no es milagro que tantas dichas á un tiempo fuesen bastantes para trastornarme el juicio. Abrazaba á mi amigo y á la viuda, tomaba la mano de Eugenia, quien tenia la bondad de corresponderme; y sollicité saludar á mi bienhechor, quedando resuelto que despues de comer iríamos todos á su casa.

El respetable anciano, despues de haberme

hecho algunas reconvenções por mi pasada conducta, me dió el parabien por mi nuevo género de vida con las mayores demostraciones de cariño. Al otro dia entré en su casa para dirigir su despacho, me uní con la hermosa Eugenia, y desde entonces soy el mas feliz de los mortales! Así, pues, mi amado tío, si hubo para mí una época de vicios y desarreglos, la Providencia tuvo á bien separarme del camino del vicio para conducirme á la felicidad por una senda muy singular que pocos encuentran abierta. —Eso está demostrando, amigo mio, le dijo el señor Arleville, que una buena ínole y un corazón dócil capaces de conocer lo bueno, suelen atraerse la proteccion de los hombres generosos. Me ha gustado mucho tu narracion, y no puedo menos de amar al honrado viejo Clemente. —No era de mucho despejo; pero sí estuvo algo oportuno para representar el papel que le habia confiado el conde. Sirvió primero en casa del mariscal, retiróse con alguna renta, y el señor conde de Orgeval le dió una de sus granjas para que pudiese vivir con mas comodidad. Lo cierto es, que á no haber sido por la proteccion y beneficios del conde... nunca hubiera podido acomodar á su hija del modo que lo ha hecho, pues gracias á tan insigne bienhechor disfrutamos mi mujer y yo de una renta bastante considerable. Tales son, querido tío, los favores

que debo al anciano que habeis visto junto á mí en el teatro francés cuando la representacion del *Beneficio Anónimo*; y es preciso confesar que el suyo es muy superior al que se atribuye al héroe de aquel drama.

Acabó Hipólito su relacion, y ya era tiempo de que acabase, pues acudió Clara pálida y temblorosa, con la noticia de que su abuelo, el sábio Filberto, se hallaba en una violenta crisis, y solicitaba que toda la familia subiese á su cuarto. Consternáronse todos, y sin la menor dilacion fueron á reunirse junto al lecho del enfermo.



DIA CUARENTA Y DOS.

En este día ya se sentía mucho mejor Filberto, y aun había esperanzas de verle pronto fuera de peligro. Había recobrado el uso de la palabra, y platicando con su hijo y nuera, manifestó vivos deseos de ver y de abrazar á los niños que de propósito los tenían separados de su alcoba desde el principio de la enfermedad, recelando que la viveza y atolondramiento propios de la niñez, los impeliese á hacer mucho ruido, con lo cual se incomodaría el enfermo.

Hallándole, pues, madama de Arleville en disposición de recibir á una parte de su jóven familia, no dudó un momento en proporcionar esta satisfacción al respetable anciano. En consecuencia de ello, y en tanto que su marido, dedicado á trabajos serios, estaba con los mayores, hizo que todos los chicuelos subieran á visitar al enfermo; pero apenas entraron en su dormitorio, dando saltos y haciendo otras va-

rias manifestaciones de alegría y del tierno cariño que le profesaban, pasaron de repente al extremo contrario, de llorar, viendo que aquel, enternecido, los iba estrechando en sus brazos. Todos ellos á una voz exclamaban:—Abuelito! no os murais; sanad pronto, y vendreis á pasear todavía con nosotros, que os queremos tanto.

Madama de Arleville hubiera querido contener estas exclamaciones indiscretas que afligian á Filberto; pero los niños eran incapaces de oír ni seguir ningun consejo. Cipriano y Alejandro acrecentaban los motivos del comun sentimiento, añadiendo:—Es posible que la virtud, la bondad y la respetable vejez no sean inmortales en la tierra, y que nosotros que apenas comenzamos la carrera de la vida, veamos finalizarse la de un hombre tan amado á quien debemos la preciosa existencia de nuestro padre y la nuestra? Y en esto lloraban todos.

—¡Qué poca prudencia teneis, hijos míos! les decía madama de Arleville. ¿No advertís que con ese llanto atormentais á vuestro abuelo? Para poner á su vista un cuadro tan doloroso, os habré permitido que vengais á verle? Debeis consolarle, animándole á esperar su pronto restablecimiento, diciéndole que Dios tiene complacencia en prolongar los días del hombre justo para edificación de sus conciudadanos y felicidad de su familia. Esto debíais decirle, y

añadir que pedireis continuamente al Criador os le conserve. Vámonos de aquí, ya que os habeis portado con tanta indiscrecion.—Oh! mamá, dejadnos dejadnos! Tal era el clamor general.

—Déjalos, hija mía, replicó el sábio Filbertó; te aseguro que unos niños tan amables, ni me affigen, ni me amedrentan de ninguna manera. Soy viejo, ha llegado mi plazo; y sabré morir; la ingenuidad de sus exclamaciones y de sus buenos deseos me encanta, y me da pruebas de que deo, en pos de mí, quienes me lloran despues de muerto. Sin embargo, moderad, queridos míos, el exceso de vuestro dolor, considerando que si vuestro viaje comienza ahora, el mio acaba. En la vida es preciso ocupar un asiento, y dejarlo para otro: así se ha renovado todo desde el origen del mundo. Antes que yo, hubo jóvenes que fueron viejos y fallecieron; despues de mí sucederá lo propio; y vosotros llegareis tambien al término en que ahora me hallo. Es forzoso restituir el postrer aliento como un bien de que hemos usado y tal vez abusado. Para qué me serviría en mi edad, vivir mas largo tiempo? Para sufrir, para verme agoviado de mil achaques, para llorar el fallecimiento de vosotros! No, amigos míos: el mundo no es otra cosa que un carruaje público; entramos en él desde la cuna; hacemos la jornada

en compañía de otros viajeros, y lo abandonamos en la vejez. Mas ahora me acuerdo de una especie de alegoría que leí no sé donde, y pues me siento con fuerzas suficientes, quiero referírosela, pues aunque no es muy festiva, podrá distraer por un momento nuestro dolor.

## EL ANTEOJO Y LA BOCINA.

Assán, venerable solitario, que habia recibido del cielo la potestad de manejar á su discrecion los elementos, de saber lo que fué, lo que era y lo que debía ser, paseándose cierto dia por las floridas orillas de un manso arroyuelo, vió recostado blandamente sobre el verde césped á un hombre, que al parecer, meditaba profundamente, indicando en su exterior una clase opulenta y una educacion fina. Como Assán tenia la facultad, cuando queria, de sondear el corazon humano, y de comprender los mas ocultos pensamientos del hombre, cual si éste hablára en alta voz; deseoso de saber lo que le tenia tan embebecido, despues de haber tocado un talisman que le hacia invisible, dejándole percibir la voz del espíritu, oyó las reflexiones siguientes.

—¡Cómo! decia el desconocido: yo soy rico, jóven, dichoso, y tarde ó temprano habré de



verme precisado á desamparar esta tierra de felicidades! Desde que existo no he conocido la indigencia, ni la enfermedad, ni el dolor, ni pesadumbre alguna. Es verdad que perdí á un padre, negociante muy opulento, pero éste ha sido el único pesar que he experimentado; él me dejó una herencia cuantiosa. Joven, gallardo y simpático, no me ha ofrecido el amor sino rosas sin espinas: me he casado con la mas bella, la mas tierna, la mas amable mujer del Asia, que me ha hecho padre de dos hermosos niños, cuyas gracias me encantan: estoy bien querido, soy estimado y honrado por donde quiera y de cuantos me conocen... no obstante, ya cuento cuarenta años! dentro de veinte estaré viejo, débil, inútil, achacoso, y solo pensaré por de mí! en la muerte que viene á pasos de gigante! Con que ya no me quedan mas que veinte años para gozar del mundo? qué digno acaso no serán mas que diez, y estos diez ó digamos quince, serán los de mi decrepitud, consumirán lentamente mi cuerpo y apagarán el brillo de mi alma!... qué no pueda yo volver los años de mi juventud que han pasado con tanta rapidéz! La mejor parte de mi vida se ha desvanecido como relámpago en el horizonte, y la que me resta solo me deja traslucir pesares, desazones, arrugas, miseria, vejez y al cabo de todo la muerte! La muerte!... qué idea tan es-

pantosa y cruel! dejar á mi compañera todavía joven, y mas que nunca hermosa, desamparar á mis hijos sin verlos establecidos, sin poder abrazar á los suyos! abandonar lo que mas amo en esta vida! Oh destino! si yo hubiera de perderte algun favor, seria la inmortalidad.

—La inmortalidad! dijo para si el venerable Assán: este hombre sin duda es un loco, pues no sabe lo que desea. Él asegura no haber conocido jamás ningun dolor, y trae consigo un manantial inagotable de sufrimientos. Por su propia confesion, la fortuna, la naturaleza y el amor le han prodigado sus dones: tiene muchos esclavos, una mujer hermosa bienes abundantes, hermosos hijos, y desea todavía mas! Cuándo estará el hombre satisfecho? Es preciso que este pruebe, á lo menos por un momento, un instante de esa felicidad, por la cual suspira con tanto ardor.

Haciéndose visible nuestro solitario, y dirigiéndose al extranjero:—Amigo mio, le dijo con dulzura, me pareces triste y pensativo. Deseas tal vez alguna cosa?—Deseo una que me seria muy apreciable si se me concediera; mas quién tendria esa potestad?—Tal vez yo. —Tú, respetable anciano?—En mí estás viendo al solitario Assán.

El extranjero que le conocia por su fama, se inclinó con respeto, y Assán prosiguió así:—Ya

ves, Nabul, que con una sola palabra puedes lograr de mí la inmortalidad que pides á los dioses. — Pero, venerable solitario, cómo es que sabes mi nombre, y los votos que yo formaba? — El cielo me lo ha concedido así. Quiéres, pues, oh Nabul, gozar ese beneficio de los dioses? Ellos me permiten dispensártelo; mas antes es forzoso que me sigas, y que te sujetes á todas las pruebas que debo imponerte. Siéntes valor bastante para ello? — Creo que sí. — Vas á mudar de naturaleza; vas á elevarte sobre el hombre, y verás maravillas... sígueme.

Siguió Nabul al solitario, el cual guiándole á su morada le entregó un anteojo y una botina, dos talismanes indispensables; y asiéndole de los cabellos y arrebatándole por el aire, lo colocó en la cumbre de una montaña, la mas alta que podeis imaginaros. En ella debe gozar Nabul del espectáculo mas bello y prodigioso. — Ya ves, le dijo Assán, esas fuertes murallas, esas ciudades, esos reinos que tenemos delante; ves tambien ese anchuroso valle que se prolonga de Oriente á Occidente: toma tu anteojo, y tiende la vista sobre esta parte de un paisaje tan magnífico.

Era el anteojo de tal construccion, que ofrecia un punto vastísimo de perspectiva á los ojos de Nabul; y no bien éste lo hubo aplicado á ellos, cuando distinguió una infinidad de niños

de ambos sexos, y de todos los paises, quiénes crecieron de repente, llegaron á jóvenes, fueron hombres, se arrugaron, se hicieron viejos decrepitos, y fueron por último sepultados en un golfo por un ángel exterminador. — Vióse al mismo tiempo una inscripcion en el aire, con caracteres de fuego, que decia: LEY DE LA NATURALEZA. — Y qué significa eso? preguntó Nabul. — No lo adivinas? le respondió Assán: esa es una generacion entera, que acabas de ver nacer, crecer y estinguirse. Otra va á aparecer á tu vista; repara lo que acontece con ella.

Efectivamente, advirtió Nabul otra multitud de niños en la cuna, que habiendo crecido como la primera, fué del mismo modo precipitada en el golfo de la eternidad; pero en el corto momento de su existencia, observó Nabul sobre las cabezas de estos hombres muchos géminos con alas que atravesaban rápidamente el espacio estrellado. La fortuna, que era uno de ellos, iba sacudiendo al acaso, y en su rápido vuelo unos sacos llenos de monedas de oro que caian como lluvia sobre estos individuos. Veleseles levantar la cabeza hácia la Divinidad, abrir la boca, estender las manos, y aun luchar unos con otros á fin de recojer el rocío de oro que les bajaba del cielo. Otro génio, que presidia las enfermedades, iba esparciendo diferentes venenos, que cayendo del propio modo so-



bre la poblacion, debilitaban á ciertos hombres, estenuaban á otros, y los dejaban sin fuerza y sin color. Un tercer génio, armado con una guadaña, se dejaba caer sobre la tierra, y cortaba implacable la vida de muchos: el cuarto, arrojaba cetros, coronas, honras y dignidades, que solo eran conseguidas despues de sangrientas pendencias, con las cuales, al parecer, se divertia mucho la discordia. Otro génio reparaba sobre una parte de la poblacion males de toda especie y los andrajos de la miseria; y aunque ninguno se empeñaba en lograr este funesto presente, los que se ponian aquellas asquerosas vestiduras debian llevarlas toda su vida. Mas adelante se veia al génio de los combates, haciendo que dos ejércitos viniesen á las manos, y aunque el golfo de la muerte recibia los cadáveres, no por eso se disminuia la poblacion, porque al instante nuevos soldados reemplazaban á los muertos, y era tal el movimiento y agitacion que reinaba por todas partes, que no podia Nabul compararlo sino á un hormiguero.

Fué muy rápido para él este cuadro, pues apenas habia pasado medita hora, ya los niños eran jóvenes, hombres formados, ancianos, y al fin habian desaparecido en el abismo comun, pareciendo una inscripcion en el aire que decia: *Leyes del destino.*

—Vuélvete á la izquierda, le dijo Assán, y verás otra cosa. Miró Nabul con el anteojo, y observó ciudades enteras que le causaron una impresion muy viva. En pocos minutos desaparecieron los edificios, desmoronándose palacios enteros, y brotando la yerba en el paraje que antes ocupaban: caian arruinadas las ciudades, y se levantaban otras en el mismo lugar ó mas distantes; mudábase el curso de los rios, salian de la tierra otros nuevos que vagaban serpenteando algun tiempo, y luego se perdian: estinguíanse los volcanes, allanábanse los montes, y otros volcanes y otros montes brotaban del seno de la tierra: lo que habia sido cultivado quedaba yermo inculto, y las casas se transformaban en ruinas. A cada mutacion de las vastas poblaciones que cambiaban de naturaleza, se veian aparecer sucesivamente por el aire, inscripciones que decian, ya *República*, ya *Reino*, ya *Imperio*, y nuevamente *República ó Reino*, y en fin, *Desierto*. A las ciudades sucedian inmensos bosques, y en vano se buscaba el paraje donde habian existido aquellas. La última inscripcion decia: *Orden de las cosas.*

—¡*Orden!* exclamó Nabul; mas bien debiera llamarse desórden.—Ya ves, le contestó Assán, que todo muda de naturaleza, que nada hay fijo, sólido ni de larga duracion en la tierra, conforme van sucediéndose unos á otros los sí-

glos. Solo una cosa permanece inmutable en el universo, y es el sol con los astros que hermanan el firmamento. ¿Has observado en el cuadro mágico que acabo de esponer á tu vista, que el firmamento no ha variado de forma? Todo cuanto has visto ocuparía el espacio de dos mil años, y en este largo discurso de tiempo, la eterna morada del Supremo Autor de todo lo criado, ha permanecido siempre una misma, lo cual te demuestra su existencia, su poder inmenso, su grandeza infinita... pero vuelve la vista á la derecha, y gozarás de otro espectáculo.

Por esta parte eran los objetos menos confusos, y no estaban tan dispersos. Vió Nabal una gran ciudad cual podría observarse desde la cima de un monte, que tuviese sobre la población vecina, seis mil varas de elevación. El río que la cortaba en dos mitades, los edificios, los jardines, todo esto hizo á los ojos de nuestro indiano el mismo efecto que una carta geográfica, ó por mejor decir, un cuadro cuyos objetos fuesen de relieve. Pero qué pequeños eran estos objetos, y cuánto mas pequeños todavía los individuos que habitaban la ciudad:—Ya he observado lo mismo, dijo Nabal, paseándome alguna vez sobre las alturas de Bassona, miraba yo las casas, aun las que tenían muchos altos, y decia para mí: “qué pequeño parece el

hombre cuando se examinan las breves dimensiones de las cabañas que construye para guarecerse!.. y sin embargo, este débil individuo, que á pocas varas de distancia se confunde con todo lo que arrastra por la tierra, este átomo algo mayor que los demás, está lleno de amor propio, de soberbia, y rodeado de otras locas pasiones!—Tienes razon, le dijo Assán, y veo con mucho gusto que discurre con verdadera filosofía; mas examina á los hombres que habitan esa ciudad, y para que comprendas lo que dicen y hasta lo que piensan, aprovéchate de tu bocina.

Aplicó Nabal á sus oídos la bocina, y le dejó medio sordo un ruido espantoso. Distinguió entre la multitud de voces que oía, estas palabras:—*Yo solo soy sábio. yo solo virtuoso.—Qué bella presencia! qué prendas tan amables! qué gallardía! qué gracias! qué aire! yo soy útil para todo.*—Esas espresiones, dijo el solitario, salen de la boca de unos presumidos y necios, que ahora se están mirando al espejo.—Escucha lo que dicen aquellos autores:—*Qué mérito el mio! Qué talento! Ninguno me iguala, y con todo no soy acalémico!*—Oye lo que profieren esos ambiciosos que sitian el palacio del soberano.—*Dadme algun empleo, honores y riquezas, y vereis que solo servirán para beneficio del pueblo.*—Todos dicen lo mismo, y



ninguno cumple su palabra. Ves allí los falsos amigos? Oírás dos voces, la de su boca y la de su corazón —“Querido amigo, cuánto te amo! puedes contar con cuanto valgo. Quieres mi bolsillo, mi sangre, mi vida?” (Voz del corazón) “Que me sea precisado á hacerle la corte, hombre necio, duro, avariento y brutal? Guárdate de aceptar mis ofertas, de tomarme la palabra, que yo sabré hallar arbitrios para una repulsa.” —Y con todo eso se abrazan! El otro piensa del mismo modo; porque tú debes oírle decir mentalmente, oyendo los ofrecimientos de su fingido amigo: —“Te alucinas, hombre vil y embustero si piensas que te creo. Necesitas de mí, lo conozco: prometo servirte, pero vive seguro que no daré un paso en favor tuyo.”

—No quiero oír más, dijo Nabul, apartando la boeina, porque todo eso me incomoda. —Oh cuán falso, cuán malvado es el hombre! —Pues amigo, para separar tus ojos y tu pensamiento de este importuno espectáculo, sábetelo que ya te hice gozar de la inmortalidad; sí; ya se han pasado realmente sesenta años desde que estamos en este monte. —Cielos! sesenta años? Y mi esposa? —Ahora la verás con sus hijos: aplica el antejo hácia esta llanura.

—¡Oh dioses! exclamó Nabul: veo el interior de mi casa, y parece que se han caído las paredes de su fachada. Quién es aquella vieja

que con dificultad se sostiene sobre un báculo? —Tu esposa. —Será posible? Ay! qué demudada está, qué decrepita! Querido Assán, restitúyela su primera lozanía. —Eso es lo que yo no puedo hacer. Tú la verás morir, porque cada minuto que corre para nosotros, es un lustro para los demás hombres. —Apártame, pues, de un espectáculo tan horrible.

Separó de allí la vista Nabul, y llevándola mas adelante, vió los inmensos jardines de su palacio, y dos personas, hombre y mujer, de edad proveya que lloraban al pié de un sepulcro acompañadas de muchos niños. Ved ahí tus dos hijos, le dijo el solitario, y esos niños son los tuyos; todos lloran sobre las cenizas de tu esposa... —Qué! todavía quebrantas mi corazón con este doloroso cuadro! —Ves allí abajo aquellas sepulturas dispersas? Allí yacen todos tus amigos, de los cuales no existe uno solo para tí. —Hombre cruel! y qué quieres que yo haga en el mundo sin mis compañeros? —Gozarás de la inmortalidad. Mas léjos verás extinguirse la raza de tus hijos, ó perderse del todo entre la multitud de generaciones. Ya no tienes criatura viviente que te conozca, que te ame, que te consuele; todos los hombres son estraños para tí, y en el caso que consigas nuevas amistades, ó que te otorgue el cielo nueva esposa y otros hijos, los verás continuamente nacer, morir y

dejarte; la destrucción te rodeará, y correrás de pesadumbre en pesadumbre; pero gozarás de la inmortalidad.—¡Oh Assán! tú me atormentas; me hablas á cada instante de una inmortalidad que he podido apetecer por un momento; pero ya renunció un presente tan funesto. Reúname bárbaro, reúname con mi tierna esposa, con mis queridos hijos... enciérrame dentro de su misma tumba. Déjame morir allí, y aliviarme del peso mas insoportable para el hombre sensible, que es el recuerdo de una felicidad sobradamente rápida, que ya no existe.—Voy á satisfacer tus deseos, amado Nabul.

Repentinamente se vió éste deslumbrado con el brillo de un relámpago, y sus ojos quedaron en tinieblas. Sintióse de nuevo arrebatado por su compañero de viaje, y cuando recobró la vista fué para verse dentro de su misma casa, en medio de su esposa y de sus hijos que no habian perdido nada de su vigor y lozanía.—¡Qué es lo que veo, exclamó arrojándose en los brazos de su familia.—Nabul, le dijo Assán, que todavía le acompañaba; fácil es que adivines ahora que todo cuanto ha pasado á tu vista, ha sido una ilusion de tus sentidos. Te restituyo á tu esposa, persuadiéndome que no apetecerás otra vez una inmortalidad, cuyos funestos efectos acabas de experimentar. Todavía eres jóven, amigo mio; goza, pues, de la

vida, empleándola en obras de beneficencia, y aguarda con rostro sereno á la vejez arrugada, y á la muerte misma. La vejez para un esposo querido, para un padre adorado de su familia, no es mas que una mudanza de situacion que no carece de atractivos. Tú has cuidado á otros, y llegará la vez que ellos te cuiden, prevengan tus deseos, socorran tus necesidades; y si tus hijos te cerraren los ojos, dejarás en ellos quienes lloren, quienes bendigan tu memoria, quienes te citen por modelo á las criaturas á quienes ellos den la existencia. Estará consumada tu carrera; pero comenzarás otra que es la que reserva para el hombre de bien, un Dios remunerador de la virtud. Él te llama, te contempla, te anima en los últimos instantes con un rayo de su divinidad, y ¡oh! cuán dulce es apartarse de los hombres para arrojarse en los brazos del Supremo Sér!...

Así habló Assán: quedó Nabul muy consolado, y lo que acababa de decirle aquel solitario venerable, me lo aplico á mí mismo en esta hora, queridos hijos míos. Ya soy viejo, he vivido bastantes años, y es forzoso que muera, puesto que es la ley general, y que todo cuanto ha respirado sobre la tierra desde el origen del mundo ha seguido la misma suerte. He conocido á los hombres, no siento separarme de su compañía, y solo pudiera afligirme haber de



apartarme de vosotros; mas os dejaré en los brazos de un buen padre y de una madre tierna, que cuidarán de vuestra educacion con todo esmero. En fin, os lo repito, miro la muerte como el término de mi jornada; he llegado á él, y es preciso parar aquí. He dormido, y despierto para no volver á dormir, y para volar al seno de la eternidad.

Calló el anciano, y como se hubiese fatigado bastante con la relacion que acababa de hacer, madama de Arleville le dejó abrazar á sus nietecitos; y al punto los llevó al jardin, en donde, juntamente con sus hermanos, les contaron el apólogo del *Anteojó* y la *Bocina*.

## DIA CUARENTA Y TRES.

Comenzaba nuestra familia á cobrar algunas esperanzas del restablecimiento del respetable enfermo, tan querido de todos, y ya éste habia tenido bastantes fuerzas para recibir las visitas de sus nietos y referirles una larga historia, cuyo sentido y fin moral demostraban su resignacion y cristiana filosofia. Dormia regularmente, y por la mañana estaba mas tranquilo, y menos atormentado de sus dolores.

En tanto que el señor Arleville daba leccion á varios de sus hijos, y que su estinable esposa, encerrada con las señoritas, estaba empleada en los ejercicios caseros y en otros cuidados indispensables; como el hortelano German hubiese hallado á Enrique acompañado de tres de sus hermanos y dos de sus primos que se paseaban por la huerta, les rogó se detuvieran un ins.

apartarme de vosotros; mas os dejaré en los brazos de un buen padre y de una madre tierna, que cuidarán de vuestra educacion con todo esmero. En fin, os lo repito, miro la muerte como el término de mi jornada; he llegado á él, y es preciso parar aquí. He dormido, y despierto para no volver á dormir, y para volar al seno de la eternidad.

Calló el anciano, y como se hubiese fatigado bastante con la relacion que acababa de hacer, madama de Arleville le dejó abrazar á sus nietecitos; y al punto los llevó al jardin, en donde, juntamente con sus hermanos, les contaron el apólogo del *Anteojó* y la *Bocina*.

## DIA CUARENTA Y TRES.

Comenzaba nuestra familia á cobrar algunas esperanzas del restablecimiento del respetable enfermo, tan querido de todos, y ya éste habia tenido bastantes fuerzas para recibir las visitas de sus nietos y referirles una larga historia, cuyo sentido y fin moral demostraban su resignacion y cristiana filosofia. Dormia regularmente, y por la mañana estaba mas tranquilo, y menos atormentado de sus dolores.

En tanto que el señor Arleville daba leccion á varios de sus hijos, y que su estinable esposa, encerrada con las señoritas, estaba empleada en los ejercicios caseros y en otros cuidados indispensables; como el hortelano German hubiese hallado á Enrique acompañado de tres de sus hermanos y dos de sus primos que se paseaban por la huerta, les rogó se detuvieran un ins-



tante para que le dijese qué mérito tenía un libro que acababa de regalarle un amigo suyo.—Cómo! le dijo Cipriano: te han regalado un libro? Excelente regalo para un hortelano! un azadon, un carretoncillo, una regadera y otros instrumentos así, sea enhorabuena; pero un libro!...—Y por qué no un libro, le replicó German. Os parece que yo no sé leer?—Sí; ya sé que sabes leer; pero debieras dedicarte á regar legumbres, y no á busear en un libro tan abultado cosas que no puedes entender.

Grandes carcajadas lanzó Cipriano, y los demás le hacían acompañamiento, de modo que German se iba encendiendo en cólera; pero Enrique puso fin á la disputa, diciéndole:—No hagas caso de estos muchachos y dame tu libro.—Oh! con mucho gusto; sois el bibliotecario de la casa y sabreis lo que vale.

—Con efecto, repuso Enrique despues de examinarlo; aunque está bastante carcomido en algunas hojas, me parece que trae cosas excelentes. El título mismo es bastante curioso: "*Máximas, apólogos y diversos cuentos morales para uso de los jóvenes, por...*"

—Veremos, veremos, dijo Cipriano... Jesús! qué viejo! impreso nada menos que el año de 1740! Todavía no había nacido papá... Sin embargo, Enrique, léenos alguna cosilla.—Bien; pero abriré por donde salga, porque esto de

andar buscando...—Sí, sí, despáchate.—Véamos, pues.

### LA OVEJA Y SUS AMIGOS, APÓLOGO.

Cierta oveja, que desde muy jovencita había tenido mucho trato de mundo, y adquirido por consiguiente grandes conocimientos, cayó enferma gravemente, cuando ya tenía corridas las dos terceras partes de su vida...

No tardó en correr la noticia de que la pobre oveja se hallaba en un estado tan deplorable, y que iba sin remedio á visitar la triste morada de las sombras. Fueron al instante á verla todos sus amigos, y á protestarla el interés que tomaban en su situacion. Los carneros, y con especialidad los corderillos, que como mas jóvenes eran tambien mas obsequiosos y sensibles, partieron reunidos y llegando á la cabaña donde su desgraciada amiguita estaba postrada y llena de dolores, no hubo uno que no procurase compadecerse de ella, consolarla y decirle mil palabras de cariño. Apenas cabían dentro de la chocita; todo era entrar y salir los amigos celosos de la enferma, y otros, que no lo eran tanto, se contentaban con dejar un recado á la puerta.

Pero ¿qué sucedió? que todos ellos, en idas y venidas, fueron despojando las praderas de la yerba que tenía para su alimento la ovejita. Era forzoso que los tales amigos comiesen; mas tanto y tanto comieron, que la pobrecilla, convalecida ya de su enfermedad, no tuvo un bocado que llevar á la boca, y falleció de hambre y de miseria.

¿Quién duda que hay hombres que sólo nos visitan por satisfacer su estómago á nuestras expensas? El sábio en sus últimos momentos, ó en las situaciones críticas de su vida, se acompaña de su familia, de dos ó tres verdaderos amigos, caso que los tenga, y arroja de sí á los aduladores y gorriones, que lo privarian de los recursos de su vejez.

Aquí finaliza el apólogo, añadió Enrique, y aunque no es largo, tiene buena moralidad.—En efecto, dijo Alejandro, ¿habrá cosa mas extravagante que ver á esa chusma de officiosos amigos en torno de la enferma ovejilla, devastando los prados en que se apacienta? Es una fábula muy bella y de oportunos pensamientos. Vamos, German, que tu libro me parece bien.

—¡Oh! respondió German: eso ya yo me lo sabia; pero, registradle, á ver si dáis con un cierto proyectista de que me han hablado...—Cabalmente lo tenemos aquí, dijo Enrique. Véamos qué cosa era.

## EL PROYECTISTA.

CUENTO.

Un califa rico, joven, y de bella presencia; pero cruel, ambicioso y arrebatado de la pasión de los celos, hacia temblar á todos los habitantes del pueblo sujeto á su inspeccion. No se pasaba dia sin que formase nuevos proyectos para ensanchar sus dominios, y aniquilar á sus vecinos. Una noche puso por escrito el decreto siguiente:

“Como el solitario Usca posee una magnífica habitacion en las orillas del mar, y me vendria muy á cuento para mis planes, ordeno que lo arrojen de ella, y en aquel paraje se me construya una bonita casa de campo. Los vastos jardines de Nader, el recaudador del fisco, caerán igualmente por tierra desde mañana, y en su lugar se levantará un soberbio torreón consagrado á mi uso. El mercader Elpen tiene cien hermosas mujeres en su serrallo, y mañana me cederá cincuenta de las mas graciosas. Se arrasará el cuartel del sur de la ciudad, con el objeto de prolongar los paseos de mi palacio: se colocará la plaza del mercado en otro paraje, y en ella se formará un excelente picadero



para mis caballos. Se derribará igualmente el puente de madera que reúne los dos cuarteles ó barrios principales, para que los habitantes del otro no puedan llegar aquí, ni acechar mis acciones. Finalmente, serán quemadas todas las selvas de la comarca, para que no puedan mis enemigos ocultarse dentro de ellas, reunirse y atacarme por sorpresa.”

Inmediatamente que el califa concibió y trasladó al papel este grandioso proyecto, mandó publicarlo por la ciudad á la luz de mil antorchas. Fácil es de juzgar cuál sería el dolor y la consternacion de sus habitantes: los esposos, los padres y los hijos abrazándose mutuamente, lloran sin consuelo la pérdida de sus propiedades, y todos pasan esta terrible noche entre lágrimas y sollozos.

Mas qué se supo al amanecer? Un ataque apoplético pone fin á la vida del califa. Usca queda en sus terrenos; los bellísimos jardines de Nader prosiguen ostentando su verdor; Elpen conserva sus cien mujeres; el cuartel del sur, permanece intacto; la plaza del mercado continúa sirviendo para el despacho de las mercancías; el puente de madera ofrece todavia cómodo tránsito, y en fin, los agradables bosques prosiguen ofreciendo un asilo delicioso á los pájaros y á los hombres, contra los ardientes calores del mediodia. Un solo hombre lo

hubiera destruido todo; ha soñado, y sus proyectos funestos á la humanidad, se han desvanecido con la muerte.

—Me gusta ese cuento, dijo Cipriano, pero no presenta ideas nuevas. Véamos algun otro.

Enrique prosiguió leyendo:

### EL AVARO Y EL IGNORANTE.

Cierto jóven poseia una rica biblioteca, y sin embargo, era en extremo ignorante, pues no solo no hablaba su lengua con pureza, sino que en su vida habia leído dos páginas. Tenia éste un padre anciano que habia dado en la manía de amontonar dinero, sepultándolo en un gran cofre, por el gusto de contemplarlo á todas horas, al paso que cubierto de andrajos se dejaba perecer de miseria por no gastar su amado tesoro.—Qué mezquindad tan grande la de mi padre! decia el hijo; él quiere mejor contar y recontar sus monedas, que aprovecharse de ellas para comprar lo necesario, muriendo de hambre al lado de un monton de oro, que bastaria para enriquecer á veinte familias. Habrá un hombre mas avariento!

El padre, por su parte decia con frecuencia:—Dónde habrá un hijo mas nécio que el mío! Si habla, parece un mozo de cordel; no sabe

formar una oracion perfecta; ignora hasta los nombres de los autores mas celebrados y cono- cidos; y sin embargo, tiene una biblioteca en que podria instruirse, con solo pasar en ella una hora todos los dias. Habráse visto un jó- ven mas tonto!

Una persona que los conocia muy bien, les dijo:—Ambos á dos estais equivocados, y á en- trambos os toca una buena reconvención. Tú, viejo miserable, te dejas morir de hambre sen- tado sobre un tesoro, sin querer alimentar el cuerpo; y tú, jóven sin energía, te duermes cer- ca de una biblioteca, sin cuidar del alimento del alma: tan culpables sois el uno como el otro, y los dos sois igualmente avaros, igual- mente enemigos, tú de lo necesario para la vi- da, y tú de lo indispensable para la instruccion. Callad, pues, y mudad cuanto antes de carác- ter, ó suspended las mútuas reconvenciones que os haceis.

## EL RELOJ DE TORRE

### Y EL RELOJ DE SALA.

—¡Qué débil máquina es aquella, dijo un dia el enorme reloj de una catedral, viendo un

pequeño reloj de sala que llevaba un hombre debajo del brazo! A la verdad me causa risa que aquel aborto tenga la ridícula pretension de de- sempeñar las mismas funciones que yo. Advier- to que tiene un círculo como el mio, horario y minuterero, y aun me parece que oigo su atipla- da campanilla, que quiere dar las horas como mi gran campana; pero ¡qué diferencia! mi agi- gantada corpulencia, mi elevacion, la voz sono- ra de mi metal, todo indica la superioridad que tengo sobre esa miniatura.—De qué te vana- glorias? le contestó el reloj de sala: será de verte encaramado á pocas varas sobre mí? No hay duda que eres mas grande; pero acaso ha- ces mas de lo que yo hago? Ambos á dos seña- lamos las divisiones del tiempo, y ambos damos las horas; igualmente semejantes en punto á utilidad, creo que ninguno de los dos tiene mas mérito que el otro; y por fin, el hombre nos emplea para los mismos usos. Destierra, pues, de tí esa vanidad insufrible, y déjame pasar mi camino sin insultarme.

No debemos de juzgar del talento y habili- dades de los demás por su estatura, ni por lo elevado del puesto en que se hallan. ®



## LA RUEDA DE UN COCHE

Y LAS ASPAS DE UN MOLINO DE VIENTO.

—Hermanas mías, decía el aspa de un molino de viento á sus tres compañeras, ¿veis aquella miserable rueda de coche que va caminando por allí abajo, al nivel del suelo, y que al parecer quiere imitarnos en la velocidad con que corre? ¿habeis visto cosa mas mezquina que su figura, ni mas vil que su ejercicio? Nosotras, como el pájaro que hiende los aires, habitamos en la region de las nubes; giramos con gracia; revestidas de una lijera tela estamos continuamente moviéndonos, y de este modo andamos un camino considerable.—Sí, le contestó la rueda, vosotras dais vueltas perennemente; pero no adelantais un paso, y por mas que os agiteis, nunca mudais de lugar. Es cierto que yo necesito de compañeras, como vosotras necesitais; pero viajamos, ganamos terreno y hacemos nuestras jornadas. Sabed, pues, impertinentes, que girar de un lado á otro para no adelantar nada, es propio de nécios y de ignorantes.

Hay algunos que por mas que sudan y trabajan, nunca mejoran de situacion.

## LAS ESTRELLAS

Y LAS LÁMPARAS.

Iluminaban cierto jardin millares de lámparas, que engreidas con la claridad que despedian, y al ver que los espectadores las miraban con curiosidad y admiracion, hablaban unas con otras en estos términos:—Veis hermanas, allá en lo alto aquellas mezquinas estrellas, qué tristes y qué lúgubres! Cuánto pierde su pálida luz ante la nuestra, clara y brillante! Infelices! causan compasion. No veis cómo pretenden disipar las tinieblas de la noche! Pero no á ellas, y sí á nosotras pertenece el orgullo de rasgar los velos de esa negra deidad: solo á nosotras es dado reemplazar la claridad del dia, y prolongarla hasta que vuelva el sol á iluminar la tierra. Mas brillantes que los planetas, eclipsamos el resplandor de Vénus, de Saturno, de Júpiter, de Herschell y de esa pobre Via-lactea, que con efecto, alumtra como una gota de leche. Sí, hermanas, nosotras despues del astro del dia, somos lo mas luminoso que hay sobre la tierra, y no tienen porque engreirse las señoras estrellas de verse tan altas, cuando seria una locura querer imitarnos.

Las juiciosas estrellas despreciaron á las po-

bres lámparas y no se dignaron contestarlas; pero encargaron al Bóreas las vengase de tales insultos. En un abrir y cerrar de ojos, empezó á soplar aquel viento con tanta violencia, que apagó todas las lámparas, y vuelto los hombres repentinamente á la oscuridad, pudieron sin embargo dirigirse por los astros de la noche, cuya suave claridad los favoreció para llegar á sus casas.

Iba Enrique á buscar otro apólogo, cuando acudió Provenzal á noticiarle que una nueva crisis acababa de poner al sábio Filberto en el mayor peligro. Inmediatamente devolvió Enrique al hortelano su abultado libro, y tomó con celeridad el camino de la Cartuja, en compañía de sus hermanos y sus primos.

## DIA CUARENTA Y CUATRO.

Reinaba en la Cartuja el mayor desconsuelo. Los facultativos pronosticaron la próxima muerte del anciano, y era menester administrarlo; para cuyo efecto ya se habia enviado á buscar á la parroquia de Roseville el Santo Viático, y esperaban al respetable pastor de aquella iglesia, hombre lleno de religion, de sabiduría y de virtud. Llegó, pues, con todo el aparato que requieren estos casos dolorosos, y como el sábio Filberto conservaba despejada su razon, derramó tiernas lágrimas antes de recibir el augusto sacramento. ®

Los señores Arleville asistian á la cabecera de su lecho: todos los muchachos, de rodillas dentro de la alcoba, tenian los ojos clavados en el moribundo y las manos levantadas al cielo,



bres lámparas y no se dignaron contestarlas; pero encargaron al Bóreas las vengase de tales insultos. En un abrir y cerrar de ojos, empezó á soplar aquel viento con tanta violencia, que apagó todas las lámparas, y vuelto los hombres repentinamente á la oscuridad, pudieron sin embargo dirigirse por los astros de la noche, cuya suave claridad los favoreció para llegar á sus casas.

Iba Enrique á buscar otro apólogo, cuando acudió Provenzal á noticiarle que una nueva crisis acababa de poner al sábio Filberto en el mayor peligro. Inmediatamente devolvió Enrique al hortelano su abultado libro, y tomó con celeridad el camino de la Cartuja, en compañía de sus hermanos y sus primos.

## DIA CUARENTA Y CUATRO.

Reinaba en la Cartuja el mayor desconsuelo. Los facultativos pronosticaron la próxima muerte del anciano, y era menester administrarlo; para cuyo efecto ya se habia enviado á buscar á la parroquia de Roseville el Santo Viático, y esperaban al respetable pastor de aquella iglesia, hombre lleno de religion, de sabiduría y de virtud. Llegó, pues, con todo el aparato que requieren estos casos dolorosos, y como el sábio Filberto conservaba despejada su razon, derramó tiernas lágrimas antes de recibir el augusto sacramento. ®

Los señores Arleville asistian á la cabecera de su lecho: todos los muchachos, de rodillas dentro de la alcoba, tenian los ojos clavados en el moribundo y las manos levantadas al cielo,

pidiendo prolongase una vida tan preciosa; el hortelano German, el honrado Provenzal, la fiel María, y en una palabra, todos los criados de la casa, presenciaban este acto, mezclando sus lágrimas y sus votos con los de la desconsolada familia.

Contemplaba el sábio Filberto esta escena lastimosa, y á sus hijos les dijo con desmayada voz:—Por qué llorais? Con ochenta y dos años que llevo corridos, presumiais que seria inmortal? No debíais esperar que legaria el momento de tan natural separacion? Creedme, hijos míos, muero sin inquietud... Mi hijo, mi querido Arleville, junta á los dones de la naturaleza, aquellos que logra el hombre instruido por medio de una sábia educacion: es el modelo de los padres, de los esposos y de los ciudadanos; tiene la dicha de poseer una esposa virtuosa y unos hijos muy amables; le dejo, pues, sin experimentar el mas leve cuidado por su suerte, que es tal cual yo se la deseaba: mi nuera, mi hija, mi buena Elisa, es la madre de estos niños, y tia de aquellos á quienes sirve de segunda madre, y por lo mismo me tranquilizo considerando el buen apoyo que tienen los infelices huérfanos: mi nieto Enrique y su hermano Teodoro, ya son juiciosos; ellos consolarán á sus padres, ayudándoles á sobrellevar el peso de los asuntos domésticos, darán á sus

hermanos y primos el ejemplo de la docilidad, de la actividad y del trabajo; y el buen fondo de sus corazones me afianza la ejecucion de este voto que formo para mi hijo y para ellos. Clara, Elisa y Flavia, serán los báculos de la vejez de su madre; por último, estoy bien persuadido de que toda mi familia será feliz. Porque, pues, quereis que yo no cierre mis ojos con toda la seguridad que debe tener el cristiano que ha desempeñado siempre sus obligaciones? En cuanto á la pérdida que vais á experimentar, amigos míos, es ciertamente de poco valor; considerad que soy anciano, incapaz de haceros ningun servicio y que un viejo enfermizo, mas bien es un peso, que un verdadero amigo... No me repliqueis. Conozco lo que es la vejez, y me hago justicia á mí mismo; ya es tiempo que restituya al que me ha criado una vida que procuré fuese pura y acrisolada en lo posible. Cuántos hombres que acaso harian mas falta que yo en el mundo, no han llegado á la mitad de mi carrera! Pocos logran contar ochenta años, y muchos son tronchados como la flor del campo en su primavera, ó en su estío: tengo, pues, que tributar á Dios mil acciones de gracias por haber prolongado mis días hasta este momento, y vosotros debeis bendecirle, puesto que me amais, por haberos conservado tanto tiempo á un padre, que, segun el



orden de la naturaleza, no podía pasar mas adelante sin aflijiros á todas horas con sus ayes y gemidos. He conservado mis potencias en todo su vigor, y en verdad que no deseo vivir para perder la salud que he tenido la dicha de gozar con robustez hasta esta época. No lloreis, pues, queridos hijos míos; y vos, señor cura, desempeñad vuestro deber sagrado.

Conociendo éste la sabiduría con que se explicaba el moribundo, le pareció que para recibir el Sacramento Divino que iba á administrarle, preparado estaba ya el anciano, y en efecto, ¡cuáles habian sido las acciones de su vida entera! Todas ellas de virtud, de beneficencia y de caridad; de manera que el párroco procedió inmediatamente al desempeño de su ministerio, y el enfermo se sintió aliviado con los consuelos de la religión.

Esta ceremonia respetable y magestuosa, celebrada con bastante pompa en una pieza iluminada por un gran número de antorchas, enterneció los corazones de todos, y el señor Arleville penetrado de respeto y piedad, no pudo menos de decir á su esposa:—¡Oh amiga mía! Vengan, vengan aquí los filósofos del siglo, esos pretendidos espíritus fuertes, que nada creen, á ver cómo muere un cristiano, y conocerán que el aparato con que le acompañan en su

hora postrera, y las tristes ceremonias que acabamos de presenciar, no solo consuelan al hombre, sino que son verdaderamente dignas de su Majestad y de la grandeza de su Autor.

Terminada la ceremonia, pidió el enfermo que le dejasen solo por algunos instantes con su médico de cabecera y con el prudente confesor que le asistía. Bajaron todos al salon en el mas profundo silencio, interrumpido solamente por sus lágrimas y sollozos.

Al declinar la tarde, como el enfermo conociese que se iban debilitando sus fuerzas, mandó que todos volviesen junto á su cama, y apenas lo hicieron:—Acercáos, les dijo, acercáos todos á mí; porque siento que no puedo esforzar la voz, y que dentro de pocos instantes quedará estinguído mi aliento vital. Venid, quiero daros á entender mis últimas disposiciones, las cuales sin otra formalidad, espero que merezcan el nombre de un verdadero testamento. Hijo mio, toma papel y pluma; siéntate lo mas cerca que puedas, y hazme el gusto de escribir lo que yo te vaya dictando.

Hizo el señor Arleville lo que su padre le ordenaba, y el sábio Filberto esplicó sus intenciones en esta forma:

TESTAMENTO

DEL PADRE DE FAMILIA.

Dejo á mi nieto Enrique, por quien debo comenzar como primogénito de la familia, mi libro de memorias, en el cual he ido desde mi niñez escribiendo mis pensamientos mas íntimos, y todos los hechos de mi vida. En él verá que cada noche tomaba exacta cuenta de mis acciones de aquel dia, y que despues de haber examinado escrupulosamente mi conciencia, trasladaba por escrito mis culpas cometidas. Por ejemplo, en la página 31 encontrará estas palabras: "Hoy he perdido en el teatro algunas horas de la noche, siendo así que tenia que arreglar la cuenta del pobre carpintero que tiene mujer y seis hijos, y está en la mayor necesidad. Por lo mismo, mañana á la madrugada le daré dinero, y despues harémos cuentas." En la página 40... "Acabo de hallarme con los enemigos de mi amigo D... y he tenido la vileza de no sacar la cara por él, y de no desmentir las calumnias con que le infamaban. Hice mas todavia con una lijera sonrisa he aprobado algunas de aquellas, asociándome, digámoslo así,

con sus perseguidores. Pido por ello perdon á Dios y á la amistad, etc.

Deseo, pues, que mi amado Enrique guarde dicho libro de memorias, y lo lea con cuidado, siguiendo mi método, y cumpliendo mi postre-  
ra voluntad.

Doy á su hermano Teodoro, pues conozco su disposicion para la poesia, la coleccion inédita de mis pobres versos, en la inteligencia de que nunca vieron la luz pública, y solo los hacia por mero pasatiempo. Sin embargo, notará Teodoro en mis producciones que no he perdido el tiempo en vano, cantando á las *Gloris* y *Filis*. Mis canciones se refieren á los cumpleaños de mis padres, al nacimiento de mis hijos, al casto amor de mi esposa, á la fidelidad de mis mejores amigos, etc., hallándose mezcladas á estas, algunas fábulas, una que otra elegia y varias epístolas sobre asuntos morales. Es mi voluntad espresa que Teodoro no pretenda nunca, para estas bagatelas los honores de la impresion, deseando solamente le recuerden que aquel á quien debe la existencia su tierno padre, habia recibido una educacion sana, y hacia poco caso de sus trabajos literarios por los que nunca tuvo vanidad.

Dejo á Clara mis instrumentos y papeles de música, y á su hermana Elisa mis dibujos, aunque conozco que no tienen gran mérito.



A Cipriano no puedo dejarle cosa mas útil, que un *Tratado de la subiduría* con notas de mi puño, aumentado con un ensayo sobre la moderacion. Agrego á este obsequio mis flores y las demas armas que se hallaren de mi uso; pero es mi voluntad que tenga presente que la esgrima no es un arte recomendable sino cuando se emplea en el legítimo servicio de la patria ó de las leyes. Sostener su propia honra y la de su familia, es cosa laudable; mas tirar la espada por una palabra, por una liviana ofensa, es propio de locos y de malvados.

Alejandro llevará mis instrumentos de física, porque es amigo de hacer experiencias, trabaja por instruirse, y hará de ellos un uso recomendable.

A Virginia la dejo mis esferas, mis globos y todas las cartas geográficas, con tal que cuando sea esposa y madre dedique algunos ratos á dar leccion á sus hijos con estos instrumentos. De esta manera se perpetúa en las familias el recuerdo de los ancianos de quienes proceden.

Dejo á mi querido Antonio, que ya es bastante juicioso para sus pocos años, mi reloj de bolsa, y toda la parte divertida é instructiva de mi biblioteca, que se compone de cuentos morales, y de varios tratados sobre educacion; deseando que algunas veces los lea con sus hermanos y primos.

Como Mariquita y Francisco son todavía muy niños para dejarles cosas serias, y sin embargo, quiero que se acuerden de mí, les dejo mis dados de marfil, unos estuches con buenas tijeras y otros útiles, y en fin, todos los juguetes que se hallaren en la segunda gabela de mi cómoda á mano izquierda.

Acercaos ahora, Flavia, Evaristo, Adriana, Eugenio y Carlitos, que me mirais con un respeto verdaderamente filial, y sois sobrinos de mi querida nuera. Solo por esto tendriais derecho á mi cariño; pero lo mereceis particularmente por haber honrado siempre mis canas como si fuera vuestro padre. Y para que veais que no he desdeñado vuestras atenciones, además de mis libros de Ciencias y de Historia, que dividireis entre los cinco, dejo señalada para cada uno de vosotros una renta vitalicia de seis mil reales, que habreis de percibir de lo mejor y mas florido de mis bienes. Mi hijo será el encargado de cumplir esta mi voluntad, sirviendo como hasta ahora de verdadero padre á los cinco huérfanos.

Dejo igualmente á la buena María, diez mil reales por una vez; otro tanto á German, y dos mil al honrado Provenzal, pues no quiero que ninguno de los que han sufrido mis impertinencias tengan motivo para quejarse de mi memoria. Hijo mio! el último acto de la vida del

hombre debe consagrarse al agradecimiento y á la caridad...

Calló el anciano al llegar aquí; pero satisfecho por haber tenido tiempo para hacer sus disposiciones, se vió brillar en su rostro la serenidad del justo, y el dulce consuelo de la virtud. De allí á pocas horas padeció una violenta crisis, sosegóse de nuevo, abrazó uno por uno á todos los de su familia, volvió á caer en una verdadera agonía, y por fin exhaló el postrer suspiro.

## DIA CUARENTA Y CINCO.

No es posible pintar con exactitud el dolor de aquella buena familia. Los lectores podrán formarse idea de su desconsuelo, si han sabido apreciar la ternura y el respeto con que miraban los muchachos á su digno abuelo, siendo el primero en darles este ejemplo el señor Arleville, hijo tan obediente y sumiso, como buen padre y tierno esposo. El fúnebre luto cubrió la Cartuja de Roseville, y en lugar de las amables risas, y de los ejercicios por el campo, vieron á tomar allí su asiento los pesares, los suspiros, las lágrimas y los sollozos.

En tanto que los niños lloraban la muerte del anciano, que tanto los amaba, el señor Arleville y su esposa, en cuyo semblante se veía retratado el dolor, arreglaban todo lo conveniente para desempeñar con el virtuoso Filber.



to los últimos deberes. Era su ánimo que los funerales fuesen solemnes; dignos del hombre respetable á quien acababan de perder; y con este objeto, despues de haber convidado á todos los parientes y amigos para la triste ceremonia, ordenaron el entierro de la manera siguiente:

### EXEQUIAS DEL SÁBIO FILBERTO.

Espuesto el cadáver por espacio de veinticuatro horas en la capilla de la Cartuja, rodeado de muchos blandones, fué velado sucesivamente por el señor Arleville y los muchachos; por su tierna esposa acompañada de las niñas, cada uno de los cuales esparció agua bendita sobre el cuerpo inanimado, cuyo venerable semblante parecia que todavía se mostraba cariñoso á los que iban á verle. Un sacerdote leía en alta voz las preces de los difuntos, y los asistentes las repetían con el corazón. Los parientes, amigos y criados de la Cartuja con el amable Hipólito, que había sido convidado para esta fúnebre ceremonia, eran modelos de piedad y de recogimiento. Por último, llegaron tambien Menival con su esposa, y madama de Milangel, que hallándose por casualidad en Paris, no quisieron dejar de asistir al entierro de su amigo.

El dia señalado para conducir á éste, y trasladarlo á su última morada en la tierra, el párroco de Roseville, á fin de dar mayor lustre al acompañamiento, dispuso juntar toda la clerecía de los contornos; y empezó la marcha en este órden:

- 1.º Una parte del clero y cien pobres vestidos de nuevo, con su antorcha en la mano.
  - 2.º Otra parte de la clerecía y todos los vecinos de Roseville, distribuidos en dos filas.
  - 3.º Varias niñas vestidas de blanco con gasas negras.
  - 4.º Un grupo de niños de cuatro á cinco años, que representaban diferentes virtudes: la *fé*, la *esperanza*, la *caridad*, la *prudencia*, etc.
  - 5.º El venerable párroco, y sus dos vicarios ó tenientes.
  - 6.º La caja en que iba el cadáver del buen anciano.
  - 7.º El señor Arleville con los muchachos, formando la fila derecha, y su esposa con las señoritas, formando la de la izquierda, todos vestidos de negro.
  - 8.º Los criados de casa tambien de luto.
  - 9.º Y por último, Hipólito, los señores Menival y demás amigos ó parientes.
- Llegado que hubieron todos á la iglesia de Roseville, se cantó en ella una misa solemne, y en seguida la comitiva fúnebre se dirigió por el

mismo orden al cementerio. Qué reflexiones tan dolorosas hicieron algunos de nuestros jóvenes á quienes un mes antes habia conducido el buen Filberto á este triste lugar!....—Aquí, decia uno, nos ha hecho ver la imagen de la destruccion, y nos habló de su próximo fin sin asustarse, ni concebir pesar.—Quién nos hubiera dicho, decia otro, que dentro de tan breve tiempo habia de pagar su tributo á la naturaleza, como los que ahí están sepultados!—Yo he tenido siempre presente, añadía este, la edificante moral que nos enseñó en este funesto recinto, con el presentimiento de su próxima muerte, y de que vendria muy luego á parar á él.

De esta manera iban hablando entre sí, estos buenos niños, cuya conversacion es una prueba clara de lo piadosos y sensibles que eran. Apenas se colocó el cadaver en el sepulcro que debia ocupar, quedando todos en profundo silencio, el señor Arleville pronunció en alta voz la corta oracion fúnebre que vais á leer.

“Parientes, amigos, niños, caritativos vecinos, y vosotros tambien fieles criados del venerable anciano, cuya pérdida lloramos, suspended por un momento los gemidos para recoger en vuestro pecho las flores que voy á esparcir sobre su tumba!... Ya no existe; pero si su alma pura y sin mancha, pudiera descender un momento á

nosotros, oir nuestros suspiros y ser testigo de nuestro llanto, no experimentaria un placer inesplicable en las efusiones de nuestra gratitud?

“La muerte de un hombre que no ha brillado en las eminentes plazas del gobierno, ni en el foro, ni en la carrera militar, ni en las de las artes, sin duda es indiferente para la sociedad que perennemente se renueva; y sin embargo, la muerte de un hombre virtuoso, compasivo, honrado, es una verdadera calamidad para aquellos á quienes edificaba con su ejemplo, y de los cuales era el amigo y el modelo. Mi padre fué un hombre sencillo, pero que siguió siempre las leyes de la mas exacta probidad. Nunca supo detener con mano avara ó disminuir el salario del artesano por acrecentar sus caudales. Tampoco supo especular con la carestía ó el excesivo precio de los objetos de su comercio, para hacer que se los pagaran á peso de oro, ni para privar de ellos á sus comarcanos. Por el contrario, en esos casos era cuando los vendia al costo. Este solo ejemplo basta para daros una idea de su honradez y de su humanidad como negociante: pero además ha sido buen amigo, buen esposo, y un excelente padre de familia; yo le debo mi educacion, el poco mérito que tengo, y algunas virtudes, muy débiles comparadas con el gran número de las que adornaban su



corazon y su entendimiento: jamás salió de su boca una palabra dura, ni aun severa, contra el prójimo: compadeciase de sus enemigos, los perdonaba, y por eso percibia mejor el placer de la sincera amistad que le manifestaban; finalmente, mi padre ha hecho felices á cuantos le trataron; y como vivió lleno de virtudes, no extrañeis que muriese con serenidad.

“Querido padre! si de la morada de la muerte se te permite oír todavía mi desmayada voz, y la de todos estos amigos que te lloran, dignate aceptar estas demostraciones de nuestro agradecimiento, de nuestro fiel cariño: dignate desde le alto de los cielos, en que ahora habitas, como piadosamente lo creemos, mirar con ojos de bondad á estos hijos que son los tuyos, ya que les has dado en vida el ejemplo de todas las virtudes formando para el bien sus ternos y sensibles corazones: gloríate oh padre mio! al ver los talentos, las amables prendas que un día sabrán desplegar en este mundo en todas sus situaciones en que se hallaren; has dejado en tu lugar una familia bien educada: tu tránsito por esta tierra de miseria, que al fin has desamparado, quedará perpétuamente impreso en la memoria de los hombres de bien!”

Así habló el señor Arleville, comenzando de nuevo las lágrimas, los suspiros y los sollozos de los asistentes, hasta que conociendo el buen

párroco, que ya era tiempo de poner fin á esta dolorosa escena, se dispuso para entregar al sepulcro los despojos del sábio Filberto. ¡Triste día! terminó como habia empezado, es decir, con lágrimas, y con el recuerdo de las virtudes, de las buenas acciones, y hasta de las simples palabras del hombre estimable que acababan de perder para siempre!

Sin embargo, como no hay dolor eterno, particularmente para el ánimo de los niños, veremos en los días que siguen, que nuestros amigos, al paso que no se olvidaban de su abuelo, supieron volver á los acostumbrados ejercicios, teniendo con especialidad la fortuna de vivir con unos padres que solo procuraban formar su corazon, é instruir su entendimiento.

DIA CUARENTA Y SEIS.

Diez y ocho meses habian trascurrido desde la muerte del sábio Filberto; y aunque todos conservaban muy fresca la memoria del anciano, iba entrando poco á poco en los ánimos la serenidad; y la familia volvió á sus habituales ejercicios. Las insignias del luto fueron reemplazadas con hermosas ropas de color, y en fin, ya era tiempo de pensar en distraerse de tan dilatada melancolía. Nuestros amigos habian tenido bastante tiempo para familiarizase con las mandas hechas por el sábio Filberto á cada uno de ellos. Enrique habia saboreado la lectura de su libro de memorias; Teodoro habia aprendido sus canciones y poesías ligeras; Clara ensayaba la ejecucion de sus papeles de música; Elisa tenia copiados sus dibujos con perfeccion; Cipriano

habia hecho mas uso de sus floretes que del tratado de la sabiduria; Alejandro se hacia un excelente físico con los instrumentos de su abuelo; Virginia conocia tan bien las estrellas como un astrónomo; Antonio y sus primos habian dividido la biblioteca segun lo dispuesto por el testador; y finalmente, los mas niños conservaban con estimacion los legados del anciano, á pesar de que se entretenian con los juguetes siempre que podian; de modo que todo estaba perfectamente arreglado, y todos volvian á serrenar su rostro, entregándose á placeres honestos, para templar el cruel sentimiento que los afligia.

Un dia, un vecino de la Cartuja llamado Kervilé, que hacia poco habia comprado una bellissima quinta en uno de los extremos del pueblo, llegó acompañado de su esposa á visitar al buen padre de familia. Tenia Kervilé treinta y seis años, y gallarda presencia. Su mujer, que tendria ocho menos que él, era de peregrina hermosura, y en sus agraciadas facciones brillaban la dulzura y el candor.

Recibió el señor Arleville con su urbanidad acostumbrada á estos vecinos estimables y cuando regresaron á su casa, dijo á su esposa y á una parte de los jóvenes que se hallaban reunidos en su compañía:—Quién creará que esta señora que no tiene mas que veintiocho años,



habiera podido pasar seis con un viejo de setenta y seis años á quien se unió en primeras nupcias!—Dios mio! replicó Flavia sonriéndose, qué martirio para la pobrecita, y cuánto me compadezco de ella!—Yo mucho mas, añadió Clara, porque si me obligasen á casarme con un hombre que tuviera cincuenta años mas que yo, me parece que preferiría la muerte.—Yo seria capaz de hacer cualquiera disparate, dijo Elisa, primero que contraer semejante matrimonio.—Quién lo duda! replicó Cipriano: la bella primavera no debe unirse con el triste y aterido invierno, ni la rosa con el cardo. Qué desgraciada seria esa señora, ó por mejor decir, esa niña, con el decrepito.—Pues no ha sido sino muy feliz, contestó el señor Arleville. No sabeis que una jóven virtuosa y de juicio, puede muchas veces preferir un viejo honrado, á un mozalvete fátuo y lleno de soberbia, presumido, vano y caprichoso? Las prendas del corazon y del entendimiento son á los ojos de la jóven que voy pintando preferibles al oropel y al relumbron exterior, de los modales de un mozo casquivano, el cual enamorado solamente de sí mismo, es incapaz de amar á su esposa, ni de hacerla feliz. Por otra parte, hay casos en que la gratitud exige ciertos sacrificios, tal vez penosos, pero muy apreciables. Y si no, estadme atentos á la historia de esta señorita, que hoy

es madama de Kervilé, y vereis en ella un conjunto de virtudes. Ojalá que su narracion tenga bastante influjo en todos vosotros, y particularmente en Clara y Elisa, para que alguna vez sean capaces de un proceder tan heróico.

## ESE Y NO OTRO SERÁ MI ESPOSO.

El conde de Sancy, coronel de uno de los primeros regimientos de Francia, era un hombre de los mas opulentos y dichosos: casado con una señora muy amable, y padre de una niña que prometia serlo con el tiempo, veia satisfechos todos sus deseos; pero la felicidad para los hombres virtuosos, es por lo comun de corta duracion. La inesperada muerte de su esposa, acaecida en la flor de sus años, dejó á nuestro coronel abismado en tan profundo dolor, que contemplándose viudo, y con una hija muy tierna, juró no volver á casarse, y consagrar su vida, su existencia y todo su caudal á la educacion de la preciosa huerfanita. Hubiera sin duda ejecutado este proyecto, como buen padre y hombre de honor, á no habérselo impedido una desgracia no menos fatal que la primera. Sucedió, que insultado cierto dia por un jóven, hijo de otro militar igualmente distinguido,

tuvo que batirse con él. Nombráronse testigos y padrinos por ambas partes, llegó el día señalado, y puestos los dos campeones en presencia el uno del otro, el coronel mató á su contrario. Tenía el padre del jóven el mayor influjo en la corte, por lo que le fué fácil hacer pasar el castigo del conde por un asesinato, pretendiendo que aquel había muerto á su hijo alevosamente, antes de que tuviera tiempo de prepararse á la defensa. Los testigos del conde se escondieron, y éste, oculto en la casa de un amigo, tuvo el dolor de ver confiscados sus bienes. Marchóse al extranjero y confió á su hija á un hermano de su difunta esposa, hombre apreciable, que debía servirla de padre, de tutor, de único apoyo en la tierra; mas antes de separarse para siempre de ella, el coronel disfrutó de cuanto puede ofrecer una sublime y acendrada amistad.

El señor Arceval, anciano respetable, era un antiguo amigo de su familia, y tenía varias haciendas colindantes con aquellas que el conde acababa de perder. Inmediatamente que supo las desgracias de este, sin consultar mas que á su excelente corazón, y no teniendo herederos que pudieran interesarle, vendió sus tierras con la reserva de una renta muy corta, y entrando en el aposento donde tenía oculto al coronel: —Amigo mio, le dijo, cuándo partes?—Mañana, ya que es preciso!—No hay duda que lo

es... tu vida corre los mayores peligros; una sentencia inicua te condena; no es posible que vivas seguro dentro de Francia, ¡ni yo puedo tenerte oculto por mas tiempo en esta casa, porque ya no es mia.—Cómo! ya no es tuya!—No; pero estos son negocios que á tí no te importan. Ocupémonos de los tuyos. Tú piensas partir mañana; pero yo te anuncio con dolor que debes salir hoy mismo.—Hoy mismo?—Al punto.—Hombre cruel!—No tanto como te parece, querido amigo; ¿podrá ser cruel con el hijo el que debe la vida al padre? Yo debo la vida al tuyo, y presto conocerás que no me olvido de tan gran beneficio; pero tu seguridad exige que partas inmediatamente... Yo tambien me retiro á Paris. He vendido mis tierras, esta casa.... y el nuevo propietario vendrá á tomar posesion de ella mañana á mas tardar... La casualidad ha querido que sea un pariente de tu enemigo, y ya ves que no puedes presentarte á su vista, sin correr mucho riesgo.—Pero cómo has podido deshacerte?...—Repito, que esto nada te importa.—Y mi hija!—Corre, abraza á tu hija, y parte.—¡Oh querida hija mia! Que no pudiera llevarte conmigo!—Ya vez que no es posible en una edad tan tierna; Mercourt y yo cuidaremos de ella, cual pudieras hacerlo tú mismo, y al propio tiempo trabajaremos para que vuelvas al goce de tus derechos...



El intrépido Arceval ayudó á disponer las maletas de su amigo; voló este á despedirse de su hija, dándole un abrazo que temió fuera el último que la diese en la vida, encargóla con todo empeño al cuidado de su tío Mercourt, quien prometió consagrar su vida y caudal á la educación de la huérfanita, y vuelto el coronel á casa de Arceval, fué la separación de estos dos amigos la mas tierna y dolorosa que pueda imaginarse.

No le ocurrió cosa particular hasta Londres, en donde fuera ya de peligro quiso detenerse algunos dias. Deseaba el coronel pasar á la América, y solo esperaba ocasion favorable para embarcarse. No tardó efectivamente en proporcionársele navío que lo condujese allí; mas antes de trasladarse á bordo, le ocurrió examinar sus maletas y arreglarlas de nuevo. Pero cuál fué su asombro al encontrar en ellas enormes sumas de dinero, con una esquila que al punto conoció era escrita por su querido Arceval! Leyóla inmediatamente, y hé aquí lo que decía:

“Amigo de mi corazon: en la batalla de Fleurus, tu padre á cuyas órdenes servia yo, me avistó en el momento crítico en que distante de mi tropa me tenia envuelto un peloton de enemigos. Por mas que procuraba defenderme, conocí que era preciso ceder al número; ya me

habian dado un sablazo en un hombro; y en fin, mi vida se hallaba en el peligro mas inminente, cuando, como digo, tu padre, el general Saucy, acudió á toda brida á libramme, lográndolo y llevándome á su propia tienda, donde cuidándome con el mas tierno interés, él mismo restañó la sangre que salia de mi herida, cual lo hiciera un buen padre con su propio hijo. Accion tan noble jamás se ha borrado de mi memoria, y al verte rodeado de infortunios, he dicho: “Si debo mi vida al padre, mis caudales deben pertenecer al hijo.....” No te admires, pues, de que haya vendido gran parte de mis bienes, con el objeto de ayudar á un amigo tan querido, cuando este gime bajo el peso de la desgracia. Tuya es desde ahora esa cartera, que podrá servirte donde quiera que te halles, y estoy seguro que mi amado Saucy tendrá lo bastante para finalizar sus dias en paz, sea cual fuere el término de su existencia. Tu amable Carolina, confiada al cariño de un tío rico que la quiere como á una hija, no debe inspirarnos inquietud respecto á su destino. Valor, amigo mio, resignacion, y sobre todo, esperanza..... Vamos á tomar con todo empeño el desagravio de tu honra, y no dejaremos piedra por mover á fin de que salga brillante tu inocencia... Pero antes de dar algun paso imprudente y espuesto, espera nuestro aviso, y no dudes del inesplica.

ble placer que tendremos en acelerar el momento en que podamos darte mil abrazos. Adios. Tu amigo.—*Clotario de Arceval.*”

Registró el coronel la cartera, y halló en ella dos millones de reales en letras de cambio, y una porcion de monedas de oro... ¡Qué hará en este caso, no pudiendo detenerse para restituir inmediatamente una cantidad tan considerable á un amigo que se ha quedado casi pobre por favorecerle? Confuso, turbado, fuera de sí, cierra la maleta, embárcase, y parte. Apenas llegó á América, lo primero que hizo fué escribir á su hija una larga carta, en que la participaba circunstanciadamente el generoso rasgo del señor Arceval.—Yo me prometo, mi amada Carolina, la decia, restituir á ese amigo, el modelo de los amigos, la enorme suma que ha puesto en mi poder, luego que encuentre una oportunidad favorable para ello; pero si por desgracia no puedo hacerlo, y si me sorprende la muerte antes de efectuar este proyecto, te mando con toda la autoridad que tengo sobre tu corazon, y en nombre del tierno amor que me profesas, hagas cuanto dependa de tí, por contribuir á la felicidad de ese amigo generoso. Conserva mi carta para volver á leerla cuando la entiendas mejor, y sábetelo que dejo á tu cargo, sea del modo que fuere, la satisfaccion del agradecimiento de tu padre!

Nuestro desgraciado coronel pronosticaba ya su fin cercano, y en efecto, agoviado de pesar y de fatiga, no pudo sufrir el nuevo clima en que respiraba, y cayó enfermo. Entregado á una asistencia mercenaria falleció á poco, y su rica cartera fué robada y dividida entre los que le rodeaban. Deciros como fué esto, y que nunca pudo su familia recuperar siquiera una débil parte de aquel inmenso caudal, seria desviarme de mi propósito, y así no os hablaré mas que de la preciosa Carolina.

Recibió esta amable niña la última carta de su padre, y aunque apenas tenia doce años, la regó con sus lágrimas comprendiendo bien el sentido de sus espresiones. Mostrarla á su tío, persona muy digna de ser partícipe de su agradecimiento, y volar con él á casa del anciano Arceval fué para la sensible señorita negocio de un instante. Arceval suplicó á Carolina y á su tío que no le volviesen á hablar de una cosa que debió hacer por un amigo desgraciado. Como tío y sobrino tenían demasiado interés en contemporizar con un anciano tan respetable, le prometieron que en lo sucesivo no tocarian este punto, y Mercourt logró de él que se saliese de la modesta casa que habia alquilado en Paris, para venirse á la suya en compañía de la hija de su amigo. Cedió con alguna dificultad á sus instancias el generoso Arceval, pero al



cabo tenia setenta y seis años, estaba algo achacoso, necesitaba quien le cuidase; y quién podia hacerlo mejor que la hija y el hermano de un amigo á quien habia hecho tantos beneficios?

La felicidad de esta amable familia, solo se vió interrumpida con la dolorosa noticia de la muerte del coronel Sancy; entretanto Carolina aumentaba en gracias y en virtudes, y prometia ser la mujer mas interesante del pais.

Habia cumplido ya diez y ocho años, y solo trataba de ejercitarse en las preciosas habilidades que debia á su excelente educacion. Carolina era el alma de todas las concurrencias, y apenas se presentaba conmovia los corazones de los jóvenes, notándose que miraba con alguna inclinacion entre sus admiradores al conde de Kervilé, tan interesante por su dulzura como por sus arregladas costumbres. Era este jóven hijo único de un antiguo militar que habia muerto en campaña dejándole una cuantiosa herencia. Vivía su madre que era una excelente señora, la cual cifraba en el hijo su felicidad; y nunca salía de casa sin llevarle consigo, ni él se presentaba en ninguna parte sino al lado de su madre. Este rasgo de amor filial, en vez de servir de modelo á otros caballeros de su edad, solia servirles de pretesto para ridiculizarle; pero Kervilé se burlaba de sus bufonadas, contestándoles:—Qué quereis!

Tengo una madre tan indulgente conmigo y tan obsequiosa, cual pudiera hacerlo una amiga, y al mismo tiempo me deja tanta libertad, cuanta teneis vosotros. Es cierto que no gusta de abusar de los teatros, bailes y tertulias..... pero es la primera que me insta, y aun me manda que me divierta. O; confieso, amigos míos, que los momentos mas dulces para mi, son los que paso á su lado...

De esta manera hablaba Kervilé á sus amigos, quienes despues de oírle no podian menos de apreciarle, aun cuando no se hallasen dispuestos á seguir su ejemplo. No habia madre de familia que no le elojiasse, y cada una de ellas le hubiera querido para esposo de su hija, porque conceptuaban con razon, que debia ser un excelente marido.

Madame Kervilé y su hijo pasaban las tardes en casa de Mercourt, y nuestros amigos corrian por la noche á la de ellos. Madama de Kervilé y el anciano Arceval jugaban ajedrez; Mercourt era quien decidia sobre las jugadas, y Eugenio y Carolina ejecutaban varios trozos de música; otro jóven, llamado el caballero de Ormison, pariente remoto del conde de Kervilé, y el mas íntimo de sus amigos, era tambien de la tertulia, acompañado de un tío suyo, militar veterano, gran cazador, gran apostador, y sobre todo, gran bebedor. Tanto el caballero de Ormison

como el conde miraban apasionados á la bella Carolina, y aunque ambos la adoraban, el último llevaba la primacía en el corazón de la señorita, ya porque solo él había conmovido su alma, ya porque su tío la estimaba particularmente. Cuando el conde no estaba delante, y Carolina hablaba de él á su tío, se alegraba de oír á este alabar al amigo de su corazón, y en efecto, Mercourt no cesaba de ponderar sus buenas prendas.—Es buen hijo, decía, y esta sola palabra basta para dar una idea de que tiene todas las virtudes.....—Vamos claros; sobrina, añadía sonriéndose, me parece que no te pesa que hable de esta manera? oye, hija mia: si te agrada, si deseas recibirle por esposo, no tienes más que decírmelo, y yo haré un matrimonio que sea el consuelo de mi vejez; pero Carolina se ponía encendida, callaba, y se retiraba sin que supiese el buen tío á qué atribuir esta conducta.

No estaba tan satisfecha nuestra señorita del modo con que el señor Arceval juzgaba á su amable Kervilé, de quien hablaba siempre con tono enfadado. No veía en él ninguna de las buenas prendas que todos admiraban; tratábase con alguna aspereza; se burlaba de él, y parecía desasosegado cuando le oía decir algún requiebro á Carolina, que esta le contestaba en los propios términos. Consultado el viejo por

nuestro Mercourt acerca del matrimonio entre los dos jóvenes, perdió el color, halló mil obstáculos para este enlace, y experimentó un descontento que no le fué posible disimular. Acabó de trastornarle cierto día madama de Kervilé, pues abrazando á Carolina:—Hija mia, la dijo, yo no tengo quien me ame ni á quien amar, sino á mi Eugenio..... si tú le quieres por esposo, desde ahora te le doy. Necesito una nuera que tenga todas las virtudes de su alma, que me ame cuanto él me ama... y he hallado en tí esta nuera tan apetecida. Mercourt, amigo mio! cuándo los casaremos?—Eso, contestó Mercourt, preguntádselo á mi sobrina.

Calló esta, y el anciano Arceval, que andaba disponiendo el juego de ajedrez, por poco echa á rodar las piezas con el movimiento que hizo de disgusto y mal humor.

A la mañana siguiente, llamándola el tío á su cuarto:—Sobrina mia, la dijo con mucha afabilidad, despues de hacerla que se sentara; tu conducta es un misterio para mí, pues hace bastante tiempo que conoces á Kervilé, que le amas, que él te adora, y cien veces te he propuesto que te unas con un joven de tan bellas prendas, sin que hasta ahora haya logrado que me respondas terminantemente. Veintidos años tienes, Carolina, y ya me parece que es tiempo de que pienses en establecerte; y aunque te



sientas poco inclinada á verificarlo, mi obligacion, y sobre todo el cariño que te profeso me empeñan á repetírtelo. Sin embargo, antes de que te decidas sobre un asunto de tanta importancia, tengo todavía otra cosa que recordarte. Supongo que no te habrás olvidado de que mi amigo Arceval se despojó generosamente de casi todos sus bienes por sacar airoso á tu desventurado padre, y que desde aquella época el buen anciano se vió reducido á un estado de medianía en que le es difícil subsistir con alguna decencia. A tí, por influencias tuyas se te restituyeron los caudales de tu padre; posees en el día tres veces mas de lo que importaba la deuda de este padre, y me admira que nunca me hayas hablado de pagarle á este hombre, modelo de beneficencia. Yo, como tutor escrupuloso, no puedo arbitrariamente hacer esa restitucion y necesito de tu consentimiento para ello. La jóven contestó:—Ya hablaremos de este asunto, que nunca se ha borrado de mi memoria. La carta de mi padre, carta preciosa y sagrada, que traigo siempre conmigo, me recuerda sus deseos y sus órdenes.—Muy bien, pero en este caso qué aguardas para cumplirlas?—Tío mió!... ya llegará el momento en que veais como sé combinar los deberes de la gratitud con los de la piedad filial. Por lo que habla al conde de Kervilé...—Le amas, no es esto?

A menos que no prefieras á su pariente Ormison?—Oh, no señor!—Es que tambien es de los pretendientes.—Lo sé, querido tío, y aun hay otros; pero quereis que esto se termine luego? Quereis desengañaros de mi verdadero modo de pensar?—Lo deseo con toda el alma.—Pues bien, dignaos reunir mañana á los señores Kervilé, Ormison y Sanfar, que de algun tiempo á esta parte me ha explicado sus intenciones; yo me decidiré, y vos conoceréis mi resolucion.

Aceptó Mercourt la propuesta, y convidó á comer para el día siguiente á todos los que aspiraban á la mano de su pupila; una vez reunidos todos en la pieza principal, y siendo ya de noche, hizo Carolina un esfuerzo sobre sí misma, y resolvióse á manifestar terminantemente quien era la persona á quien preferia. El tío inició la conversacion diciendo:—Caballeros, y vos madama de Kervilé, antes de comenzar las partidas de juego, espero permitireis que mi sobrina explique á todos un secreto, que si no me engaño, hace algun tiempo abriga en su corazón. Deseo su matrimonio, pero de ninguna manera pretendo forzar su inclinacion, sea la que fuere, y he citado á sus pretendientes para que haga entre ellos su eleccion, la cual no puede menos que ser digna de su juicio. Habla, pues, hija mia.

Levantóse al oír esto el viejo Arceval lleno

de la mayor agitacion; pero Mercourt, asiéndole por la mano, y obligándole á que volviese á sentarse, le dijo:—Amigo mio, vos que habeis visto nacer á Carolina, que la amais, que la habeis dado tantas pruebas de una verdadera estimacion, la desampararíais en el momento crítico en que vamos á decidir todos de su felicidad?...

Contúvose nuestro anciano, volvió á sentarse, y Carolina, aunque muy turbada, y demudado el color, habló en estos términos:—Conozco, señores, á los que, reunidos en esta sala tienen la bondad de pretender mi mano. No tengo la vanidad de creer que con elegir á uno, atormentase á los que pareciesen desairados, porque hay bastantes mujeres apreciables que podrian consolarlos de mi pérdida, reemplazándome ventajosamente. Habeis podido creer que yo tenia en mi corazon una inclinacion particular á uno de vosotros? Pues ahora conocereis á este corazon que cada cual ha creído conmovér á favor suyo. Señores, concluyó dirijiéndose al señor Arceval; veis á este anciano, que ha sido el bienhechor de mi padre!..... *Este y no otro será mi esposo.....*

Semejante declaracion llenó de asombro á los concurrentes. Carolina prosiguió tomando las manos del anciano.—Sí, amigo mio, con vos me caso, porque conozco los nobles sentimientos de

vuestra alma, y no creais que debeis mi mano solamente á la gratitud, aunque ha tenido bastante influjo en el partido que acabo de tomar... en fin, á vos elijo por mi esposo.

El honrado anciano, trémulo y confuso, no sabia qué hacer ni qué decir. El amable Keruilé inclinó la cabeza como aquel que se deja sumergir en un dolor profundo; y el caballero de Ormison fué el único que dirigiéndose á Carolina, la dijo así:—Es posible señorita que en tal penseis! Vuestra eleccion es muy caprichosa y la persona favorecida no es posible que acepte vuestra mano. Arceval reflexionará que un Matusaléu no dice bien al lado de una hermosa jóven y...—Perdonadme, caballero, le contestó moderadamente nuestro anciano: yo acepto la oferta de Carolina, y por lo mismo que me traeis á la memoria mi avanzada edad, y porque me veo cercano á la sepultura, quiero disfrutar todavia de una dicha inmensa aunque corta. Sí; yo pretendo engalanar con un himeneo tan envidiable los pocos años, meses, ó acaso dias que el cielo se digne otorgarme: y ya que vosotros, señores, no lo habeis penetrado, debo deciros que á pesar de mi mucha edad he caido en el delirio de amar con igual violencia que vosotros pudiéreis hacerlo. Yo no miraba á Carolina sino con los ojos de un padre, de un amigo, de un viejo que la vió nacer; mas



lay! no he tardado en advertir por cierta especie de celos, que vosotros en mí excitábais, que yo estaba enamorado de ella. A no como cualquiera joven, y no puedo concebir que sea ridícula esta pasión tan bien justificada por el objeto que la inspira. Acepto, pues, la mano de Carolina, única mujer que me ha inspirado un verdadero cariño, y hablando con franqueza, me lisonjeo de que este partido no la perjudicará en nada. Es cierto que me caso con ella; pero pronto quedará libre; porque la muerte no podrá tardar en alcanzarme, y el corto espacio de tiempo que haya pasado conmigo, como una hija con su padre, no marchitará sus atractivos. No envidieis pues, algunos momentos de consuelo que me causará su amable compañía.

Levantóse madama de Kervilé, y tomando á su hijo por el brazo, retiráronse ambos sin decir una palabra.

Los otros dos pretendientes tomaron el partido de retirarse, y al salir dijo Sanfar á Ormison:—Amigo, dejemos á la niña con su viejo.—Sí, contestó éste, ahí quedan Titón y la Aurora.

Luego que nuestros amigos quedaron solos, señalaron el día y demás circunstancias para la ceremonia nupcial; y como Melcourt hiciese á Carolina algunas observaciones acerca de su singular elección:—Amado tío, repuso la jó-

ven, no tengo otra respuesta que daros mas que la carta de mi padre. ¡No me ordena que haga cuanto dependa de mí, por contribuir á la felicidad de su amigo?... Yo llegué á notar que Arceval me amaba, y que no era esto una simple amistad, sino un verdadero amor. Siempre discreto, y juzgándose á sí mismo con mas rigor que yo le juzgaba, nunca me descubrió su modo de pensar; mas mi enlace con otro hubiera sido para este hombre generoso un golpe de muerte.—Te comprendo, Carolina; pero tú amas á Kervilé?—Tío!... la felicidad del amigo de mi padre estaba en mi mano... y era fuerza obedecer á un padre tan bondadoso! —Te admiro, hija mia, y no sé qué responder. Vive feliz con Arceval, si es que puede serlo la que tiene otra inclinacion en su alma.—Acordáos como yo, querido tío; acordáos de mi padre!

De allí á breves dias quedó celebrado el matrimonio del anciano Arceval con Carolina, y efectivamente vivieron los dos esposos como un buen padre y una tierna hija. Esta por fin volvió á su libertad con la muerte de aquel, y recobrando el amor sus antiguos derechos, se unió en segundas nupcias con el conde de Kervilé, quien persuadido siempre de que hallaria libre tarde ó temprano el corazón de su Carolina, se habia mantenido sin entregar el suyo á

otra. Este himeneo, mejor combinado que el primero, colmó de júbilo á Melcourt, el cual vive todavía y pasa sus días muy tranquilos con la interesante pareja que ayer habeis visto aquí. Elisa y Clara confesarán sin duda que Carolina es un modelo de piedad filial, y que la conducta de esta jóven no merece sino elogios.

Callaron las dos, aunque no las acomodaba la union del viejo y la niña; y lo restante del día lo dedicaron nuestros amiguitos en recrearse con la amenidad del campo.

## DIA CUARENTA Y SIETE.

---

En este día tocó su turno á María, con motivo de un pequeño robo, verificado en la despensa de unos vecinos, por los hijos de éstos, y que causó algun escándalo en la Cartuja. El ama de gobierno refirió la historieta siguiente á los niños mas pequeños de la casa de Arleville.

## LA GOLOSINA.

Madama Dumont era ya una mujer proveccta, pero de cortísimo talento. Vivía en una casita muy linda, algo apartada de las demás, y al extremo de un pueblo. La he conocido mucho cuando niña: todavía me acuerdo que me hacia mil caricias, tomándome sobre su regazo, y aún faltó poco para que me llevara consigo y me cria-



otra. Este himeneo, mejor combinado que el primero, colmó de júbilo á Melcourt, el cual vive todavía y pasa sus días muy tranquilos con la interesante pareja que ayer habeis visto aquí. Elisa y Clara confesarán sin duda que Carolina es un modelo de piedad filial, y que la conducta de esta jóven no merece sino elogios.

Callaron las dos, aunque no las acomodaba la union del viejo y la niña; y lo restante del día lo dedicaron nuestros amiguitos en recrearse con la amenidad del campo.

## DIA CUARENTA Y SIETE.

---

En este día tocó su turno á María, con motivo de un pequeño robo, verificado en la despensa de unos vecinos, por los hijos de éstos, y que causó algun escándalo en la Cartuja. El ama de gobierno refirió la historieta siguiente á los niños mas pequeños de la casa de Arleville.

## LA GOLOSINA.

Madama Dumont era ya una mujer proveccta, pero de cortísimo talento. Vivía en una casita muy linda, algo apartada de las demás, y al extremo de un pueblo. La he conocido mucho cuando niña: todavía me acuerdo que me hacia mil caricias, tomándome sobre su regazo, y aún faltó poco para que me llevara consigo y me cria-

ra á su lado, para lo cual me pidió muchas veces á mi madre; pero como no tenia otra hija mas que yo, queria que la ayudase en las labores de la casa, y en verdad que ha sido mucha lástima, porque acaso hubiera estado yo algo mejor que ahora... quién sabe? Educada por una señora rica, hubiera podido figurar algun dia...

—Vuélvete á tu cuento, dijo Eugenio, temiendo que lo olvidase, por ocuparse de su persona.

—Habiéndosele muerto á madama Dumont su ama de gobierno, pasó á vivir á Paris con una hija que allí tenia casada. Tomó la señora una cocinera que le habia parecido muy fiel. Cierta dia compró una botella de elixir para el dolor de muelas, y no una botella como quiera, sino de medio azumbre, en la cual habia un licor hecho con limon y otros ingredientes, que no era nada ingrato al paladar. Parecióle á madama Dumont que no habia motivo para guardar la botella, y por consiguiente la colocó en un armario abierto; pero como al cabo de dos dias notase que su licor se habia disminuido considerablemente, se lo dijo á su yerno, el cual adivinó al momento que la golosa era la cocinera, y como era de humor festivo, se propuso divertirse á su cuenta. Esperó, pues, que la muchacha viniese á la misma pieza donde se hallaba el armario, y á presencia de aquella,

dijo á su suegra:—Ahora que me acuerdo, tenia que pedirlo, madre mia, cierto favor.—¿Cuál es, querido mio?—No teneis aquí una botella de aquel veneno lento que mata los topos? Anda una chusma de estos animalejos en el jardin, y todo lo destruyen...—En verdad que es un veneno de los mas terribles! Pobre del que lo tócase, que no duraria un mes!

La pobre muchacha, que hasta entonces habia oido con indiferencia el principio de la conversacion, quedó pasmada al oir el resto, y al ver á su ama levantarse, ir á buscar la botella, cuyo licor le gustaba tanto, y dársela á su yerno diciéndole:—Toma, ahí tienes el veneno que me has pedido.—Cielos! exclamó la pobre cocinera; veneno! veneno! ah Dios mio!.. No pudo concluir, porque con el susto cayó desmayada. Corrieron los dos á levantarla, y haciéndola volver en sí, la preguntó su ama qué tenia? —Ay señora de mi alma! respondió tartamudeando, yo he bebido de ese veneno; por Dios, no me riñais, que bastante desgraciada soy!—Con efecto, añadió el yerno, ahora no hay que reñirla porque seria empeorar el mal. Pero dime, Mariana, no sentiste nada al beberlo... ®

—Sí señor, sentia que me picaba, y esta mañana ¡oh Dios mio! qué ardor tan horrible!...

Esto era ilusion; pero la pobre Mariana lo creia firmemente.—Vamos, vamos, dijo el yer-



no de madama Dumont, es preciso darle á esta infeliz un contraveneno, y gracias á que yo sé hacerlo, que si no, correria peligro su vida.

Como ya os he dicho que le gustaba divertirse con el prójimo, tomó un vaso, llenólo hasta la mitad de vinagre, y mezclándole alguna pimienta, se lo hizo tragar á la golosa. Resultó una calentura bastante fuerte; pero no tardó en quedar libre de ella, persuadida de que había sido envenenada, y protestó que en lo sucesivo no pondria la mano en ninguna cosa sin orden de su ama.

Ya veis, hijos míos, que todo se descubre, que nada queda sin castigo... pero allí viene vuestro padre con un caballero... vamos á ver qué huésped tenemos.

## DIA CUARENTA Y OCHO.

Era el huésped Hipólito Duverney, quien por haberse caído del caballo en el camino, tuvo que irse al instante á la cama, donde le visitó su tío el señor Arleville, y toda su familia. No era de peligro la caída, y así no le impidió responder á las preguntas que le hicieron acerca de sus viajes. Estaba Hipólito muy flaco y desfigurado, y admirándose nuestros amigos de ello, les dijo:—Ha probado muchos disgustos en poco tiempo, y no es de admirarse que hayan hecho en mi rostro la impresion que notais. Primero, he visto morir á mi amigo, á mi único amigo, á mi respetable bienhechor.—¿Orgeval?—Sí, ha fallecido! en mis propios brazos exhaló el último aliento; y ya debeis comprender cuán sensible me habrá sido este golpe!... A los pocos dias perdí á mi buena esposa y.... pero

dejemos estos tristes acontecimientos para otro día... Quereis pasar una hora entretenidos con cierta lectura? Traigo en mi maleta las obras del marqués Albergati Capacelli, impresas en Venecia el año de 1785... Buscad el tomo undécimo, y entre las doce novelas ó cuentos morales para el uso de los niños que compuso este amable autor, hallareis una que me parece os ha de servir de gusto y de instruccion. Es la tercera... Tú, Enrique, podrás leerla, puesto que entiendes perfectamente la lengua toscana. —Ya que se me dá esa comision, dijo Enrique, haré todo lo posible por desempeñarla del mejor modo; pero cuento con la indulgencia de mis oyentes para los defectos que puedan notárseme. Dice así:

SOBERBIA,

### INDICIO DE IGNORANCIA.

¡Dichoso ciertamente podrá llamarse aquel padre que además de la piedad y religion, viere descollar en su hijo un talento dispuesto para las ciencias, y una estremada inclinacion á la lectura! Sin embargo, este ardiente deseo de leer que se descubra en el jóven, exige de su padre y de su maestro, suma vigilancia en la

eleccion de los libros que deben ponerse en sus manos inexpertas, observando cuáles son las impresiones que le causan, y andando solícito en ocultar las que puedan serles perjudiciales. Un libro inmoral que caiga en poder de un lector nécio ó distraido, tal vez hará poco daño en su entendimiento, porque el ingenio escaso, la poca reflexion y la veleidad, apenas permiten que entren en su alma máximas buenas ni malas; pero un libro excelente que llame la atencion de un lector atento, el cual á fuerza de meditarlo quiera sacar de él consecuencias, reglas y preceptos, puede muy bien inducirlo en funestísimos errores, transformando en veneno aquello que cabalmente debia ser su mas agradable alimento. Para evitar estas dolorosas consecuencias se debe preguntar con frecuencia á los jóvenes, y obligarles con afabilidad á que den cuenta de lo que han leído, porque sabiendo bajo qué aspecto han recibido sus máximas, podrá el padre ó el maestro deterrar sin dilacion sus errores, ó confirmarlos en el atinado juicio que hubiesen formado. La siguiente novela moral, demostrará si tengo razon en lo que he expuesto.

Pánfilo, salermitano, honrado aunque plebeyo, y de medianas comodidades; dotado de claro entendimiento y de una conducta irreprehensible, pasaba en su patria una vida feliz y tran-



quila. No cuidaba de atesorar, y antes bien, continuando con toda escrupulosidad en el pequeño comercio que habia heredado de su padre, se contentaba con ver asegurada su modesta subsistencia. Casado con una mujer virtuosa, que habia muerto en la flor de sus años, tuvo de ella un solo hijo, sobre quien recayó todo aquel amor que Pánfilo dividia entre éste y su esposa. No conocia el buen padre mas cuidado que la educacion del niño, el arreglo de sus negocios domésticos y algun pasatiempo de vez en cuando, mas por aliviar los estudios del jóven, que por su propio deleite. Teótimo, que así se llamaba el hijo, era muy aplicado, y á los doce años tenia ya singular afición á leer los libros que le venían á la mano. Fomentaba Pánfilo su buena inclinacion, y no rehusaba satisfacer sus deseos, que á la verdad eran dignos de alabanza.—Mucho me agrada, le decia, que además de aquellos ejercicios á que te consagras bajo la direccion de tus maestros, te dediques en los ratos libres á leer por tí solo. A mí me basta saber qué libros manejas, y qué reflexiones haces con respecto á lo que lees; y con esta condicion nunca me verás mirar con ceño la compra de aquellos libros que puedan recrearte con utilidad. Mucho se alegraba con esto el estudioso jóven, parecíanle muy suaves estas condiciones, y cada dia se manifestaba

mas pronto y diligente en su observancia. Salió este sistema tan útil como el padre lo habia pensado, y de las frecuentes conferencias entre los dos, resultaba siempre una de dos cosas, ó quedar el hijo ilustrado sobre algun punto dudoso, ó muy satisfecho el padre, notando cuán bien habia reflexionado aquel, sacando consecuencias provechosas. Era muy recomendable, sin duda, este método, y el prudente Pánfilo una vez entre otras se valió de la práctica experimental para oponerse á la ardiente imaginacion de Teótimo á quien le parecia haber hecho un descubrimiento sublime y original. Sucedió, que habiendo entrado Teótimo alegre y alborozado sobremanera en el cuarto de su padre: —¡Oh qué cosa tan bella, dijo, acabo de leer. Qué delicia si pudiera efectuarse! Dichosos entonces los hombres! Dichosa la sociedad en la cual origina tantos desastres la malicia de éstos! —Pánfilo, que se hallaba escribiendo, soltó la pluma, y volvióse á su hijo preguntándole:— Dime, querido Teodoro, qué es lo que has leído? Qué has hallado que te cause tanta impresion? —Tal vez, padre mio, le respondió con modestia, os burlareis de mí pareciéndoos una extravagancia mi pensamiento, aunque á la verdad no podreis negarme que sea una extravagancia apetecible.—Hijo mio, te prometo no reirme. Puedo darte buenos consejos ó ilustrar tu en-

tendimiento; pero nunca despreciarte ni burlarme de tí. Sin embargo, debes considerar, que ningun hombre sábio y juicioso podria jamás desear lo que fuese extravagante, y pugna-se contra las leyes establecidas por el Supremo Autor. Mas dejando este punto para ocasion mas oportuna, quiero que me digas con franqueza, qué ha sido lo que ha llamado tu atencion.—Inclinó la cabeza Teodoro á las órdenes de su padre, y respondió con su acostumbrada humildad:—Puede que yo me engañe, como ordinario me acaece, bien que me lisonjeo de no estarlo del todo. He leído en el último libro que me habeis dado, que cierto dia hubo una gran disputa entre Minerva, Neptuno y Vulcano, acerca de la maestría y excelencia de las artes, de la cual resultó haber Neptuno formado un toro, Vulcano un hombre y Minerva construido una casa. Presentándose despues las tres deidades paganas al dios Momo, que habian elegido para juez, examinó éste las tres obras, y sin hacer caso del mérito que podian tener el toro y la casa, elogió la fábrica del hombre, y solo le notó un defecto, por el cual reconvino á su autor con aspereza.—Tú debias, le dijo Momo, abrirle una ventanilla en el pecho, de manera que cada uno pudiese, abriéndola, ver lo que pasaba dentro, y conocer así sus pensamientos mas ocultos; sus pasiones, sus deseos,

y si mentia ó hablaba la verdad. Qué os parece, querido padre? Yo hallo muy singular y muy útil esta idea, y me parece que, puesta en práctica, seria facilísimo conocer el corazon humano. Apenas se sonrió Pánfilo, y dirigiéndose á su hijo con afabilidad, le contestó en estos términos:—Entre las deidades fabulosas nos pintan á Momo como un dioscecillo de cortísima vista, y por eso no es maravilla que apetezca medios claros y fáciles para penetrar los pensamientos del hombre. Ya sabes el lugar que merecen estas divinidades imaginarias, y sabes no menos que el hombre es obra toda de un Dios verdadero, perfecto y Omnipotente. No te niego que de los males que observamos en la sociedad, es el primer origen no conocerse los hombres unos á otros, quedar ocultas las intenciones que abrigan en su pecho, no ver claramente los fines á que se dirijen, y oír las palabras con la incertidumbre de saber si estas proceden del corazon ó de los lábios. Pero, hijo mio, la culpa la tienen los hombres mismos, y nosotros somos los que inútuamente queremos engañar ó ser engañados. Es cierto que el corazon humano, es decir, sus inclinaciones, sus pasiones, sus movimientos interiores permanecen ocultos y escondidos; mas no te olvides de este verso:



*Que con los ojos lince de la mente  
Del hombre el corazon se vé patente.*

Estos ojos del entendimiento, que Dios nos ha concedido, empleados con la prudencia necesaria, son los que inutilizan la ventanilla en el pecho humano, puesto que su vista es tan lince que todo lo examinan, y llegan á sondear lo mas profundo. No debemos por eso ser suspicaces y desconfiados; pero sí cautos y bastante reflexivos, antes de aceptar la amistad de otro y convidarle con la nuestra. Últimamente, se hace forzoso que seamos corteses y urbanos con el prójimo, sin dejar por eso de observar sus palabras y modales, y particularmente sus obras para poder discernir qué carácter, qué índole y qué intencion abriga en su pecho.

—Siendo así, replicó Teótimo, se necesita mucho para descubrir el interior, no digo yo de muchos; pero de uno solo, y nunca podremos acertar...—Te equivocas, añadió el padre, pues pocas chispas bastan para esparcir la luz necesaria. Sábetelo que toda virtud y todo vicio ofrecen á un buen observador señales poco menos que infalibles de su naturaleza, y una vez conocidas, el hombre prudente resuelve para consigo, si debe huir ó buscar la amistad de aquel en quien se notan; y si no, dejémonos de teorías, y vamos á la práctica. Ya es tiempo de

dar el paseo acostumbrado: salgamos, pues, y haciendo con los hombres lo mismo que con los libros, luego que veas alguno que te cause impresion por cualquier motivo, avísame, y díme lo que piensas de él.

Salieron en efecto, y apenas llegaron á la plaza, se detuvo nuestro jóven, haciendo lo mismo su padre, que le preguntó, qué objeto llamaba su atencion?—No veis, contestó Teótimo, aquel hombre magníficamente vestido, que va caminando con la cabeza erguida, que amenaza con la vista, que no saluda á nadie, y si lo hace, es con aire de desprecio y de altivez?—Y bien, qué piensas de ese hombre?—Que debe ser algun sujeto de ilustre y distinguido nacimiento, respetable por su sabiduria y digno de aprecio por sus altos empleos, ó por sus irreprehensibles costumbres. Mirad cómo aquel se inclina para saludarle, cómo el otro le habla con la cabeza descubierta, siendo así que todavia calientan demasiado los rayos del sol!... Y sin embargo, el obsequiado personaje manifiesta desatender absolutamente las humildes atenciones de sus desconocidos.—¡Ah hijo mio! le dijo el padre, yo veo lo mismo que tú estás viendo; pero juzgo de distinta manera. Que aquel fantasma sea de ilustre cuna, podra ser muy bien, y no me causará maravilla; pero las demás prendas que supones en él, de ingenio y

de buenas costumbres, me sorprenderian mucho que en él se hallasen. Es forastero, y no lo conozco; sigámosle, pues, y lo examinaremos mas despacio.

Entre tanto, aquel entonado y soberbio señorón dirigía sus compasados pasos hácia la posada, seguido de lacayos, en quienes se traslucía la misma insolencia que orgullo y altanería en su digno amo. Si á este le pedia limosna un pobre, ó volvía la cabeza para otro lado, ó levantaba el baston amenazándole.

—Claro está, dijo Pánfilo á Teótimo, que la soberbia y la aspereza resaltan en el exterior de ese hombre. Tú le has creído un hombre grande, y es preciso saber si te has equivocado.

Observó en esto el padre que el banquero Cratilo, amigo suyo, se acercaba á hablar con el orgulloso, y que lo hacia con cierta familiaridad. Luego que se despidieron, preguntó al banquero quién era, y éste le respondió, que era un caballero siciliano á quien debia ir á pagarle dentro de una hora una letra de cambio. Pánfilo propuso hacerle compañía con Teótimo y Cratilo respondió que no tenia inconveniente.

Llegado que hubo la hora señalada, se dirigieron juntos á la posada del siciliano, el cual no estuvo en la antesala un solo momento á otras gentes que le llevaban dinero. El foras-

tero, recostado en un sofá, vestido con una rica bata de China, y con la pipa en la boca, regaló cien veces con los nombres de bruto y de pícaro á los criados, porque tardaban en traerle otra encendida. Ni aun se movió de su cómoda postura con la llegada del banquero y de sus acompañantes, y sin apartar la pipa de sus ahumados lábios, arrojó con su ingrato olor una seca salutacion á los recién llegados.

Habia pocas sillas en la pieza y estas estaban cubiertas con varios arreos del viajero, con escepcion de tres arrimadas al sofá, que ocupaban dignamente un podenco, un mono y un loro, criaturas todas tiernamente amadas del cortés é ilustrado caballero. Estuviéronse, pues, en pié el banquero, Pánfilo y Teótimo.

—Venís á traerme ese dinerillo? dijo el siciliano.—Sí señor, contestó Cratilo, sacando las monedas, y presentando el libro en que habia de firmar el recibo; pero al mismo punto que debia verificarse esta diligencia, entró un lacayo y entregando á su amo una nueva pipa, le dijo que aguardaba en la antesala un hombre que queria enseñarle no sé qué libros.—Que entre el bribon, le respondió el siciliano.—Llegó el pobre librero, y le mostró humildemente una obra en cuatro tomos.—Qué casta de encuadernacion es esta? Una obra á la rústica para un hombre como yo?—Abrió el libro, y con tardía



pronunciacion leyó: *Obras de Demóstenes, traducidas al italiano.*—Y te atreves, majadero, á venírte me con esas tonterías! No quiero autores franceses. Yo en los libros franceses no aprecio mas que la pasta; y solo me gustan las obras de los antiguos. El desventurado librero que vió á su *Demóstenes* transformado en moderno y con la nacionalidad francesa, no pudo menos de responderle:—Usia se engañó quiere burlarse de los presentes...—Cómo! interrumpió el *erudito* siciliano, encendido en cólera y echando á rodar la pipa, yo no me engaño nunca, ni menos me digno burlarme de nadie; véte fuera de aquí.—Quería el infeliz replicar; pero los improperios y amenazas del amo, y la energia y violencia de los criados, pudieron mas que sus razones; lo arrojaron á empellones fuera de la sala, y decidieron sin apelacion que *Demóstenes* era moderno, y muy francés.—Estos, prosiguió dando bufidos el siciliano con ira ingénua, creen que siempre tratan con tontos... ahora contad el dinero que me traeis.—Arriñóse el banquero y contó la cantidad que llevaba, entregándosela en seguida.—Ahora, dime, prosiguió el siciliano que haré para poner dinero en Marsella? Tienes allí correspondencias de satisfaccion?—Mis correspondencias, señor, no salen de Italia.—Pues bien, con eso tengo bastante.—Pero es que

Marsella, ya sabe usia, que es una ciudad de Francia.—Tambien te metes á darme lecciones? Amigo Cratilo, sé donde está Marsella; sé qué cosa son los encajes de Marsella... Italia, Italia, buen banquero, todo esto es Italia; pero si no quieres servirme, habrá ciento que lo deseen.—Será como usia quisiere, mas yo no tengo correspondencias en Marsella; anhelo servir á usia en cualquiera otra parte que pueda; tal vez estaré engañado, y Marsella será una ciudad de Italia...—Sí, dijo Teótimo en voz baja á su padre, cuando *Demóstenes* sea moderno y francés.

Terminada esta breve disputa se preparó el geógrafo caballero á firmar el recibo de la cantidad desembolsada. No halló en el sofá postura que le facilitase la grande obra de estampar su nombre con letras que imitaban escarabajos, y por fin, despues de muchas inútiles tentativas, bajó del altar esta ridícula divinidad, y se arriñó á una mesa, donde habiendo probado diferentes plumas, y arrojádolas al suelo con furor, como hubiese hallado por casualidad una, que segun conceptuó, escribia por sí sola, estampó entre las fatigas y congojas que le causaba tan penoso ejercicio, el mas inútil de todos los nombres imaginables.

En tanto que se volvia al mullido sofá, llegó muy acelerado su ayuda de cámara y entregán-

dole con excesiva humildad un billete, le dijo que aguardaban con ánsia la contestacion. Abrió su amo el billete, y aunque contenia pocas palabras, no dejó de gastar medio cuarto de hora en leerlo. Manifestó turbarse, y hecho una víbora mandó que le llamasen al secretario. —Señor, ha salido, replicó el ayuda de cámara. —No está el secretario en casa? Por vida de... habrá hombre mas descuidado! Pícaro! Nunca está cuando yo le necesito... Estoy vendido... Toda esta canalla no sirve para otra cosa, que para comerme el pan. Y qué haré yo ahora sin el secretario? Es forzoso contestar este billete, y yo...—(parecia que iba á decir: y yo no sé escribir; pero aunque no lo dijese, todos lo comprendieron.)—Yo me hallo sin secretario!

El banquero, acompañado de Pánfilo y Teótimo, se ausentaron y apenas llegaron á la calle, comenzaron á desternillarse de risa. Teótimo, con una admiracion muy natural, exclamaba con frecuencia:—Marsella en Italia!... Demóstenes moderno y francés... No sabe escribir ese bárbaro, y á duras penas logra trazar su nombre!—Pánfilo, al oír estas exclamaciones, y volviéndose á su hijo:—Ahora conocerás, le dice, cuán inútil seria la ventanilla ó vidriera que querias poner en el pecho humano. Lo que acabas de presenciar, ya lo has podido prever desde la plaza, juzgando de ese hombre

soberbio, y persuadiéndote de que es un ignorante.—Cierto, contestó Teótimo, he visto á un hombre soberbio, y lo he hallado ignorante! mas deberé concluir de aquí que todos los ignorantes son soberbios?—No, hijo mio; hay muchos ignorantes que son humildes y mansos; pero casi todos los soberbios están rebosando ignorancia. El hombre sábio es por lo comun afable y humano, porque conoce lo que gana con tratar dignamente á los otros; mas cuando veas á un hombre aquirotado, ceñudo y altivo, puedes conceptuar que aborrece la sociedad y el trato con sus semejantes, porque no tiene ningun mérito que le haga recomendable. Con el tiempo y siguiendo el mismo rumbo, llegarás á descubrir los demás vicios que reinan entre los hombres.

Acabada esta lectura, preguntó Hipólito á nuestros amigos ¿qué les habia parecido? y ellos á una voz contestaron que solo sentian se hubiese finalizado tan presto.—No hay duda, les dijo, que tiene mucha gracia el autor veneciano, y que su cuento está lleno de moralidad. He visto muchos ejemplares del tipo que aquí nos pinta, especialmente en los pueblos de provincia y de corto vecindario, donde por desgracia se halla todavia mucho orgullo entre ciertas familias, que sin otro mérito personal que la pretension de que descienden de un tronco



distinguido, se desdennan de asociarse con otros vecinos honrados, miran con desprecio la instrucción y gracias cuando aprenden á leer mal y á escribir peor... Pero convengamos con lo que dijo cierto poeta:

Loco estaba el mundo  
Mil años atrás;  
Loco le encontramos,  
Loco ha de quedar.

## DIA CUARENTA Y NUEVE.

Permaneció Duverney algunos dias en cama, durante los cuales ocurrió en la Cartuja un lance doloroso que vamos á referir. El señor de Arleville se habia ausentado, porque le habian comunicado violentamente, que habiéndose prendido fuego en una de sus casas de campo á seis leguas de Rosay, se habia quemado casi totalmente aquella granja. Durante la ausencia del señor Arleville se habia presentado á pedir hospitalidad en la Cartuja un jóven de familia conocida, á quien no podia rehusársele. Fué alojado en la casa de unos vecinos, mediante la recomendacion de la señora de Arleville, que no creyó conveniente llevar mas léjos su generosidad, por no estar al tanto de la actual conducta de Basilio, este era el nombre del muchacho. Al segundo ó tercer dia de su llegada, inspirado por su mala índole, se propuso destruir un sembrado de lechugas que el

distinguido, se desdennan de asociarse con otros vecinos honrados, miran con desprecio la instrucción y gracias cuando aprenden á leer mal y á escribir peor... Pero convengamos con lo que dijo cierto poeta:

Loco estaba el mundo  
Mil años atrás;  
Loco le encontramos,  
Loco ha de quedar.

## DIA CUARENTA Y NUEVE.

Permaneció Duverney algunos dias en cama, durante los cuales ocurrió en la Cartuja un lance doloroso que vamos á referir. El señor de Arleville se habia ausentado, porque le habian comunicado violentamente, que habiéndose prendido fuego en una de sus casas de campo á seis leguas de Rosay, se habia quemado casi totalmente aquella granja. Durante la ausencia del señor Arleville se habia presentado á pedir hospitalidad en la Cartuja un jóven de familia conocida, á quien no podia rehusársele. Fué alojado en la casa de unos vecinos, mediante la recomendacion de la señora de Arleville, que no creyó conveniente llevar mas léjos su generosidad, por no estar al tanto de la actual conducta de Basilio, este era el nombre del muchacho. Al segundo ó tercer dia de su llegada, inspirado por su mala índole, se propuso destruir un sembrado de lechugas que el



buen hortelano German cuidaba con el mayor empeño. Acudió German al ruido, y desde luego procuró sujetarle á la razon; burlóse de él Basilio; German quiso quitarle el escardillo; nuestro valenton le trató de animal, de bárbaro y de borracho, diciéndole que fuese á dormir; el hortelano se llena de ira:—A mí me llamas borracho, le dijo, callad que sois un grosero... nunca tal cosa he oido de boca de mi amo.— Es demasiado bondadoso y si yo fuera lo que él, mucho tiempo hace que me hubiera desecho de un bestia como tú.—Anda, dijo German á uno de sus muchachos, véte á buscar á la señora, y ruégale que venga á librarne de un pillo.

A esta palabra de *pillo*, Basilio descargó sobre el pobre hortelano un gran bofetón, diciéndole:—Sabes, majadero, que una buena bofetada equivale á un mediano sablazo? German, cegado de la cólera, quiso pegarle con la heramienta; pero como errase el golpe, corrió el muchacho á la casa en que estaba hospedado, y á poco volvió con dos floretes en la mano.— Como no es mi ánimo matarte, le dice, nos contentaremos con cruzar estos hierros, toma ese florete.—Pero...—Tómalo te digo, y si no te señalaré la cara.

Aturdido el buen German por tantos ultrajes, no sabe qué decir, ni para qué sirven aquellos pedazos de hierro que le presentan. Sus

subalternos quieren detener al furioso muchacho; pero por desgracia no acuden á tiempo para impedir que Basilio dé tres ó cuatro floretazos en el rostro al hortelano, haciendo brotar su sangre en abundancia.

Provenzal se apoderó de Basilio, y en union de María que acudió tambien en los momentos críticos del atentado, fueron á participárselo á la señora de Arleville.

Fácil es adivinar cuál seria el dolor de esta al ver las heridas del fiel German; sentia que no estuviese allí su esposo; pero pareciéndola indispensable dar un oportuno ejemplo de severidad, léjos de reconvenir inútilmente á Basilio, se contentó con mandarle que ayudase á curar las heridas del desgraciado hortelano, haciéndolo ella por sí misma, y al acabar le dijo con resolucion:—Todavía no teneis diez y siete años, y ya dais pruebas de verdadera ferocidad! Maltratais á un hombre respetable por sus años, que hubiera podido haceros añicos, si no fuera por el respeto que tiene á vuestra familia. Vos sois un cobarde, porque acometeis á un hombre queno queria defenderse. Y será posible que imitando á los espadachines, á quienes todo el mundo desprecia, solo haya's de pensar en pistolas, floretes, espadas y desafíos? Mas á quién habeis propuesto un duelo? A un pobre campesino que no sabe siquiera lo que significa esa pala-

bra... Sin tener miramiento á la edad, ni á los servicios de un buen criado, le habeis llenado de injurias las mas groseras, excediéndos en maltratarle! Imposible seria que me hubieseis dado mayor pena, en pago de la hospitalidad que recibís y de los ejemplos de virtud que presenta esta casa. No os daré por mi mano el justo castigo que mereceis, porque no lo hallo que sea bastante á purgar vuestro delito; más allí están mis hijos y sobrinos, que por su edad serán mas indulgentes..... Ellos serán vuestros jueces. En este salon quiero que se forme un tribunal criminal: Enrique, Teodoro y Alejandro os habrán de juzgar, haciendo el primero de presidente. No creo que hallándoos culpado de un delito tan escandaloso, y probado con testigos irreprochables, necesiteis de abogado que os defienda... Sin embargo, Clara que siempre está inclinada á disculpar los defectos ajenos, tomará vuestra defensa.

### El tribunal de familia.

Reinaba el mayor silencio entre los circunstantes; distribuyó Provenzal los asientos por su orden; sentóse el juicioso Enrique donde le tocaba por su antigüedad, y Alejandro y Teodoro á sus lados; ocupó Evaristo, que hacia de rela-

tor, la delantera de una mesa con su escribanía; Clara, trasformada en abogado se puso en pié á la derecha del presidente; hicieron que se sentara el reo en un tosco banquillo; colocaron al herido junto á madama de Arleville, y presentes los testigos tomó Evaristo la palabra en estos términos:

Funcion muy dolorosa para mí es la de servir de fiscal en un negocio como éste; como el reo Basilio puede decirse que ha atropellado la casa de su tierna bienhechora, de mi respetable tia, debo justificar la confianza de ella, despojándome de toda parcialidad y denunciándoos señores un delito que se acaba de cometer en esta tranquila Cartuja.

Esta mañana el llamado Basilio... ha tenido la bajeza de injuriar torpemente á ese anciano, propasándose con él á tales violencias, que el infeliz German recibió en su rostro varias heridas, de las que brotó su sangre en abundancia. Pido que sean examinados los testigos.

Provenzal y María dijeron lo que habían visto, y el hortelano en su interrogatorio contó la verdad del hecho; pero se advirtió fácilmente que trataba con bondad á aquel muchacho, y procuraba paliar las circunstancias agravantes del caso, diciendo que él tenia tambien parte de la culpa, por haber proferido algunas expresiones bastante duras, y concluyó suplicando



á los jueces tuviesen á bien contentarse con intimar al acusado á que fuese menos intrépido en lo sucesivo.

Levantóse madama de Arleville, y dirigiéndose á Basilio:—Ya ves, le dijo, el hombre á quien has ultrajado. Él solo conoce el perdón de las injurias, y tú parece que solo sabes prodigarlas; él te disculpa, implorando la piedad del tribunal en favor tuyo... ¡Oh, cuán culpable eres! Pero habla y defiéndete con toda humildad y miramiento.

—Yo he creído, dijo Basilio trémulo y lleno de emoción, yo he creído siempre que el honor era la primera regla de todo aquel que sabe pensar. A mi entender deben refutarse aquellas cosas que pueden causar perjuicio á nuestra reputación. He destruido unas cuantas lechugas en un rincón de la huerta, y siendo esta de mucha estension, me figuraba que tres ó cuatro piés menos de terreno sembrado, no eran motivo de gran pérdida; y si daño habia, dispuesto estaba á repararlo como era debido; pero llega el hortelano, me reconviene con altivez, le replico, se llena de ira, y por fin, habrá quien lo crea?... Si señores, tiene la osadía de llamarme pillón... Esta palabra... si vivo algún tiempo... cada vez que la oiga, costará la vida al que se atreva á injuriarme con ella! Dejeme arrebatar de la cólera, no lo niego, es-

taba fuera de mí mismo, y...—Con que ya confesas, le dijo el presidente, que has cometido culpa en maltratar á ese anciano?—Ahora lo conozco, y en verdad que debí despreciar sus injurias; pero ¿por qué no ha querido darme satisfacción con la espada en la mano?—Ese es el colmo de la ceguedad, replicó el presidente: por una parte, parece que te arrepientes de lo hecho, y por otra das á entender que no. ¿Quién duda que ha sido una gran locura desafiarse á un hombre de la edad y profesion de Gerinan? Seria decente que un viejo, y sin el menor conocimiento de la esgrima hubiera consentido en reñir con el hijo de una familia distinguida, con un muchacho á quien sentaria mejor la reprimenda del maestro que la caricatura del duelo? Ese es tu delito; es enorme y lo has agravado todavía, cometiendo despues unas brutalidades propias de un mozo de esquina. Siéntate, y deja que hable tu abogado, quien sin duda te defenderá mejor que tú lo has hecho.

Tomando Clara la palabra dijo así:—Señores, yo no veré en este infeliz reo sino á un simple extranjero, y preguntaré desde luego á la conciencia de sus jueces, de qué naturaleza es el negocio porque se ve presentado ante ellos? Ha sido por ventura cometido el delito con ánimo deliberado? Ha sido una venganza preparada desde muy atrás? y en una palabra, es

un verdadero crimen el suyo? No señores: probado está que el querellante y el acusado no se conocían, ni habia entre ellos motivo de rencor y enemistad. Tenemos hoy un hermoso día empañado con algunas nubes; pero quién ha dicho que las nubes que por un instante entoldan el horizonte sean una furiosa tempestad? Trátase, pues, aquí de una pequeña desavenencia motivada por la impetuosidad de entrambas partes. Al mismo querellante le habeis oído decir que tuvo parte de la culpa, por haber excitado en demasía la cólera de un muchacho muy pronto en inflamarse, que hubiera debido prever las consecuencias de las palabras duras que le dijo, y en fin, confiesa que él ha sido el autor de su propia desgracia. Confesion preciosa! Y yo ruego encarecidamente al tribunal que la mire con la mayor atencion. Por otra parte, Basilio no ha gozado de una educacion como la que nosotros recibimos y aunque pertenece á una familia respetable, no todos los que tienen hijos saben la manera de dirigirlos con el acierto que á nosotros...

Estas consideraciones deben atenuar la falta y mitigar el rigor del castigo.

Convengo en que el acusado faltó á todos los miramientos debidos á un anciano; que ha sido violento y arrebatado; pero su corazon no está pervertido; fácil es notar que su sangre se

inflama con la mayor facilidad y es entonces cuando cede á sus arrebatos. Pido pues, que atendiendo á la confesion del querellante y á las razones que he espuesto, condene únicamente al reo, á dar una satisfacion al buen German.

Evaristo, como fiscal, resumiendo las diversas opiniones, probó que nuestro hortelano con una indulgencia nada comun, habia querido disimular las sinrazones de su parte contraria y refutó con toda claridad lo que tenia de especioso la defensa de Basilio y la de su abogado.

Retiráronse Enrique, Teodoro y Alejandro á una pieza separada para deliberar sobre la sentencia, y despues de un largo rato, volvieron á comparecer en el tribunal pálidos y conmovidos á manera del juez que va á pronunciar un fallo de muerte.

Al tiempo que iba á hablar el presidente, rogó German al tribunal con las mas vivas súplicas, absolviese á Basilio; pero Enrique, haciéndole señal para que callase, pronunció en alta voz el siguiente fallo, que él y sus dos hermanos acababan de votar con toda prudencia: "El tribunal de familia, convocado para conocer sobre un delito del llamado Basilio... despues de haber oído á los testigos, al reo y á su defensor, hecho cargo de la gravedad del crimen de este jóyen, que sin respeto á la vejez,



á la hospitalidad y á los fieles servicios de un hombre á quien sin que se defendiese ha injuriado maltratándole de palabra y de obra; condena al referido Basilio, primero, á estarse quince días encerrado en un cuarto sin que pueda salir de él, ni comèr otra cosa que la sopa y el cocido. Segundo, á pedir inmediatamente y con toda humildad al llamado German, perdon por las injurias que le ha inferido; y tercero, á distribuir entre los pobres de la parroquia cuarenta reales de los que su padre le remita para sus pequeños gastos.

Madama de Arleville, que aguardaba con impaciencia el final de la causa, para poder apreciar la escrupulosidad de sus hijos y el resultado de sus opiniones, respecto de un delito que le parecia de los mas graves, apenas oyó la sentencia, mandó ponerla en ejecucion.

Volvió al dia siguiente de su viaje el señor Arleville, y manifestó que la granja incendiada valia muy poco, que habia encontrado al pobre casero metido en la cárcel, é injustamente acusado de incendiario, pero que habia conseguido probar la inocencia de este infeliz, descubrir á los envidiosos que le calumniaban, y dar con los verdaderos autores del incendio; de manera que el honrado casero quedaba libre, sus enemigos presos y la granja reedificándose.

## DIA CINCUENTA.

El señor Arleville determinó dejar la Cartuja para no volver á ella en los años sucesivos, sino durante los meses de verano, y establecerse de una vez en Paris con su familia, para cuyo efecto habia comprado una hermosa y espaciosa casa en el arrabal de San Honorato, en situacion tan sana como la de Roseville, y con una excelente huerta. Deseaba nuestro padre de familias ir preparando á sus hijos mayores para darles estado.

Este importante proyecto que debia realizarse á la larga, sus viajes á Paris, y la adquisicion de la nueva casa, ocupaban la atencion del señor Arleville, y como entraba el mes de Noviembre, y por otra parte se iban quitando todos los dias muebles de la Cartuja para trasladarlos á la capital, no era posible vivir mas en aquella. Pero antes de abandonarla quiso terminar su plan de educacion de una manera

adecuada, y con este objeto escribió á sus amigos para que viniesen á pasar algunos dias en su compañía. Menival, á quien se debía la singular historia de la *Desconocida*, madama de Milangel, Hipólito Duverney, y otros que habian contribuido al entretenimiento de sus hijos por medio de historias morales, concurrieron muy gustosos á la Cartuja. Reunidos todos en ella la víspera de su marcha, hizo el señor Arleville colocar á sus personajes en el salon de estudio, y habló en estos términos:

“Con qué placer os veo reunidos en este sitio, queridos hijos míos; mis buenos amigos; sí, mis amigos, puesto que si os he procurado educar con dulzura, ha sido con la seguridad de que lo seriais algun dia! No es un preceptor el que habla con sus discípulos, es un padre, un tierno padre que se lisonjea de no haber omitido nada para que sus hijos se instruyesen, y que les da gracias por el empeño con que cada uno de ellos ha seguido sus consejos. Sí, cada uno de vosotros ha correspondido perfectamente á mi solicitud paternal, contribuyendo por su parte á desempeñar el plan que me habia propuesto. Todos habeis sabido apreciar y seguir las lecciones de moral que se os dieron bajo el velo del apólogo y de la ficción. He querido haceros virtuosos con el ejemplo de las virtudes, y he procurado desviaros del vicio,

poniéndoos á la vista el horroroso cuadro de los vicios. Vuestra sumision y docilidad merecen ser remuneradas, y este dia de las recompensas paternas ha llegado con gran contento de mi alma. Por lo mismo, antes de volver al tráfago de la capital y dar giro á otros proyectos que deben separar de mí á algunos de vosotros, quiero dejaros prendas de mi afecto que puedan traerlos á la memoria vuestra feliz residencia por espacio de dos años en esta Cartuja de Roseville. Nunca, hijos míos, nunca sereis mas felices que aquí lo habeis sido! Nunca disfrutareis mayor tranquilidad de ánimo! Acordémonos de la deliciosa vida que hemos pasado juntos en este asilo campestre; y si alguno de vosotros notare que su hermano se desvia de las sábias máximas que ha recibido aquí, no tiene, para reducirle á la razon, mas que decirle:—*Y así te has olvidado hermano mio, de la Cartuja de Roseville!*

“Hipólito Duverney es quien va á llamaros á todos, uno por uno; y Menival, vuestra madre y yo, distribuiremos los premios que habeis merecido.”



DISTRIBUCION DE PREMIOS.

HIPÓLITO.—Premio de dulzura y de cariño fraternal concedido á Clara de Arleville, por haber procurado disculpar á sus hermanos cuando éstos incurrian en algun defecto.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Recibe, hija mia, las *Cartas de madama de Sevigné*. Consérvalas, leelas con frecuencia, y en ellas aprenderás á ser tan buena madre como has sido buena hija y hermana carifosa.

HIPÓLITO.—Premio de superioridad en las lenguas latina, francesa, inglesa é italiana, que pertenece á Enrique de Arleville.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Ahí tienes, hijo mio, la *Eneida* de Virgilio, el *Telémaco* del ilustre Fenelon, el *Espectador inglés*, la *Jerusalén* del Tasso, y las obras de *Metastasio*, que te regalo para que te perfecciones en cada una de estas lenguas que has aprendido con tan buen éxito. Juicio tienes para conocer las bellezas de estos

célebres autores con sus originales; pero lo que no puedo recompensarte dignamente es el cariño que profesas á tus padres, y lo adelantado de tu razon, que ya se halla tan madura como si contases diez años mas.

HIPÓLITO.—Premio de generosidad y desinterés adjudicado á Elisa de Arleville, por haber sacrificado sus ahorros para enviar, sin saberlo sus padres, pan, carne y algunos otros socorros al pobre tejedor que se halla tan enfermo y sin poder trabajar.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Te pones encendida, hija mia! Ya veo que te admiras de ver descubiertos estos actos de tu caridad; pero ten entendido querida Elisa, que un padre cuidadoso descubre siempre las buenas ó malas acciones de sus hijos, por mucho que quieran ocultarlas. El premio, pues, de tus excelentes prendas, son estas *Obras completas de madama Ricoboni*, cuya lectura podrá suavizar el dolor que experimentes, viendo correr las lágrimas de los infelices.

HIPÓLITO.—Premio de elocuencia y de arte oratoria, concedido á Teodoro de Arleville por su rara facilidad en espresarse, y porque posee el envidiable talento de persuadir con eficacia.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Precioso talento, sin duda, hijo mio; pero esto se entiende cuando

lo empleamos en defender al oprimido, ó en celebrar las virtudes del hombre de bien. Toma, pues, las *Oraciones* de Ciceron, las fúnebres de *Flechiér* y las *Causas célebres*. Las unas te ofrecerán medellos para elogiar á los verdaderos héroes, y las otras te enseñarán á profundizar las cosas, y á conocer los terribles combates porque pasa muchas veces la inocencia.

HIPÓLITO.—Premio de *trabajo, de aplicación y actividad* concedido á Flavia, sobrina de madama de Arleville, por sus constantes estudios y por los progresos que ha hecho en diferentes habilidades.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Es una cosa muy loable, mi amada Flavia, sacrificar cuando jóvenes hasta las mismas horas destinadas para el recreo, empleándolas en el estudio, porque con eso se recoge con anticipacion el fruto de la buena enseñanza. Toma, pues, las *Obras de madama de Genlis*, y en ellas observarás que esta señora nunca supo desperdiciar un minuto en su vida, y que ha trabajado tanto como el mas fecundo literato.

HIPÓLITO.—Premio de *declamacion y de buena memoria* que corresponde á Cipriano de Arleville, por cuanto sabe íntegras y declama con el tono correspondiente, las mejores escenas del famoso Corneille.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Cipriano es algo fogoso: mas espero que se corregirá con el tiempo. Declama bien, pero no quisiera verle tan dedicado al arte teatral; aunque tiene inteligencia y merece que se le regalen las tragedias de Corneille y de Racine. Deseo, Cipriano, que te dediques á otros trabajos de mas importancia, ya que tu entendimiento vivo y despejado, te asegura buen éxito en otros estudios mas provechosos.

HIPÓLITO.—Premio de *lectura, de ortografia y de estilo epistolar*, adjudicado á Virginia de Arleville por haber seguido una correspondencia muy agradable con su prima Adriana, no obstante que vivian en una misma casa, con el laudable fin de ejercitarse en tan interesante tarea.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Supongo, querida Virginia, que no sospechabas que hubiera yo descubierto esta correspondencia; pero no te quejes de que haya violado el secreto de tus cartas, que se me facilitaron para que juzgase de tus talentos. ¿De qué te avergüenzas? He hallado mucha gracia y bastante ingenio en tu estilo, atendiendo á tu corta edad. Recibe como recompensa estas *Cartas de Ciceron* traducidas en tu lengua, que, aunque son algo superiores á tus alcances, podrás con el tiempo



apreciarlas mas y formar tu gusto siguiendo tan excelente modelo.

HIPÓLITO.—Premio de *juicio y madurez* que se consigna á Alejandro de Arleville, el cual se complace con la lectura de los libros de mas sentimiento y moralidad.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Mi Alejandro tiene la imaginacion algo melancólica, y tal vez no debiera yo dar pábulo á su seriedad con el presente que ahora le hago; pero es menester por ahora contemporizar con sus inclinaciones. Ahí tienes las *Noches de Young* y el Poema del *Juicio final* por el mismo autor.

HIPÓLITO.—Premio de *habilidad y destreza* concedido á Adriana de Arleville porque cose y borda con todo primor, para la poca edad que tiene.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Muy bien merecido; Adriana que es hábil en todas las obras peculiares de su sexo, hará una buena esposa y una excelente madre de familia. Recibe de mi cariño este estuche con agujas de oro, y los demas útiles para la costura y el bordado, de metales preciosos. Quiero que leas tambien las *Aventuras de Robinson Crusoe*, para que veas en ellas á lo que estamos espuestos en esta miserable vida, aun cuando seamos hijos de padres hacendados, viéndonos muchas veces en la deplo-

rable situacion de hacerlo todo por nuestra mano, en cuyo caso es utilísimo saber preparar nuestra comida y coser nuestros propios vestidos.

HIPÓLITO.—Premio de *bellas artes* adjudicado á Evaristo, sobrino de madama de Arleville, porque canta, dibuja, etc, con particular talento.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Al paso que recompenso en tí, querido mio, las habilidades en que te has ejercitado, te pido cultives las ciencias; y por tanto, con los dibujos, grabados, pinturas y papeles de música que aquí estás viendo, te doy la *Arquitectura* de Vitrubio y el *Diccionario de Invenciones y Descubrimientos útiles*.

HIPÓLITO.—Acercáos vosotros, Mariquita, Francisco, Antonio, Eugenio y Carlos: venid á recibir el premio que vuestra edad permite se os adjudique.

EL SEÑOR ARLEVILLE.—Aquí teneis, amigos míos, el *Almacen de los niños*, las *Conversaciones de un padre con sus hijos*, sobre la *Historia natural* por Dubrocca, y las *Fábulas de La-Fontaine*.

Hijos míos, prosiguió diciendo el señor Arleville y dirigiéndose á todos:—Cada uno de vosotros parece feliz, y yo lo soy mas de lo que

pudiera esperarlo. Se acabó este último día de la Cartuja, que para mi corazón es el más agradable de todos. Y en efecto, ¿habrá cosa más lisonjera que veros á todos instruidos y virtuosos, tener que aplaudiros y recompensaros? Ah! esta es la tarea más preciosa, la felicidad más pura de un padre de familia!

## CONCLUSION.

Yo también he desempeñado mi tarea... Tarea la más noble á que me he dedicado jamás, que es la de hablar al corazón y á la inteligencia de mis jóvenes compatriotas, procurando divertirlos instruyéndolos. Si acaso me preguntaren por la familia de Arleville, no necesito decirles que cada uno de esos muchachos llegó á ser esposo y padre, haciendo las delicias de su familia; porque ya conocerán mis pequeños lectores que después de haber recibido tan buena educación, no podían menos de ofrecer á la sociedad modelos de excelentes padres y de ciudadanos irreprochables. He cumplido lo que me propuse al principio, que fué describir sus *Días en el Campo*. He sabido amenizar sus recreaciones? He dado algunas pruebas de imaginación? Mis historias, apólogos y fábulas tienen moralidad? En fin, he conseguido mi propósito? Aquellos para quienes escribo serán mis jueces, y por muy riguroso que sea su fallo, me lisonjeo de que harán justicia á los deseos que me han animado de ser útil á la amable juventud.

FIN.



pudiera esperarlo. Se acabó este último día de la Cartuja, que para mi corazón es el más agradable de todos. Y en efecto, ¿habrá cosa más lisonjera que veros á todos instruidos y virtuosos, tener que aplaudiros y recompensaros? Ah! esta es la tarea más preciosa, la felicidad más pura de un padre de familia!

## CONCLUSION.

Yo también he desempeñado mi tarea... Tarea la más noble á que me he dedicado jamás, que es la de hablar al corazón y á la inteligencia de mis jóvenes compatriotas, procurando divertirlos instruyéndolos. Si acaso me preguntaren por la familia de Arleville, no necesito decirles que cada uno de esos muchachos llegó á ser esposo y padre, haciendo las delicias de su familia; porque ya conocerán mis pequeños lectores que después de haber recibido tan buena educación, no podían menos de ofrecer á la sociedad modelos de excelentes padres y de ciudadanos irreprochables. He cumplido lo que me propuse al principio, que fué describir sus *Días en el Campo*. He sabido amenizar sus recreaciones? He dado algunas pruebas de imaginación? Mis historias, apólogos y fábulas tienen moralidad? En fin, he conseguido mi propósito? Aquellos para quienes escribo serán mis jueces, y por muy riguroso que sea su fallo, me lisonjeo de que harán justicia á los deseos que me han animado de ser útil á la amable juventud.

FIN.



## INDICE DE LA OBRA.

TOMO PRIMERO.

	Páginas.
Obsequio á los jóvenes contemporáneos...	5
Introducción.....	11
PRIMER DIA.—Toma de posesion de la	17
Cartuja.....	24
Adolfo el viajero.....	39
SEGUNDO DIA.—El desierto encantado...	56
TERCER DIA.—Sentimientos de un solte-	58
ron (letrilla).....	72
CUARTO DIA.—La flor de los campos, el	74
jardinero y su señor.....	89
El árbol de la familia.....	109
QUINTO DIA.—Nicolasa ó la estamperita.	121
SEXTO DIA.—Angelito.....	121
SÉTIMO DIA.—Edmundo ó el curioso cas-	121
tigado.....	121



OCTAVO DIA.—El príncipe y las tres hermanas.....	138
NOVENO DIA.—Máximo ó el nuevo José..	162
DÉCIMO DIA.—La isla del gigante (alegoría).....	176
UNDÉCIMO DIA.—Fin de la historia de Máximo ó el nuevo José.....	186
DIA DOCE.—Paris y el pleito.....	204
DIA TRECE.—La desconocida ó la tapada.	232
DIA CATORCE.—El verdadero hijo de la dicha.....	250
DIA QUINCE.—Continuacion de las aventuras de la desconocida.....	262
DIA DIEZ Y SEIS.—Idem.....	275
DIA DIEZ Y SIETE.—Idem.....	292
DIA DIEZ Y OCHO.—El hombre vano.....	311
DIA DIEZ Y NUEVE.—El árbol con ramas de oro (apólogo).....	335
El trabajo y el favor (apólogo).....	338
El viajero y el pedernal.....	339
El propietario, el ciego y el loco (apólogo).....	340
La neblina y la noche.....	341
La piedra y la bola de nieve.....	342
El pájaro y el cohete.....	343
DIA VEINTE.—El jurador corregido.....	346
DIA VEINTIUNO.—Julietta ó las visiones..	354

TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
DIA VEINTIDOS.—El viajero que llegó á viejo (fábula).....	6
El rio y los arroyos.....	11
DIA VEINTITRES.—Fin de un pleito singular.....	15
DIA VEINTICUATRO.—¿En dónde, pues, hallaré la felicidad?.....	32
DIA VEINTICINCO.—Fin de las aventuras de la desconocida.....	54
DIA VEINTISEIS.—La pendencia.....	74
DIA VEINTISIETE.—El pleito defendido y sentenciado.....	81
DIA VEINTIOCHO.—Carta de Clara y Elisa.	97
DIA VEINTINUEVE.—Catecismo de buena crianza.....	104
DIA TREINTA.—La salud y la enfermedad. (apólogo).....	113
Los dos diamantes.....	119

La linterna mágica.....	121
DIA TREINTA Y UNO.—Andrés ó el pequeño sordo-mudo.....	130
DIA TREINTA Y DOS.—Visita á un cementerio.....	143
DIA TREINTA Y TRES.—Prueba de amor conyugal.....	154
DIA TREINTA Y CUATRO.—Fiesta de familia.....	170
DIA TREINTA Y CINCO.—El estañero.....	174
DIA TREINTA Y SEIS.—El pequeño amolador ó el heredero.....	180
DIA TREINTA Y SIETE.—Un excelente preceptor.....	201
DIA TREINTA Y OCHO.—El deseo filial... Décimas.....	222
Las dos ratas y el ratoncillo.....	224
DIA TREINTA Y NUEVE.—Algunas locuras de un viajero.....	225
DIA CUARENTA.—El bienhechor anónimo.....	231
DIA CUARENTA Y UNO.—Fin del bienhechor anónimo.....	237
DIA CUARENTA Y DOS.—El anteojo y la bocina.....	256
DIA CUARENTA Y TRES.—La oveja y sus amigos (apólogo).....	269
El proyectista (cuento).....	285
El avaro y el ignorante.....	287
El reloj de torre y el reloj de sala.....	289
	290

La rueda de un coche y las aspas de un molino de viento.....	292
Las estrellas y las lámparas.....	293
DIA CUARENTA Y CUATRO.—Testamento de un padre de familia.....	300
DIA CUARENTA Y CINCO.—Exequias del sábio Filberto.....	306
DIA CUARENTA Y SEIS.—Ese y no otro seré mi esposo.....	315
DIA CUARENTA Y SIETE.—La golosina... DIA CUARENTA Y OCHO.—Soberbia, indicio de ignorancia.....	333
DIA CUARENTA Y NUEVE.—El tribunal de familia.....	338
DIA CINCUENTA.—Distribucion de premios.....	356
Conclusion.....	366
	373

FIN DEL ÍNDICE.





